D. Scott Rogo

El enigma de los milagros

Fátima
Lourdes
Garabandal
Guadalupe
San Jenaro





ENIGMAS DEL CRISTIANISMO

Jesús o el secreto mortal de los Templarios — R. Ambelain
El hombre que creó a Jesucristo — R. Ambelain
El enigma sagrado — Baigent, Leigh y Lincoln
La profecía de los papas — Fontbrune
Los secretos del Gólgota — R. Ambelain
Auge y caída de los Templarios — Alain Demurger
A la sombra de los Templarios — R. Alarcón
El secreto masónico — R. Ambelain
El legado mesiánico — Baigent, Leigh y Lincoln
El complot de Pascua — Hugh Schonfield
Las Vírgenes negras — Ean Begg
Jesús: ¿Mesías o Dios? — Hugh Schonfield
El asesinato de los magos — Peter Partner

El enigma de los milagros

D. Scott Rogo

El enigma de los milagros

Una investigación paracientífica de los fenómenos portentosos

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Hernán Sabaté

Título original: *Miracles. A Parascientific Inquiry into Wondrous Phenomena,* publicado por The Dial Press, Nueva York

Gran Via, 774, 7.º, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1173-3
Depósito legal B. 43.432-1987
Impreso por Diagràfic, S. A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

SEGUNDA PARTE: Acontecimientos milagrosos

TERCERA PARTE: Intervenciones milagrosas

Prólogo

Mi intención al escribir el presente libro es modesta. Se trata básicamente de una introducción al estudio de los milagros religiosos desde un punto de vista crítico y —espero— científico. No me ha guiado el propósito de escribir un tratado enciclopédico sobre el tema, pues tal empresa llevaría toda una vida de investigaciones y el resultado de éstas ocuparía más de una docena de volúmenes como el presente. Lo que he hecho ha sido, más bien, documentar la existencia de hechos milagrosos mediante el estudio de varios ejemplos y géneros representativos de estos extraños fenómenos. Mi objetivo general ha sido presentar las bases científicas de los milagros, más que su carga religiosa. Sin embargo, con ello no pretendo en absoluto reducir el significado puramente religioso de tales hechos.

El método de actuación que he seguido durante la realización del libro ha consistido en comparar y contrastar los milagros del cristianismo con los recogidos por otras tradiciones religiosas y con los que, en ocasiones, han provocado ciertos individuos dotados de poderes psíquicos durante su existencia secular. Las claves sobre la naturaleza de estos hechos pueden extraerse de los más recientes hallazgos de la parapsicología, así como de los estudios realizados por Charles Fort.

Escribir este libro ha sido uno de los retos más difíciles que he tenido que afrontar en mi carrera profesional como parapsicólogo. Por tanto, tengo una gran deuda con varias personas que me han ayudado. En primer lugar, doy mis más expresivas gracias a mi gran amigo y colaborador Raymond Bayless, que fue el primero en introducirme en muchos de los temas que trato y que me hizo ver que estaban inmersos de pleno en el campo de los estudios parapsicológicos. Además, Bayless me proporcionó pistas e informaciones de importancia sobre muchos de los temas que se tratan en el libro. También estoy muy agradecido a George Zorab y Kent Ward, dos magníficos estudiantes de parapsicología que tradujeron con empeño y laboriosidad textos franceses que necesitaba imperiosamente, y a Carlos Alvarado, uno de nuestros alumnos de la Universidad John F. Kennedy, que me ayudó con el material en lengua castellana, traduciéndolo y revisándolo.

También debo dar las gracias a otras personas que me ayudaron a recopilar material, entre ellos el reverendo Gordon Melton, Stewart Robb, Tom Malone y muchos otros que me aclararon dudas y preguntas. También agradezco especialmente la colaboración del padre Jerome Palmer, que con gran interés me proporcionó un material extremadamente valioso sobre los milagros de Zaytun, y de R. J. M. Rickard, director de *Fortean Times*.

Por último, todo autor de libros sobre el tema de los milagros tiene que sentirse en deuda con el fallecido padre Herbert Thurston, eminente sacerdote, estudioso y profundo experto en las investigaciones parapsíquicas, que dedicó largos años al estudio de los aspectos parapsicológicos de los milagros. Sus dos libros publicados póstumamente, *The Physical Phenomena of Mysticism* («Los fenómenos físicos del misticismo») (1952) y *Surprising Mystics* («Sorprendente mística») (1955), sirven de fuentes casi definitivas de los descubrimientos de la Iglesia respecto a los dones psíquicos y supranaturales de sus miembros. Citas de ambos libros aparecen frecuentemente en la primera parte.

D. SCOTT ROGO
Escuela para graduados en estudios de la conciencia
John F. Kennedy University
Orinda, California

Introducción: La ciencia, los fenómenos psi y los hechos milagrosos

Descubrir cómo, cuándo y por qué ocurren los milagros son cuestiones empíricas que deberían poderse contestar (o al menos explorar) mediante la aplicación de exámenes científicos. Tenemos a nuestro alcance cientos de hechos milagrosos, desde relatos de gente que ha levitado espontáneamente, como yoguis, santos o personas con poderes psíquicos, hasta hombres santos a quienes se ha visto en dos lugares distintos al mismo tiempo, sangre humana que ha rezumado de estatuas e iconos, o curaciones que parecen desafiar todas las leyes médicas y fisiológicas. Aunque estos extraños sucesos son hechos reales acontecidos en el mundo real, son muy pocos los científicos convencionales que se han decidido a estudiarlos. Una de las razones para ello es que los milagros son extremadamente infrecuentes, tanto que, de hecho, la mayor parte de las personas se niegan a creer que existan de verdad, o simplemente nunca han podido enfrentarse a una prueba definitiva de su existencia.

Pocos científicos se han atrevido a *naturalizar* lo supranatural. Los que se aplican en ello suelen terminar condenados al ostracismo por sus colegas, ridiculizados por los científicos convencionales; otros, se limitan a mantener en secreto sus investigaciones, para ahorrarse problemas. Se diría que la ciencia ha «arrojado» el estudio de los milagros en brazos de la religión y de los apologistas religiosos.

Esta tendencia por parte del mundo científico ha sido tan perenne que Charles Fort (1847-1932), un escritor iconoclasta norteamericano de fines de siglo, aludió deliberadamente a ella en el título de su primer libro, *El libro de los malditos*. Este volumen reunía más de mil informes de testigos oculares de todo el mundo que habían visto objetos extraños volando por el cielo, peces y otros invitados inesperados que caían de las nubes, y casas bombardeadas por piedras voladoras. Así, por ejemplo, en noviembre de 1962, una cabaña de Big Bear City, California, fue escenario de uno de tales ataques. Durante semanas, fue bombardeada por lluvias de guijarros que, a menudo, caían lentamente del firmamento. Las lluvias se produjeron varias veces al día, incluso después de que la policía local organizara una batida con la esperanza de encontrar algún activo

jovenzuelo armado de una catapulta camuflada. No se descubrió a nadie, y el misterio sigue sin resolverse. Charles Fort también documentaba informes de personas con extrañas facultades y otros que, sencillamente, se desvanecían de la faz de la tierra. Todos estos sucesos estaban malditos no porque fueran malos, sino porque la ciencia (o, con más propiedad, los científicos) se habían negado a reconocer su existencia.

Se diría que, igual que la naturaleza aborrece el vacío, la ciencia aborrece las anomalías. La ciencia moderna parece amenazada por todo lo que tiende a trastocar la frágil visión del mundo que los físicos newtonianos, ya pasados de moda, diseñaron para nosotros. En ese mundo, las fuerzas psíquicas, los fantasmas y los milagros no pueden tener cabida. Incluso los sorprendentes hallazgos de la física cuántica, que han distorsionado totalmente nuestra visión del universo como relaciones causa-efecto, no han contribuido en gran manera a trastornar nuestra visión cotidiana del «mundo real» en el que vivimos. Resulta demasiado intranquilizador para la mayoría de las personas el darse cuenta de que el universo no es tan predecible, amistoso o cooperador como nos gustaría que fuese.

Sin embargo, esta «ciencia convencional» ha sido trastocada ya. Nuevos hechos y descubrimientos han comenzado a abrir una grieta en el sólido edificio científico. Se diría que la ciencia se ha dividido en «ciencia normal» —el estudio convencional de la física, biología y ciencias sociales— y lo que recientemente se ha catalogado de «ciencia no convencional», que estudia las anomalías. Esta última incluye el estudio de los misterios de la naturaleza, como los compilados por Fort (llamados a menudo «ciencia anomalística»), y el estudio de facultades no reconocidas en el ser humano, como la telepatía y el poder de la mente sobre la materia (que puede denominarse «ciencia psíquica» o, con más propiedad, parapsicología). El estudio de los milagros parece caer entre estas dos categorías, pues investiga ambos terrenos: aquellos en que las leyes naturales se interrumpen o anulan, o aquellos en los que surge una persona con poderes maravillosos.

Contrariamente a lo que mucha gente cree, los parapsicólogos no pasan la mayor parte de su tiempo durmiendo en casas encantadas, intentando fotografiar el aura o diseñando horóscopos. La parapsicología es un campo altamente especializado que combina especialmente elementos de la ciencia natural y experimental. Por ejemplo, un parapsicólogo puede intentar verificar fenómenos tales como la telepatía y la precognición (ver el futuro), bien mediante entrevistas con las personas que han pasado estas experiencias, o bien pidiéndoles que demuestren sus poderes ocultos en los laboratorios científicos. Sin embargo, la recogida y estudio de los fenómenes PES (siglas correspondientes a «percepción extrasensorial») sólo es una rama de la parapsicología y muchos la consideran, además, la menos importante. En la actualidad, la parapsicología es, fundamentalmente, una ciencia experimental, más preocupada en descubrir los cómos y porqués de los fenómenos PES y el dominio de la mente sobre la materia (llamados colectivamente «psi» o «fenómenos psi»), que en la

mera recogida de más pruebas de la existencia de esos poderes. Con la aplicación del método científico —extrapolación de hipótesis sobre los fenómenos psíquicos y comprobación experimental de los mismos en laboratorio con sujetos voluntarios dotados de poderes y otros no dotados—, los parapsicólogos han conseguido conocer en profundidad muchos fenómenos psi. Por ejemplo, saben que las personas con determinada personalidad tienden a ser buenos sujetos PES, y que hay personas propensas a desplegar fenómenos PES cuando se encuentran en determinados estados alterados de conciencia. Durante los últimos sesenta años se han realizado muchos descubrimientos sorprendentes en este campo.

Los parapsicólogos estudian fundamentalmente sólo dos tipos de anomalías científicas. Se trata de los PES (término amplio que abarca la telepatía, la clarividencia y la precognición) y la psicocinesis (o PK), que es una categoría que incluye un amplio arco de fenómenos psíquicos, entre ellos la capacidad de mover objetos mediante la simple concentración mental, o la capacidad de curación. Algunos parapsicólogos han examinado también fenómenos como el contacto extrasensorial con los muertos, los fantasmas, los viajes astrales y otros poderes de la mente aún más extraños. Dado que estos fenómenos son difíciles de aislar e investigar en los laboratorios, no han sido estudiados con gran amplitud y, desde luego, despiertan menos interés en la actualidad que hace unos ochenta años, cuando la parapsicología era una ciencia recién nacida que todavía trataba de verificar la misma existencia del tema al que se dedicaba.

El mundo de los hechos milagrosos puede parecer un poco menos enigmático y exasperante si lo consideramos a la luz de la parapsicología. Para ilustrar esta afirmación, citaremos uno solo de los muchos milagros atribuidos a san Francisco de Paula (1416-1507), fraile italiano cuya vida se ha examinado recientemente en una extensa biografía. El suceso ocurrió mientras el santo ayudaba a la construcción de un monasterio cerca de la ciudad de Paula, en 1435. Se había instalado junto al solar un horno para ayudar en la construcción. Según los biógrafos de san Francisco:

> Quizá el más soprendente de todos los milagros acaecidos durante la edificación de este monasterio fue uno de los primeros, relativo al horno construido para preparar el mortero. Poco después de terminado, unos operarios advirtieron que algunas de las piedras que formaban el muro habían quedado sueltas, bien por defecto de construcción o por el tremendo calor del interior. Alarmados, los obreros que atendían el horno acudieron a contárselo a Francisco y le expresaron su temor de que el horno se colapsara. Francisco examinó los daños y animó a los obreros a que se alegraran y confiaran en la ayuda divina. Cuando todos los operarios salieron a almorzar, Francisco se acercó a la entrada del horno, alzó las manos en señal de oración, hizo la señal de la Cruz sobre el horno y se adentró entre las furiosas llamas. Dentro, constató el estado del horno y después, con toda calma, volvió a salir sin que el fuego hubiera dañado siquiera su hábito. Las imperfecciones del horno quedaron reparadas en aquel mismo instante.

Naturalmente, podemos considerar que este relato no es sino un cuento apócrifo. Sin embargo, en 1519, cuando se realizaron las consultas para la canonización de san Francisco, no menos de ocho testigos visuales certificaron la autenticidad del incidente. (Hoy en día, el horno aún se encuentra junto al monasterio.) No fue éste el único hecho notable en la vida del santo. Años antes, siendo fraile en el monasterio de san Marcos, en la población de Argentano, dio otra muestra de su inmunidad al fuego. Mientras asistía a misa, le pidieron que acercara una llama con la que prender el incensario. El único fuego de que se disponía eran algunas brasas ardientes de la cocina del monasterio. Al no encontrar nada en que transportarlas, Francisco se limitó a asirlas entre las manos, envolverlas con su sayo y llevarlas a la iglesia. Ni sus manos ni el hábito se quemaron.

He aquí dos milagros, comprobados por varios testigos, con los que enfrentarse: por un lado, que san Francisco no se quemara, y por otro, lo que resulta aún más sorprendente, que sus ropas no sufrieran daño en ninguna de ambas ocasiones. Con todo, no tenemos que apuntar todavía a que san Francisco estuviera bajo alguna especial protección divina cuando produjo esos milagros. Los testigos de los hechos pudieron hallarse ante una forma de fenómeno psíquico bien conocida por los parapsicólogos actuales en un contexto muy diferente: la espectacular demostración de inmunidad al fuego que se practica hoy regularmente entre ciertas sectas protestantes de muchas localidades rurales norteamericanas.

La Iglesia Pentecostal Libre por la Santidad es una secta fundamentalista con implantación en Kentucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. Al ser seguidores estrictos y literales de la Biblia, creen punto por punto el Evangelio cuando éste dice que quien confíe en Dios puede desafiar a las serpientes, los venenos y el fuego. Así, como parte de su observancia religiosa, que a menudo parece una reposición de ritos de otro siglo, los miembros de la congregación manejan sin precauciones serpientes venenosas sin que éstas les muerdan, ingieren soluciones de estricnina sin efectos dañinos y a veces realizan exhibiciones notables de inmunidad al fuego. Invariablemente, los fieles realizan estos actos en estado de éxtasis o trance. Aunque tales exhibiciones son conocidas desde hace tiempo, no fue hasta 1959 cuando se llevó a cabo la primera investigación científica de las mismas, realizada por el doctor Berthold Schwarz, psiquiatra de Nueva Jersey. Durante diversas visitas a Tennessee, observó a miembros de esta iglesia encender improvisadas lámparas de queroseno y sostenerlas entre las manos y pies durante períodos de hasta quince segundos sin que sufrieran dolor, quemaduras o formación de ampollas. En ocasiones, mientras mantenían en el cuenco de las manos un poco de queroseno, se acercó al combustible una llama sin que ésta prendiera el líquido. Y, al igual que en el caso de san Francisco, la inmunidad al fuego se extendía a veces a las ropas del individuo.

Según informaba Schwarz sobre uno de sus viajes de campo:

En tres ocasiones, tres mujeres distintas se llevaron la llama a sus pechos, de modo que el fuego estaba en íntimo contacto con sus ropas de algodón, sus cuellos, rostros y cabellos. En otras dos ocasiones distintas, uno de los «santos más fieles» paseó lentamente los aspectos palmar y lateral de una mano y el meñique por el punto medio de una llama de acetileno (producido por la reacción del carburo de calcio y el agua en un casco de minero). Este contacto duró más de cuatro segundos, y a continuación repitió la acción con la otra mano. Esa misma velada, más tarde, aplicó alternativamente las manos a la llama de acetileno durante períodos ligeramente más largos. En una ocasión, este santo, en un estado de relativa calma, revolvió entre una hoguera que llevaba una hora ardiendo, tomó una brasa al rojo del tamaño de un huevo de gallina en la palma de la mano y la paseó por entre los congregados durante al menos sesenta y cinco segundos. Como control, el autor no pudo tocar una brasa de esa misma hoguera durante más de un segundo, sin producirse una dolorosa ampolla.

Sencillamente, no hay ninguna explicación médica a este tipo de «milagro» conocido entre casi todas las religiones del mundo. Pueden encontrarse analogías entre los hechos de san Francisco o las exhibiciones de los Pentecostales y las ceremonias de caminar sobre el fuego practicadas en Fiji, Hawaii, Thailandia, Japón, Rumanía y Sicilia, y por los chamanes de muchas culturas primitivas.

Sin embargo, no siempre este caminar sobre el fuego puede considerarse milagroso. Muchas de sus variantes, especialmente las practicadas en India y Sicilia, tienen una explicación totalmente normal. El caminante sólo está en contacto con las brasas ardientes durante cortos períodos de tiempo y avanza con prisa, alzando el pie de la brasa en cuanto la toca. Así no pueden producirse quemaduras y todo el mundo puede aprender el truco. Otras formas de caminar sobre fuego son decididamente paranormales, en especial las practicadas en Japón y Rumanía, donde testigos presenciales han visto a los caminantes detenerse realmente sobre las brasas, con las llamas lamiéndoles los pies, durante varios segundos.

Incluso hay casos en los que estos caminantes sobre el fuego han traspasado su sorprendente poder a los espectadores. Simplemente con tocarlos, pueden hacer aparentemente que incluso espectadores casuales permanezcan inmunes al fuego durante cortos períodos de tiempo. Este fenómeno es practicado también por los fieles Pentecostales.

De todo lo expuesto, podemos concluir que lo que denominamos «milagros» parecen estar muy extendidos. No son dominio exclusivo de una religión o creencia. Aunque este libro se centrará en los milagros tradicionales autentificados por la Iglesia Católica, también mostrará que tales milagros tienen equivalentes no cristianos e incluso totalmente seculares. Así, sea cual sea su naturaleza, los milagros no parecen tener origen exclusivamente divino, sino ser más bien prolongaciones de algún tipo de talentos psíquicos poseídos por sus ejecutantes.

Si los milagros representan verdaderamente un grupo de fenómenos psíquicos distinto de los estudiados normalmente en parapsicología, ¿qué constituye realmente un milagro? ¿Cómo definir con exactitud la diferen-

cia entre lo paranormal y lo milagroso? Se trata de una distinción importante, pues es imprescindible definir el tema de que nos ocuparemos en este libro.

La dicotomía entre lo paranormal y lo milagroso ha sido, durante largo tiempo, un tema clave en los escritos de los teóricos de la Iglesia tradicional, y ya fue fijada plenamente por Próspero Lambertini (que después sería Papa bajo el nombre de Benedicto XIV) en 1730, cuando escribió una disertación sobre el tema, *De canonizatione*, que todavía hoy refleja la posición oficial de la Iglesia. Lambertini escribió su libro como guía para los altos cargos de la Iglesia que a menudo debían examinar los hechos milagrosos de los presuntos santos durante el largo proceso de canonización. El cardenal Lambertini era muy consciente de que algunos hechos presuntamente «milagrosos» podían guardar evidente relación con la mente del hombre, y que nada tenían que ver con una intervención divina. Según Lambertini, sólo si se separaban los hechos paranormales de los verdaderamente milagrosos podía determinarse si un hecho había sido producido directamente por Dios. Por tanto, negaba que fenómenos como la clarividencia, la telepatía y casi todas las curaciones tuvieran un origen divino, aunque concedía que algunas formas de profecía podían reflejar la voluntad de Dios. Según Renée Haynes, biógrafo de Lambertini, éste definía el milagro como «un hecho producido por el orden sobrenatural en el mundo físico».

La definición de Lambertini permite la inclusión de fenómenos como los estigmas, la bilocación (la duplicación física del cuerpo humano, de modo que puede aparecer en dos lugares a la vez), la levitación involuntaria y algunas curaciones milagrosas no producidas por los sanadores psíquicos tradicionales. También caben en esa definición milagros de la naturaleza de la incorruptibilidad (que el cuerpo no se pudra tras la muerte), el olor a santidad (un aroma perfumado que emana de las personas santas, o que anuncia su presencia) y las imágenes divinas de Cristo y otras que han aparecido en objetos físicos como paredes y telas. Por último, se incluyen las apariciones marianas (apariciones de la Virgen) cuando la perciben al mismo tiempo más de una persona.

Considero que la diferencia básica entre un suceso paranormal y otro psíquico es que este último suele tener lugar mediante un acto de intención, consciente o inconsciente, por parte del testigo. Intentamos «mandar» un mensaje telepático, realizamos la imposición de manos cuando intentamos curar, y nuestras mentes producen sueños precognitivos cuando, por alguna razón, necesitamos tener un vistazo del futuro. En cambio, en el caso de los milagros, parece haber una inteligencia externa en interacción directa con los acontecimientos de la vida humana. En este caso, el testigo no muestra ninguna señal de que su mente o sus poderes psíquicos estén involucrados en el suceso. (Esta naturaleza «extraña a uno» de los milagros es uno de sus aspectos más misteriosos. Aunque estoy seguro de que los milagros se producen a través de una mente humana y sus capacidades psíquicas, que actúa como agente, dejo abierta

la cuestión de si tras esta mente humana existe o no otra inteligencia distinta. Es un problema al que me referiré en el último capítulo.)

Pero, ¿hay pruebas de que estos fenómenos tengan lugar en el mundo actual?

Tengo la esperanza de mostrar en este libro que las pruebas que autentifican la existencia de milagros son, de hecho, tan poderosas que su falsedad colectiva sería, literalmente, milagrosa.

Primera parte

Facultades milagrosas

Los milagros pueden ocurrir en la naturaleza que nos rodea, o bien pueden suceder en las personas. En esta sección, examinaremos lo que puede denominarse «facultades milagrosas», es decir, la capacidad de algunos místicos, tanto cristianos como de las tradiciones orientales, para producir maravillas que desafían todas las leyes del mundo físico que conocemos. El porqué esos individuos están dotados de tales talentos, y el cómo sus poderes son reflejo de sus vidas de austeridad y espiritualidad, son temas demasiado delicados y abstractos para especular con ellos. Más pertinentes para el estudio crítico de los fenómenos milagrosos son dos temas fundamentales: primero, ¿pueden documentarse científicamente las maravillas que produce esta gente tan especial?, y segundo, ¿qué factores físicos y psíquicos parecen provocar tales facultades?

Son muchos los distintos tipos de facultades milagrosas que se recogen en las vidas de santos, ascetas y hombres santos, no importa a qué religión pertenecieran estos individuos psíquicamente dotados. En los capítulos que siguen, nos ocuparemos de los relatos históricos y contemporáneos de tres de estas grandes facultades.

1
La levitación

Definición

La levitación puede definirse como la suspensión paranormal del cuerpo humano en el aire. Sin embargo, la palabra levitación es, en realidad, un término genérico pues no se refiere a un tipo específico de fenómeno. Por ejemplo, las levitaciones «simples» son casos en los que un santo o santón parece elevarse y, de repente, flota en el aire, a menudo contra su voluntad. También nos han llegado relatos que describen los «vuelos espirituales» de místicos y yoguis capaces de levitar y que, tras elevarse en el aire, se han encontrado cruzando los cielos. También hay casos registrados de levitación inducida deliberadamente, fenómeno casi siempre producido por los yoguis.

Sean ciertos o falsos estos relatos, las historias de levitaciones humanas no son raras. Presuntamente, algunos chamanes asiáticos pueden producirla, y también aparece en los casos de posesión «demoníaca». Es quizá el milagro más comúnmente mencionado en la literatura yóguica y del budismo tibetano, y en las vidas de los santos católicos. En su libro *Las maravillas de los santos*, el reverendo F. Fielding-Ould, sacerdote anglicano y experto en fenómenos psíquicos, apunta lo siguiente:

> Si acudimos a los registros de la Iglesia, vemos que este mismo fenómeno se observa en muchos casos. San Ignacio de Loyola (muerto en 1556), fundador de la Compañía de Jesús, en cierta ocasión fue visto por un tal Juan Pascal mientras oraba alzado a más de un palmo sobre el suelo. San Felipe Neri (muerto en 1595), levitaba «casi un palmo» en su lecho de enfermo a la vista de quienes le atendían. San José de Copertino (muerto en 1663), mientras celebraba los Misterios ante el duque de Brunswick, en 1649, se alzó unos centímetros del suelo y permaneció así durante seis o siete minutos. San Jaime de Ilirico (muerto en 1485) levitaba cuando rezaba; san Dominico (muerto en 1221) se alzaba unos centímetros del suelo cuando recibía la comunión. Algo parecido puede decirse de san Dunstan, san Felipe Benito, san Cayetano, san Alberto de Sicilia y san Bernardo Ptolomeo. San Ricardo, canciller de san Edmundo, arzobispo de Canterbury, testifica que vio a éste «alzado en el aire a gran altura, con las rodillas dobladas y los brazos extendidos».

Fielding-Ould prosigue con la mención de los casos más conocidos de levitación: santo Tomás de Aquino (1225-1274) y santa Teresa de Ávila (1515-1582), así como algunos casos conocidos que no han tenido lugar en ambientes cristianos.

Resulta difícil conseguir un recuento completo de los santos católicos de quienes se afirma que levitaban. En su *Die Christliche Mystik* (1842), J. J. von Görres, experto en mística católica, apuntaba una lista de setenta y dos santos que levitaban. En el número de enero de 1875 de la revista *Quarterly Journal of Science,* se publicaba una lista extensiva de docenas de santos que habían levitado. Una lista parecida fue recopilada por el doctor A. Imbert-Gourbeyre, experto francés en milagros, en su libro *La Stigmatisation* (1894). Otros veinte casos no mencionados por el doctor Imbert-Gourbeyre lo son por Herbert Thurston, sacerdote inglés que escribió varios volúmenes sobre los milagros, en su exhaustivo libro *The Physical Phenomena of Mysticism* (1952), que se publicó póstumamente. Por último Oliver Leroy, escritor católico cuyo clásico *La Lévitation* está considerado un tratado sobre el tema, cita unos doscientos casos.

Aunque, evidentemente, no hay escasez de material en este tema fascinante, los estudiosos están en desacuerdo sobre el valor de los relatos de levitación no comprobados, en oposición a los informes bien documentados del fenómeno, que son relativamente menos. Thurston, por ejemplo, afirma que muchos relatos son invenciones apócrifas de biógrafos exagerados. Al estudiar la vida de muchos santos y ascetas que supuestamente manifestaron este fenómeno milagroso, en algunos casos comprobó que no existían informes de primera mano escritos por contemporáneos de esos santos, ni referencias adecuadamente documentadas en los registros eclesiales que condujeron a su canonización. En muchos otros casos, los informes de testigos visuales se añadieron aparentemente muchos años después de que tuviera lugar el milagro. Para entonces, los testigos posiblemente habían alcanzado una edad avanzada y ya no recordaban con claridad los hechos que habían presenciado tantos años antes. Las conclusiones de Thurston eran que «en la investigación imperfecta y limitada que he tenido tiempo de realizar, he anotado los nombres de unas doscientas personas de quienes se afirma que se han alzado libremente del suelo en pleno éxtasis. En aproximadamente un tercio de estos casos, parecen haber pruebas, si no concluyentes, al menos sí respetables».

Pese a estos problemas, existen al menos algunos relatos excelentes de levitación en el cristianismo, tanto en escritos de los testigos como de los propios levitadores. Sin embargo, si la levitación presenta tantos informes, ¿por qué son tan escasos los relatos fieles de las personas que han experimentado en sí mismas esta levitación?

La respuesta a este interrogante parece hallarse en el modo en que los santos católicos entendían y experimentaban la levitación. Dada su humildad y su temor a la publicidad, la mayoría de los ascetas cristianos trataban de mantener en secreto sus poderes sobrenaturales. Se sentían más molestos que complacidos con los poderes que se les había otorgado, y

muchas veces procuraron voluntariamente que sus talentos psíquicos no fueran observados por nadie más. Casi resulta divertido leer cómo santa Teresa de Ávila hacía salir a toda prisa de la iglesia del convento a sus compañeras de rezos cuando notaba que se le venía encima una levitación. Los místicos de la Iglesia eran tan diligentes en su deseo de estar solos con sus dones divinos que nos podemos considerar afortunados de que algunos relatos de primera mano hayan llegado hasta nosotros.

Pese a este deseo de intimidad, varios santos nos han dejado descripciones detalladas de sus levitaciones. Estos relatos aparecen en sus diarios privados, autobiografías y en cartas a sus confesores o consejeros. Aunque debe reconocerse que esos testimonios no constituyen pruebas muy sólidas, ya que nos vemos obligados a aceptar los relatos tal como nos han llegado, parecen haber pocas razones para dudar de su sinceridad. Estos místicos parecen haber llevado unas vidas de honradez y virtud casi sobrehumanas, y una falsedad parece imposible ante su demostrada capacidad moral. Teresa Higginson (1844-1905), maestra y asceta inglesa, por ejemplo, padeció ataques de arrepentimiento y dolor toda su vida por una sencilla mentira infantil que contó en una ocasión a sus padres. Ejemplos similares podrían citarse en las vidas de otros místicos de la Iglesia.

Un típico relato autobiográfico de una levitación espontánea es el de la hermana María Villani, una monja dominica del siglo XVII que vivió en un pequeño convento italiano. Su informe, que extraemos a continuación de la declaración que realizó en una carta a su director espiritual, apareció originalmente en el libro de D. M. Marchese *Vita della V. Serva di Dio Suor María Villani*, publicado en Nápoles en 1717:

> En una ocasión, estando en mi celda, tuve consciencia de una nueva experiencia. Me sentí embargada y arrebatada de mis sentidos, hasta tal punto que noté como una fuerza que tiraba de mí hacia arriba por las plantas de los pies, como el imán atrae un fragmento de hierro, pero con una suavidad que me resultaba maravillosa y de lo más agradable. Al principio, sentí un gran temor, pero después quedé con el mayor contento y alegría de espíritu que pueda imaginarse. Aunque me sentía totalmente dueña de mí, y a pesar de ello, comprendí que estaba elevada a cierta distancia del suelo, y todo mi cuerpo permaneció suspendido durante un espacio de tiempo considerable. Desde entonces hasta la Nochebuena (1628), esta experiencia me ha sucedido en cinco ocasiones más.

Santa Teresa de Ávila

Quizás los más famosos e impresionantes relatos de levitación humana espontánea se conservan en los escritos de santa Teresa de Ávila, notables por diversas razones. En primer lugar, sus levitaciones fueron observadas por diferentes personas no relacionadas con la santa, por lo que no

debemos confiar sólo en las propias palabras de santa Teresa de Ávila al tratar de valorar sus relatos. En segundo lugar, santa Teresa era una mujer brillante —una devota asceta, religiosa dotada de éxtasis y dones paranormales, pero lo bastante práctica para poder administrar un convento con facilidad, razonamiento y firmeza—, y sus relatos son especialmente detallados y bien escritos. En tercer lugar, los documentos originales concernientes a sus levitaciones (en contraste a las fuentes secundarias) todavía pueden leerse.

Nacida en Ávila en 1515, santa Teresa demostró pocas virtudes religiosas durante su infancia. Proyectó casarse, y solía entretenerse con la lectura de libros de caballerías. De hecho, fueron sus preocupaciones seculares las que llevaron a su padre a poner a Teresa bajo el cuidado de una orden de monjas agustinas en 1531. Allí se educó no en religión, sino en la vida que le esperaba en el mundo. Sin embargo, por influencia de una de las monjas, Teresa empezó a mostrar interés por los asuntos espirituales, interés que aumentó gracias a un tío muy religioso, tras el regreso al hogar paterno. Su decisión final de convertirse en monja encontró poco entusiasmo en su familia y su padre se opuso con tenacidad a la idea de que Teresa abandonara el hogar para dedicarse a la vida religiosa. Entró en la orden de las carmelitas en 1535, pero fue impulsada a abandonarla debido a sus constantes problemas de salud. Durante varios años padeció una invalidez parcial, de la que se recuperó gradualmente. Tras su curación definitiva, Teresa inició los planes para fundar un convento propio, que se construyó en su ciudad natal de Ávila en 1562. Esta casa madre se extendería posteriormente a dieciséis conventos más. Teresa pasó el resto de su vida viajando de un convento a otro y supervisando sus actividades. Falleció en 1582, dejando varios escritos sobre su vida y su pensamiento filosófico.

En sus escritos autobiográficos, santa Teresa no cita muchos ejemplos específicos de levitación y admite que no fue un hecho frecuente en su vida. En cambio, ofrece unos relatos profundamente introspectivos de sus experiencias, mezclados con varias anécdotas de primera mano acerca de éstas. También menciona varios incidentes que le causaron un profundo desconcierto. Una vez, mientras se disponía a acercarse al altar de la capilla del convento, se elevó repentinamente del suelo ante la mirada de varias monjas presentes. El hecho la desconcertó tanto que posteriormente prohibió a las testigos la menor mención sobre el asunto. En otra ocasión, durante un servicio religioso, notó que se acercaba una levitación y, pese a que intentó con toda su voluntad seguir pegada al suelo, se empezó a elevar hasta quedar flotando en el aire. Por fortuna, varias monjas conservaron la presencia de ánimo suficiente para rodearla e impedir que la levitación fuera apreciada públicamente. Esas levitaciones trastornaban tanto a Teresa que ésta solía rezar para que cesaran. Sus plegarias fueron escuchadas, aparentemente, pues al final de su vida tuvo relativamente pocas levitaciones.

Santa Teresa fue uno de los pocos místicos que se ocuparon de escri-

bir relatos detallados de la verdadera experiencia interior de la levitación. Por ejemplo, en el siguiente pasaje explica cómo se siente uno al elevarse en el aire:

> Lo repito; me sentía y veía transportada, sin saber a dónde. Y, aunque notaba lo delicioso que resultaba, la debilidad de mi naturaleza me hacía temer al principio... Tan inquietante me resultaba que con frecuencia me resistía y ponía todas mis fuerzas para que no sucediera, en especial cuando el arrebato me sobrevenía en público. Y también lo hacía cuando me hallaba a solas, pues temía a las ilusiones. A veces conseguía, con gran esfuerzo, oponer una ligera resistencia, pero después me veía vencida, como si estuviera enfrentándome a un poderoso gigante; en otras ocasiones, me era absolutamente imposible resistirme. Entonces, mi alma se transportaba, y con ella casi mi cabeza, sin que tuviera yo ningún poder sobre la fuerza y, en ocasiones, hasta el cuerpo entero, de modo que me alzaba sobre el suelo.

Más adelante, santa Teresa describe con más detalle:

> Cuando trataba de oponer resistencia, me parecía como si una gran fuerza me alzara por debajo de los pies (...). Confieso que me provocaba un gran temor, sobre todo al principio; pues al ver el cuerpo de una alzado del suelo, aunque el espíritu se alza también con él (y con una gran dulzura, cuando no hay resistencia), los sentidos no se pierden; al menos, yo seguía lo bastante consciente para ver que estaba en el aire (...). Cuando el arrebato pasaba, tengo que decir que muchas veces mi cuerpo parecía capaz de flotar, como si no tuviera ningún peso, hasta el punto de que, a veces, apenas notaba que los pies tocaran el suelo.

Por fortuna, el proceso que llevó a la canonización de santa Teresa se inició apenas trece años después de su muerte, por lo que los testimonios adicionales provenientes de testigos consistían, probablemente, en recuerdos vívidos, muy detallados. Uno de los testimonios más directos es el de una monja interna en el convento teresiano de Segovia. Bajo juramento, la monja afirmó ante el tribunal de la Iglesia que investigaba la vida de Teresa, que había presenciado una de sus levitaciones al entrar en la capilla del convento, donde la asceta estaba orando. «Mientras yo la observaba —dijo la hermana Ana—, se elevó media vara del suelo, y sus pies no tocaban en él.» La monja se asustó mucho ante la visión, pero se acercó a santa Teresa para inspeccionar de cerca el milagro. «Me acerqué a donde estaba y puse la mano bajo sus pies, a los cuales permanecí llorando durante una media hora, mientras duró el éxtasis. Entonces, de repente, bajó al suelo y apoyó sus pies en él.» Al recobrar la conciencia, Teresa estaba confusa y, al saber que había sido observada durante el éxtasis, le ordenó a la hermana Ana que no revelara nunca lo que había visto.

Nueve testigos visuales más aportaron sus testimonios durante las audiencias previas a la canonización. Uno vio levitar a la santa en la iglesia, tras recibir la comunión, y la vio asirse desesperadamente a una reja

próxima, en un intento de permanecer en el suelo. Ese mismo testigo vio también a Teresa levitando mientras estaba en el coro con otras monjas, y la vio asirse a unas esteras colocadas en el suelo, para anclarse a él; pese a todo, se elevó en el aire ¡con las esteras firmemente asidas!

Los casos de levitación no comprenden sólo relatos de hace tres siglos. Un caso especialmente sonado recogido por Leroy se centra en san Serafín de Serov, un místico ruso que falleció en 1833. Leroy cita el informe de un testigo presencial que vio al santo levitando mientras oraba junto al lecho donde el testigo permanecía enfermo. El santo le dijo que se recuperaría sólo si no le decía nunca a nadie lo que había visto. Levitaciones relativamente recientes se documentan en las biografías de la hermana Marie Baourdie, una monja carmelita nacida en Siria que vivió en Belén y murió en 1878. Las levitaciones también acosaron con frecuencia a santa Gemma Galgani, monja italiana fallecida en 1913, y se sabe que ocurrieron durante la vida del padre Pio, monje de Foggia, Italia, que se convirtió en leyenda en vida, antes de morir en 1968. San Zacarías de Rusia fue visto «caminando sobre las aguas» antes de su muerte, ocurrida en 1936.

San José de Copertino

Quizás el caso más increíble, aunque perfectamente documentado, de levitación de un santo en la literatura occidental es el de san José de Copertino (1603-1663) quien, durante su vida, fue conocido como «el fraile volador». San José experimentó numerosas y espectaculares levitaciones en el transcurso de muchos años. A veces, las experiencias eran breves, mientras que en otras ocasiones se prolongaban varios minutos, e incluso horas. A veces, José se alzaba apenas unos centímetros en el aire; en otras ocasiones, se le veía deslizarse por el aire a varios palmos sobre el suelo.

Por lo que sabemos, el caso parece tan extraordinario que incluso Thurston lo cita con cierta incomodidad, y el padre Robert Smith, sacerdote católico, considera que los relatos sobre los vuelos del santo son «en algunos casos (...) ridículos». Sin embargo, el doctor Eric Dingwall, antropólogo británico experto en fenómenos psíquicos y uno de los más respetados estudiosos de la parapsicología, ha recogido, traducido y evaluado muchos de los relatos originales que atestiguaban las levitaciones de san José y sus vuelos espirituales. En su libro *Algunas rarezas humanas* (1947), cita más de cien referencias a san José y sus talentos.

San José nació en Copertino, donde su padre era carpintero. Desde su más tierna infancia, mostró inclinaciones por la vida religiosa y experimentó varios éxtasis místicos antes de cumplir los nueve años. Decidió hacerse fraile siendo aún adolescente y, aunque no había recibido mucha educación hasta entonces, fue admitido en una orden capuchina como

hermano lego, en 1620. Dadas sus múltiples distracciones y su mentalidad un tanto voluble, fue expulsado muy pronto y viajó durante unos meses antes de entrar por fin en una orden monástica, en un pueblo distante dos kilómetros de Copertino. Allí practicó actos tan austeros como vestir una simple camisa en invierno o flagelarse. Con el tiempo, fue acogido como clérigo en la orden de san Francisco en Altamura y, por último, accedió al sacerdocio en 1628.

Fue aproximadamente por esa época cuando san José empezó a experimentar levitaciones. Había viajado a Nápoles para presentarse ante una comisión de la Iglesia acusado de herejía y, mientras celebraba misa en el monasterio donde permanecía, levitó repentinamente en un rincón de la iglesia y voló por toda la capilla hasta el altar mayor. Apenas acababa de posarse otra vez, cuando de nuevo su cuerpo se elevó por los aires. El incidente fue presenciado por varias monjas y por el compañero de viaje de san José. Poco después de esta experiencia en Nápoles, san José viajó a Roma, donde levitó espontáneamente en el instante de arrodillarse para besarle los pies al papa Urbano III.

De Roma, san José fue a Asís, donde ocurrió una de sus levitaciones más notables y citadas en los libros. Según varios relatos de testigos presenciales, no bien había entrado san José en la basílica de un monasterio, donde había acudido a rezar, cuando levitó a la vista de un cuadro de la Virgen colocado cerca del altar. Levitó y flotó a unos cinco metros del suelo, por encima de un grupo entero de fieles, hasta poder besar el cuadro. Decenas de personas pudieron presenciar el hecho.

Muchos testimonios oculares de las levitaciones de José fueron recogidos y conservados por D. Bernino, y algunos figuran en su libro *Vita del P. Fra Giuseppe da Copertino* (1753). Dingwall, que estudió el libro de Bernino, escribe:

> Los vuelos y levitaciones de san José no siempre se produjeron en el interior de edificios, sino que en ocasiones acaecieron al aire libre. Por ejemplo, consta que cierto día un sacerdote, Antonio Chiarello, que paseaba con san José por el huerto del monasterio, le hizo notar lo hermoso que era el cielo que Dios había hecho. En ese instante, como si aquellas palabras fueran una invitación de las alturas, san José se despegó del suelo y se alzó en el aire, hasta ir a descansar sobre la copa de un olivo, donde permaneció en posición arrodillada durante media hora. El testigo apreció maravillado que la rama del árbol sobre la que se había posado apenas se agitaba, como si sobre ella se hubiera detenido un pajarillo. Parece que en esta ocasión san José recobró el sentido cuando todavía estaba en el árbol, pues el padre Antonio tuvo que ir a buscar una escalera para ayudarle a bajar.

Otro rasgo característico de las levitaciones de san José es que los presentes que intentaban tirar del santo cuando éste empezaba a levitar solían terminar en el aire, colgados de él. Nuevamente citamos el resumen elaborado por Dingwall de uno de los relatos de Bernino:

En la iglesia de santa Clara de Copertino se celebraba una fiesta en honor de la toma de hábitos de algunas novicias. San José estaba presente, arrodillado en un rincón de la iglesia, cuando las monjas entonaron el *Veni, Sponsa Cristi* (Ven, esposa de Cristo). Dando un grito habitual en él, san José corrió hacia el padre confesor del convento, un sacerdote de Secli, localidad cercana a Copertino, que estaba realizando el solemne servicio, le asió las manos... y, finalmente, ambos se elevaron por los aires en pleno éxtasis, el sacerdote sostenido por san José y éste sostenido por el mismo Dios, pues ambos eran hijos de san Francisco, aunque uno estuviera a su lado por temor, mientras que el otro lo estaba por santidad.

Al contrario que las levitaciones de santa Teresa, las de san José fueron presenciadas por varios testigos externos. Varios intelectuales notables de la época, incluso escépticos y no católicos, testificaron la autenticidad de sus levitaciones. Uno de esos testigos fue Johann Friedrich, duque de Brunswick y seguidor de G. W. Leibniz, el gran filósofo alemán. Friedrich viajó a Asís en 1651 con la deliberada intención de presenciar una levitación de san José. Tras considerables maniobras políticas, se le permitió ocultarse, con dos amigos, tras una puerta que llevaba a una capilla donde san José solía decir misa. Ninguno de los tres era católico. Mientras estaban allí, san José entró en la capilla, se arrodilló ante el altar y empezó a rezar. De repente, dio un grito, se alzó en el aire, flotó varios palmos hacia atrás y, después de flotar hacia el altar, regresó al suelo. El día siguiente, Friedrich pudo observar al santo levitar durante quince minutos. Se sintió tan sobrecogido por lo que acababa de ver que se convirtió al catolicismo. Sus dos compañeros luteranos, aunque no renunciaron a su fe, dejaron Asís profundamente desconcertados.

Entre otros testigos notables de las levitaciones de san José durante esos mismos años, se encontraba la hija de Carlos Manuel el Grande, duque de Saboya, Juan Alfonso Henríquez de Cabrera, embajador de España en Roma, y el hijo de Cósimo II de Austria, que con el tiempo se convertiría en cardenal bajo el reinado del papa Clemente IX, y que fue un pionero del desarrollo del sistema educativo en Italia.

En 1653, José recibió la orden de acudir a Urbino, donde ingresó en un monasterio capuchino. Para entonces era tan famoso que las gentes acudían donde dijera misa, con la esperanza de ver una de sus levitaciones. Finalmente, le abandonó la salud y, en 1663, mientras estaba en su lecho de muerte, sus médicos pudieron presenciar frecuentemente sus sorprendentes levitaciones. Apenas momentos antes de morir, el cirujano del fraile, Francesco Pierpauli, contempló varios de estos fenómenos. Pierpauli testificó posteriormente, ante los funcionarios eclesiales, que en cierta ocasión estaba examinando la pierna de san José, mientras éste permanecía tranquilamente sentado en un sillón. El santo entró en éxtasis y, de repente, se alzó a un metro del suelo durante su trance espontáneo. Pierpauli explicó también a los funcionarios que había intentado devolver al santo al sillón tirándole de la pierna, pero el cuerpo de san José permaneció rígidamente suspendido en el espacio. Dos médicos que asis-

tían a Pierpauli contemplaron también el milagro. Durante los días que siguieron, Pierpauli vio dos levitaciones más.

Las pruebas que dan veracidad a las levitaciones de san José son abrumadoras. Las observaron públicamente tanto amigos suyos como absolutos desconocidos, nos quedan numerosos relatos de testigos presenciales, no fueron actos secretos sino que ocurrieron muchas veces en lugares públicos y no nos basamos simplemente en las propias afirmaciones del santo. En pocas palabras, los testimonios relativos a las levitaciones de san José son refutaciones perfectas del tipo de críticas que suelen hacerse a las levitaciones de santa Teresa. Incluso fue beatificado en 1753, durante el pontificado del papa Benedicto XIV, quien se había convertido en la máxima autoridad católica sobre la naturaleza de los milagros. Benedicto XIV conocía minuciosamente las pruebas que respaldaban la autenticidad de los milagros de san José y, en su *De serverum Dei beatificatione*, afirmaba que el caso merecía reconocimiento y aceptación, lo cual resulta admirable ya que Benedicto XIV no era nada dado a creerse las historias sobre milagros.

La India y Extremo Oriente

Sin embargo, para encontrar un paralelismo directo con los vuelos espirituales de san José, tenemos que abandonar la hagiografía católica y volver los ojos a Oriente. Según los biógrafos de Milarepa, un santón tibetano que vivió de 1052 a 1135, este santo budista se sentía tan a gusto en el aire como en el suelo. Aunque no nos han llegado informes de testigos presenciales de sus poderes —los fenómenos psíquicos son considerados cosa normal en el Tibet, por lo que nadie se ocupa demasiado en documentar los hechos milagrosos cuando se producen—, existen relatos atribuidos al propio Milarepa. En sus notas autobiográficas, que uno de sus discípulos recopiló, Milarepa habla de la facultad de levitar y volar a grandes distancias. Según él, esta capacidad sobrenatural le vino como resultado de su preparación yóguica. Uno de los deliciosos cuentos de Milarepa narra su vuelo sobre la casa y los campos de un pariente. El hijo de éste, que estaba arando un campo, divisó al monje en plena levitación y llamó a su padre para que dejara de trabajar y observara el milagro. El pariente de Milarepa alzó la cabeza, vio al santo y se volvió a su hijo, ordenándole que volviera al trabajo y se olvidara de «aquel inútil». Tiempo después, Milarepa decidió abandonar sus acrobacias para dedicar su vida a asuntos más espirituales.

El caso de Milarepa no pretende ser una prueba, sino una indicación de lo extendida que está la creencia en el fenómeno de la levitación y la gran aceptación de que goza entre las tradiciones religiosas orientales. «Los santos de la Iglesia católica romana no son los únicos que manifiestan estos poderes», escribe Dingwall en sus notas biográficas sobre san José de Copertino. «Los santones y ascetas de la India y Extremo Orien-

te muestran numerosos episodios de levitación, y este fenómeno no es desconocido entre las tribus que llamamos primitivas.»

Las tradiciones yóguicas hablan de muchas prácticas que, se dice, inducen a la levitación, y hay grandes indicios de que éstas y otras prácticas similares pueden llegar incluso a funcionar. Nadie sabe con exactitud cuándo empezó a desarrollarse la práctica del yoga. Según la tradición, sus normas básicas ya se enseñaban en la India hace más de cinco mil años. El yoga como lo conocemos hoy día —y que consiste principalmente en métodos detallados de control corporal, ejercicios respiratorios y meditación— se sistematizó por primera vez en los *Yoga Sutras* de Patanjali, un estudioso indio de los siglos III y II a. de C. Sin embargo, casi todos los expertos creen que Patanjali sólo estructuró y divulgó un material que se transmitía por tradición oral desde, al menos, mil años antes.

A primera vista, no parece haber mucho de misterioso o arcano en las prácticas yóguicas, y los *Yoga Sutras* casi no hablan de cosas tan extrañas como facultades paranormales o el desarrollo de éstas. Sin embargo, hay un aspecto más místico y sobrenatural en esas enseñanzas yóguicas tradicionales. Escritos hindúes más recientes, como los *Hatha Yoga Pradipika* del siglo XII, tratan con detalle de fenómenos psíquicos como la percepción extrasensorial, el dominio de la materia por la mente y la proyección astral, y enseñan que la persona adquiere automáticamente poderes sobrenaturales mediante una adecuada preparación yóguica. Por ejemplo, ciertas formas de yoga (como el *Kundalini* yoga) que tienen su mayor desarrollo en la India y el Tibet, sostienen que dentro de cada uno, en la base de la columna vertebral, tenemos una energía dormida. Si se la despierta adecuadamente, esta energía tiene la facultad de viajar por la espina dorsal y excitar, a su paso, varios centros psíquicos. El «despertar» de estos centros (o *chakras*) se dice que proporciona al yogui unas facultades psíquicas específicas. Diversos tipos de poderes psíquicos (o *siddhis*) se relacionan con cada uno de los diferentes centros.

Según estas mismas enseñanzas, puede inducirse la levitación mediante determinados ejercicios respiratorios. Primero debe aprenderse a controlar la respiración, a regular el índice de absorción de oxígeno y la duración de la retención del aire, y a controlar ciertos métodos de exhalarlo. El dominio adecuado de tales métodos produce dos efectos fisiológicos que anuncian la verdadera levitación. En primer lugar, el cuerpo se pone a sudar y, en segundo lugar, la mente se bloquea unos instantes. Entonces, si el practicante está sentado en el suelo con las piernas cruzadas en la posición tradicional de yoga, el cuerpo empieza a saltar del suelo involuntariamente. Si el cuerpo se «equilibra» entonces adecuadamente con la absorción de oxígeno precisa, este saltar llega a convertirse en una auténtica levitación.

En mayo de 1977, hubo un considerable revuelo entre la prensa popular cuando el Maharishi Mahesh Yogui, fundador del movimiento TM (Meditación Trascendental), anunció que sus técnicas podían ayudar a la gente a aprender a levitar, así como otros *siddhis*. Según el número del 13

de junio de 1977 de la revista *Newsweek*, Robert Oates, biógrafo del Maharishi y portavoz del movimiento TM, comunicó a la prensa que varios maestros de TM habían conseguido ya dominar tales facultades sobrenaturales.

Con todo, se trata de un punto discutible, tanto si tal afirmación se hizo porque los practicantes de TM habían conseguido verdaderamente llevar a cabo esos fenómenos, como si se trataba de un truco publicitario utilizado para reclutar nuevos adeptos para el movimiento, como afirmaban algunos de sus críticos. Hasta la fecha, ningún miembro del movimiento TM ha levitado en público pese a los diversos desafíos que se han lanzado a sus adeptos. Asimismo, los maestros de TM se han negado continuamente a realizar tales demostraciones. De vez en cuando, han aparecido varias fotografías de presuntas levitaciones, facilitadas por diversas fuentes relacionadas con el movimiento, pero en todos los casos ha sido imposible analizar su posible veracidad. D. W. Orme-Johnson y J. T. Farrow han incluido algunos informes de segunda mano y/o anónimos en su antología *Investigación científica en el programa TM* (1977). Sin embargo, pese a ese título tan académico, el libro ha sido publicado por una institución del propio movimiento, por lo que difícilmente podemos considerarlo una fuente objetiva de información.

Aunque las afirmaciones del movimiento TM no parecen ser más que burdos engaños, los portavoces del grupo han basado sus afirmaciones en una tradición perfectamente auténtica, como comprenderá fácilmente todo aquel que haya comparado detenidamente la lectura del libro de Orme-Johnson y Farrow con la literatura tradicional del yoga.

Quizás el informe de primera mano más impresionante en la documentación de un caso de levitación yóguica sea el registrado por Louis Jacolliot, un inteligentísimo funcionario francés que viajó extensamente por Asia durante la década de 1860. Jacolliot no era un crédulo buscador de milagros, sino que era juez y dedicado estudioso de las religiones orientales. También fue un pionero en el estudio de la sexología antropológica.

El libro de viajes de Jacolliot, *Ciencias ocultas en la India y entre los antiguos* (1884), sigue siendo hoy, pese a su estilo y atractivo populares, uno de los volúmenes más importantes que se han escrito sobre la tradición psíquica del yoga. La mayor parte del libro está dedicada a exponer las enseñanzas psíquicas que se ocultan tras el yoga. Durante su estancia en la India, conoció y se hizo amigo de un faquir llamado Covindasami. El faquir, al parecer, estaba dotado de grandes facultades psíquicas y visitaba con frecuencia la residencia de Jacolliot, proporcionando a menudo al juez muestras de sus talentos paranormales. En 1866, Jacolliot se decidió a someterle a varios tests científicos, en cuyo transcurso pudo presenciar dos levitaciones completas, a plena luz del sol. La más impresionante de las dos tuvo lugar después de que Jacolliot y el faquir hubieran terminado una larga serie de experimentos. Decidieron hacer un alto para el almuerzo y Covindasami estaba a punto de abandonar la sala cuando, según Jacolliot:

(...) El faquir se detuvo junto a la puerta que llevaba de la terraza a las escaleras traseras y, con los brazos cruzados, se elevó (o así me lo pareció) lentamente, sin ningún apoyo visible, a aproximadamente un palmo del suelo. Pude determinar la altura exacta gracias a una marca en la que fijé la vista durante el corto espacio que se prolongó el fenómeno. Detrás del faquir colgaba una cortina de seda a franjas horizontales rojas, doradas y blancas, y advertí que los pies del faquir estaban a la altura de la sexta franja. Cuando vi que empezaba a alzarse, saqué el reloj. Desde que empezó a elevarse hasta que volvió a tocar el suelo pasaron unos diez minutos, de los cuales permaneció cinco suspendido e inmóvil.

Pese a que el informe del testigo resulta tan convincente como cualquiera de los documentados en la literatura católica, por desgracia el caso sólo cuenta con la palabra del propio Jacolliot, lo que ha llevado a ciertos escépticos (entre ellos Leroy) a argumentar que el francés se limitó a inventar la historia. Sin embargo, esta acusación está en abierto contraste con lo que conocemos de la vida y carácter de Jacolliot.

Otro tipo muy distinto de levitación que, se ha dicho, realizan también los faquires de la India es lo que puede llamarse «elevación», durante la cual el faquir levita su cuerpo mientras apoya una mano sobre un bastón o una caña. Estas elevaciones no sólo se han realizado muchas veces en público, en la India, sino que han sido incluso fotografiadas. En el número del 6 de junio de 1936 del *Illustrated London News*, se publicaba un artículo sobre el tema, acompañado de fotografías. El relato iba firmado por un periodista británico, P. T. Plunkett, que fue testigo directo.

Según el relato de Plunkett, el hecho —presenciado por docenas de espectadores— tuvo lugar en el recinto de una plantación de un amigo suyo, a las doce y media del mediodía, bajo un toldo sostenido por cuatro postes. Antes de levitar, el yogui, situado debajo del toldo, marcó un círculo en el suelo, prohibió que nadie entrara en él, se colocó en el interior, apoyó una mano en su bastón y, ante los ojos de los atónitos espectadores, se alzó de lado en el aire hasta que, al final, flotaba en él sin más apoyo visible que la mano ligeramente posada en el bastón. El yogui dejó entonces que los espectadores se le acercaran y le examinaran y después, lentamente, volvió a posarse en el suelo.

Plunkett quedó tan impresionado por la demostración que escribió en su relato del *London News*: «(...) Y como presencié el hecho junto a varios de mis amigos, estoy absolutamente convencido de la ausencia total de trucos».

Con todo, el relato de la demostración puede parecer más extraordinario de lo que era en realidad. En el informe, Plunkett admitía que, una vez terminada la exhibición, el cuerpo del yogui seguía estando extraordinariamente rígido, lo cual hace pensar que tal «levitación» pudo ser simplemente un astuto número de equilibrio que el yogui dominaba mediante una fuerza y control musculares extraordinarios, o bien que el bastón utilizado para sostenerse tenía algún truco.

Con todo, si realmente se trataba de un truco, su *modus operandi* era

invisible en las fotografías. En varias de éstas, tomadas a muy corta distancia, no parece que la mano del faquir asiera con fuerza el bastón, ni se aprecia signo alguno de tensión en los músculos de la mano o del brazo del yogui.

Lo más curioso de la levitación es que ha sido realizada por muchos faquires y yoguis de la India, siempre exactamente igual. John Keel, articulista norteamericano que viajó extensamente por la India durante los años cincuenta, contempló en cierta ocasión una demostración exactamente igual a la descrita por Plunkett y la incluyó en su entretenido libro *Jadoo* (1957). También Jacolliot vio realizar la «elevación» a Covindasami en la década de 1860. Jacolliot relata que un día, en el curso de unos experimentos, el yogui asió una caña que había en la sala.

> Con una mano apoyada en la caña, el faquir se alzó lentamente más de medio metro del suelo. Tenía las piernas cruzadas bajo el cuerpo y no cambió en absoluto su postura, que era la misma de las estatuas de bronce de Buda que los turistas se traen del Lejano Oriente, sin sospechar que la mayoría proceden de fundiciones inglesas.
>
> Durante más de veinte minutos, intenté comprender cómo podía sostenerse en el aire contra todas las leyes físicas y gravitatorias; era algo que quedaba absolutamente fuera de mi comprensión. El bastón no le proporcionaba ningún apoyo visible, y no tenía otro contacto aparente entre el bastón y su cuerpo, excepto la mano derecha levemente posada sobre el palo.

Jacolliot no llegó nunca a decidir si había visto una levitación auténtica o un sorprendente acto de equilibrismo.

Resulta difícil emitir un juicio sobre la autenticidad de estas elevaciones. Por un lado, la propia repetición de la manera de realizar la exhibición apunta a que se trataba de trucos. Por otro, en cambio, dado que Covindasami era capaz, al parecer, de auténticas levitaciones, cabe la posibilidad de que también esta «elevación» fuera realmente milagrosa.

Marie Baourdie

La discusión sobre la veracidad de las elevaciones paranormales se hace un poco más plausible si reexaminamos las levitaciones de la hermana Marie Baourdie. Una de sus levitaciones más bien documentadas tuvo lugar mientras cuidaba de un limonero en el huerto del convento. Una hermana lega observó con sorpresa que la monja se asía de una frágil rama y empezaba a flotar hasta la copa del árbol. Vio que los pies de la hermana Marie flotaban sin apoyo alguno y advirtió también que la monja parecía sostenerse en plena levitación con el mero contacto de su mano en las ramas (la monja sólo tocaba las ramas, no se asía a ellas). Así pues, por alguna razón, ciertas formas de levitación sólo parecen posibles cuando el ejecutante mantiene un ligero contacto con un objeto físico posado en el suelo.

Swami Rama

Otro tipo de levitación es la registrada por Swami Rama, un yogui indio contemporáneo. El testimonio de Rama tiene especial valor pues, al contrario de lo que sucede con la mayoría de los autoproclamandos «santones» del Oriente, éste ha permitido siempre que se estudiaran científicamente sus poderes. Varios tests, nunca realizados con anterioridad, fueron llevados a cabo por el doctor Elmer Green, autoridad en el dominio del *biofeedback*, en la Fundación Menninger de Topeka, Kansas, en 1970. Rama demostró tener un control perfecto sobre varias funciones automáticas del cuerpo y dio dos muestras claras de facultades psicocinéticas. En uno de esos casos, fue capaz de mover una aguja de hacer media equilibrada sobre un punto de apoyo, mientras permanecía sentado a varios palmos del objeto.

En su autobiografía, Rama cuenta un curioso suceso relativo a un maestro de yoga que acababa de morir junto a las orillas del Ganges. Aunque su cuerpo se había vuelto tan pesado que resultada difícil transportarlo, repentinamente «se elevó por los aires, al parecer *de motu propio*, y flotó lentamente en dirección al Ganges». Rama afirma que él mismo fue testigo presencial del hecho pero, dado que no proporcionó los nombres de otros testigos ni recogió los relatos de éstos, su informe sólo puede considerarse una anécdota en el peor sentido de la palabra.

Los ejemplos bien documentados de levitaciones yóguicas por parte de observadores occidentales son muy escasos, tanto que uno puede comprender fácilmente el argumento de Leroy, según el cual las evidencias de levitaciones entre los yoguis son claramente inferiores a las pruebas recogidas por la Iglesia para autentificar las levitaciones de sus santos y ascetas.

No obstante, uno de los pocos observadores con conocimientos científicos que ha presenciado algo parecido a una levitación es el doctor David Read Barker, que hasta hace poco era antropólogo en la Universidad de Virginia, donde trabajaba en la sección de parapsicología. Barker llevó a cabo su tesis doctoral en Nepal, donde vivió de 1970 a 1973. Había acudido a Nepal para estudiar la cultura de los refugiados tibetanos que habían formado comunidades en Nepal y el norte de la India en 1954, tras huir de la invasión comunista de su país. Barker presenció varios hechos presumiblemente paranormales e hizo un informe de sus investigaciones ante la vigésimoprimera convención anual de la Asociación Parapsicológica, en 1978. Durante los descansos de la reunión, describió que había contemplado a ancianos lamas escalar montañas, incluso de pendientes muy escarpadas, con una facilidad y rapidez tales que parecían tener algo de paranormal. Barker llegaba a sugerir que tales ascensiones podían constituir una forma de levitación.

Un relato más reciente de este mismo fenómeno es el registrado por el reverendo L. A. Fontana, biógrafo de la hermana María de la Pasión, una

monja italiana muerta en 1912. El padre Fontana, que fue confesor de la hermana María, proporcionó varios informes de primera mano sobre sus milagros, entre los que se incluían estigmatizaciones y ayunos sobrenaturales, en su *Vita de la Serva di Dio, Suor Maria della Passione* (1917). Una de las monjas de la orden religiosa de sor María informó en 1913 de lo siguiente:

Yo era aún novicia y, en una de las últimas ocasiones en que sor María de la Pasión pudo bajar al coro para recibir la Sagrada Comunión, la reverenda madre superior me ordenó que la acompañara de regreso a su celda, pues estaba tan enferma que tenía que regresar a la cama casi inmediatamente después de haber recibido la comunión. Pues bien, acabábamos de dejar el coro cuando advertí que la sierva de Dios, pese a hallarse en un estado de gran postración, subía las escaleras en un instante como si las remontara con alas, mientras que yo, que gozaba de una salud perfecta, no podía mantener su paso. Hasta tal punto me asombré que me pareció que sor María no tocaba el suelo, sino que verdaderamente volaba sobre el tramo de escalera que conducía a su celda.

El espiritismo

Igual que sucede con la mayoría de los milagros de los santos, la levitación parece recoger varias formas de fenómenos psíquicos conocidos por los parapsicólogos. Muchas personas dotadas de poderes psíquicos del siglo pasado y principios del actual afirmaron ser capaces de realizar estos hechos. Eran los tiempos de apogeo del espiritismo popular, un movimiento religioso que tuvo su origen en Estados Unidos en 1848. El espiritismo enseña que los vivos pueden ponerse en contacto con los muertos. Uno de los métodos utilizados habitualmente por los antiguos espiritistas para realizar esos contactos eran las mesas que se movían solas. En las reuniones típicas, un grupo de personas se sentaba alrededor de una mesa de madera en una sala a oscuras e intentaban mantener un estado de ánimo alegre. Colocaban las manos sobre la mesa y, al poco rato, ésta empezaba a moverse. Se inventaron entonces códigos para comunicarse por medio de ciertos movimientos, y, se decía, la mesa contestaba así a las preguntas o comunicaba mensajes enviados por los amigos o parientes de los participantes. Las prácticas espiritistas se hicieron, con el tiempo, más variadas y complejas. En ocasiones, la mesa no sólo se movía, sino que se alzaba en el aire, los participantes entraban en trance y los espíritus de los difuntos hablaban a través de ellos e, incluso, alguno de los reunidos llegaba a levitar.

Quizás el más conocido de los médiums de ese período fue Daniel Douglas Home (1833-1886). Escocés de nacimiento pero norteamericano de adopción, Home era famoso por sus levitaciones. Diversos testimonios de éstas, que tuvieron lugar tanto en salas a oscuras como a plena luz, fueron publicadas por lord Adare, un joven caballero británico que fue compañero de viaje de Home desde 1867 a 1869.

Adare describía cómo el médium levitaba durante unos instantes ante los reunidos durante una sesión espiritista celebrada el 20 de diciembre de 1868. En otra ocasión, Adare, su padre y Home habían entrado en una iglesia londinense cuando el médium cayó de repente en un estado de semi trance y salió del edificio en dirección a un muro derruido situado enfrente. «Todos le vimos acercarse —escribe Adare—, y levantarse del suelo ante nuestros ojos.» Home siguió flotando, pasó sobre el muro en ruinas, que medía medio metro de altura, y después regresó al suelo y salió del trance. En otra ocasión, Adare y dos amigos vieron levitar a Home durante una sesión en Londres; en el transcurso de esta sesión, el médium salió por una ventana del tercer piso y descendió hasta el suelo de la calle.

En 1871, Home colaboró con el profesor William Crookes, famoso químico británico de la época, en una serie de experimentos realizados en Londres. Crookes describió sus experimentos y varias levitaciones de Home en el *Quarterly Journal of Science*, revista de la que era editor. Una de las levitaciones más impresionantes del médium tuvo lugar en el propio hogar de Crookes. Él y Home habían estado sentados alrededor de una mesa, que luego Home intentó hacer levitar. Para ello, «se colocó en un rincón de la sala. Después de permanecer en pie, quieto, durante un minuto, nos dijo que estaba elevándose. Le vi alzarse lentamente, con un movimiento continuo hacia adelante y hacia atrás, y permaneció a unos quince centímetros del suelo durante varios segundos, tras los cuales descendió otra vez, poco a poco». Durante otra sesión, Crookes vio levitar a Home a un metro del suelo.

Home no solía producir sus levitaciones en total oscuridad. Prefería trabajar con una luz moderada para que los observadores tuvieran la oportunidad de estudiar a fondo sus demostraciones, en el transcurso de las cuales no era infrecuente verle levitar hasta el techo y pasar por encima de las cabezas de los reunidos.

Levitaciones místicas y levitaciones paranormales

Como puede verse en estos pequeños resúmenes, el milagro de la levitación ha sido realizado por personas con facultades paranormales, santos católicos y santones orientales. Sin embargo, ¿podemos decir que todas estas levitaciones son de la misma naturaleza, o difieren en algún aspecto significativo?

Hay algunas evidencias de que la levitación psíquica no es el mismo tipo de fenómeno que la auténtica levitación mística. Oliver Leroy trata el tema en gran profundidad en su *La Lévitation.* Desde su punto de vista de católico, Leroy argumenta que, mientras las levitaciones de los santos son de naturaleza divina, las levitaciones psíquicas o paranormales se deben, en la mayoría de los casos, a fuerzas diabólicas. Para demostrar su afirmación, Leroy apunta varias diferencias entre ambos tipos de fenómenos:

1) Las levitaciones místicas se consiguen mediante una pérdida de peso del místico, mientras que las levitaciones psíquicas parecen mantener en el aire a la persona por medio de una especie de sistema invisible de apoyo.

2) Los místicos de la Iglesia suelen irradiar luz mientras levitan, lo que nunca sucede con los psíquicos.

3) Los místicos de la Iglesia pueden levitar en cualquier sitio, mientras que los médiums sólo pueden provocar el fenómeno en locales cerrados, previamente preparados con ciertos requisitos.

4) La levitación mística puede producirse a plena luz del día, mientras que los dotados de poderes psíquicos sólo levitan en la oscuridad.

5) Mientras que se ha visto levitar a santos y místicos incluso cuando están enfermos, los médiums no pueden realizar la levitación cuando su salud está deteriorada.

6) Los místicos levitan durante éxtasis espontáneos, mientras que los psíquicos deben provocar deliberadamente el trance antes de realizar la levitación.

7) Los santos y ascetas de la Iglesia sólo levitan en privado, mientras que los psíquicos realizan exhibiciones en público.

8) La facultad levitatoria de los santos se debe, aparentemente, a la posesión de una gracia personal, mientras que las facultades paranormales de los médiums parecen ser un don heredado.

Aunque Leroy tiene razón al distinguir entre ambos tipos de fenómenos, la diferencia entre la levitación mística y la paranormal no es, desde luego, tan clara como él sugiere. En primer lugar, algunas de las diferencias de Leroy son infundadas. Por ejemplo, aunque era un punto de vista ampliamente aceptado por los parapsicólogos franceses de la época en que Leroy escribió su libro, no existen pruebas demostrativas de que las facultades paranormales sean heredadas. En segundo lugar, hay notables excepciones a muchas de las generalizaciones de Leroy. D. D. Home solía emanar un resplandor en torno suyo cuando levitaba, se alzaba en el aire tanto en recintos cerrados como al aire libre, y a veces levitaba espontáneamente. Por otra parte, las levitaciones de san José de Copertino no solían ser privadas y, aunque ciertamente no las proyectaba como tales, cabe perfectamente considerarlas como actuaciones públicas. Por último, la argumentación de Leroy según la cual la levitación mística se consigue mediante la pérdida de peso de la persona también es discutible. En su *Die Christliche Mystik,* von Görres afirma que los santos, al levitar, permanecen rígidamente fijos en el aire, incluso cuando se hacen intentos para devolverlos al suelo.

En general, la mayor parte de los puntos señalados por Leroy son válidos en cierto grado. Parecen existir diferencias básicas (aunque no inequívocas) entre la levitación mística y la paranormal, lo que sugiere que puede tratarse realmente de dos órdenes distintas de fenómenos psíquicos.

Aunque Leroy atribuye la levitación paranormal a las fuerzas diabólicas, llevado de sus prejuicios religiosos, algunas de las levitaciones mejor documentadas han tenido lugar, de hecho, en el contexto de casos de presunta posesión «demoníaca». La gran novela de William Peter Blatty *El*

exorcista proporciona un cuadro bastante ajustado —aunque algo exagerado— de este síndrome, incluida una descripción gráfica de una levitación parecidísima a la documentada en un caso real.

La posesión demoníaca no es un mito. Aunque muchas formas de enfermedad mental o física —como la histeria clásica o el síndrome de Gilles de la Tourette*— pueden mostrar algunos síntomas parecidos, el verdadero síndrome de posesión demoníaca también existe. Durante un caso típico de posesión, la víctima (generalmente un adolescente o un adulto joven) manifiesta, al principio, síntomas indistinguibles de una enfermedad mental. Se registran convulsiones, una «personalidad secundaria» habla por boca de la víctima, etcétera. Estos síntomas van seguidos después de otros sobrenaturales. La víctima empieza a mostrar dones proféticos y clarividentes y llega incluso a hablar y/o comprender idiomas extranjeros que nunca ha aprendido. También se registran en presencia de la víctima demostraciones espontáneas de psicocinesis, y a veces la víctima se pone a levitar a plena luz.

Durante el siglo XX se han registrado numerosos casos de posesión demoníaca. Quizás el ejemplo más conocido fue el ocurrido en Georgetown, cerca de Washington, D. C., en 1949, y que fue el caso en que se basó Blatty para su novela. Los hechos acaecidos fueron mantenidos en secreto por las autoridades religiosas, pero la verdad del caso fue filtrándose poco a poco después de que se realizaran la novela y la película de *El exorcista.* Una fuente autorizada de información sobre el tema es el libro de John Nicola *Posesión diabólica y exorcismo.* Nicola, sacerdote católico y experto en posesiones demoníacas, pudo examinar los documentos originales sobre el tema, incluidos los diarios de los sacerdotes que exorcizaron a la víctima. Asimismo, logró hablar con uno de los testigos, por lo menos.

La víctima real de la posesión fue un muchacho luterano, identificado como «Roland Doe» en todos los informes oficiales, que vivía en un hogar de clase media de Georgetown con sus padres y su abuela. Las primeras indicaciones de un ataque demoníaco tuvieron lugar el 15 de enero de 1949, cuando en la casa se empezaron a oír extraños ruidos y golpes. La familia atribuyó los raros sucesos al alma de un pariente muerto hacía poco, una tía de Roland, que había enseñado al muchacho a jugar con el tablero Ouija. Una vez desaparecidos los ruidos, pequeños objetos caseros empezaron a desmaterializarse y aparecer en lugares extraños, los

* El síndrome de Gilles de la Tourette es una enfermedad que provoca en la víctima tics, convulsiones y arrebatos irrefrenables de maldiciones y palabras obscenas. Este trastorno parece remotamente relacionado con ciertas formas de epilepsia psicomotora, y puede tener una base genética. Con todo, la etiología precisa de la enfermedad todavía no se conoce en profundidad. Algunas drogas, como el tranquilizante Haldol, parecen aliviar los síntomas, pero no existe curación conocida. El síndrome fue identificado como enfermedad por Gilles de la Tourette, alumno de J. M. Charcot, médico francés que fue un pionero en el estudio de las enfermedades mentales y nerviosas en la Salpêtrière, en Francia, durante el siglo pasado.

muebles se movían y los cuadros empezaron a caerse de las paredes. Los fenómenos poltergeist empezaron a surgir también en el colegio del muchacho. Sólo después de transcurridas algunas semanas desde las manifestaciones iniciales, empezaron a advertirse en el muchacho los síntomas de una posesión: comenzó a hablar en sueños y a gritar obscenidades.

Fue por esa época cuando la familia de Roland vio la primera de una serie de levitaciones del muchacho. Una noche, despertados de repente por los gritos del muchacho, corrieron a su habitación y contemplaron, horrorizados, cómo Roland y el colchón levitaban y permanecían suspendidos en el aire varios segundos. Citando a Nicola, aquel hecho «se repitió durante las semanas siguientes en diferentes camas, tanto en hogares privados como en el hospital». Los padres de Roland, que para entonces ya habían comprendido la necesidad de una guía religiosa para el caso, pidieron al clérigo luterano que habitualmente trataban, que interviniera. El religioso pasó una noche en el dormitorio de Roland y vio la misma levitación que habían observado los padres del muchacho unas noches antes.

La verdadera posesión siguió al inicio de las levitaciones. Roland sufría ahora violentos raptos, una «personalidad secundaria» controlaba su cuerpo y hablaba por medio de su boca, y toda su personalidad empezó a desintegrarse. Los padres estaban para entonces verdaderamente alarmados por la gravedad del estado del muchacho y acudieron a un exorcismo completo, según el rito católico romano, como única esperanza.

En marzo, el muchacho fue trasladado de Georgetown a un hospital católico situado en St. Louis, donde se llevaron a cabo los rituales del exorcismo. Los sacerdotes elegidos para administrar el ritual fueron el padre Raymond Bishop, el padre F. Bowdern, que anteriormente había estudiado el caso en sus inicios en Georgetown, y el padre Lawrence Kenny, sacerdote del lugar. Se guardó un diario detallado de los hechos sobrenaturales que tuvieron lugar durante el exorcismo. En los prolegómenos, el muchacho solía desembarazarse con fuerza sobrehumana de los asistentes que le mantenían en la cama, era capaz muchas veces de leer el pensamiento de los exorcistas, comprendía el latín cuando le hablaban en esa lengua, y levitó en varias ocasiones. La sala en la que se realizaba el exorcismo solía, asimismo, quedarse terriblemente fría.

Esas levitaciones no sólo fueron presenciadas por los exorcistas, sino también por varios sacerdotes más que actuaban como testigos de los rituales. Uno de ellos era el padre Charles O'Hara, profesor de la Universidad de Marquette, en Milwaukee. En los registros no queda claro el número de sesiones que se realizaron, pero O'Hara relataría posteriormente al padre Eugene Gallagher (profesor de la Universidad de Georgetown y primero en contar a Blatty, que era alumno suyo, los detalles del caso) que durante los rituales el muchacho conseguía a veces liberarse de los asistentes y volar de un punto a otro de la habitación:

Una noche, Roland se liberó de quienes le tenían asido y flotó por los aires en dirección al padre Bowdern, que estaba a cierta distancia de la cama, con el libro de exorcis-

mos en las manos. Presumiblemente, el objetivo del muchacho era agredir al padre, pero no consiguió alcanzar más que el libro. Y cuando su mano lo tocó —y le aseguro que lo vi con mis propios ojos—, el libro no se rompió, sino que literalmente se disolvió. El libro se transformó en confeti y cayó al suelo en pedacitos.

Tanto si es mística, demoníaca o paranormal, toda levitación parece representar un *orden* de fenómenos psíquicos y, por tanto, caen más en el reino de la parapsicología que en el de la religión. Pocas justificaciones hay, pues, para asumir que la *fuerza* física que produce el fenómeno sea necesariamente divina o demoníaca. La capacidad de levitar puede ser muy bien una potencia psíquica que todos poseamos, pues los parapsicólogos han llegado a la conclusión de que todo el mundo parece estar dotado de, al menos, minúsculas cantidades de poderes psicocinéticos.

Sin embargo, ¿cuál es la naturaleza de la fuerza que produce el acto telecinético y cómo esta fuerza produce la levitación? Existen fundamentalmente tres teorías que pueden explicar el misterio de la levitación. La primera dice que no se trata en absoluto de un fenómeno físico, sino que es una mera alucinación, aunque de un tipo muy especial. Tal es la teoría de Leroy, que expone en profundidad en su libro sobre el tema. Su conclusión es que la levitación es un «fenómeno no objetivo», una «alucinación divina» por la que Dios permite al místico *percibirse* a sí mismo levitando y proporciona a cualquier observador circunstancial una percepción similar.

Una versión correspondiente de esta explicación, sólo que secularizada, afirmaría que la persona que levita no está alzada del suelo en absoluto, sino que hipnotiza telepáticamente a su público y a sí misma, provocando una alucinación.

Pueden hacerse muchas objeciones a este tipo de teorías. Por ejemplo, si asumimos por un momento que la levitación es realmente una ilusión producida por la intervención divina, ¿no sería igualmente posible que un ser todopoderoso pudiera hacer levitar físicamente a una persona? La interpretación de Leroy tampoco tiene en cuenta las pruebas físicas que parecen determinar la levitación como un fenómeno objetivo. Existen fotografías que demuestran la veracidad de algunos casos. La teoría alucinatoria tampoco puede explicar levitaciones como las de san José de Copertino o la hermana Marie Baourdie. Ambos levitaban en ocasiones a las copas de los árboles u otros lugares elevados, donde se descubrían, de repente, cuando terminaba el éxtasis. En ocasiones, incluso se les tenía que ayudar a descender.

Argumentos similares pueden desmontar también la teoría de la «hipnosis colectiva». En realidad, no existe base alguna para la existencia de «hipnotismo en masa», y mucho menos para el «hipnotismo psíquico en masa».*

* Esta teoría se hizo popular en algunos círculos parapsicológicos durante los años treinta, cuando se dijo que un profesor universitario alemán había filmado el famoso truco indio de la cuerda. Según el informe, el profesor y varios testigos habían observado a

Una teoría más viable es la de que la levitación se produce por medio de una pérdida total de peso inducida, de modo que el cuerpo se alza en el aire como si se tratara de un globo de helio. Leroy, sobre todo, apunta que los cuerpos de los santos en levitación parecen flotar libremente en el espacio. En apoyo de esta teoría pueden citarse numerosas evidencias muy impresionantes. Por ejemplo, en su narración de la vida de María Coronel de Agreda, una monja española del siglo XVII, Thurston señala que «las monjas descubrieron que si soplaban en dirección a ella mientras levitaba, su cuerpo ondeaba por el viento producido, como si se tratara de una pluma o una hoja». Observaciones similares fueron realizadas por los testigos de las levitaciones de la hermana Beatriz María de Jesús (1632-1712). La vida de esta monja española fue recogida por el padre Tomás de Montalvo en su libro *Vida prodigiosa de la extática y venerable Madre Sor Beatriz María de Jesús* (1719). La hermana Beatriz solía levitar arrodillada en oración ante el altar de la capilla del convento. Las otras monjas advirtieron que cualquier corriente de aire que entraba en la capilla hacía que su cuerpo flotante se balanceara. También puede apuntarse que san José de Copertino y la hermana Marie Baourdie, quienes a veces levitaban a las copas de los árboles, nunca parecían torcer las ramas en las que iban a posarse.

Aunque no existen pruebas científicas de que el cuerpo humano pueda perder su peso, varios investigadores de la Unión Soviética han sugerido que puede existir una facultad innata de levitar mediante tal proceso. Este principio de la «biogravitación» se basa en la hipótesis de que cada célula del cuerpo emite «ondas gravitatorias» que pueden enfocarse fuera del cuerpo, formando así un campo antigravitatorio artificial alrededor del mismo. La existencia de tal fuerza explicaría anomalías biológicas como que cromosomas de diferentes pesos y tamaños se mueven uniformemente durante la división celular. También puede sugerirse que la levitación tiene lugar cuando el cuerpo está sometido a un campo de esta naturaleza, que puede vencer las leyes normales de la gravedad. Por desgracia, la teoría biogravitatoria no pasa de ser una teoría, y todavía nadie ha conseguido demostrar su autenticidad o falsedad.

Con todo, la idea de que la levitación tiene lugar cuando se crea alrededor del cuerpo un campo de fuerza psíquica es una posibilidad muy intrigante. Experimentos recientes han determinado que las personas dota-

un *swami* sentado en pleno campo, con una cuerda y un ayudante al lado. Después de un rato de meditación del *swami*, la cuerda flotó recta en el aire y el ayudante subió por ella. Posteriormente, cuando se reveló la película, el científico se quedó asombrado al comprobar que nada de lo que habían visto había sucedido en realidad. El *swami* había permanecido simplemente sentado, concentrado en su público. El profesor llegaba a la conclusión de que él y otros espectadores habían sido hipnotizados telepáticamente para ver el truco. Esta convincente explicación aparece en muchos libros sobre los poderes de la mente publicados entre los años treinta y cincuenta. En realidad, el relato es una pura invención, maquinada originalmente por un periodista en la década de 1890, pero resucitada de tiempo en tiempo.

das de facultades paranormales pueden alterar el nivel de energía de un área de reducidas dimensiones y reordenar la energía libre que existe normalmente en el aire. Incluso hay ciertas indicaciones de que estas personas pueden extraer del aire pequeñas cantidades de energía y redirigirlas a otras zonas. Un proceso de este tipo puede ser el principio en que se basa la levitación: por ejemplo, la mente de la persona que levita podría alterar físicamente la zona que le rodea, de modo que las leyes gravitatorias queden momentáneamente en suspenso y se consiga una pérdida total de peso. Esa teoría explicaría la aparente falta de peso de algunos santos y los raros casos en que los testigos que intentaban devolver al suelo a la persona levitante eran alzados junto con ésta.

La levitación también podría explicarse de modo parecido por medio de ciertos principios extraídos de la física cuántica. El doctor Richard Mattuck, físico de la Universidad de Copenhague, y el doctor Evan Harris Walker, eminente físico norteamericano de la Universidad Johns Hopkins, han propuesto lo que denominan «teoría de la psicocinesis por ruido térmico». Estos científicos apuntan que podría hacerse que un objeto físico «se moviera solo» si se lograra que alguna fuerza (como la mente humana) interfiriera en el movimiento al azar de las partículas subatómicas que contiene. Todo objeto físico es una suma de átomos, y cada átomo es una masa de partículas subatómicas que salen disparadas en direcciones al azar y en intervalos de tiempo al azar. En cambio, si algún tipo de energía fuera capaz de disponer estas partículas de modo que se movieran uniformemente y en la misma dirección, el objeto así dispuesto se movería en la dirección correspondiente. La levitación se produciría entonces si el proceso de ordenación interfiriera de algún modo en los átomos que componen el cuerpo humano.

La afirmación de Leroy de que todas las levitaciones de los santos se deben a esta pérdida de peso del cuerpo sigue, no obstante, abierta a la polémica. En su *Die Christliche Mystik,* von Görres cita varios casos de santos que permanecían tan rígidamente fijos en el aire tras la levitación inicial, que los testigos presenciales eran a menudo incapaces de devolverlos al suelo, incluso por la fuerza. (Un fenómeno similar sucede también durante las levitaciones demoníacas.) Este tipo de levitación tiene similitud, asimismo, con ciertos fenómenos registrados en las sesiones espiritistas con las mesas que se mueven. Muchos investigadores han apuntado que, una vez se ha conseguido que la mesa se alce sobre dos de las patas, hay ocasiones en que no puede devolverse la mesa a la posición normal, ni siquiera haciendo fuerza. El profesor Marc Thury, científico de la Universidad de Ginebra, fue el primero en observar el fenómeno, hacia 1850. Un grupo de experimentadores de Toronto recientemente tropezó con este mismo hecho en el transcurso de unos experimentos con las mesas que se mueven realizados bajo los auspicios de la Sociedad de Investigaciones Parapsicológicas de Toronto. Dichos experimentos se recogen en el libro *Conjurando a Philip* (1976), donde se explica detalladamente lo acaecido durante las pruebas. Tanto Thury como el grupo de Philip do-

cumentaron asimismo otro interesante fenómeno: los objetos colocados sobre la mesa no resbalaban cuando ésta se movía, sino que permanecían rígidos en su lugar, desafiando las leyes de la gravedad. Este fenómeno parece relacionado con el de las ropas de quienes padecen levitaciones demoníacas, que no cuelgan, como sería normal, durante los vuelos.

Una tercera teoría de la levitación es la de que cierta fuerza invisible deja realmente el cuerpo cuando tiene lugar el milagro y produce un sistema de apoyo de origen paranormal.

Estas teorías sólo son conjeturas que se han extrapolado con grandes cautelas de los contados hallazgos recientes realizados por parapsicólogos del mundo entero. Sin embargo, estas ideas en bruto pueden proporcionar, en el futuro, material suficiente para elaborar una teoría formal sobre la naturaleza de la levitación. También resulta totalmente razonable que no exista un único proceso por el que se produzca la levitación. Como ya se apuntó al inicio de este capítulo, la levitación es un término genérico que abarca muchos tipos distintos de efectos. Las diferentes formas de levitación pueden basarse en diferentes mecanismos operativos.

Todo avance decisivo en nuestra comprensión de este fenómeno llegará solamente cuando la comunidad científica pueda estudiar y observar de cerca la levitación. Por desgracia, en la actualidad, no parecen haber personas dotadas de facultades paranormales que sean capaces de llevar a cabo levitaciones, y no es muy probable que ninguna monja, sacerdote o asceta católicos que hayan experimentado recientemente fenómenos levitatorios esté dispuesto a revelar su poder y a someterse a las investigaciones de laboratorio. Quizá nuestra única alternativa esté en Oriente, en algún maestro de yoga que se avenga a levitar bajo la meticulosa mirada de los científicos. Entonces, y sólo entonces, podremos llegar a conclusiones más o menos definitivas sobre este misterio maravilloso.

2
Los estigmas

Definición

Si la levitación es el milagro mencionado con mayor frecuencia en la hagiografía cristiana, los estigmas son, probablemente, el fenómeno más complejo y controvertido. Según los diccionarios enciclopédicos, los estigmas pueden definirse como «las heridas que recibió Cristo durante la Pasión y Crucifixión; también, las marcas en el cuerpo correspondientes a estas heridas, que se dice aparecen milagrosamente en ciertas personas». Este capítulo tratará sobre la segunda definición del término. Sin embargo, este milagro constituye en realidad un misterio de múltiples aspectos, y una simple definición no hace justicia a la increíble diversidad de efectos denominados colectivamente «estigmatización». Dado que no hay dos ascetas cristianos en quienes los estigmas de Cristo se hayan manifestado exactamente del mismo modo, este fenómeno es probablemente el más controvertido de todos los milagros religiosos. Por otro lado, se trata de un fenómeno que se da únicamente entre cristianos pues, aunque la figura histórica de Cristo sólo fue una de entre los varios líderes religiosos que sufrieron crucifixión, únicamente el cristianismo ha desarrollado la tradición de las estigmatizaciones.

La impresión de los estigmas en una persona puede ser un milagro aún más frecuente que las levitaciones. Según el doctor A. Imbert-Gourbeyre, médico francés y autoridad en el tema, se han registrado 312 apariciones de estigmas desde el principio del cristianismo hasta fines del siglo pasado.* El doctor relata estos casos en su monumental estudio, en dos volú-

* Esta cifra está sujeta a polémica. Imbert-Gourbeyre basaba sus cálculos en los casos de estigmatización tanto visible como invisible (los casos en los que el paciente sentía el dolor de las heridas de la Pasión pero no llegaba a desarrollar lesiones visibles o hemorragias), y resulta discutible si estos últimos pueden considerarse verdaderamente milagrosos. Por otro lado, Thurston apunta en su *The Physical Phenomena of Mysticism* que Imbert-Gourbeyre se olvida de varios casos históricos en su estudio. Una enumeración exacta de los santos y ascetas que han manifestado estigmatizaciones puede resultar, por tanto, imposible de determinar. De los estigmatizados de la Iglesia, la mayoría son mujeres y sólo un cuarenta por ciento, aproximadamente, corresponde a varones. Hasta la fecha, sólo unos sesenta estigmatizados han sido beatificados o canonizados.

menes, *La Stigmatisation* (1894), que todavía constituye un trabajo de gran valor sobre el tema.

San Francisco de Asís

La mayoría de los estudiosos eclesiales mantienen que el primer asceta que mostró los estigmas fue san Francisco de Asís (1181-1226). Hijo de un rico comerciante, Francisco era un joven frívolo y disoluto que adoptó un modo de vida más austero sólo después de padecer varias enfermedades y contemplar los horrores de la guerra civil que por aquel tiempo asolaba Italia. Tras experimentar una visión mientras oraba en la iglesia de la ciudad de San Damiano, en 1207, se convirtió en predicador ambulante y fundó, con el tiempo, dos conventos, uno en la ciudad de Maria degli Angeli (cerca de Asís) y otro en Bolonia. Aunque nunca llegó a ser ordenado sacerdote, Francisco intentó hacerse misionero y viajó a Egipto con ese propósito. Sin embargo, al ver que su predicación no obtenía resultados, regresó poco después a su país. Hacia 1217, cuando el movimiento franciscano empezó a convertirse en una orden religiosa formal, se retiró de su liderazgo.

San Francisco recibió los estigmas en 1224, sólo dos años antes de su muerte. El 14 de septiembre, cuando realizaba un retiro de cuarenta días en el monte Alvernia, en los Apeninos, tuvo una visión mientras oraba a la entrada de una cueva. Se le apareció la figura de Cristo en la cruz y, al mismo tiempo, se le abrieron heridas en las manos, pies y costado. No se trataban de simples lesiones, sino que simulaban exactamente las heridas de Cristo. Estas heridas ya nunca le abandonaron.

Los contemporáneos de Francisco recogieron gran cantidad de descripciones de los estigmas del santo. La mayoría de estos testigos apuntaban específicamente que tales estigmas tenían dos rasgos fundamentales. En primer lugar, las heridas no sanaron ni tampoco se inflamaron, sino que permanecieron simplemente en su cuerpo hasta la muerte, e incluso después. En segundo lugar, en mitad de las heridas se formaron unas auténticas protuberancias que recordaban las cabezas de unos clavos. Tales protuberancias parecían formadas de carne endurecida, moldeada de modo sobrenatural para que las lesiones igualaran las heridas de la crucifixión. «Ningún poder de autosugestión ni estado patológico anormal alguno pudo conseguir que esa persona, dedicada a la contemplación, pudiera formar con la carne de las manos y los pies cuatro excrecencias callosas, en forma de clavo, que le atravesaban las extremidades y parecían remacharse en la parte de atrás», escribe Thurston. «Tal manifestación, de haber ocurrido de verdad, debería considerarse seguramente algo milagroso.»

Uno de los relatos testimoniales de la estigmatización de san Francisco fue el de Tomás de Celano, un amigo del santo, que escribió una biografía de san Francisco por orden directa del papa Gregorio IX:

> Sus manos y pies parecían atravesados por clavos; unas marcas redondas, las cabezas de los clavos, aparecían en la palma de las manos y en el empeine de los pies, y algunas pequeñas protuberancias de carne como puntas de clavos dobladas y aplastadas asomaban por el dorso de las manos y la planta de los pies. Además, su costado derecho mostraba una herida abierta, como si una lanza le hubiera atravesado, y a menudo rezumaba de ella un poco de sangre, de modo que su túnica y demás vestuario aparecían muchas veces salpicados de la sagrada sangre.

Celano relata también cómo los estigmas siguieron siendo visibles incluso después de la muerte del santo:

> Sus tendones no se contrajeron como suele suceder con los muertos, su piel no se endureció, sus miembros no se quedaron rígidos, sino que podían doblarse en cualquier dirección. Y mientras resplandecía con tal maravillosa belleza a la vista de todos y su carne se tornaba aún más radiante, era maravilloso ver, en mitad de sus manos y pies, no ya las huellas de los clavos, sino los clavos mismos formados de su propia carne con el color negro del hierro, y el costado derecho enrojecido de sangre.

En un libro posterior, Celano describía que las protuberancias como clavos en las heridas de san Francisco estaban «implantadas en la propia carne de tal modo que si se apretaban por un lado se alzaban por el contrario, como si fueran tendones». La descripción no se basaba sólo en impresiones visuales: «Quienes contamos estas maravillas no sólo las presenciamos, sino que las palpamos con estas mismas manos que ahora escriben estas líneas».

El relato de Tomás de Celano fue corroborado por san Buenaventura (1221-1274), obispo y teólogo italiano, que se convirtió en prior de la orden franciscana en 1257. También él escribió una biografía de san Francisco en la que apuntaba que las cabezas de los clavos estaban compuestas de un material ennegrecido y quedaban definidas con tal claridad dentro de las heridas que se podía pasar el dedo por debajo de ellas hasta alcanzar el propio agujero.

Varias características de los estigmas de san Francisco refutan cualquier teoría que pretendiera atribuir la formación de las heridas a la autosugestión. No hay explicación médica alguna para el hecho de que aparezcan profundas fisuras en las manos, pies y costado, y no simplemente zonas de piel sangrantes. En otras palabras, los estigmas sólo se formaron cuando la carne de Francisco se abrió para permitir la hemorragia. De igual manera, ninguna teoría médica puede explicar el hecho de que tales heridas no se cerraran ni infectaran nunca, ni el proceso por el que se formaron en su interior las protuberancias en forma de clavo.

Otros casos de estigmatización

Con san Francisco, nos encontramos en el inicio de una tradición constante de estigmatizados, tradición que se ha reafirmado en incontables ocasiones en el curso de los siete siglos siguientes. Durante los siglos que siguieron a la muerte del santo, la aparición de las heridas comenzó a asociarse a una ideología cada vez más compleja. Una de las primeras de estas variaciones tuvo lugar a mediados del siglo XIII, cuando la estigmatización quedó identificada como una representación visionaria y extática de la Pasión. En 1275, se publicó la biografía de una monja cisterciense estigmatizada llamada Elizabeth, que vivía en Herkenrode, cerca de Lieja. En el libro se describía cómo la monja entraba en un trance durante el cual parecía estar presenciando la pasión y crucifixión de Cristo. Estos vívidos trances se repetían y, durante ellos, los estigmas sangraban abundantemente. Elizabeth de Herkenrode pudo ser también la primera estigmatizada que sangraba por la frente, donde se le formaban, durante el trance, pequeñas heridas que imitaban las lesiones causadas por la corona de espinas de Cristo.

Otra tradición en auge durante ese período fue el fenómeno de las hemorragias periódicas de los estigmas, en oposición a las hemorragias continuas. Al parecer, esta versión del milagro fue exhibida por primera vez por una monja llamada Lukandis (1276-1309), que vivía en un convento en Oberweimar, Alemania. (Una biografía de la monja aparece en el volumen XVIII de los *Analecta Bollandiana*.*) Al igual que Elizabeth de Herkenrode, Lukandis era una visionaria. Durante su reconstrucción de la Pasión, solía azotarse y, por esta razón, algunos historiadores creen que sus estigmas pudieron deberse a lesiones que se autoinfligía. Sin embargo, esta teoría no puede explicar la extraña aparición periódica de hemorragias, que sólo eran abundantes los viernes y que desaparecían durante la Pascua, para reaparecer pasada ésta.

La primera manifestación de estigmas internos ocurrió durante el siglo XVII. Este fenómeno, en el que los estigmas afectaban a los órganos internos del cuerpo, tuvo uno de sus máximos exponentes en santa Verónica Guiliani (1660-1727).

Gran parte de lo que conocemos de la vida de Verónica proviene de un enorme libro, *Un tesoro nascoto ossia diario di S. Veronica Guiliani* (1895), que contiene el testimonio de la propia santa. Verónica era maestra de novicias y, más tarde, fue abadesa de un convento de Città di Castello en Umbria, Italia. Tenía renombre por su gran sensatez y eficiencia, aunque en su fuero interno era una apasionada asceta.

* Fundados en el siglo XVII, los bollandistas constituían una sociedad de estudiosos jesuitas dedicados al estudio de los santos desde una perspectiva histórica crítica. Con su sede central en Bruselas, este grupo fue pionero en el estudio de la hagiografía. Los bollandistas publicaron numerosos textos históricos comentados, uno de los cuales es el *Analecta Bollandiana.* Asimismo, publicaron una enciclopedia en varios tomos, *Acta Sanctorum,* sobre la vida de los santos.

Santa Verónica recibió los estigmas por primera vez en abril de 1697. A los tres años, le desaparecieron los estigmas de las manos y los pies, pero siguió mostrando la herida del costado. La hemorragia de esta herida parecía ser controlada por su confesor y sus superioras religiosas, y se abría y cerraba misteriosamente bajo las órdenes de éstos. También mostraba una herida en el hombro que representaba la que padeció Cristo cuando tuvo que sostener la cruz camino del Calvario. Esta herida tenía la forma de una concavidad tan profunda que dos cirujanos que la inspeccionaron tras la muerte de la santa se quedaron admirados de que hubiera conservado el uso de la mano derecha.

El rasgo más inusual de los estigmas de Verónica fue el efecto que tenían sobre sus órganos internos. Durante sus últimos años de vida, la santa creía que imágenes de los estigmas —en forma de cruz, de corona de espinas, de tres clavos, de espadas, etcétera— estaban estampadas directamente en su corazón. Incluso llegó a dibujar varios diagramas del corazón, mostrando la localización de esas imágenes y cómo variaban de posición. Tras su muerte, la autopsia reveló que, efectivamente, las imágenes estaban impresas en el corazón tal como la santa había dibujado en su último diagrama. Los dos médicos que la examinaron redactaron posteriormente un informe sobre lo acaecido.

Muchos de los santos y ascetas que han recibido los estigmas, han presentado también marcas impresas en sus corazones, aunque ninguna de ellas era tan compleja como las de santa Verónica. Santa Teresa de Ávila describe en sus confesiones que un ángel se le apareció en una visión y le clavó una espada en el corazón. Tras la muerte de la santa, se encontró en él una profunda y anormal fisura. Su corazón se guarda actualmente en Alba de Tormes, y la fisura todavía se aprecia claramente. Caterina Savelli de Sezza, una estigmatizada que murió en 1691, recibió la imagen de los estigmas de la Pasión mientras tomaba la comunión, en 1659. Sólo le sangraba la herida del costado, y después de morir se encontró impresa en su corazón una fisura como la de santa Teresa. El beato Carlos de Sezza, que murió unos treinta años antes que Caterina Savelli, presentaba una herida interna similar. La autopsia mostró que su corazón había sido traspasado por completo, y también se observaron en él las imágenes de una cruz y un clavo.

Durante los siglos XVII y XVIII, también se hizo evidente que muchos estigmatizados parecían compartir un cierto tipo de personalidad, que poseía además muchas de las características de conducta anormal que J. M. Charcot y otros pioneros de la medicina de mediados del siglo XIX encuadraron bajo el nombre de «histeria». Con ello no queremos decir que todos estos estigmatizados fueran simplemente individuos histéricos, sino sólo que cierto tipo de personas parecen ser más propensas a la estigmatización. Prácticamente todos los estudiosos del tema, incluido Thurston, han reconocido este hecho, aún manteniendo que los estigmas pueden ser, de hecho, un fenómeno preternatural.

Estigmas inducidos por hipnosis

La teoría de que la estigmatización es, al menos en parte, un fenómeno psicógeno ha estado incluso sometida a experimentación. A fines del siglo pasado, varios médicos franceses y alemanes intentaron inducir artificialmente los estigmas clásicos en sus pacientes por medio de la hipnosis. Charcot y algunos otros afirmaron haber conseguido reproducir las heridas y, por tanto, creían que los estigmas de los santos no eran en modo alguno de origen divino, o siquiera paranormal. Sin embargo, lo único que consiguieron estos médicos en realidad fue hacer que sus sujetos presentaran marcas rojas o manchas sobre la piel en las mismas zonas donde habitualmente aparecen los estigmas. Lo que no lograron en absoluto fue reproducir heridas abiertas o verdaderas hemorragias.

En 1933, volvió a surgir una gran polémica sobre las implicaciones de esta forma de estigmatización inducida artificialmente. En ese año, el doctor Alfred Lechler, médico alemán, afirmó haber provocado las heridas de la Pasión en un paciente histérico al que estaba aplicando un tratamiento por hipnosis. En su libro *Das Rätsel von Konnersreuth im Lichte eines neuer Falles von Stigmatisation*, Lechler describe cómo, mediante la hipnosis, había enseñado a una paciente protestante, Elizabeth K., a desarrollar los estigmas a voluntad por medio de la autosugestión. Con todo, los estigmas de Elizabeth K., entre los que se contaban marcas en las manos, pies, hombro y frente, mostraba diferencias con los estigmas místicos auténticos en diversos aspectos. Sus heridas eran sólo zonas de piel inflamada y enrojecida de la que manaban una o dos gotas de sangre, y no lesiones abiertas como las exhibidas por muchos ascetas de la Iglesia. Al contrario que los estigmas místicos, que solían durar toda la vida, las heridas de Elizabeth K. desaparecían al cabo de un par de días. En pocas palabras, Lechler había conseguido producir un efecto que sólo recordaba ligeramente el fenómeno auténtico.

Imbert-Gourbeyre también estaba preocupado por el tema y resumió las diferencias entre los estigmas inducidos por hipnosis y los auténticamente místicos en su libro *La Stigmatisation:*

1) Muchos estigmatizados verdaderos presentan amplias fisuras en la piel. En los casos de estigmas por hipnosis, no existen heridas abiertas; la sangre —en caso de aparecer— exuda a través de la piel.

2) Los estigmas místicos sangran periódica o perpetuamente. Los estigmas hipnóticos son efectos transitorios.

3) Las heridas de los estigmas místicos no curan nunca, ni pueden ser curados. Los estigmas hipnóticos sanan espontáneamente, sin intervención médica.

4) Los estigmatizados místicos suelen experimentar intensos dolores producidos por la hemorragia. Los estigmas por hipnosis parecen indoloros.

5) Los estigmas divinos aparecen siempre cuando el asceta está en pleno éxtasis o visión. Los sujetos hipnotizados sólo pueden producir el fenómeno en un trance inducido artificialmente.

6) El tejido que rodea el estigma místico no se pudre, ni se vuelve fétido, ni muestra signo de descomposición. Los efectos hipnóticos siguen un curso médico de curación totalmente normal.

Los estigmas genuinos también presentan diversas propiedades peculiares. La sangre que fluye de las heridas exuda, en ocasiones, un aroma dulzón y, a menudo, no se coagula ni se seca normalmente. «Se sabe», escribe Montague Summers en su *The Physical Phenomena of Mysticism* (1950), «que en no pocos casos en que se ha recogido la sangre de las heridas de un estigmatizado y se ha conservado en un frasco de vidrio (...) la sangre se ha licuado (tras haberse secado), tomando un color rojo rubí, como si estuviera llena de vida». Incluso hay testimonios de que a veces ha fluido sangre fresca del cuerpo de los estigmatizados ya difuntos.

Anne Catherine Emmerich

Ninguna historia general de la estigmatización estaría completa sin una mención a Anne Catherine Emmerich, la famosa vidente alemana. Emmerich era una pobre campesina que vivía en Westfalia. Se hizo monja agustina cuando era joven, y hoy todavía se la recuerda por sus frecuentes y detalladas visiones religiosas, cuyos relatos todavía se imprimen y llenan varios volúmenes. Recibió los estigmas por primera vez en 1812. Tanto las autoridades eclesiales como los médicos pudieron examinar sus heridas, pese a que siempre trataba de mantenerlas en secreto. Sus estigmas se cerraron permanentemente en 1818. Emmerich también mostraba una serie única de pequeñas heridas en forma de cruces que se imprimían a veces en su cuerpo. Una permanecía permanentemente en su pecho y sangraba cada miércoles. Sin embargo, su piel nunca llegó a abrirse realmente para dejar fluir libremente la sangre, sino que ésta rezumaba por la piel.

Los estigmas no son sólo cosa del pasado; casos milagrosos similares siguen produciéndose en la actualidad. Muchos estigmatizados de nuestro siglo han mostrado los mismos síntomas que afligieron a los místicos históricos de los que acabamos de hablar. Fenómenos como la inedia, la abertura sobrenatural de agujeros en la carne, las comuniones milagrosas: todas estas maravillas cuentan con el testimonio de personas fiables durante las últimas décadas. Los casos modernos contribuyen a establecer la veracidad de los relatos antiguos de estigmatizados, pues indican que los sacerdotes y médicos del pasado no estaban equivocados, probablemente, respecto a lo que habían visto.

Therese Neumann

La estigmatizada más conocida de los tiempos modernos es, probablemente, Therese Neumann (1898-1962), una campesina que pasó toda su vida en Konnersreuth, pequeño pueblo bávaro situado cerca de la frontera checoslovaca. Sus estigmas (que conservó durante la mayor parte de su vida) y sus otros milagros (entre ellos la bilocación y una inedia divina) fueron examinados por teólogos y médicos, tanto creyentes como escépticos. Al término de su vida, miles de visitantes habían acudido a Konnersreuth para reunirse ante su casa, con la esperanza de que se les permitiera entrar y conocerla, ver sus estigmas o contemplar sus éxtasis.

Neumann tuvo una infancia feliz. Era de una familia pobre, pero no indigente, y profundamente católica. Solía trabajar en las granjas cercanas en tareas domésticas o campesinas para ayudar a completar el presupuesto familiar. Era una chica saludable y buena trabajadora, y su gran meta era convertirse en misionera en África. Sin embargo, en 1918, sus planes se vieron interrumpidos por un rosario de graves enfermedades que anunciaron el inicio de su ascetismo religioso.

Lesionada mientras colaboraba en la extinción de un incendio producido en una granja cercana el 10 de marzo de ese año, Neumann se vio obligada a guardar cama. Durante los días siguientes intentó reincorporarse al trabajo, pero le resultó imposible. A principios de abril, se cayó por una escalera en casa de unos vecinos y sufrió una herida en la cabeza. Ingresó en el hospital el 23 de abril con violentas convulsiones y heridas internas, y lo abandonó el 10 de junio sin haber mejorado gran cosa. En agosto empezó a fallarle la vista y, a fines de ese año, Neumann se había convertido en una inválida, ciega y postrada en cama. Incluso entonces, la muchacha padecía intensas convulsiones, a menudo lo bastante violentas para arrojarla fuera de la cama. Todo su cuerpo se cubrió de llagas causadas por la prolongada estancia en el lecho, y pronto le resultó imposible retener alimentos sólidos.

El estado de invalidez de Neumann se prolongó durante varios años hasta que, repentinamente y una a una, todas sus lesiones físicas sanaron «milagrosamente». En aquel tiempo, la muchacha era profundamente devota de santa Teresita de Lisieux (1873-1897), una joven monja francesa cuya vida había servido de modelo a todos quienes la habían conocido. Aunque santa Teresita no fue canonizada hasta 1925, Therese Neumann ya la había adoptado como patrona espiritual desde muy temprana edad. El 29 de abril de 1925 —el mismo día en que fue beatificada Teresita de Lisieux—, Neumann sanó espontáneamente de su ceguera. Pocos días después su pie izquierdo, que había comenzado a gangrenarse por falta de uso, regeneró una nueva piel después de que se colocaran bajo sus vendas unas hojas de rosas procedentes de la tumba de santa Teresita. El 17 de mayo de 1925 —fecha de la canonización formal de la santa de Lisieux— la parálisis de Neumann desapareció instantáneamente. Y el 10 de septiembre, aniversario de la muerte de santa Teresita, Neumann se

sintió tan recuperada que pudo abandonar la cama sin ayuda.

Para los habitantes de Konnersreuth, la muchacha había sido objeto de una curación divina. Sin embargo, una explicación más razonable de los hechos, aparentemente milagrosos, sería que, en principio, la muchacha nunca había estado enferma de verdad. Visto el caso con la perspectiva que da el tiempo, es más que probable que su aspecto tuviera un origen básicamente psicógeno. Sus diversos síntomas —ceguera, convulsiones y parálisis— nunca fueron diagnosticados como debidos a una enfermedad física específica, y más bien parecen ser muestras reveladoras de histeria. El único misterio de sus «curaciones» era la regeneración de los tejidos del pie, pues tal curación no puede considerarse psicosomática.

Therese Neumann recibió los estigmas por primera vez durante la Cuaresma de 1926, en forma de las cinco heridas clásicas de la Pasión. Una noche estaba sola, acostada en la cama, en profunda contemplación, cuando tuvo una visión de Cristo ante ella. Mientras contemplaba la figura, notó un intenso dolor en el costado y un líquido caliente que le recorría el cuerpo. Al salir del éxtasis, descubrió que le salía sangre de una herida que se le había abierto en el costado. La herida siguió sangrando el día siguiente, dejándola exhausta. Visiones religiosas parecidas empezaron a asaltarla durante los viernes siguientes, y cada una de ellas presagió la aparición de una nueva hemorragia.

Al principio, la muchacha intentó guardar en secreto los estigmas y pidió a su hermana que le ayudara a lavar las ropas y la cama manchada de sangre. Sin embargo, su familia descubrió la verdad cuando se encontró en su habitación un lienzo manchado de sangre. El Viernes Santo entró nuevamente en éxtasis y toda la familia presenció cómo empezaba a fluir sangre del dorso de las manos, de los pies y del costado, mientras se le formaban en los ojos lágrimas de sangre. Para entonces, todavía no habían aparecido en sus manos los estigmas.

En 1926, Neumann describió la sensación que le producían los estigmas al párroco del pueblo, el padre Naber:

Las cinco heridas me duelen constantemente, aunque ya me he acostumbrado al dolor. Es como si algo me penetrara en las manos y los pies. La herida del costado parece como si realmente me alcanzara el corazón. Lo noto en cada palabra que murmuro. Si respiro profundamente mientras hablo en voz alta o apresuradamente, siento un dolor lacerante en el corazón. Si me quedo quieta, no lo siento. Sin embargo, soporto este dolor con resignación. En realidad, las heridas se cierran durante la semana. El verdadero dolor me viene de mucho más adentro. Noto mucho menos dolor cuando accidentalmente me toco el dorso de la mano o el empeine del pie que cuando el contacto es con la palma o la planta. Por ello, no puedo utilizar bastón, ni siquiera apoyarme en las plantas de los pies, y mucho menos andar.

La herida del costado está en un lugar distinto al que veo en Jesús. En mi caso, está justo encima del corazón, donde éste late. Está en el costado izquierdo, pero casi en el centro del pecho. Me han dicho que gente ilustrada ha discutido sobre todo esto desde

muchos puntos de vista, pero yo sólo puedo decir lo que veo y lo que siento, aunque a algunos les gustaría más escuchar lo que les interesa oír.

Los estigmas se intensificaron tanto a fines de 1926 que el viernes, 19 de noviembre, aparecieron en la frente de Therese ocho pequeñas heridas que representaban la corona de espinas. Para 1927, las heridas de las manos se habían transformado en agujeros que las atravesaban de lado a lado. Según un testigo, «las heridas de manos y pies se abrían paso desde el dorso y el empeine hacia adentro, y asomaban por las palmas y plantas». También la herida del costado se ahondó, abriendo un profundo surco en su pecho. En ocasiones los estigmas presentaban incluso un resplandor. (Este misterioso fenómeno fue fotografiado el 17 de mayo de 1927 mientras Neumann oraba en la iglesia del pueblo.) La última herida apareció el 8 de marzo de 1928, cuando se le abrió en el hombro una lesión por la que también manaba sangre.

Hacia 1930, los estigmas de Neumann comenzaron a imitar los de san Francisco de Asís. Unas protuberancias en forma de cabeza de clavos surgieron lentamente en el interior de las heridas de las manos. Aquellas estructuras semicórneas, formadas aparentemente con piel endurecida, fueron examinadas por varios doctores y sacerdotes. Éstas le traspasaban completamente pies y manos, cubriendo casi toda la zona de las heridas. Los «clavos» podían apreciarse en el dorso de las manos, y aparecían doblados en las palmas; lo mismo sucedía en los pies. Un tejido blando, como una membrana, rodeaba los «clavos». Durante los éxtasis, las membranas se desgarraban para dejar fluir la sangre.

Los estigmas sangraban periódicamente, y las hemorragias solían acompañar sus frecuentes experiencias visionarias. Los viernes, entraba en un profundo trance durante el cual revivía toda la Pasión como si estuviera presenciándola, y sólo recuperaba la conciencia horas después. Durante estas visiones manaba sangre copiosamente de sus manos, pies, frente, hombros y ojos, y tenían que aplicársele continuas vendas para recoger la sangre. (Cosa extraña, las vendas normales parecían agravar las heridas.) Estos éxtasis llegaron a hacerse tan habituales que los vecinos de Konnersreuth solían reunirse con devoción ante la casa familiar cada viernes, con la esperanza de que se les permitiera el paso.

Therese Neumann, como muchos ascetas, estaba dotada de otros poderes milagrosos además de los estigmas clásicos. Tenía una extendida fama como sanadora, y se dice que en contadas ocasiones llegó incluso a la bilocación, es decir, a estar en dos lugares a la vez. Cuando estaba en trance, se hacía extremadamente clarividente y, en ocasiones, predijo el futuro. Sin embargo, aparte de los estigmas, su milagro más famoso fue su inedia, su total abstención de alimentos. En 1927, tuvo una visión en la que se le comunicó que ya nunca tendría necesidad de alimentos terrenales. A partir de esa fecha, no volvió a comer o beber nada, pese a lo cual mantuvo la salud, no tuvo pérdida alguna de peso y, aparentemente, gozó de una vida físicamente normal.

La inedia de Neumann también fue estudiada con actitud crítica. En 1927, cuando se manifestó por primera vez dicha inedia, el obispo de Regensburg le pidió al padre de la estigmatizada que permitiera quedarse en el hogar de los Neumann a una comisión que verificara la naturaleza paranormal de tal ayuno. El señor Neumann accedió y, desde el 14 hasta el 28 de julio, cuatro monjas permanecieron en la casa para tener a Therese Neumann bajo constante observación. Las monjas permanecieron en su presencia fuera donde fuese, e incluso la ayudaron a bañarse para asegurarse de que no bebía agua del baño. Si se lavaba los dientes, tenía que medirse el agua empleada, antes y después, para verificar que no se tragara una parte. La mujer superó la prueba sin pérdida alguna de peso o de energía. Este test parece concluyente, pues, si bien el cuerpo humano puede vivir sin comida durante esos catorce días, no puede abstenerse de líquidos durante tal período.

Neumann también gozaba de comuniones divinas. Cuando se arrodillaba ante el altar de la iglesia del pueblo para recibir la comunión de manos del párroco, la hostia volaba a veces de la mano del sacerdote y flotaba en el aire hasta su boca. De este milagro se tomó en una ocasión una fotografía. Otras veces, la hostia depositada en su lengua se desmaterializaba, simplemente, antes de que pudiera tragarla. Durante varios éxtasis en su hogar, caía arrodillada y extendía la lengua, sobre la cual aparecía misteriosamente una sagrada forma.

Por último, hasta las hemorragias de sus heridas resultaban milagrosas. Las heridas de Therese Neumann sangraban contra las leyes de la gravedad. Este fenómeno fue perfectamente presenciado el 8 de julio de 1927, cuando un periodista del *Berliner Hefte* visitó a la estigmatizada en su hogar. Los familiares le escoltaron a la habitación de la mujer, donde pudo presenciar cómo revivía la Pasión, sentada muy erguida en la cama.

«Pronto se formó en uno de los estigmas del pie una gota de sangre que fue aumentando de volumen», informaba el periodista. «Creció y creció de tamaño hasta que rebosó de la herida. La ley de la gravedad hubiera exigido que la sangre fluyera hacia abajo, pero no fue así. Al contrario, la sangre corrió directamente hacia arriba, hacia los dedos, exactamente como sucedió hace casi dos mil años en la cruz de Cristo.»

Tras un meticuloso examen de este caso, parecen haber pocas dudas respecto a que los estigmas de Therese Neumann eran de naturaleza sobrenatural e histérica a la vez. Ciertamente, poseía la personalidad frágil y premórbida típica de tantos estigmatizados. Igual que tantos escritores sobre el tema, el profesor Jean Lhermitte, de la Facultad de Medicina de París, considera que los fenómenos de Neumann «son de naturaleza histérica y no deben, por tanto, considerarse sobrenaturales*». Sin embargo, advierte el profesor que «el hecho de que la estigmatizada haya estado afectada de histeria no es necesariamente un impedimento para que

* La palabra *sobrenatural*, en este contexto, no es sinónimo de *paranormal*, sino que significa gracia concedida por Dios.

esté dotada de impulsos, fervorosa devoción y dones místicos auténticos». Incluso Thurston, que en último término no se pronuncia sobre la naturaleza de los estigmas de Therese Neumann, nos recuerda a menudo en sus escritos que el hecho de que un asceta padezca de histeria no es óbice para que su devoción religiosa pueda considerarse auténtica y para que se vea dotado de dones sobrenaturales.

En pocas palabras, el caso de Therese Neumann resulta imposible de evaluar, hoy por hoy. Sus estigmas no pueden considerarse separadamente de sus demás dotes psíquicas, y toda teoría que intente explicar la naturaleza de sus sagradas heridas debe explicar también sus otros poderes místicos, entre ellos la clarividencia, las bilocaciones y la facultad de sanar a los enfermos. Con todo, parecen haber pocas dudas respecto a que la estigmatizada de Konnersreuth fue una auténtica asceta y realizadora de milagros.

Francesco Forgione (Padre Pio)

En 1918, vio la luz pública un caso de estigmatización que se convertiría en centro de la atención científica y religiosa durante el medio siglo siguiente, y que sólo puede considerarse exclusivamente paranormal.

Francesco Forgione, que más tarde sería conocido simplemente por Padre Pio, nació en el seno de una pobre familia de Pietrelcina, Italia, el 25 de mayo de 1887. Como tantos otros estigmatizados y realizadores de milagros, era fervoroso creyente desde muy tierna edad, pese a que sus padres no lo eran mucho más que la mayoría de italianos de aquellos finales de siglo. El primer tutor del muchacho fue el anciano párroco del pueblo y, cuando terminó los estudios primarios, también Francesco había decidido hacerse fraile. A los quince años ingresó en un monasterio de una ciudad cercana y adoptó el nombre de hermano Pio. Debido a su extrema austeridad durante la permanencia en el monasterio, incluidos largos ayunos, su salud se quebrantó por completo y sólo la dedicación de su madre, a quien fue enviado por sus superiores, consiguió devolverle la salud. Sin embargo, regresó al monasterio en 1910 y allí fue ordenado fraile al cabo de un tiempo. Poco después, ingresó en el monasterio de San Giovanni Rotondo, en Foggia, donde permaneció el resto de su vida.

Hay algunas pruebas de que el Padre Pio sufrió los dolores de estigmas invisibles ya hacia 1915. Durante una visita al hogar familiar en septiembre de ese año, sus parientes advirtieron que parecía tener dificultades para utilizar las manos. Con todo, las verdaderas heridas de los estigmas surgieron durante un éxtasis que experimentó en 1918, tras decir misa en el monasterio. Estaba arrodillado en uno de los bancos de madera de la iglesia cuando se apareció ante él la figura de Cristo.

«Cuando lo vi me sentí aterrorizado», escribió más tarde el Padre Pio a su consejero espiritual. «No puedo explicar lo que sentí en aquella ocasión. Sentí como si me fuera a morir, y así hubiera sido si el Señor no hu-

biera intervenido y me hubiera sostenido el corazón, que casi sentía saltárseme del pecho. La visión se desvaneció, y advertí que mis manos, pies y costado estaban perforados, y sangrando profusamente.»

También explicaba el Padre Pio que «sentía como si un punzón de hierro me entrara en lo más profundo del pecho y me cruzara la parte inferior del hombro derecho», lo cual le causaba un vivísimo dolor. La herida del pecho era la más grave de las que recibió ese día y, desde entonces, continuó sangrando periódicamente, desde la tarde del jueves hasta la mañana del sábado, durante el resto de sus días.

Los estigmas fueron sólo uno de los muchos dones espirituales que recibió el Padre Pio durante esa época. También desarrolló poderes de bilocación, curativos y proféticos y la capacidad de leer los pensamientos. Incluso se informó de que era capaz de controlar el estado del tiempo de la zona. En ocasiones, cuando entraba en una habitación, el aire se llenaba de un maravilloso perfume, parecido al aroma que emanaba de sus estigmas o de los objetos que tocaba.

Al principio, el Padre Pio intentó ocultar los estigmas poniéndose guantes, pero pronto los responsables del monasterio reunieron en San Giovanni Rotondo a varias autoridades médicas para que examinaran las heridas que el fraile ya no podía ocultar más. Entre los doctores, hubo el reconocimiento casi unánime de que los estigmas del Padre Pio no eran heridas ordinarias. Ningún tratamiento médico convencional servía para curarlas, y le atravesaban completamente las manos, de lado a lado.

Entre 1918 y 1920, los estigmas del Padre Pio fueron estudiados en profundidad por el doctor Luigi Romanelli, jefe de servicio del Hospital Municipal de Barletta, a petición de los superiores del monasterio. El doctor Romanelli hizo un total de cinco exámenes de los estigmas y emitió un informe en noviembre de 1920. He aquí, en parte, sus conclusiones:

El Padre Pio tiene un corte muy profundo en el quinto espacio intercostal izquierdo, de siete u ocho centímetros de longitud, paralelo a las costillas. Su profundidad es considerable, pero difícil de medir con precisión. En la mano presenta abundancia de sangre arterial. Los bordes de las heridas no están inflamados y son muy sensibles a la menor presión. Las lesiones de las manos están cubiertas de una membrana rojo cárdeno, pero no hay edema (hinchazón) o inflamación. Al apretar la palma y el dorso de su mano con mis dedos, tuve una sensación de espacio vacío. Al presionar de este modo, no se puede precisar si las heridas de la palma y el dorso están comunicadas, pues una presión moderada produce en el sujeto un dolor intenso. Con todo, he repetido varias veces el doloroso experimento, por la mañana y por la tarde, y debo admitir que en todas las ocasiones he llegado a la misma conclusión.

Las lesiones de los pies tienen las mismas características que las de las manos pero, debido al grosor del pie, ha resultado difícil llegar a conclusiones tan precisas como en las manos.

He examinado al Padre Pio en cinco ocasiones a lo largo de quince meses y, aunque a veces he notado algunas modificaciones en las lesiones, no he conseguido clasificarlas en ningún orden clínico conocido.

Los superiores del Padre Pio verificaron que las heridas estaban causadas aparentemente por fisuras que penetraban directamente en sus manos. El abad del monasterio testificó que incluso en ocasiones podía verse a su través si se miraba cuando dejaban de sangrar.

Otro examen médico fue realizado por el doctor Giorgio Festa, médico romano, en octubre de 1919. Festa observó que las heridas de manos y pies del fraile, aunque resistentes a una curación normal, quedaban cubiertas por costra que se disolvía periódicamente para dejar que la sangre fluyera. A continuación, se formaba una nueva costra sobre la herida abierta.

Festa también apuntó que las heridas de los estigmas atravesaban completamente las manos del Padre Pio: «Si las autoridades superiores me interrogaran sobre este extremo, tendría que responder confirmándolo, tal es la certidumbre de la impresión que recibí. Creo que incluso se podría ver cualquier objeto o leer un texto colocado al otro lado de la mano».

El médico de cabecera del fraile durante muchos años, doctor Giuseppe Sala, sometió al paciente a varios análisis de sangre, pero fue incapaz de encontrar nada inusual en ella, ni llegó a ninguna explicación convincente para el maravilloso perfume que con tanta frecuencia exhalaba. Llegó a confesar al reverendo John Schug, sacerdote norteamericano y biógrafo del Padre Pio, que las heridas no podían considerarse de naturaleza psicógena y que, pese a que el Padre Pio perdía el equivalente a una taza de sangre cada día, nunca había mostrado síntomas de anemia.

El Padre Pio conservó los estigmas hasta su muerte, el 23 de septiembre de 1968, tres días después del decimoquinto aniversario de la aparición de éstos. Aunque durante la mayor parte de ese período las hemorragias habían sido copiosas, los estigmas se habían hecho menos activos en los últimos tiempos, cuando en lugar de sangre fresca rezumaba un suero espeso de las heridas.

¿Milagro religioso?

Dado que los estigmas son un milagro religioso, la Iglesia ha avanzado sus propias teorías para explicar su causa y naturaleza. Una propuesta es la de que los estigmas son «carismas», signos otorgados a personas especialmente santas para ejemplo espiritual de otras. Una segunda teoría dice que el milagro se realiza en el asceta para ayudarle en su crecimiento espiritual, mediante los padecimientos que provocan las heridas. Una tercera explicación, rechazada por muchos personajes conservadores de la Iglesia, es que los estigmas son el resultado de una «contemplación mística», esto es, que son fundamentalmente un efecto de autosugestión causado por un profundo fervor religioso.

Por plausibles que puedan parecer estas teorías, ninguna de ellas proporciona una explicación plenamente convincente para los estigmas. Ni

la primera ni la segunda tienen en cuenta la reconocida relación entre los estigmas y los trastornos histéricos de personalidad. Una objeción más seria es la de que, si los estigmas fueran de verdad milagros divinos, podría esperarse que la situación de las heridas correspondiera a las del propio Cristo. Sin embargo, de hecho, las heridas aparecen en la localización *tradicional* de las heridas de la Pasión. Es habitual la imagen de Cristo crucificado clavado a la cruz por las manos y los pies, precisamente las zonas por las que sangran los estigmatizados. Sin embargo, sabemos ahora que Cristo probablemente estuvo asegurado a la cruz mediante clavos insertados en las *muñecas.* Era una práctica romana crucificar a los delincuentes de esta manera, y varios esqueletos fechados en la época de Cristo lo demuestran. Los clavos insertados en las palmas de las manos no podrían sostener el peso de un cuerpo suspendido en la cruz, pues desgarrarían la carne. Más que una auténtica impresión de las heridas de la Pasión, los estigmas parecen, pues, una representación estilizada de las mismas.

La hipótesis de la «contemplación mística» fue propuesta por primera vez hace varias décadas por Dom Alois Mager, un sacerdote de Salzburgo. Mager desarrolló su teoría sobre la premisa de que los estigmas místicos no son, en modo alguno, sucesos preternaturales, sino hechos similares a los falsos estigmas inducidos mediante hipnosis o autosugestión. Con todo, como ya ha quedado dicho anteriormente, esta premisa es muy cuestionable, pues, sea cual sea su naturaleza, los estigmas son atribuibles, al menos en parte, a causas paranormales. La sugestión no puede producir agujeros abiertos en las manos, ni perfumes que emanan de la sangre, ni hacer que la sangre corra contra la ley de la gravedad. La teoría de Mager sólo sería sostenible si aceptáramos que los efectos autosugestivos también pueden afectar a la dimensión psíquica o paranormal. Más adelante, en este mismo capítulo, trataremos esta teoría en mayor profundidad.

Probablemente, los argumentos más autorizados en contra de la naturaleza divina de la estigmatización son los presentados por Herbert Thurston, pues rechazaba la interpretación meramente religiosa del milagro por las razones siguientes:

Primero, los estigmas eran desconocidos en la cristiandad hasta el siglo XIII, cuando san Francisco de Asís los mostró por primera vez. A partir de esa fecha, todos los casos de estigmatización deben considerarse, por tanto, imitaciones de aquélla.

Segundo, las heridas de los estigmas no aparecen con un tamaño, forma o localización constantes, lo que apunta a un origen autosugestivo.

Tercero, la estigmatización aparece relacionada, en la mayoría de los casos, con la histeria.

Cuarto, las heridas suelen aparecer sólo después de que el estigmatizado haya padecido varias enfermedades que parecen estar relacionadas con trastornos del sistema nervioso central.

Quinto, aunque la mayoría de los estigmatizados son también viden-

tes, una comparación científica de las visiones de cada uno muestra poca consistencia. La mayoría de las visiones son simples representaciones de los relatos tradicionales sobre la Pasión y no presentan pruebas de que su origen pueda ser divino.

Dado que muchos escritores actuales han interpretado erróneamente a Thurston, debe hacerse hincapié en que él no discutía que los estigmas sean un misterio soluble, sino que sólo intentaba rechazar la idea de que el milagro tuviera una etiología divina.

La opinión general de Thurston —que los estigmas son producto de la mente de quien los padece— ha sido apoyada recientemente por R. J. M. Rickard, autoridad británica en anomalías científicas y editor de *Fortean Times*, revista dedicada al tema. Rickard cree que poseer una personalidad histérica puede ser sólo un factor que predisponga al desarrollo de estigmas. El determinante funcional en la aparición de éstos, según cree, es en realidad una sugestibilidad religiosa extrema. El estigma, sugiere Rickard, es resultado de un trauma «provocado por un conflicto profundo entre la *debilidad* del cuerpo y los ideales de la vida religiosa». En otras palabras, Rickard opina que las heridas de los estigmas pueden ser autoinfligidas psicosomáticamente, como una especie de castigo cuando el estigmatizado no puede conciliar sus propios impulsos sexuales o su incapacidad física por adaptarse a los rigores de la vida ascética con lo que entiende por ideales del modo de vida cristiano. Con todo, Rickard admite que su teoría sólo puede explicar los aspectos psicológicos de la estigmatización y, aún reconociendo que el fenómeno se complica por la presencia de elementos genuinamente paranormales, nunca ha intentado explicar su *modus operandi* o cómo puede interactuar con factores normales.

El hecho de que los estigmas suelan manifestarse casi siempre en personas verdaderamente religiosas, que han dedicado sus vidas a la meditación y al ascetismo religioso, indica que tales personas pueden sufrir lo que Thurston denominó cierta vez «complejo de crucifixión». Son personas literalmente obsesionadas con la imagen de Cristo crucificado. Debido a su deseo de padecer sufrimientos que les lleven al crecimiento espiritual, llegan literalmente a identificarse con la figura sagrada de Cristo. Este deseo puede ser también la fuente de las misteriosas enfermedades —probablemente de origen psicosomático— que tantos estigmatizados experimentan durante su preparación para la vida religiosa. Así pues, los individuos propensos a la histeria (trastorno caracterizado por el deseo inconsciente del enfermo por padecer sufrimientos), pero al mismo tiempo profundamente devotos, pueden ser candidatos muy firmes a una posible estigmatización.

Esta interpretación sugiere que la etiología básica de la estigmatización *simple* —por ejemplo, los casos en que la sangre simplemente rezuma a través de la piel— no es en sí milagrosa. Nuevos descubrimientos en el campo del *biofeedback* y control autógeno han demostrado que la mente puede controlar el cuerpo en un grado mucho mayor del que concedía

hasta ahora la psicología. Con el adecuado entrenamiento, casi todo el mundo puede aprender a alterar la conductividad eléctrica de la piel, la temperatura corporal y otras diversas funciones autónomas del cuerpo. Por tanto, parece razonable afirmar que un asceta, en plena contemplación mística e identificado con la figura de Cristo crucificado, pueda, por medio de un control autógeno inconsciente, provocar la hinchazón y rotura de pequeños vasos sanguíneos bajo la piel y causar hemorragias superficiales a través de ésta.

Sin embargo, tal proceso sólo constituiría el primer paso en la formación de los estigmas, que se desarrollarían cuando este fenómeno puramente psicológico tomara forma de otro genuinamente psíquico o paranormal. La mayoría de los grandes estigmatizados —como el Padre Pio o Therese Neumann— también poseían notables facultades psicocinéticas o de percepción extrasensorial. ¿Pudiera ser que utilizaran estas facultade paranormales para *intensificar* un proceso básicamente psicógeno, y que con ello consiguieran formar estigmas de naturaleza verdaderamente sobrenatural?

En resumen, los casos clásicos de estigmatización (por ejemplo, los más complejos y sobrenaturales) suelen presentarse con mayor frecuencia cuando la víctima es un contemplativo con tendencia a la histeria, que a su vez posee considerables poderes paranormales. Una vez aparecidos los estigmas, debidos a la intensa identificación del individuo con la figura crucificada de Cristo, dicho individuo dirige literalmente fenómenos de psicocinesis hacia su propio cuerpo. Ello obliga a que se abran lesiones en la carne. Tal proceso puede motivar también que la sangre fluya contra las leyes gravitatorias, y hacer que los estigmas despidan maravillosos perfumes.

Esta teoría puede explicar también por qué tantos estigmatizados presentan inedia sobrenatural. Dada su propensión a la histeria, personas como Therese Neumann padecía, probablemente, anorexia nerviosa que, mediante algún fenómeno paranormal, se transformaba hasta convertirse en un hecho auténticamente milagroso y sobrenatural.

Como ya ha quedado apuntado, cualquier explicación de las estigmatizaciones debe ser capaz de comprender tanto sus dimensiones psicológicas como parapsicológicas. Ninguna teoría basada solamente en apologías religiosas o en hechos psicológicos académicos puede conseguirlo. Con el avance de la ciencia parapsicológica, y con nuestra comprensión cada vez mayor de los poderes psíquicos del hombre, quizá se haga menos enigmático el misterio de las estigmatizaciones.

3
La bilocación

Definición

El 22 de septiembre de 1774, Alfonso de Liborio estaba en plena meditación y ayuno en su celda del palacio de Sant' Agata del Goti, en Arezzo, Italia. Tras varias horas de contemplación, se levantó y anunció a sus compañeros que el Papa Clemente XIV acababa de morir. Naturalmente, su afirmación fue recibida con escepticismo, pues Roma estaba a un día de viaje de Arezzo y Alfonso no había abandonado su celda en ningún momento. Sin embargo, poco después llegaron noticias de la muerte del Papa, junto con un informe según el cual Alfonso había sido visto junto a la cama del pontífice agonizante, participando en las plegarias.

Este incidente, que se menciona en las biografías de san Alfonso de Liborio (1696-1787), constituye un ejemplo de bilocación, esto es, del don sobrenatural manifestado por algunos hombres santos de estar en dos lugares simultáneamente. No debe pensarse, sin embargo, que la bilocación consiste en que el santo envía una *representación* ectoplasmática o etérea a un lugar distante durante la realización del milagro. Al contrario, según la tradición mística, este «segundo yo» es capaz de comer, beber y desarrollar cualquier acto físico que el cuerpo pueda realizar. De hecho, según la doctrina de la Iglesia, durante el proceso de bilocación el cuerpo humano se *duplica* realmente, por la gracia de Dios.

Igual que sucede en la mayoría de los milagros, la bilocación es el tema de muchas anécdotas en las vidas de los santos. Por ejemplo, san Antonio de Padua (1195-1231) estaba orando en la Iglesia de St. Pierre du Queyroix de Limoges, Francia, el Jueves Santo de 1226, cuando se acordó que había accedido a dirigir unos servicios religiosos en un monasterio, al otro extremo de la ciudad. Se arrodilló y se puso a rezar, mientras los fieles aguardaban con la debida reverencia. Mientras, al otro lado de la ciudad, los monjes del monasterio vieron a Antonio adelantarse de su silla en el coro, leer los servicios y retirarse a las sombras de una de las capillas laterales. Al mismo tiempo, se levantó de su estado de recogimiento en la iglesia de St. Pierre y terminó su sermón.

Relatos similares aparecen en las vidas de san Severo de Milán (muerto en 420), san Ambrosio (muerto en 397) y san Clemente (muerto en 97), todos ellos fueron vistos en sus celdas o rezando y, al mismo tiempo, en funerales o lechos mortuorios a kilómetros de distancia.

Las pruebas documentales de la existencia de la bilocación se encuentran en dos tipos distintos de literatura: los relatos autobiográficos de los santos y ascetas que podían realizar el milagro, y el testimonio de los presentes en el escenario donde se producían las visitaciones. Ambas fuentes, sin embargo, presentan problemas inusuales al investigador. En el primero de los casos, puede intervenir un factor de autoengaño; en el segundo, los relatos de testigos oculares del milagro son difíciles de verificar. Thurston apenas menciona la bilocación en su, por lo demás, exhaustivo *The Physical Phenomena of Mysticism*; por su parte, el difunto Montague Summers sólo dedica unos párrafos al tema en su libro, de igual título que el anterior.

San Martín de Porres

Pese a estos formidables obstáculos, cabe señalar que aparecen relatos de bilocaciones en los documentos para la canonización de muchos santos católicos. Por ejemplo, la bilocación era un rasgo común en la vida de san Martín de Porres. Nacido en 1579, fue repudiado por su padre, un general español destacado en Lima, Perú, por haber heredado los rasgos negroides de su madre. Más tarde, sin embargo, el padre se hizo cargo de su educación y Martín empezó a trabajar como barbero y médico con gran éxito. Pese a ello, sintió una irresistible llamada a la vida religiosa y, a los pocos años, abandonó su trabajo secular para ingresar en el monasterio del Santo Rosario de Lima, donde sirvió como *donado*, o auxiliar lego. Se negó a realizar estudios formales para llegar a sacerdote, pues deseaba llevar una vida de total humildad sirviendo a Dios en los trabajos más sencillos. Vivió en el monasterio hasta su muerte, en 1639, y durante estos años numerosos frailes y visitantes del monasterio presenciaron los milagros que realizó, entre los que se contaban, además de la bilocación, las curaciones inexplicables y la levitación.

En 1664, una comisión especial designada por el arzobispo de Lima inició una encuesta sobre los milagros de san Martín. El primer día de audiencia, la comisión recogió el testimonio de sesenta y seis personas. Ese mismo año se celebraron once audiencias similares y, en 1678, llegaron de Roma varios delegados para profundizar en el tema. Con los testimonios se consiguió un extraordinario volumen de relatos milagrosos y, pese a que la canonización no se produjo hasta 1957, san Martín de Porres ya fue reverenciado como santo en su país durante los siglos transcurridos desde su muerte.

Las bilocaciones de san Martín pueden agruparse en dos categorías. La primera consistiría en las bilocaciones realizadas en Lima y alrededores; la

segunda, en los casos de apariciones en países lejanos. Entre los testimonios, por ejemplo, se citan varios casos de apariciones putativas en China y Japón, donde un misterioso fraile mulato fue visto enseñando el catecismo a grupos de niños y repartiendo estampas religiosas y caramelos. La descripción del «hermano negro» cuadraba perfectamente a san Martín de Porres, quien, a menudo, había expresado su deseo de viajar a Oriente como misionero, e incluso esperaba morir en el martirio.

Uno de los casos más desusados de bilocación de san Martín fue el observado por un viajero español que había estado prisionero de los turcos en Argel. En una visita a Lima, al encontrar al santo en el monasterio del Santo Rosario, el viajero se sintió abrumado, pues reconoció en el mulato a una misteriosa aparición que había tenido a menudo en su celda cerrada de la prisión, y que varias veces le había provisto de dinero y comida. El viajero afirmaba incluso que había logrado pagar su rescate con el dinero que le había proporcionado el fraile.

Las bilocaciones de san Martín de Porres en Lima y alrededores están aún más documentadas. Uno de sus amigos, el hermano Francisco, padecía una grave enfermedad que hoy sería diagnosticada probablemente como pleuresía. Un día, según testificó el hermano más tarde, advirtió de repente la presencia de san Martín en la habitación, aunque la puerta estaba perfectamente cerrada con llave. El mulato surgió de las sombras trayendo consigo una túnica limpia y brasas encendidas para hacer un fuego. La figura permaneció quieta y apenas contestó a las preguntas del enfermo, pero limpió con una esponja el cuerpo de éste, le hizo la cama y por último desapareció en un rincón oscuro de la habitación.

Otros miembros del monasterio del Santo Rosario atestiguaron que, cuando llamaban mentalmente a san Martín a sus lechos de enfermo, la aparición del santo se producía casi instantáneamente. La aparición solía traer medicinas o murmuraba unas pocas palabras de consuelo, casi siempre sobre el pronóstico que cabía esperar.

La bilocación de san Martín más documentada fue presenciada sobre todo por la hermana del santo, Juana, aunque también estaban presentes otros miembros de la familia Porres. El escenario del milagro fue una reunión familiar en casa de Juana y su marido. La fiesta había sido interrumpida por una disputa familiar cuando, de repente, san Martín apareció en la puerta, cargado de vino, pasteles y frutas. Al entrar en la casa, reunió a todos los parientes a su alrededor y, ante la sorpresa de todos, procedió a resumir la discusión que acababa de producirse y sugirió cómo podía resolverse. El problema se arregló amistosamente y la fiesta continuó. San Martín permaneció con la familia aquella noche y partió hacia Lima a la mañana siguiente. Juana también hubo de acudir a Lima días después y contó a alguien del monasterio la oportuna aparición de su hermano. Los frailes se quedaron atónitos pues, debido al gran número de pacientes atendidos en la enfermería durante el día en cuestión, san Martín no había podido abandonar el monasterio en ningún momento.

Aunque los testimonios concernientes a las bilocaciones de san Mar-

tín en Lima parecen más plausibles que los relativos a apariciones en lugares distantes, no deben subestimarse estas últimas. La bilocación transcontinental es un tema repetido en la tradición de estos milagros. En las vidas de los santos se leen continuamente relatos prácticamente idénticos de apariciones observadas en lugares remotos, enseñando catecismo o distribuyendo ofrendas religiosas, para desaparecer de repente, sin dejar ningún rastro.

Sor María Coronel de Agreda

Un ejemplo típico de este fenómeno lo encontramos en la biografía de una monja española del siglo XVII, sor María Coronel de Agreda. Su vida fue examinada por Thurston en un artículo aparecido en el número de mayo de 1939 de *The Month*, una revista católica editada en Inglaterra. (Este material fue incorporado posteriormente a su libro póstumo *Surprising Mystics*.)

Sor María era abadesa del convento franciscano de la Inmaculada Concepción de Agreda, donde residió hasta su muerte, en 1665. La monja había nacido en 1602, en una familia de clase media de la ciudad. Sus hermanos, y después su padre, se hicieron frailes franciscanos y, por ello, pasó casi toda su infancia con su madre y su hermana. De niña, tuvo visiones y padeció un sinnúmero de enfermedades presuntamente causadas por los ataques del demonio; asimismo, experimentó éxtasis durante la adolescencia. María practicó también las más rígidas austeridades, como la abstinencia perpetua, la autoflagelación y la privación de sueño. Su constante recepción de visiones le llevó a escribir *La ciudad mística de Dios* (1637-1643), que todavía está considerado un clásico de la literatura mística.

Se dice que sor María poseía tres facultades psíquicas muy distintas. Tenía un extraordinario grado de telepatía, y a menudo respondía a las órdenes mentales de quienes la rodeaban, en especial a las de sus superioras religiosas; también podía levitar. Sin embargo, su tercera facultad, la bilocación, es quizás la más inusual. Al parecer, llevó a cabo unas quinientas experiencias de este tipo, que fueron plenamente documentadas por el padre Ximenes Samaniego, amigo suyo que escribió una biografía titulada *Vida de la Ven. Madre María de Jesús.*

Muchas de las bilocaciones de sor María tuvieron un mismo modelo. Mientras rezaba en su celda conventual, se veía transportada, de repente, a México, donde se encontraba instruyendo a los nativos en la fe católica. Durante una de esas bilocaciones, tuvo conocimiento, no se sabe cómo, de que un grupo de misioneros franciscanos se dedicaba a la misma tarea en otra localidad de México, e indicó a los nativos que se dirigieran a ellos para recibir el bautismo formal. Diez años después, en 1630, el padre Alonso de Benavides, encargado de las actividades misioneras españolas en México, regresó a España con el extraño relato que le había hecho

llegar un grupo de indios. Éstos le habían contado que una misteriosa mujer se les había aparecido, les había enseñado el catecismo, y les había urgido a que acudieran a bautizarse. El padre Benavides conoció posteriormente a sor María y pronto se convenció de que se trataba de la misma mujer. La propia monja corroboró en su presencia la veracidad del relato, y le describió muchas zonas de México que conocía al dedillo. El sacerdote relata la anécdota en sus *Memorias revisadas de 1634*, por lo que nos ha llegado perfectamente documentada.

Con todo, sor María dudaba de la autenticidad de su don sobrenatural, temiendo que sus bilocaciones no fueran sino alucinaciones, y, por ello, decidió «probar» sus experiencias. Al salir de un éxtasis, recordó haber estado repartiendo rosarios a los nativos mexicanos. Rebuscó en su habitación y descubrió que faltaba un puñado de rosarios que tenía en un cajón.

Teresa Higginson

Las bilocaciones de sor María Coronel de Agreda tienen una notable similitud con las de Teresa Higginson, una asceta británica que vivió dos siglos después.

Teresa Higginson es una de las pocas místicas que llevó una vida secular, aunque profundamente devota. Nació en Lincolnshire, Inglaterra, en 1844, y acudió a la escuela conventual de Nottingham, que abandonó a la edad de veintiún años para seguir su vocación de maestra. Durante la mayor parte de su vida viajó de escuela en escuela hasta instalarse definitivamente en el convento de St. Chatherine. en Edimburgo, donde continuó su labor de educadora.

Aunque para sus alumnas y para la mayor parte de sus compañeros de enseñanza Higginson parecía una maestra bonachona con aires de abuelita, pocos se daban cuenta de su vida privada, intensamente mística. Recibió los estigmas, tuvo muchas visiones extáticas y, a menudo, fue víctima de demoníacos ataques de poltergeist. Lo que conocemos de sus milagros nos ha llegado por el testimonio de sus compañeras de habitación, de los pocos maestros que tuvieron la suerte de estrechar lazos de afecto con ella, y de las muchas cartas que envió a sus consejeros espirituales, a indicación de éstos. Dichas cartas, largas y minuciosas, se prolongaron durante toda su vida y representan un relato autobiográfico casi continuo de la vida interior de una mística. Gran parte de esa correspondencia fue recogida por Cecil Kerr, quien la utilizó para reconstruir su biografía *Teresa Helena Higginson, Sierva de Dios* (1926).

Higginson describió sus bilocaciones en dos extensas cartas escritas en enero de 1882 al padre Edward Powell, rector de St. Alexander Bottle, quien fue su consejero espiritual desde 1879 hasta 1883. Igual que sor María Coronel de Agreda, Higginson se sentía confundida a menudo sobre la naturaleza de sus bilocaciones. «Al principio, intentó convencerse

de que era víctima de un engaño», escribe Kerr, «y no mencionaba nunca sus extrañas experiencias, pero al final la veracidad de éstas quedó tan profundamente impresa en su mente que se sintió obligada, por obediencia, a relatarlas a su director espiritual.»

En su primera carta, Higginson describía lo que creía había sido una bilocación en África, y proporcionaba un conmovedor relato de sus experiencias durante el milagro:

Durante algún tiempo, me he encontrado de vez en cuando entre los negros, aunque no podría decir cómo soy transportada hasta allí. Me refiero a que no noto que me vaya, como si alguien cerrara los ojos y, al volverlos a abrir, se encontrara en otro lugar, y no en espíritu, sino con el cuerpo físico. Así, me descubro allí donde nuestro Divino Señor quiere que esté y, al mismo tiempo, sigo donde estoy habitualmente y realizo mis tareas con toda normalidad. He intentado por todos los medios convencerme de que mis sentidos me engañan, pero sigo totalmente segura de que lo que me sucede es real. No siempre es el mismo lugar ni visito a la misma gente, aunque la mayoría de las veces estoy con una tribu cuyo jefe, el nombre del cual es Jaampooda, acaba de fallecer. Este pueblo es salvaje y vive de la caza, imagino, por las pieles y marfiles que poseen en gran abundancia. Ya hace cuatro años que visité a ese pueblo por primera vez, y entonces estaban acometidos por una enfermedad que volvía sus cuerpos de un color púrpura y negro, y que causaba la muerte a muchos de ellos; hice entonces todo lo que pude para aliviar sus padecimientos y me dijeron que reuniera las cortezas de cierto árbol que crece en la región y preparara con ella un brebaje, que ellos denominaban aguas amargas y agua de la vida.

Más adelante, en la misma carta, Higginson resaltaba su perplejidad al advertir que podía comunicarse con los nativos, pese a que (normalmente) no conocía su lengua, ni ellos la suya: «Me asombró también que comprendía perfectamente todo lo que deseaban comunicarme, y que ellos entendían todo lo que yo les decía de nuestro buen Dios».

Higginson también relataba su presencia en la muerte del jefe de la tribu:

Hace unas tres semanas que murió el jefe del que le he hablado antes. Sentí que necesitaba ayuda y pedí a mi buen ángel que le confortara en mi nombre, y el lunes por la tarde recé una plegaria especial por él, pues noté que se estaba muriendo o en grave necesidad, y al instante me vi transportada a su lado. Le escuché claramente que me llamaba y rogaba a Dios, por infinita sabiduría de Su adorable cabeza, que me guiara a su lado; y cuando tomé el crucifijo, el jefe lo asió también y lo apretó con todo el amor reverente de su corazón (...) e intenté consolar a su pueblo y a él mismo, y él me pidió que le dejara el signo de la redención del hombre hasta que estuviera en la presencia de ese Jesús al que representa muriendo en la ignominia y la vergüenza. Y entonces, apenas supe qué hacer; quiero decir que no quería negarme, pero sentía que antes debía consultar con usted. Luego, me llegó el pensamiento de que aquello era una especie de prueba para mí sobre si todo era real o se trataba de un engaño; pues aunque lo sucedido me seguía pareciendo muy extraño, no podía sino pensar que todos ellos eran reales. Y así, le dejé el

crucifijo y el miércoles volví a encontrarme con Jaampooda, y permanecí con él hasta que murió.

Hay una interesante secuela de este relato que parece confirmarlo. Higginson parecía indecisa sobre si dejar el crucifijo, pues, aunque se lo había regalado un sacerdote, ella sólo lo había aceptado como préstamo. Aunque Higginson tenía por norma no contar nada de sus bilocaciones, otra maestra que vivía con ella por esa época atestiguó más tarde que un miércoles por la noche, durante la cena, Higginson le susurró, radiante de alegría, «vuelvo a tener el crucifijo». La maestra no tenía idea de lo que eso significaba, pero la frase parece confirmar que recuperó milagrosamente el crucifijo que había dejado en África días antes, en una de sus bilocaciones.

En una segunda carta a Powell, Teresa Higginson le contó que había impartido instrucción a una raza salvaje de gentes primitivas en un lugar desconocido de la selva. (Posteriormente pudo discernir que había visitado una tribu de hotentotes africanos.) Allí contempló un sacrificio humano, pero también bautizó a varios niños. En otra serie de bilocaciones, se encontró asistiendo a los agonizantes o tomando parte en servicios religiosos:

En varias ocasiones he llevado el más sagrado de los sacramentos a los agonizantes, dos veces a monjas y una a un pobre sacerdote que me lo pidió espiritualmente y en dos ocasiones más a jóvenes. He recogido el copón de las hostias de ciertas iglesias donde las sagradas formas habían sido consagradas por manos sacrílegas (creo que en Alemania), y las he llevado a donde se me ha dicho. No sé cómo las recibirían otros —quiero decir con qué manos—, pero en cada caso me he quedado junto a los moribundos hasta que han muerto, y siempre he tenido cuidado de reponer en su lugar el sagrado copón. A menudo he estado junto a lechos mortuorios y he colaborado con el buen ángel a socorrer al alma atormentada para vencer al archienemigo. Y Dios me ha enviado una noche a una prisión, a un joven que rezaba para que se probara su inocencia y fuera devuelto a los suyos, y Dios me dijo que le comunicara que había escuchado su plegaria, y que Su Gracia le concedía lo que solicitaba.

Las experiencias de estas ascetas cristianas no son las únicas pruebas que documentan la existencia de la bilocación. Este fenómeno se conoce igualmente en la literatura hindú, budista y tántrica, donde las bilocaciones de los grandes *swamis* y *yoguis* asemejan los milagros de los santos.

Investigaciones de Karlis Osis y Erlendur Haraldsson

A principio de los años setenta se realizó un intento para comprobar el fenómeno de la bilocación yóguica. Dos investigadores de la Sociedad Norteamericana de Investigaciones Psíquicas de Nueva York, Karlis Osis y Erlendur Haraldsson, realizaron una serie de viajes de campo a la India

para explorar el alcance y la frecuencia de los fenómenos psíquicos en ese país. Durante uno de los viajes, Osis y Haraldsson documentaron al menos una bilocación perfectamente presenciada, en la persona de Satya Sai Baba, por entonces de cuarenta y nueve años de edad, líder religioso que vivía en el sur de la India. Baba, cuya vida ha sido relatada por diversos biógrafos occidentales, es muy conocido por su presunta facultad de materializar pequeños objetos durante sus apariciones públicas, y de formar ceniza sagrada en un recipiente vacío. También se ha dicho de él que lee los pensamientos de sus seguidores y él mismo afirma poseer la facultad de la bilocación.

El incidente estudiado por Osis y Haraldsson tuvo lugar en 1965, en el hogar de Ram Mohan Rao, director de una escuela técnica en Manjeree, Kerela, a muchos kilómetros de donde estaba Baba por esa época. Un día, Sai Baba apareció ante la puerta de la casa de Rao y le instó a invitar a sus vecinos a acercarse. «Un *sadhu* parecido a Sai Baba (a quien sólo conocían por fotografías) estuvo en casa del director de la escuela durante más de una hora», dice el informe de los investigadores, «cantó con ellos algunas de las canciones de Sai Baba, manipuló objetos y regaló presentes que los anfitriones todavía conservan. Pocos meses después del incidente, un investigador local mostró un retrato de Sai Baba a una muchacha de la escuela superior que había estado presente en el encuentro y le preguntó si conocía a aquel hombre. La muchacha respondió sin ninguna vacilación que era el que había visto en la casa del director de la escuela.»

Tras escuchar este relato, Osis y Haraldsson intentaron encontrar a todos los testigos posibles. Al final, consiguieron localizar a ocho, tres de los cuales eran niños en la época del milagro. Aunque el incidente se había producido diez años antes, y pese a que los relatos de los testigos eran algo inconsistentes, los investigadores afirmaron haber podido establecer que, en la época de su supuesta visita a Rao, Sai Baba estaba en el otro extremo de la península índica, en el palacio de Vankaratagiri, donde los registros verificaban su estancia.

Pese a lo convincente de las pruebas aportadas, el caso de bilocación de Baba no resultaba irrebatible. Incluso Osis y Haraldsson admitieron que al menos dos de los testigos de la residencia de Rao dudaban de que el extraño visitante fuera realmente Sai Baba. Además, existen indicaciones de que el propio Sai Baba finge a veces deliberadamente sus presuntos milagros (cuando se pasan a cámara lenta películas de sus exhibiciones, suele quedar patente que es un experto en la prestidigitación). Por tanto, parece posible que Sai Baba hubiera pagado a alguien para hacerse pasar por él en Kerala. Dado que ninguno de los vecinos de Rao había visto o conocido previamente a Baba, un truco así hubiera podido colar fácilmente, y el milagrero hindú hubiera podido, de este modo, hacerse más publicidad y conseguir nuevos conversos.

Osis y Haraldsson consiguieron, sin embargo, documentar un ejemplo mucho más impresionante de bilocación al examinar las presuntas fa-

cultades de un místico que se hace llamar Dadaji. Aunque no tan conocido en Occidente como Sai Baba, Dadaji también es venerado en el sur de la India por un gran grupo de seguidores. Dadaji inició su actividad pública como cantante y comerciante, pero abandonó estas ocupaciones mundanas para estudiar yoga en un *ashram* del Himalaya. Algún tiempo después, reapareció a la luz pública bajo el nombre de Dadaji, que significa «hermano mayor».

A principios de 1970, Dadaji visitó Allahabad, ciudad distante seiscientos kilómetros de su hogar, y residió allí con un grupo de devotos. Tras pasar un período de tiempo a solas en la sala de oraciones de la casa, les comunicó a sus seguidores que había viajado a Calcuta en una bilocación. Instruyó entonces a su anfitriona para que se pusiera en contacto con su cuñada, que vivía en Calcuta, para que confirmara su relato, dándole la dirección de la casa donde se había aparecido.

Al debido tiempo, se descubrió que la familia en cuestión había presenciado realmente la bilocación. Así, informaron que, en el momento en que Dadaji estaba sumido en la meditación, varios de ellos habían visto una misteriosa aparición en la casa. El principal testigo resultó ser la hija de la familia, Roma Mukherjee, una devota de Dadaji. La muchacha contó personalmente a Osis y Haraldsson que estaba en su habitación leyendo cuando se hizo visible la aparición de Dadaji. Al principio, era medio transparente, pero después se solidificó. Mukherjee se puso a gritar, lo que alertó inmediatamente a su madre y a su hermano. Dadaji les instó a que se tranquilizaran y pidió que le trajeran una taza de té.

Cuando regresó a la habitación con el té (informaron Osis y Haraldsson), Roma iba seguida por su madre y su hermano. Tendió el brazo por la puerta entreabierta y le entregó a Dadaji el té y una pasta. La madre vio a Dadaji por una rendija de la puerta; el hermano, que estaba en otro ángulo, sólo vio a Roma meter la mano por la abertura y retirarla sin el té. No había ningún lugar donde la muchacha hubiera podido dejar la taza sin adentrarse más en la habitación. Entonces, el padre, director de banco, llegó a la casa de la compra matutina en el bazar. No creyó palabra de lo que le contó su familia y, sin hacer caso a sus objeciones, miró también por la rendija de la puerta y vio a un hombre sentado en una silla.

La familia permaneció en el salón, pero a la vista de la habitación. Cuando escucharon un gran ruido en el interior, se apresuraron a entrar, pero vieron que Dadaji había desaparecido. Faltaba la mitad del té y de la pasta, y se encontró sobre la mesa un cigarrillo medio consumido, de la marca favorita de Dadaji.

Osis y Haraldsson entrevistaron a todos los relacionados con el caso, y los testimonios resultaron razonablemente concordantes. También merece la pena apuntar que, si bien Roma era seguidora de Dadaji, el resto de la familia no lo era, por lo que parece improbable un engaño colectivo.

Con todo, la doctrina yóguica y la católica difieren en el tema del mecanismo de la bilocación. La segunda enseña que el cuerpo humano queda

físicamente duplicado durante el milagro (idea que queda perfectamente expresada en una famosa frase que se atribuye a san Martín de Porres en respuesta a una pregunta sobre sus bilocaciones: «Si Dios puede multiplicar los panes y los peces, ¿por qué no podría duplicarme a mí?»). En cambio, la literatura yóguica y tántrica tienen una concepción más complicada, basando la explicación del fenómeno en la existencia de un «doble etéreo» que se alberga en el cuerpo y puede exteriorizarse mediante la práctica. Una vez liberado, el «cuerpo espíritu», *linga sharira*, puede viajar a lugares distantes e, incluso, volverse visible. El concepto del *linga sharira* viene de una antigua doctrina, e incluso Patanjali mencionaba la capacidad de abandonar el cuerpo en sus *Yoga Sutras*. Textos yóguicos posteriores detallan los rigurosos ejercicios respiratorios mediante los cuales puede liberarse físicamente el *linga sharira.*

Experiencias extracorpóreas

El «cuerpo espíritu» o doble humano no es un concepto exclusivamente hindú, pues, de hecho, se asemeja a todo un grupo de fenómenos que los parapsicólogos han denominado colectivamente experiencias extracorpóreas.

En estas experiencias extracorpóreas, el individuo descubre que su mente o consciencia ha abandonado el cuerpo físico y funciona independientemente de éste. Por ejemplo, está descansando en la cama o a punto de dormirse, cuando de repente advierte que se halla en estado cataléptico. Un momento después, se descubre «flotando» sobre la cama contemplando su propio cuerpo. Si la experiencia continúa, a menudo puede desplazarse por la habitación o incluso viajar a lugares próximos. Mientras permanece fuera del cuerpo, el individuo suele percibirse a sí mismo como una aparición. En cambio, si otra persona ve realmente ese «doble», puede afirmarse que ha tenido lugar una bilocación. Esta teoría puede corroborarse con diversos informes de casos en los cuales una persona sometida a experiencias extracorpóreas se ha hecho perfectamente visible a las personas que pretendía visitar.

Un caso muy interesante de este tipo apareció en 1963, en la revista de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, una organización con sede en Londres dedicada al estudio de los fenómenos psíquicos. Lucian Landau, inventor e industrial británico, está casado con una mujer especialmente propensa a tener experiencias extracorpóreas. Landau empezó a interesarse en tales experiencias cuando descubrió que, ocasionalmente, contenían elementos verídicos:

> Conocí a mi esposa, Eileen, bastantes años antes de casarme con ella y, frecuentemente, me hablaba de sus experiencias extracorpóreas. Eran del tipo habitual y, en ocasiones, conseguí comprobar que realmente contenían algo de paranormales. Por ejemplo, una tarde se acostó diciendo que iba a ver qué hacía un amigo nuestro, que esta-

ba de vacaciones en Cornualles. Al despertar, me hizo una descripción detallada de una planta alpestre que nuestro amigo estaba fotografiando, con los detalles de los alrededores y de un caballero que estaba con nuestro amigo. Más tarde, pude comprobar la veracidad del relato en todos sus detalles.

Landau quedó aún más impresionado cuando supo que su amigo había tenido la «impresión» de la presencia de alguien junto a él en el momento de la visita psíquica.

En septiembre de 1955, Eileen hizo una larga visita a su futuro esposo, que estaba enfermo y a quien deseaba cuidar. Así pues, la mujer se quedó en una habitación para invitados, separada del dormitorio de Landau por una terraza. Aquella noche, la mujer afirmó que podía proyectarse de su habitación a la de él, y decidieron llevar a cabo un experimento. Landau quería determinar si Eileen podía llevar consigo un objeto físico durante su experiencia extracorpórea.

La noche del experimento, Landau se despertó de repente. Casi amanecía y empezaba a filtrarse luz por la ventana. Entonces, se dio cuenta de que una aparición de Eileen estaba en la habitación, junto a él:

La figura se movía lentamente hacia la puerta, pero lo hacía perfectamente inmóvil; no se la veía caminar. Cuando la figura, que retrocedía aproximadamente un palmo cada cinco segundos, tocó el suelo, me levanté de la cama y la seguí. Entonces vi perfectamente la figura en movimiento, totalmente opaca y con el aspecto de una persona viva, a no ser por la extrema palidez de su rostro; al mismo tiempo, desde mi posición vi la cabeza de Eileen, dormida en su cama, y observé las sábanas que subían y bajaban acompasadamente con cada respiración. Seguí a la figura, que todo el rato se movía hacia atrás, con la mirada fija hacia delante, pero aparentemente sin verme. Me mantuve a distancia y por fin me quedé a la puerta de la habitación de Eileen cuando la figura, sin haber alcanzado el interior, se desvaneció. No observé ninguna reacción en Eileen, que ni siquiera se movió, y cuyo ritmo de respiración continuó sin ningún cambio.

Al regresar a su dormitorio, Landau encontró en el suelo, junto a la cama, un perrito de goma, un juguete que normalmente descansaba en una repisa de la habitación del otro lado de la terraza.

Mientras Landau observaba el paso de la figura por la casa, Eileen estaba realmente en plena experiencia extracorpórea. Como más tarde atestiguaría la mujer:

Recuerdo haberme levantado de la cama (aunque no recuerdo exactamente cómo), haberme acercado al escritorio y haber observado el diario. De niña, me enseñaron que no debía tocar las cartas o diarios de otras personas, y creo que por esto no quise tocar aquél. En cambio, cogí un muñeco de goma y recuerdo haberlo llevado fuera de la habitación y cruzar con él la terraza hasta la habitación de enfrente, pero sin caminar realmente. El juguete no me pareció pesado o difícil de llevar. No recuerdo qué hice finalmente con él. También recuerdo haber visto a Lucian dormido y respirando con nor-

malidad. Entonces me sentí muy cansada y quise volver a la cama. Hasta ese instante mi consciencia parecía ser normal, igual que mi capacidad para percibir lo que me rodeaba, que también me pareció normal. En cambio, no recuerdo en absoluto cómo regresé a la habitación, ni cómo me metí en la cama.

Este caso demuestra que un yo extracorpóreo puede transportar objetos mientras se mueve. Las experiencias extracorpóreas de Eileen Landau refuerzan, pues, la verosimilitud de las bilocaciones de Teresa Higginson y de María Coronel de Agreda, quienes al parecer llevaron consigo objetos religiosos en sus desplazamientos paranormales.

El incidente que acabamos de exponer se ha citado específicamente dado que el autor de estas líneas ha mantenido una frecuente correspondencia con Landau durante varios años. Su buena fe y su capacidad para valorar con detalle tanto sus propias experiencias psíquicas como las relatadas a él por otros, han quedado de manifiesto muchas veces durante ese intercambio de correspondencia.

Hay otros casos patentes de experiencias extracorpóreas del tipo bilocación en la literatura sobre investigaciones parapsicológicas, algunos de los cuales son casi indiferenciables de las bilocaciones clásicas de los santos. El más famoso entre ellos es el caso de S. R. Wilmot, que ocurrió en 1863.

Wilmot navegaba de Liverpool a Nueva York cuando una terrible tormenta se abatió sobre el Atlántico. El temporal se prolongó toda una semana y tuvo tal virulencia que la seguridad del barco se vio constantemente amenazada. Fue durante esos días tremendos cuando Wilmot tuvo un extraño «sueño» en el cual recibía la visita de su esposa. Según el testimonio manifestado ante la Sociedad de Investigaciones Psíquicas:

En la noche del octavo día de tormenta, ésta amainó un poco y, por primera vez desde que abandonamos el puerto, conseguí conciliar un sueño reponedor. Hacia la mañana, soñé que me visitaba mi esposa, a la que había dejado en Estados Unidos, y que llegaba hasta la puerta de mi camarote, vestida con un camisón. Al llegar a la puerta, pareció descubrir que no era el único ocupante del camarote, dudó un instante, y luego avanzó hasta mi lado, se inclinó sobre mí y me besó. Tras acariciarme suavemente durante unos instantes, se retiró con la misma suavidad.

Al despertar, me sorprendió encontrar a mi compañero de camarote, cuya litera estaba encima de la mía pero no exactamente encima (puesto que dormíamos cerca de la popa del buque), apoyado sobre un codo y con la mirada fija en mí. «Vaya tipo», me dijo de inmediato, «conseguir que una chica venga a visitarte así». Le insté a que se explicara, a lo que en principio se negó, pero al final me relató lo que había visto, pues se había pasado la noche despierto, tumbado en la litera. Sus palabras coincidían exactamente con mi sueño...

El día siguiente a nuestra arribada a puerto, me dirigí en tren a Watertown, Connecticut, donde llevaban algún tiempo residiendo mi esposa y mis hijos, de visita en casa de mis suegros. Cuando nos quedamos a solas, lo primero que me preguntó mi esposa fue si

había recibido su visita la semana anterior. «¿Tu visita?», inquirí yo. «Si estábamos a más de mil kilómetros de distancia...» «Ya lo sé», respondió ella, «pero a mí me pareció que iba a visitarte.» «Eso sería imposible», dije yo, instándole a que me contara qué razón la impulsaba a pensarlo.

Entonces, mi esposa me contó que, al conocer la gravedad de la tormenta y la desaparición del *África*, un barco que había salido de Boston el mismo día que nosotros zarpábamos de Liverpool hacia Nueva York, se había acercado a la playa de Cape Race y se había sentido extremadamente preocupada por mí. La noche anterior —la misma, pues, en que la tormenta había empezado a amainar—, mi esposa había permanecido mucho rato despierta en la cama, pensando en mí, y hacia las cuatro de la madrugada le pareció que salía a buscarme. Cruzando el mar inmenso y tormentoso, llegó al fin hasta un vapor negro y de poca manga por cuyo costado ascendió y, descendiendo luego a su interior, se encaminó hacia la popa hasta llegar a mi camarote. «Dime», me preguntó, «¿había en el barco camarotes como el que vi, en los que la litera superior está colocada un poco más atrás que la otra? Había un hombre en la de arriba que me miraba fijamente y, por un instante, tuve miedo de entrar, pero pronto me acerqué a tu litera, me incliné y te besé y acaricié, y luego me fui.»

La descripción que hizo mi esposa del barco era exacta en todos los detalles, aunque nunca lo había visto.

El relato de este caso apareció en las publicaciones de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, junto al testimonio de la hermana de Wilmot, que le había acompañado en el viaje y que recordaba que el compañero de camarote de su hermano le había interrogado acerca del incidente poco después de haberse producido. Asimismo, se incluía una descripción realizada por la señora Wilmot sobre su experiencia extracorpórea.

No hay ninguna duda de que en este caso se produjo una auténtica experiencia extracorpórea. Sin embargo, el asunto clave a dilucidar es si la experiencia extracorpórea clásica y la bilocación de los santos pueden considerarse fenómenos análogos. Se trata de un punto a debatir, pues existen varias diferencias entre ambas:

1) La bilocación es una experiencia que puede prolongarse durante un período de tiempo considerable, mientras que la experiencia extracorpórea es de duración bastante breve.

2) Durante la bilocación, el santo puede conversar, relacionarse, transportar objetos físicos y realizar actos materiales (como hacer camas). Durante la experiencia extracorpórea, el individuo no suele comunicarse con facilidad, si es que lo consigue, ni tampoco actuar sobre lo que le rodea.

3) En la bilocación, la persona no experimenta verdaderamente un «abandono del cuerpo», lo que sucede casi siempre entre quienes manifiestan experiencias extracorpóreas.

4) Los testigos de la bilocación milagrosa suelen tener la impresión de que están ante una persona real. Las personas que observan una aparición extracorpórea suelen advertir que la figura es, en parte al menos, inmaterial.

Pese a que ambos fenómenos parecen poseer una serie de características distintivas, algunos individuos dotados de facultades paranormales que pueden provocar deliberadamente experiencias extracorpóreas, pueden, a menudo, producir también efectos del tipo bilocación como consecuencia de sus intentos de proyección fuera del cuerpo. Varios de estos efectos indican que tales personas están, en cierto sentido, verdadera y materialmente presentes en dos lugares a la vez durante esas experiencias.

Las bilocaciones del Padre Pio

Además de sus estigmas, las facultades del Padre Pio para la bilocación son quizás sus milagros más conocidos. En la iglesia de San Giovanni Rotondo se guardan muchas cartas e informes que las atestiguan. Un biógrafo del monje capuchino afirma que el doble del santo fue visto en varias ocasiones de su vida por toda Italia, en Austria, en Uruguay e incluso en Milwaukee, Wisconsin.

Las bilocaciones del Padre Pio tomaron diversas formas. Algunas parecían experiencias extracorpóreas convencionales, pues los individuos hacia quienes se proyectaba sólo alcanzaban a notar la «presencia espiritual» del santo. En cambio, otras resultaban apariciones reales del doble del santo. Y, en el caso que tratamos a continuación, parecía poseer la capacidad de san Martín de Porres para ayudar a los enfermos en su lecho del dolor.

Uno de los seguidores más devotos del Padre Pio fue monseñor Damiani, vicario general de la diócesis de Salto, en Uruguay. En 1929, monseñor Damiani visitó Foggia y consiguió del Padre Pio su promesa de asistirle en el lecho cuando le llegara la hora de la muerte. El Padre Pio accedió, pero advirtió a monseñor Damiani que moriría en Uruguay y no en Italia, como esperaba. La promesa y la profecía del santo no iban a cumplirse hasta 1942. Uno de los testigos de la extraña escena que tuvo lugar en Uruguay en esa fecha fue Antonio María Barbiere, arzobispo de Montevideo, quien escribe:

> En 1942, el obispo de Salto, Alfredo Viola, celebraba sus bodas de plata sacerdotales y, al propio tiempo, la colocación de la primera piedra de un seminario menor. El delegado apostólico y cinco obispos se alojaban en el palacio episcopal. La víspera de la celebración, hacia medianoche, me despertaron unos golpes en la puerta y ésta se abrió aproximadamente un palmo. Vi pasar ante ella a un capuchino y escuché una voz: «Ve a la habitación de monseñor Damiani, pues está agonizando.» Me levanté, me puse la sotana, llamé a los demás obispos y a algunos sacerdotes y acudimos todos a la habitación del monseñor. Sobre la mesilla de noche encontramos una hoja de papel donde monseñor Damiani había escrito: «El Padre Pio ha venido.»

Monseñor Damiani había sufrido un ataque de angina de pecho, a consecuencia del cual murió poco después.

En 1949, el propio arzobispo viajó a Foggia con treinta y ocho miembros de su diócesis. Durante el viaje, consiguió una audiencia del Padre Pio y se confesó con él. Según dijo después:

> Tras confesarme, charlé durante un rato con el Padre Pio y le pregunté: «Padre Pio, ¿era usted el capuchino que vi en la residencia del obispo de Salto, la noche de la muerte de monseñor Damiani?». El Padre Pio pareció algo aturdido y no respondió, aunque le hubiera sido fácil negarlo. Al insistir y no obtener tampoco respuesta de su parte, me eché a reír y comenté: «Comprendo...» El Padre Pio asintió y contestó a su vez: «En efecto, ha comprendido usted».

Muchas personas residentes en Foggia o alrededores han testificado fehacientemente las bilocaciones del Padre Pio. Muchas de sus visitas parecían provocadas por las cartas de los feligreses, que, a menudo, le rogaban que curara a sus parientes enfermos. Uno de tales casos es el testimonio de la señora Ersilia Magurna, quien escribió al Padre Pio en febrero de 1947 pidiéndole que sanara a su esposo de un acceso de gripe que se había complicado tanto que el hombre había entrado en coma. La señora Magurna envió un telegrama el 27 de febrero repitiendo su solicitud. A las siete y media de la mañana siguiente, el hombre se levantó curado y afirmó que el Padre Pio, a quien nunca había visto en persona, acababa de abandonar la habitación junto a la aparición de otro monje. Ambos habían informado a Magurna que la fiebre remitiría y que se curaría en unos cuantos días. La señora Magurna atestiguó que la habitación del enfermo se había llenado gradualmente de un fuerte aroma a violetas mientras el marido relataba lo que acababa de ver, hecho que ella interpretó como señal segura de que el Padre Pio había estado allí, pues se sabía que un aroma parecido emanaba de sus estigmas.

Los Magurna viajaron a Foggia el mes de julio de aquel año, y por fin pudieron llegar a la presencia del Padre Pio. El señor Magurna le reconoció de inmediato como la aparición que había tenido en su habitación. El Padre Pio reconoció asimismo al hombre como uno de los beneficiados por su ayuda.

En varias ocasiones, el Padre Pio dejó rastros físicos reales de sus bilocaciones en los lugares donde se aparecía. Una mujer enferma de la ciudad de Borgomanero le pidió una vez al santo que la curara, y él se apareció poco después junto a su cama. Cuando ella le pidió que le dejara alguna prueba de su visita, él colocó su mano estigmatizada en un ángulo de la cama. Allí quedaron impresas cinco gotas de sangre, cada una en forma de cruz. El lienzo todavía se expone al público en Borgomanero.

Por desgracia, el Padre Pio hablaba muy poco de sus bilocaciones, y no dejó relatos personales del proceso que seguían. Una vez, al preguntarle específicamente sobre el tema, se limitó a decir que la bilocación se produce «por extensión de la personalidad».

Teorías sobre la bilocación y las experiencias extracorpóreas

Aunque en este capítulo se han examinado gran número de ejemplos diversos de bilocaciones, las evidencias recogidas parecen apuntar a que las experiencias extracorpóreas y la bilocación sólo representan puntos opuestos de un espectro de fenómenos psíquicos similares. Sin embargo, ¿sería posible desarrollar una teoría que explicara cómo se producen realmente estas proyecciones?

Para los ocultistas, estos fenómenos no representan un gran misterio. La teoría ocultista predica que todos estos fenómenos diversos pueden atribuirse al hecho de que el cuerpo posee un «doble humano» o «cuerpo espiritual». Este doble puede adoptar varias gamas de densidad, haciéndose visible como una aparición en ocasiones, o permaneciendo invisible en otras. Sin embargo, esta explicación es demasiado vaga para dar razón a los muchos y complejos elementos que complican el estudio de las experiencias extracorpóreas o de la bilocación. Por ejemplo, algunos individuos se perciben a sí mismos como aureolas de luz, o como motas de conciencia flotando libremente en el espacio, en el transcurso de sus experiencias extracorpóreas. También pueden producir la imagen de su propio cuerpo mediante actos directos de voluntad, pero siempre consideran que este cuerpo es, fundamentalmente, ilusorio. En cambio, no pueden predecir cuándo o dónde su yo bilocado resultará visible al ojo humano. Toda interpretación de las experiencias extracorpóreas debe, por tanto, incluir la posibilidad de que la mente tenga el poder de *crear* una forma material de sí misma durante la experiencia. La teoría tradicional del «cuerpo espiritual» también es incapaz de explicar el hecho de que tanto quienes tienen experiencias extracorpóreas como quienes manifiestan bilocaciones aparezcan siempre vestidos con sus ropas habituales.

Por otra parte, dado que tanto la bilocación como la experiencia extracorpórea representan la proyección de algún aspecto físico del yo, sólo nos quedan dos teorías viables que puedan explicar la bilocación. O bien (1) alguna inteligencia superior dirige mentalmente la duplicación física del cuerpo, o bien (2) la bilocación es, al mismo tiempo, un fenómeno *en parte* objetivo y *en parte* inmaterial. Si, como parece desprenderse de las evidencias, la bilocación no es sino una forma especial de experiencia extracorpórea, la segunda teoría será la alternativa más aceptable. El testigo de una bilocación estará, por tanto, percibiendo una presencia en parte física, pero básicamente espiritual. Esta presencia puede, entonces, estar dotada de la facultad *de aparecerse en la forma que desee, o en la que más aceptable resulte para quien la ve.* Este efecto quizá se deba a una acción directa sobre la mente de quien observa la aparición. Aunque el individuo bilocado esté, al menos en cierto sentido, verdaderamente presente en el escenario de la visita, y aunque pueda llevar consigo pequeños objetos físicos, su presencia visual será más ilusoria que real.

Sin embargo, ni siquiera esta teoría puede explicar todos los factores de la bilocación. Resulta difícil conciliar tal teoría con las apariciones de san Martín de Porres, cuyo yo bilocado pasó una noche, se dice, en casa de su hermana, o con las de María Coronel de Agreda, que podía transportar docenas de rosarios en plena bilocación. También hay un relato muy famoso según el cual, cuando el cardenal Mindszenty de Hungría fue encarcelado tras la revuelta popular de 1956, el Padre Pio solía aparecérsele llevando agua, vino y pan de hostia, y se quedaba a celebrar misa con él.

Resulta difícil interpretar casos de bilocación como éstos con cualquiera de las teorías convencionales. De hecho, algunas bilocaciones que significan una gran actividad física por parte del sujeto pueden representar, en realidad, casos de teleportación, milagro en el cual el cuerpo físico es transportado instantáneamente por el espacio. Este fenómeno, aunque más fantástico todavía que la bilocación, no es desconocido en los registros hagiográficos y existe, por lo menos, un caso contemporáneo perfectamente documentado en la vida del Padre Pio. El 8 de mayo de 1926, una docena de visitantes recién llegados de Bolonia aguardaban en el pasillo que llevaba a la capilla del monasterio de San Giovanni Rotondo. Los visitantes acudían con la esperanza de ver al Padre Pio cuando se dirigiera a celebrar las confesiones matutinas, y estaban perfectamente situados ya que el sacerdote tenía que pasar obligadamente por el pasillo camino de la capilla. El grupo aguardó durante tres horas. Mientras esperaban, se les acercó otro sacerdote que les preguntó qué hacían allí. Cuando les oyó decir que aguardaban al Padre Pio, se quedó muy sorprendido y les explicó que el santo ya llevaba un buen rato celebrando confesiones en el interior de la capilla. Algunos miembros del grupo se habían acercado al confesonario poco antes, y lo habían encontrado vacío, y el pasillo era la única entrada a la capilla.

La teleportación no siempre ocurre en un contexto religioso. A principios de siglo, Charles Fort citaba casos de personas que «desaparecían» instantáneamente de sus hogares o incluso de lugares públicos, para reaparecer a kilómetros de distancia, sin idea alguna de cómo habían ido a parar allí. En raras ocasiones, ha tenido lugar la teleportación mediante manifestaciones de poltergeist. Un clásico caso de poltergeist ocurrió en Alemania en 1929, cuando un bebé se teletransportó repetidas veces de su cuna a diversas habitaciones de la casa afectada. En otra ocasión, un niño de un año desapareció de su casa y fue encontrado instantes después en un pesebre del establo.

De todos los milagros realizados por santos y personas dotadas de facultades paranormales, la bilocación quizás es el más enigmático. La ciencia convencional no tiene ninguna explicación para la duplicación humana, y la parapsicología apenas puede arrojar una tenue luz sobre el tema. La bilocación, como la teleportación y las experiencia extracorpóreas, va más allá de lo paranormal. Todos ellos son, de hecho, fenómenos sobrenaturales.

Segunda parte

Acontecimientos milagrosos

Los acontecimientos milagrosos se producen cuando una Inteligencia Sobrenatural interfiere en el curso normal de la naturaleza. El hombre primitivo creía que cualquier anomalía producida en el mundo natural tenía un origen sobrenatural, y la Biblia está llena de relatos de tales milagros, desde la separación de las aguas del mar Rojo en el Antiguo Testamento, hasta la capacidad de Jesucristo de controlar las tormentas, según se reconoce en los Evangelios.

Esta interferencia de lo sobrenatural en el mundo físico sigue produciéndose en la actualidad. En los próximos capítulos estudiaremos cuatro tipos de fenómenos maravillosos. Nos ocuparemos de las imágenes santas que han aparecido milagrosamente en los muros de las iglesias o en lienzos y telas, de las pinturas religiosas que han rezumado sangre o lágrimas, de una tormenta durante la cual cayeron granizos que llevaban impresa la imagen de la Virgen María, y de la sangre coagulada que se licúa milagrosamente.

Sin embargo, estos acontecimientos nos llevan a formularnos varias preguntas: ¿Qué es realmente esta Inteligencia Sobrenatural que parece tan dispuesta a irrumpir en nuestro mundo y producir tales maravillas, en perfecto acuerdo con nuestras creencias religiosas? ¿Se trata del propio Dios? ¿O más bien estos acontecimientos se deben a la propia mente de los observadores que se han encontrado cara a cara con lo sobrenatural? ¿O quizás incluso son el resultado de un proceso psíquico generado por algún Inconsciente Universal?

4

Imágenes divinas

Tres imágenes de Cristo

En la tarde del 18 de mayo de 1975, se produjo un milagro en la pequeña población de Holman, Nuevo México, en Estados Unidos. Dos adolescentes paseaban por las proximidades de la iglesia del Inmaculado Corazón de María cuando les llamó la atención una extraña «sombra» que acababa de aparecer en uno de los muros del edificio. Como ya anochecía, resultaba difícil de observar. Los muchachos se aproximaron más y, al instante, se alejaron a toda prisa de la iglesia, presos de pánico, al advertir que la «sombra» era en realidad una imagen de la cabeza y los hombros de Cristo, que surgía de la pared. La figura parecía un dibujo a carboncillo, pero daba la impresión de haberse formado siguiendo las irregularidades existentes en la superficie del cemento.

Desde aquella tarde, cientos de personas han acudido a Holman para contemplar la milagrosa imagen de Cristo. Como muchas obras de arte, esta imagen se observaba mejor si se contemplaba a distancia y, mientras que durante las horas de luz resultaba difícil de distinguir, en la oscuridad parecía emerger directamente de la pared de cemento. El reverendo Leonard Bayer, sacerdote de la parroquia de Santa Gertrudis, en Mora, describió públicamente la imagen como una figura «con barba y cabello largo, como aparece Nuestro Señor en algunos cuadros que tenemos de Él». Medía algo menos de metro y medio de alto por más de medio de ancho, y aparecía en la pared a unos dos metros del suelo.

La «figura de Cristo» de Holman es un ejemplo perfecto de un tipo de milagros muy usuales. Desde el siglo III de nuestra era, se han ido recopilando relatos sobre imágenes milagrosas de Cristo, la Virgen y otras figuras religiosas o emblemas místicos que han aparecido de repente en los muros, ventanas o manteles de altar de diversas iglesias. El retrato de Holman, pese a la increíble atención informativa que despertó, sólo es un ejemplo reciente de un milagro que se ha repetido en incontables ocasiones. Dos casos casi idénticos se han registrado en los veinte últimos años solamente.

Una imagen similar apareció en una pared recién pintada del Tabernáculo de Glad Tidings, en Nassau, Bahamas, el 20 de julio de 1963. Fue advertida por primera vez durante un servicio religioso normal, un domingo, por una de las feligresas de la localidad, la señora Euna Laine, quien se puso a gritar cuando la imagen se hizo visible. Pronto otros feligreses vieron una figura, parecida a la de Jesús, que emergía poco a poco del muro de la iglesia. Aunque al principio resultaba mucho más difusa que la imagen de Holman, durante los días siguientes ganó en definición hasta asemejar un perfecto dibujo a carboncillo, aunque en realidad estaba formada por miles de puntitos que aparecían entre el yeso que cubría la pared. Un periodista del *Daily News* de Chicago voló a las Bahamas expresamente para investigar la noticia. Cuando llegó, dos rostros más se habían hecho visibles en la misma pared. Aunque eran casi indistinguibles cuando se observaban de cerca, también ganaban en definición cuando se contemplaban desde una cierta distancia.

El último de estos casos de imágenes milagrosas procede de Delcambre, Virginia, también en Estados Unidos; el *Sunday Advertiser* de Lafayette del 16 de marzo de 1980 publicaba a grandes titulares: «La imagen de Cristo en una cortina atrae multitudes a Delcambre». La imagen de Delcambre apareció el mes de marzo sobre la cortina de una ventana de una casita de madera en el número 406 de (créase o no) la calle de la Iglesia. La primera persona en advertirla fue la inquilina, Lois Linden, cuyo padre, el reverendo H. J. Simmons, es el ministro de la localidad. También él pudo ver la figura. «Ahora que la he visto —diría a los periodistas tras explicarse su inicial escepticismo— puedo decir que es un retrato del rostro de Cristo, como los que siempre hemos conocido. Parece muy apenado, como si hubiera trabajado mucho y estuviera cansado.» La imagen no parece tan definida como las de Holman o Nassau, pero ello puede deberse al desusado medio en el que apareció. Muchos visitantes de Delcambre han quedado decepcionados por la poca calidad de la imagen; otros, aunque consiguen ver la imagen, opinan que parece la Virgen, o incluso un demonio, antes que Cristo.

Pese a la publicidad que han recibido estas imágenes religiosas en los medios de comunicación, pocos periodistas, o incluso pocos escritores de temas religiosos, parecen darse cuenta de que existe una larga tradición dentro del cristianismo ortodoxo que recoge estos tipos de apariciones.

El lienzo de la Verónica

El milagro de la «imagen divina» tiene, probablemente, su origen en el famoso pasaje de la Verónica, tan querido de los escritores y artistas religiosos de la Edad Media. Según la tradición, la Verónica era una mujer de Jerusalén que, ocupada en sus labores domésticas, escuchó a una muchedumbre que gritaba en la calle. Apresurándose, vio a Cristo camino del Calvario, escoltado por los soldados romanos. En un momento de inspira-

ción, continúa la tradición, se abrió camino entre la multitud y, con un lienzo, limpió de sangre y sudor el rostro de Jesús. Más tarde, descubrió que había quedado impresa en la tela una imagen perfecta de Cristo.

Pese a que este relato no aparece en los Evangelios, muchos cristianos —especialmente durante la Edad Media— tomaron muy en serio la tradición de la Verónica. Según Ian Wilson, científico británico y experto en las descripciones pictóricas de Cristo, «esta historia se ha extendido tanto en la mitología cristiana que hoy es rara la iglesia católica que no tiene en algún lugar un cuadro mostrando a Cristo camino del Calvario e impresionando su imagen en el lienzo de la Verónica». Resulta difícil determinar el momento preciso en que surgió la tradición. Ian Wilson ha encontrado menciones a ésta ya en el siglo XII, y durante el Medievo varios presuntos «lienzos de la Verónica» estaban expuestos al público en iglesias de toda Europa, afirmando cada una de ellas, naturalmente, que el suyo era el verdadero.

Los historiadores modernos tienden a rechazar la autenticidad de todos ellos, pues la mayor parte son evidentes productos de un fraude deliberado. Las imágenes, al parecer, asemejaban marcas chamuscadas sobre la tela, que cualquier artista poco escrupuloso de la época hubiera podido falsificar. Sin embargo, a la luz de los milagros de Holman, Nassau y Delcambre, ¿no podría haber sido que esas telas contuvieran realmente imágenes divinas de Cristo, aparecidas espontáneamente en manteles de altar o en pañuelos de feligreses devotos? Por desgracia, muchos de estos lienzos, incluido uno que se exhibía en Roma durante el siglo XVI, han sido destruidos y, por tanto, ya no pueden ser examinados. El milagro del lienzo de la Verónica sigue siendo precisamente esto: un misterio que quedará insoluble, incluso para los más avezados investigadores históricos.

Nuestra Señora de Guadalupe

El más famoso de todos los milagros de «imágenes divinas» es el de Nuestra Señora de Guadalupe, en el cual apareció la imagen de la Virgen María en el poncho de un campesino mexicano, el 12 de diciembre de 1531. El poncho, completo y con la imagen perfectamente visible, se muestra todavía en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en Villa Madero, población situada a pocos kilómetros de la capital mexicana. Pese a que la imagen tiene más de cuatro siglos de antigüedad, no se ha borrado lo más mínimo; y la tela donde apareció, un tejido basto hilado con fibras de cactus, tampoco se ha desintegrado como debería haber sucedido hace ya mucho tiempo. El de Guadalupe es uno de los grandes milagros de la Iglesia católica, y ha soportado el paso del tiempo y el estudio de la ciencia moderna.

La fecha del milagro de Guadalupe está llena de significado. Sólo diez años antes, Cortés y sus conquistadores habían invadido México. La invasión produjo una confrontación sangrienta entre los españoles y los nati-

vos aztecas. En 1531, México padecía una considerable agitación, con el imperio azteca cruelmente destrozado bajo el poderío hispano. El jefe del gobierno colonial era Nuño de Guzmán, un militar codicioso y corrupto que explotaba a la vencida población india siempre que podía. Guzmán cargó tanto los impuestos que muchos indios tuvieron que vender a sus hijos como esclavos para pagar a los recaudadores. Este estado de cosas llevó a frecuentes enfrentamientos públicos entre Guzmán y fray Juan de Zumárraga, humanitario y benévolo obispo de México, quien era un decidido protector de los indios. Aunque Zumárraga acabó ganando su batalla y Guzmán fue reclamado desde España, caído en desgracia, la situación política en 1531 era tan extrema que los nativos estaban divididos entre ellos. Un jefe estaba proyectando una revuelta sangrienta contra el poder colonial, mientras que otro intentaba mezclarse con la cultura española mediante la conversión al cristianismo y la adopción de los usos europeos. El milagro de Guadalupe se produjo en el punto álgido de esa tormentosa época.

El protagonista del relato del milagro era un indio, Juan Diego, que había adoptado el nombre español después de convertirse al catolicismo. Estaba lleno de entusiasmo por su nueva fe y cada día caminaba desde su hogar en Quahutitlán, población cercana a México capital, hasta Tlatilolco, para acudir a la iglesia. El camino le llevaba junto a una colina llamada Tepeyacac (o Tepeyac).

La mañana del 8 de diciembre de 1531, Juan Diego acababa de llegar a Tepeyacac cuando le distrajo un canto exquisito, casi cautivador, como de pájaros, que provenía de la cima de la colina. La música se detuvo de repente y, para sorpresa del indio, escuchó que una suave voz femenina pronunciaba su nombre. Se encaminó hacia allí y se encontró frente a una aparición radiante y maravillosa. La figura tenía las facciones oscuras, como los indios, y se dirigió a Juan Diego en *nahuatl*, su dialecto nativo. La aparición dijo que era la Virgen María y urgió al asombrado indio a que informara al obispo de que quería que le construyera una iglesia en su honor en Tepeyacac. Juan cumplió el encargo dirigiéndose de inmediato a la capital, donde se mantuvo en vigilia ante la residencia del obispo hasta que éste le concedió audiencia.

Zumárraga escuchó con interés a Juan Diego, pero no prestó gran atención al relato de la aparición, y se limitó a apuntar que volverían a verse, en una fecha que quedó sin determinar, para charlar más extensamente.

Juan Diego abandonó la ciudad disgustado, pues sabía que el obispo no le había creído. De regreso, fue directamente a Tepeyacac, donde encontró de nuevo a la aparición, que le aguardaba. Nuevamente, la figura insistió en que Juan Diego llevara su petición ante el obispo.

Después de la segunda visión, el indio regreso a su hogar, pero al día siguiente emprendió de nuevo camino hacia México. Allí tuvo que pugnar con criados y guardianes para conseguir una nueva audiencia con Zumárraga, quien volvió a escuchar con atención sus palabras. Suscitado su interés, Zumárraga empezó entonces a preguntar a Juan Diego sobre la apa-

rición, y le sugirió que pidiera a ésta un «signo» que probara su naturaleza divina y su misión, a lo cual accedió el indio. Dado que todavía no estaba muy convencido de la veracidad del relato, Zumárraga ordenó a sus guardianes que siguieran al nativo. Los guardianes pronto le perdieron de vista y regresaron a la capital, convencidos de que se trataba simplemente de un loco o un mentiroso. Mientras, Juan Diego se encontró por tercera vez con la aparición en Tepeyacac, y le pidió que le proporcionara un signo milagroso que presentar al obispo. La aparición accedió y pidió a Diego que volviera al lugar a la mañana siguiente.

Los proyectos de Diego se vieron interrumpidos al caer enfermo un tío suyo que vivía con él, llamado Juan Bernardino. Diego, naturalmente, consideró que su primer deber era hacia su pariente y resolvió encontrar un médico para el enfermo. Dándose cuenta de que su fin estaba próximo, Bernardino pidió a su sobrino que, en lugar de médico, le buscara un sacerdote.

A la mañana siguiente, Diego partió hacia Tlatilolco para buscar a un sacerdote que quisiera regresar con él y administrar a su tío los últimos sacramentos. Sin embargo, al aproximarse a Tepeyacac, escuchó la voz de la aparición que le llamaba. Diego se encontró delante de la Virgen María y le explicó solemnemente que tenía que cumplir una misión para su pariente y que sólo podría ponerse a su disposición una vez hubiera encontrado un sacerdote para el enfermo. Tras escuchar comprensiva el relato de Diego, la aparición le amonestó suavemente por su falta de fe, le prometió que su tío se recuperaría, y repitió su petición. Diego accedió ante sus palabras, pero le pidió un signo que pudiera convencer al obispo. La aparición le dijo que subiera a lo más alto de la colina y, desde allí, Diego contempló una maravillosa vista. En lugar de los arbustos secos y los cactus que habitualmente adornaban el terreno, crecía ahora un milagroso jardín. Flores de todas las variedades y colores, incluso rosas castellanas procedentes de España, todas ellas en plena floración, pese a estar fuera de temporada. La aparición reunió un ramo, lo puso en el poncho que llevaba Juan Diego, y le urgió a que llevara las flores al obispo como signo de su presencia. Además, le advirtió que no abriera el poncho en presencia de nadie, salvo el obispo en persona.

Al llegar a la residencia de éste, Juan Diego tuvo que enfrentarse a la hostilidad de criados y guardianes, que todavía estaban molestos por haberle perdido el rastro dos días antes. Sin embargo, se sintieron considerablemente intrigados por las flores que el indio trataba de ocultar en el poncho. Juan se negó a mostrarles su preciosa carga y, por fin, fue conducido ante Zumárraga, al cual le repitió el relato de la aparición. Entonces, abrió el poncho y dejó caer las flores al suelo.

Sin embargo, las ropas ocultaban un tesoro mucho mayor que las flores. En el poncho, a la vista de todos, había una imagen perfecta, a todo color, de la Virgen María. La imagen parecía estampada directamente en la tela; no pintada, sino impresa en las fibras del poncho. Cuando Zumárraga vio la imagen milagrosa, él y quienes le acompañaban cayeron pos-

trados en señal de reverencia. A continuación, el obispo pidió perdón por haber dudado de la autenticidad de la aparición y prometió edificar la iglesia, como la Virgen había ordenado.

Esta iglesia se construyó finalmente,* y el poncho de Juan Diego todavía se exhibe allí, con la imagen tan completa y vívida como cuando apareció en 1531. La imagen, que cubre por completo la tela, muestra a una mujer de piel oscura en actitud de orar. La figura está en pie sobre una luna en cuarto creciente, sostenida por un ángel. Una capa le cubre la cabeza y los hombros.

El milagro de Guadalupe, que es conocido por todos los hombres, mujeres y niños de México, no es una leyenda. Entre 1531 y 1648, se registraron no menos de treinta y tres documentos describiendo los hechos acaecidos en diciembre de 1531. Según establece el padre José Bravo Ugarte, experto en historia mexicana, en sus *Cuestiones históricas guadalupanas* (1946), existen pocas dudas de que el relato de Guadalupe se base en firmes datos históricos. Incluso el propio Zumárraga escribió, al parecer, un relato del milagro, aunque tal descripción se perdió en 1778, cuando un incendio arrasó el archivo del monasterio donde había sido depositado. En 1666, la Iglesia empezó a investigar el milagro, volvió a trazar su historia y documentó las pruebas que apoyaban su autenticidad.

La validez del milagro de Guadalupe descansa tanto en pruebas históricas como en testimonios científicos. Hoy, científicos del mundo entero a quienes se ha permitido estudiar la tela han apuntado varios factores que apoyan su naturaleza sobrenatural. En primer lugar, aunque la imagen aparece a todo color, no se trata de una imagen pintada. No hay pruebas de que fuera realizada a pinceladas. En el poncho hay una hendedura, pues se trataba de dos piezas de tela cosidas; en cambio, el retrato aparece estampado sobre la tela de una manera imposible de imitar con pinturas.

Lo que aún resulta más impresionante es que la imagen no pierde calidad con el tiempo, ni la tela se desgasta con el paso de los siglos. La naturaleza paranormal de estas características es aceptada universalmente por los estudiosos del milagro. En su historia de México *La estrella del norte de México* (1669), el padre Florencia fue uno de los primeros en reconocer estas sorprendentes características de la imagen. Apuntaba el padre que «la permanencia de esa basta tela de pita (...) se ha prolongado más de un siglo, lo cual resulta milagroso, pues sigue tan entera y fuerte

* La basílica lleva el nombre de la aparición, que pidió ser conocida como Santa María de Guadalupe. Los escritores eclesiásticos han mantenido durante mucho tiempo que la aparición deseaba llevar el nombre de la ciudad de Guadalupe, en España. Sin embargo, varios historiadores afirman ahora que «Guadalupe» pudo haber sido un error, y que la aparición dijo probablemente que deseaba ser conocida como Santa María *Coátlallope*, palabra *nahuatl* que significa «el que aplasta la serpiente». La «serpiente» era el símbolo azteca de Quetzalcoatl, el dios más importante de los aztecas. La aparición pudo hacer alusión simbólicamente a que había venido para «aplastar» la religión azteca y reemplazarla por el cristianismo.

como el primer día; especialmente si tenemos en cuenta el lugar donde está, sometida al viento y al polvo salino y al calor de las velas y del incienso que los devotos le ofrecen constantemente, sin que se oscurezca, altere o difumine».

Aunque la fibra de la pita, una especie de cactus, se deshace normalmente al cabo de unos veinte años, el lienzo no ha dado ninguna muestra de degradación después de cuatro siglos. También debe apuntarse que, en la época en que el padre Florencia escribió acerca de la imagen, el lienzo estaba expuesto en el altar mayor de la iglesia sin ningún tipo de protección. Sólo años después se le colocaría encima una plancha de cristal para protegerlo.

Este milagro ha sido investigado recientemente por el Grupo de Investigaciones de la Imagen de Guadalupe, un grupo de científicos norteamericanos con base en Florida. En febrero de 1979, el doctor Phillip Callahan, biofísico de la Universidad de Florida y miembro del departamento de Agricultura estadounidense, pudo inspeccionar la imagen de Guadalupe con la ayuda de una película especial, sensible a los rayos infrarrojos. Sus pruebas mostraron que la imagen no tenía debajo rastro alguno de cianotipo, sustancia imprescindible en la formación de los colores utilizados en la pintura. Los análisis fotográficos han corroborado asimismo el hecho de que no aparecen trazos de pinceles en la imagen, refutando así cualquier sugerencia de que la figura fuera simplemente una pintura. Callahan está de acuerdo con otros muchos estudiosos del milagro en que, según las leyes científicas, las velas encendidas por los devotos bajo la imagen en la basílica debería haber causado un sustancial oscurecimiento o degradación de la imagen con el paso de los años.

El doctor Callahan sí descubrió, en cambio, que la imagen de Guadalupe había sido «retocada» en algún momento de su historia por algún artista religioso, que pintó un resplandor alrededor de la figura y añadió a la capa de la figura unas estrellas y una orla dorada. Estos añadidos, en cambio, sí han empezado a difuminarse, mientras que la imagen original permanece inalterable.

Callahan y la mayoría de expertos coinciden en afirmar que la fibra de pita debería haberse deshecho aproximadamente hacia 1570, por lo que comprobó específicamente si había sido encolada o aprestada. (El encolado es un proceso de barnizamiento de la tela mediante harina u otro material, que cierra los poros del tejido y, con ello, retrasa el proceso de degradación.) Sin embargo, no encontró signo alguno de que la tela de Guadalupe hubiera estado sometida a tal proceso.

Los años futuros pueden traer nuevas revelaciones sobre la imagen de Guadalupe. En julio de 1980, monseñor Enrique Salazar, representante de la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, accedió a que unos miembros del Centro de Investigaciones Aplicadas de Washington hicieran nuevas pruebas en la imagen. El profesor Jody Smith, instructor de Filosofía del Pensacola College de Florida y presidente del Proyecto de Investigaciones sobre la Imagen de Guadalupe, espera que las nuevas prue-

bas puedan proporcionar una explicación científica a la conservación milagrosa de la imagen. Los experimentos que ha diseñado parecen haber despertado un gran interés entre la comunidad científica. El doctor Donald Lynn, científico espacial del gigantesco Laboratorio de Propulsión a Chorro de Pasadena, California, se ha ofrecido voluntariamente a colaborar con el equipo en el análisis de fotografías computerizadas de la imagen.

Sin embargo, ¿será capaz la tecnología de explicar qué fuerza hizo aparecer la imagen en el poncho de Juan Diego?

Teorías genéricas acerca de las «imágenes divinas»

En realidad, sólo existen dos explicaciones genéricas para los milagros de «imágenes divinas». Una es que son manifestaciones diseñadas y realizadas por una Inteligencia Sobrenatural existente fuera del ámbito de la vida humana y las leyes naturales, pero dispuesta a influir en nuestro mundo. En otras palabras, los adjudica a Dios. Sin embargo, esta suposición sólo explicaría la etiología básica del milagro, y no el *modus operandi* particular mediante el cual se produjo éste. Ciertas alteraciones químicas pueden haber afectado el muro de la iglesia del Inmaculado Corazón de María de Holman hasta hacer que unas configuraciones naturales de cemento tomaran la forma de una imagen de Cristo. Y algún cambio constitucional puede haber afectado las fibras del lienzo de Juan Diego de modo tal que no se degrade. Tales son las legítimas preocupaciones de la ciencia.

Sin embargo, cualquier solución puramente religiosa o exclusivamente científica a los milagros de Holman o de Guadalupe pasa por alto el hecho de que se trata de maravillas psicológicas, tanto como de fenómenos religiosos o científicos. Es interesante que ambas imágenes parezcan más imitaciones que representaciones divinas: la cara de Holman muestra a Jesús tal como éste suele aparecer en el arte religioso moderno, mientras que la imagen de la Virgen de Guadalupe tiene claras características indias. De esto podría llegarse a la conclusión de que tales imágenes divinas están de algún modo íntimamente relacionadas con las mentes de los testigos que las observaron por primera vez y, en un sentido más amplio, con la corriente cultural de la época en que aparecieron.

Esto nos lleva a la segunda teoría genérica acerca de estos milagros. Puede ser que los centros de adoración enciendan emociones tan fuertes entre sus adeptos que se forme una especie de «cianotipo o pintura psíquica» dentro de sus estructuras. Estos almacenamientos de energía psíquica podrían hacer que tales pinturas, bajo condiciones adecuadas, se hicieran realidades psíquicas con capacidad para irrumpir en el mundo material. El retrato de Holman habría sido, en tal caso, algo parecido a una «forma pensada», un efecto psíquico masivo producido por los subcons-

cientes de los feligreses que acudían al lugar. Lo mismo cabría decir de la imagen de Nassau.

Estas mismas irrupciones psíquicas, aliadas a emociones especialmente fuertes, podrían ser la clave del caso de Guadalupe. A nivel psíquico, las emociones religiosas estaban llegando a una situación crítica en el México de 1531; por tanto, el inicio del fenómeno pudiera haber sido un efecto milagroso en masa. La aparición de la Virgen María sería entonces resultado de las intensas emociones producidas por la fanatización de la población nativa ante sus conquistadores europeos y (aún más importante) su religión. Juan Diego habría estado, pues, en el lugar y el momento adecuados para convertirse en actor principal del drama milagroso que siguió.

Ésta es, naturalmente, una teoría apenas profundizada, sobre la que nos extenderemos en el último capítulo de este libro. No se trata de una teoría científica, ya que no puede comprobarse o refutarse, y por tanto cabría catalogarla, por el momento, de mera especulación.

Sin embargo, existen pruebas concluyentes de que ciertos lugares sagrados relacionados con individuos de gran carisma personal pueden engendrar imágenes de tales individuos. Toda teoría sobre la naturaleza de las presuntas «imágenes divinas» de Cristo o de la Virgen deben tener en cuenta la aparición de retratos e imágenes misteriosas semejantes que han tenido lugar en diversos lugares, tanto sacros como seculares.

Los rostros de Bélmez

Ejemplo claro de la aparición de figuras humanas misteriosas no ya en lugares «sagrados» sino también en casas particulares, fue lo acaecido en 1971, cuando una erupción espectacular de rostros empezó a formarse en el suelo de una casa del pueblecito andaluz de Bélmez de la Moraleda. Se trata de uno de los casos de «rostros murales» mejor documentado en la historia contemporánea, puesto que fue sometido a una completa investigación parapsicológica por el profesor Hans Bender, uno de los parapsicólogos alemanes de más prestigio y jefe, por aquel entonces, del Instituto para el Estudio de Zonas Límite en Psicología e Higiene Mental de Friburgo.

El caso salió a la luz pública en agosto de 1971, cuando María Pereira, una campesina andaluza que vivía en Bélmez, descubrió que se había formado en la piedra central de la chimenea de su cocina la figura de un rostro femenino. Al principio, intentó borrar la figura fregando, pero la imagen parecía estar impresa directamente en el cemento. Como era muy supersticiosa, la señora Pereira hizo tapar la piedra con una nueva capa de cemento. Sin embargo, cuando se secó, la cara seguía allí. Posteriormente, otros rostros empezaron a formarse en el suelo de la cocina a intervalos irregulares. A veces, se hacían visibles y luego desaparecían y, en ocasiones, incluso reaparecían con expresiones diferentes a las anteriores, o

surgían unos nuevos donde antes habían aparecido otros, mientras los restantes quedaban grabados permanentemente.

Cuando se hizo pública, la historia causó sensación en Bélmez y la casa pronto se convirtió en una atracción turística. La señora Pereira llevó esta expectación hasta sus últimas consecuencias y sacó la piedra de la chimenea, colocando el rostro en un lugar bien visible y cobrando una entrada a sus vecinos que acudían a contemplarlo. En Pascua de 1972, cientos de personas se arremolinaban diariamente ante la casa para ver el retrato fantasmagórico. Sin embargo, al poco tiempo, la prensa local extendió la noticia de que la señora Pereira había inventado un gran fraude con propósitos lucrativos, y las autoridades políticas y religiosas no tardaron mucho en prohibir todo comercio turístico en el edificio.

Por fortuna, el profesor Bender ya había sido advertido del caso y realizó ese año dos viajes a España para investigarlo personalmente. Su segunda investigación la realizó en cooperación con el profesor Germán de Argumosa, investigador y parapsicólogo español que pasó dos años estudiando el misterio.

El plan de Bender consistía en determinar si los rostros, que todavía aparecían espontáneamente durante la época en que realizaba sus visitas, eran impresiones paranormales genuinas o producto de un hábil fraude. Para verificar su autenticidad, selló con una capa plástica la parte del suelo donde aparecían habitualmente los rostros. Esta capa se dejó allí durante varias semanas, y sólo se quitó cuando la condensación de agua formada bajo ella empezó a impedir una visión clara del suelo. Bajo el plástico aparecieron nuevos rostros, pero sólo una vez Bender hubo regresado a Alemania. (Más tarde se supo que la capa plástica había sido alzada en presencia de testigos oficiales. La cocina fue sellada entonces hasta que el agua condensada se hubo evaporado. Al volver a entrar en la sala los testigos, se descubrieron los nuevos rostros.)

Estos rostros siguieron materializándose en la casa hasta 1974, y durante los tres años en que se prolongó el caso aparecieron decenas y decenas de ellos. Es interesante señalar que la señora Pereira acabó por construirse una nueva cocina en otro lugar de la casa, y las caras empezaron a aparecer también allí.

El 9 de abril de 1974, el profesor de Argumosa pudo presenciar la formación de uno de tales rostros. Él y sus colegas lo fotografiaron, pero la imagen se difuminó totalmente ese mismo día. Horas después, surgió en el mismo punto un nuevo rostro. Las fotografías obtenidas descartan la idea de que los rostros sean meras configuraciones casuales o grabados producidos artificialmente en el suelo o los muros de la casa. Aunque los hay que sólo son vagos esbozos formando trazos en el piso de cemento, muchos parecen obras de auténticos artistas, en una línea bastante surrealista o caricaturesca. El primer retrato aparecido en la piedra de la chimenea es quizás el más definido. Muestra con toda claridad la cabeza de una mujer con (quizás) una expresión de maravilla o de sorpresa. Una fotografía tomada por Bender muestra claramente una composición de tres caras

bien definidas que se materializaron poco tiempo después de que se observara, por primera vez, el rostro de la piedra de la chimenea. La fotografía contiene la cabeza de una monja bajo un hombre con barba y capucha de monje, y sobre una tercera figura de un varón. Si se observa esta composición al revés, aparece otra cara de mujer bajo la cabeza de la monja.

Según el reportaje aparecido en el número de noviembre de 1976 de la revista parapsicológica suiza *Schweizerisches Bulletin für Parapsychologie*, el profesor de Argumosa y su equipo realizaron más adelante unas pruebas para determinar si se había añadido algún colorante artificial al cemento en las zonas donde se manifestaban las caras. Se tomaron incluso muestras de las propias imágenes. Los análisis sólo determinaron la presencia de partículas de cemento, cenizas y cantidades diversas de los productos normales de cocina; en resumen, nada que justificara las misteriosas imágenes.

La resolución del *affaire Bélmez* parece extraída de una novela romántica. Los habitantes de la población acabaron por excavar la tierra bajo la chimenea y descubrieron enterrados restos de huesos humanos. Más tarde se supo que la casa había sido construida sobre un antiguo cementerio que contenía restos de mártires cristianos muertos por los moros durante el siglo XI. Una vez realizado el descubrimiento, la aparición de las caras se recrudeció más aún.

Algunos investigadores, entre ellos el doctor Bender, opinan que el misterio de Bélmez fue provocado por la propia señora Pereira, quien de algún modo creó el fenómeno subconscientemente, debido a presuntas facultades paranormales. Por otro lado, el descubrimiento del cementerio bajo la casa indica que quizá ésta estaba realmente embrujada, generando no se sabe cómo las fantásticas manifestaciones que acosaban a la humilde campesina. Con todo, la historia anterior de la casa no parece avalar la tesis de que estuviera embrujada. Hasta entonces, no se habían registrado apariciones, ni producido otros fenómenos fantasmales. Otra posibilidad es que el poder que dio lugar a las manifestaciones de Bélmez se debiera, en parte, a la disposición paranormal de la casa, catalizada de algún modo por la mente de la señora Pereira.

Aunque el caso de Bélmez no es un milagro religioso, el fenómeno ocurrido allí entre 1971 y 1974 es idéntico, en su forma, a las apariciones de la figura de Cristo en los muros de varias iglesias y catedrales a lo largo de la historia. Cualquier explicación para uno de tales fenómenos deberá explicar también los otros.

Naturaleza epidémica de los milagros

El hecho de que los milagros de las «imágenes divinas» tengan ejemplos tanto sagrados como profanos es sólo la primera clave indicadora de que este tipo de milagros pueden ser más producto de poderes psíquicos de la mente humana que obra de una Inteligencia Divina. Esta teoría

explicaría también la naturaleza imitativa y epidémica de los milagros en general. El informe sobre un milagro en una determinada población suele dar lugar a la aparición de milagros similares en otras partes, como si el segundo fenómeno fuera literalmente una imitación del primero. A menudo parece que, cuando un grupo de gente (como los feligreses de una iglesia) de una determinada población se entera de que ha ocurrido un milagro en la ciudad vecina, provoca inconscientemente un milagro similar en la suya.

Una de tales epidemias se abatió sobre Baden-Baden, en Alemania, en 1872, cuando empezaron a formarse cruces en las ventanas de varias casas de toda la ciudad. Si se borraban fregándolas, volvían a formarse, y ni siquiera el ácido podía acabar con ellas. Estas cruces en las ventanas pronto se extendieron a la vecina población de Rastadt.

Evidencias similares han sido recogidas en los Estados Unidos. Según un informe publicado por el *New York Times*, unas misteriosas imágenes habían empezado a aparecer en las ventanas de Cincinnati, Ohio, un año antes del fenómeno de Baden-Baden. La epidemia se inició el 18 de enero de 1871, cuando los vecinos empezaron a descubrir retratos de personas desconocidas grabados en los cristales de las ventanas. Las imágenes solían difuminarse y, pasado un tiempo, desaparecían. Una plaga similar de retratos en las ventanas se abatió sobre Sandusky, Ohio, aproximadamente en la misma época.

La «gran epidemia de las cruces» de 1971 es un ejemplo por excelencia de estas erupciones de milagros misteriosos. Se trata de un caso actual de «milagros imitativos» que se extendió por todos los Estados Unidos, de California a Florida.

Todo empezó en agosto, cuando *Los Angeles Times* publicó un reportaje titulado *El fenómeno de la calle 80*. Según el periódico, una cruz resplandeciente —aparentemente formada por la refracción de la luz— había empezado a surgir en un gran ventanal trasero de la capilla de la Fe Baptista, en la zona del *ghetto* negro del centro de Los Ángeles. La imagen apareció por primera vez el 27 de agosto durante un ensayo del coro. Aquel día, la música no había sonado demasiado bien y Mabel Davis, una de las integrantes del coro, se sentía disgustada porque no había encontrado a un organista que les acompañara. Estaba a punto de salir de la capilla cuando su hija Patricia divisó la cruz resplandeciente. Era algo tan extraordinario que Mabel se asustó. Desde aquel 27 de agosto, la cruz empezó a aparecer cada día, habitualmente a las cuatro en punto de la tarde, justo cuando el sol se colocaba en línea recta con el ventanal. Naturalmente, los escépticos pensaron que la cruz era simplemente el resultado de una refracción normal. Aunque ésta parecía, en efecto, la explicación lógica, no satisfizo a todos. Hubo quien pensó que no justificaba del todo el misterio.

«Cuando la vi por primera vez, me pareció producto del reflejo del sol en los cristales», contó a *Los Angeles Times* el reverendo Roy Williams, encargado de la capilla. «Sin embargo, me parecía extraño que no la

hubiese visto nunca hasta entonces en los seis años que llevaba a cargo de la capilla.» El reverendo prefería creer que la cruz había aparecido en respuesta a sus plegarias, en las que pedía que su congregación se extendiera. Desde luego, sus ruegos fueron atendidos: la asistencia a la capilla aumentó espectacularmente al extenderse la noticia del milagro.

Williams tenía razón en el primer punto. Si la cruz era un mero fenómeno natural, ¿por qué no se había hecho visible hasta 1971? La cruz era enorme y el ventanal daba directamente a la sala de plegarias. Desde luego, no había podido pasar inadvertida con anterioridad.

El reportaje californiano se extendió pronto como una epidemia en forma de cruces que aparecían en una ventana tras otra. El 12 de septiembre, una cruz resplandeciente apareció en una ventana de la iglesia de First Born Holiness, en la población de Apalachicola, en Florida. La cruz de Florida no poseía la estabilidad de la imagen de Los Ángeles, y cambiaba a menudo de forma y de color —del blanco al anaranjado— en el transcurso de sus varias apariciones. El misterio pareció resuelto cuando un odontólogo local, el doctor K. R. Chapman, de la Universidad estatal de Florida, visitó Apalachicola y descubrió que la superficie interna del cristal de la ventana estaba cubierto por una capa de plástico mediante la cual la luz proyectada desde el otro lado sufría una refracción anormal. También descubrió que se había instalado una iluminación exterior en el edificio, justo frente a la ventana supuestamente milagrosa, y que su luz enfocaba directamente a ésta. Sin embargo, el doctor Chapman no pudo explicar por qué la imagen sólo había empezado a aparecer un año después de que se instalara el cristal de la ventana, dado que la iluminación exterior ya había estado funcionando desde mucho antes de la fecha en que empezó a observarse el milagro.

El 22 de septiembre, apareció una nueva imagen, esta vez en una ventana de la iglesia Metodista Unida de Mexico City, en Florida. Otro informe idéntico llegó de Panama City, también en Florida, donde una cruz luminosa había empezado a brillar repentinamente sobre la ventana de la iglesia bautista de San Juan. Y, cuando aún no se había extendido la noticia de esta última, otras dos iglesias de Panama City informaron de que luces similares estaban apareciendo en sus ventanales. Los responsables de una de estas iglesias, la iglesia del Nazareno de Panama City, aseguraba que su imagen se había materializado súbitamente sobre una ventana abierta diez años antes, y por tanto no cabía explicar esa imagen como producto de la refracción natural.

Sin embargo, el caso más notable de cruces resplandecientes llegó del Paxon Revival Center de Jacksonville, Florida, que fue una de las tres iglesias que informaron de la aparición de cruces en las ventanas durante el punto álgido de la epidemia. La luz aparecía en la parte exterior de la ventana y, por tanto, no podía deberse a la refracción de la luz. El fenómeno no se había observado nunca hasta que la fiebre de las cruces alcanzó Florida, y fue advertido por primera vez por dos muchachos que jugaban junto al edificio. Decenas de mirones se arremolinaron en la iglesia cuan-

do la prensa de Florida hizo público el fenómeno, y la imagen fue fotografiada repetidas veces. Lo más asombroso de la imagen de Paxon Revival Center es que en las fotografías aparecieron representaciones de *manos humanas extendidas* en los extremos de la viga transversal de la cruz.

Después de que llegaran a conocimiento del público las noticias de las cruces de Jacksonville, la epidemia se extendió a Georgia, donde empezaron a aparecer otras más. Las imágenes no parecían respetar en absoluto las distintas confesiones religiosas, pues surgieron en las iglesias de los Adventistas del Séptimo Día, Metodistas y Baptistas, en las localidades de Brunswick, Kingsland y Savannah.

En noviembre, la epidemia cobró una nueva dimensión. Las cruces empezaron a formarse también en las ventanas de casas particulares, además de en las iglesias. La primera de que se tuvo noticia procedía de Darien, Georgia. El 19 de noviembre, el *New York Times* informaba de un caso similar en Nueva York, donde apareció una elaborada imagen de una cruz en la ventana del cuarto de baño del piso de la señora Viola Mitchell, en el Bronx. Una fotografía adjunta al relato mostraba una cruz luminosa auténticamente artística, parecida a las cruces latinas tradicionales. La imagen fue descubierta por la madre de la señora Mitchell, que estaba de visita en la casa. Por pura coincidencia, la señora Mitchell provenía también de Darien, Georgia, y conocía la epidemia de cruces que se había extendido por su tierra natal. La cruz causó sensación en el Bronx. Mucha gente lo tomó por un milagro y, al propio tiempo, por una advertencia a los grupos cada vez mayores y más peligrosos de jóvenes delincuentes del barrio pues, según apuntó un testigo a los periodistas que cubrían la información, en Jeremías 9:21 se dice que cuando «la muerte aparezca en las ventanas», se acercará el fin para «los jóvenes callejeros».

Nadie ha conseguido una explicación coherente de la «gran epidemia de cruces» de 1971, que tanto recuerda la que asoló Baden-Baden casi exactamente un siglo antes. El argumento más utilizado fue que todos los casos se debían a la refracción de la luz. Esta teoría recibió nuevos impulsos cuando la empresa Cristalera de Brunswick, en Georgia, que fue la proveedora de los cristales utilizados en la mayoría de iglesias del estado, afirmó que las cruces se formaban al paso de la luz por unas finas líneas verticales realizadas en la fabricación de los cristales. Sin embargo, esta teoría no explica por qué los efectos no empezaron a hacerse visibles hasta 1971, ni por qué la epidemia se extendió de una zona a otra de un modo casi pronosticable. También parece muy improbable que los testigos oculares de las diversas cruces de Florida, Georgia y Nueva York no las hubieran advertido hasta que surgió la noticia de la epidemia. Muchas de las imágenes, por otra parte, eran elaboradas, bastante grandes, y manifiestamente llamativas.

Si cabe buscar una solución real a la «gran epidemia de las cruces», deberíamos optar por una que tuviera como base factores psíquicos y espirituales. El fenómeno parece haber sido causado, hasta cierto punto hay que reconocerlo, por la refracción; por ejemplo, la cruz pudo haber-

se formado de hecho por rayos dispersos de luz que atravesaran la ventana. Sin embargo, probablemente esta luz no se refractaba debido a las meras propiedades físicas del vidrio. Los feligreses que observaban las imágenes pudieron contribuir también, en realidad, a su aparición. Cada congregación, al recibir a través de los medios de comunicación las noticias de la aparición de cruces, pudo haber proyectado un campo psíquico alrededor de la ventana de su propia iglesia, de modo que también ellos pudieran ver una cruz en la suya. Estos campos psíquicos pudieron haber «torcido» los rayos de luz al pasar por el cristal, de modo que se refractaran en el ángulo preciso para formar las imágenes.

El «efecto Padfield»

Como ya se ha apuntado anteriormente, la creencia en los milagros suele provocar su aparición. Parece algo más que una coincidencia que el caso del Bronx sólo se produjera después de que el piso fuera visitado por una mujer indirectamente relacionada con hechos previos similares ocurridos en Darien. En su libro *The Group Mind*, el gran psicólogo de Harvard William McDougall proponía una teoría parecida. También él consideraba que los milagros podían ser, de hecho, resultado de efectos de psicocinesis masiva producidos por devotos creyentes.

La teoría de McDougall se hace aún más convincente si consideramos un reciente descubrimiento realizado por un físico británico. Hay pruebas concluyentes de que la mente humana es capaz de torcer los rayos luminosos. En 1974, un número del *International Journal of Paraphysics* incluía un artículo de Benson Herbert sobre sus investigaciones con Suzanne Padfield, una joven británica. Herbert es parapsicólogo además de físico, y dirige el Laboratorio de Parafísica de Downton, Wiltshire. Mediante una serie de ingeniosos experimentos, Herbert demostró que la señorita Padfield podía influir directamente un haz de luz polarizada, «torciendo» el rayo o girando el plano de polarización a su paso por un cilindro. La muchacha pudo producir este efecto repetidas veces, incluso cuando se trataba de varios aparatos de proyección de luz distintos. El fenómeno ha recibido el nombre de «efecto Padfield», dado que otros individuos dotados de facultades paranormales han mostrado también esa misma capacidad. La señorita Padfield puede producir también fenómenos psicocinéticos más convencionales, como poner en movimiento un péndulo situado en un recipiente herméticamente cerrado.

El efecto Padfield puede ser la clave mediante la cual solucionar el enigma de la aparición de cruces de 1971. Si una sola persona dotada de sus facultades puede alterar el recorrido de un rayo de luz, ¿por qué no podrían manipular los rayos del sol un grupo de personas emocionalmente preparadas para ello? Una vez más, la diferencia entre los hechos paranormales y los milagrosos puede ser más una cuestión de grado que de naturaleza.

El sudario de Turín

Si la mente es, de hecho, capaz de producir imágenes en o sobre la materia física, ésta puede ser también la clave de uno de los mayores milagros religiosos de todas las épocas: el famoso sudario de Turín.

Ninguna controversia religiosa ha alcanzado los extremos que ha inspirado el misterioso lienzo guardado en la catedral de Turín, que contiene la impresión completa del cuerpo de un crucificado. Muchas personas creen que se trata del auténtico sudario con el que fue enterrado Jesús después de la Crucifixión, y que la imagen que en él aparece es la del propio Cristo. La historia del sudario está rodeada de misterios y sólo puede remontarse con datos hasta el siglo XIV, cuando pasó a poseerlo Godofredo de Charny, caballero francés que murió en 1356. Su primera exhibición pública fue en 1357, y la viuda del caballero de Charny volvió a mostrarlo en 1389. Durante el siglo XV, el sudario fue trasladado temporalmente a Italia para ser mostrado allí, pero más tarde regresó a Francia. La figura del sudario resultó ligeramente dañada en 1532, cuando se produjo un incendio en una de las capillas de Chambéry, donde estaba expuesto. Sin embargo, dos años después, el lienzo fue reparado. La Sábana Santa fue expuesta en Turín por vez primera en 1535, y quedó depositada allí permanentemente en 1578. En 1694 fue albergada en su actual paradero, la Capilla Real de la catedral. En 1804, 1815, 1868 y 1898 fue expuesta nuevamente en público. En esta última ocasión, fue fotografiada por primera vez.

Los resultados de este primer intento de fotografía de la figura del sudario se han hecho famosos. El fotógrafo, Secondo Pia, hizo diversas tomas del sudario y descubrió que la imagen es un negativo perfecto (e inexplicable) del rostro y el cuerpo de un hombre. El descubrimiento de Pia causó sensación entre las autoridades eclesiásticas italianas. Gracias a los negativos y las placas, los rasgos definidos de la imagen podían observarse con mayor claridad que en el propio sudario. Éste fue fotografiado nuevamente durante una exposición de tres semanas de duración celebrada en 1931, esta vez con un equipo mejor, y la imagen en negativo quedaba aún más patente.

Esta imagen del sudario refleja la figura, desvaída pero visible y detallada, de un varón de unos treinta años crucificado. Cuando se despliega totalmente el sudario, se observan dos imágenes completas unidas en la cabeza. Una muestra la parte delantera del cuerpo y la otra el dorso. Cada una es una impresión completa de un hombre de una altura aproximada de un metro ochenta, con unas heridas en las muñecas, pies, frente y costado, y marcas de latigazos en la espalda y las piernas. Quienes creen en la autenticidad del sudario afirman que el increíble detalle que registran las marcas de las heridas (situadas en los lugares precisos correspondientes a las crucifixiones romanas) y la inexplicable cualidad de negativo de la figura, son garantía de su autenticidad. Los escépticos, por su parte, se apresuran a apuntar que la imposibilidad de seguir el rastro del sudario antes

de su aparición en Francia durante el siglo XIV indica que se trata de una falsificación. Dado que durante los siglos XIV y XV había en Europa unos cuarenta de tales sudarios, la Sábana Santa de Turín podría no ser una pieza única.* Sin embargo, varios informes científicos realizados recientemente sobre el sudario pueden hacer que los escépticos pierdan posiciones para su causa en los próximos años.

Actualmente, existen pruebas casi concluyentes de que la figura del sudario no es una reconstrucción artística. Sencillamente, es demasiado detallada para serlo. A principios de los años sesenta, el doctor David Willis, médico inglés, hizo un extenso estudio de las heridas de la figura. En él, logró determinar que los ojos aparecían hinchados, con el párpado derecho rasgado, la nariz lesionada antes de morir, y un puñado de otras minucias semejantes que a ningún falsificador de obras de arte se le hubieran podido ocurrir. La obra del doctor Willis se complementa con la de otros dos médicos estadounidenses, los doctores Anthony Sava y Robert Bucklin, quienes han estudiado las heridas de la figura y han llegado a la conclusión de que corresponden, anatómicamente, a las heridas que podrían afectar al cuerpo humano. Hasta los leves regueros de sangre que emanan de dichas heridas parecen rezumar en la dirección correcta si el cuerpo hubiera estado suspendido, efectivamente, de la cruz. Las pequeñas heridas de la espalda están detalladas hasta tal punto que puede reconstruirse el objeto que las causó. Se trata de un instrumento en forma de látigo con tres terminaciones, al extremo de las cuales se ajustaban unas bolitas de metal en forma de pesa. Este instrumento era el utilizado por los soldados romanos para azotar a los presos, y los arqueólogos han desenterrado en sus excavaciones algunos instrumentos que, en forma de látigo, coinciden casi exactamente con el que presuntamente se utilizó en el cuerpo del crucificado. El doctor Willis ha podido demostrar incluso que las rodillas de la figura están arañadas, como si hubiera caído varias veces mientras transportaba un objeto grande y pesado. Este punto, naturalmente, es plenamente coherente con los relatos evangélicos.

Estos hallazgos, por sí solos, no prueban que la figura del sudario sea verdaderamente la de Cristo; simplemente indican que este lienzo recoge la imagen de un crucificado. Sin embargo, recientemente se han encontrado pruebas que indican que el sudario data, sin duda, de tiempos bíblicos.

El cardenal Pellegrino de Turín, a instancias de la Cofradía norteamericana del Santo Sudario, permitió en 1969 el primer examen del sudario mediante las técnicas científicas contemporáneas. Un equipo especial de once científicos y expertos en la Santa Sábana fue seleccionado por el propio cardenal para integrar el comité. Entre ellos se contaban el profesor Enzo Delorenzi, radiólogo turinés, y el profesor Giorgio Frache, he-

* Ian Wilson, experto británico en el sudario de Turín, expone un concienzudo trabajo de rastreo histórico del mismo, que se remonta hasta el siglo VI, en su libro *The Shroud of Turin* («El sudario de Turín»), aparecido en 1978. Según Wilson, el sudario y el Mandilion de Constantinopla serían el mismo lienzo.

matólogo del departamento de medicina forense de la Universidad de Módena. El profesor Silvio Curto, de Milán, experto en telas antiguas, fue también invitado a formar el equipo. El trabajo del equipo consistía en examinar el sudario y determinar las pruebas científicas que podían desarrollarse en él. El resultado de las recomendaciones de la comisión fue que se separaran del sudario algunos hilos para remitirlos a varios especialistas europeos para su análisis.

Uno de los recipiendarios de las muestras de tejido fue el doctor Gilbert Raes, del Instituto de Tecnología Textil, en Gante, Bélgica. Del análisis de la estructura del hilo, el doctor Raes dedujo que se trataba de una tela compleja utilizada con gran frecuencia en tiempos remotos. Las fibras del hilo estaban construidas con lino y una especie de algodón, el *gosypium herbaceum*, muy corriente en Oriente Medio.

Otro análisis aún más revelador del sudario fue el realizado por el doctor Max Frei, criminólogo que dirigió entre 1948 y 1972 el laboratorio de investigaciones de la policía de Zurich. En 1973, el doctor Frei advirtió que el sudario estaba cubierto de partículas de polvo, y consiguió unas muestras para su análisis. Por medio del microscopio, Frei identificó partículas tales como fragmentos de cabellos, fibras vegetales, esporas, bacterias y granos de polen. Esto último fue lo que más interés despertó en el doctor, puesto que el polen es prácticamente inmune a la destrucción. Con la tecnología actual, también es posible identificar un grano de polen, por muy antiguo que sea. Después de más de un año de trabajos, Frei logró determinar que la tela estaba contaminada por cincuenta y nueve tipos distintos de polen. Muchos de ellos parecían haberse depositado durante los distintos viajes recorridos por el sudario, pero Frei identificó una partícula de polen halófito, que pertenece a una planta característica de Palestina. Así pues, en algún momento de su historia el sudario debe de haber estado en el actual Israel, o zona circundante.

Más pruebas que documentan la autenticidad del sudario fueron presentadas por cuarenta científicos que se reunieron en Albuquerque, Nuevo México, el 23 de marzo de 1977, como parte de la primera Conferencia Norteamericana de Investigadores del Santo Sudario de Turín. Diversos análisis fotográficos del sudario allí presentados demostraron que la impresión en el tejido fue hecha por un objeto tridimensional.

Pese a todas las pruebas, siguen habiendo misterios en la imagen del sudario que indican que no se trata de una impresión física producida por el contacto de la tela con un cuerpo humano. Este punto ya se evidenció en 1902, cuando el doctor Paul Vignon, biólogo francés, realizó un estudio de las fotografías originales de Pia. En su libro posterior referido a tales investigaciones, *La Sábana de Cristo* (1939), proponía que la imagen estaba producida por los gases emanados de un cuerpo humano colocado a cierta distancia del sudario. A partir de ahí, el biólogo francés especulaba con que la imagen se produjo por la actuación de los gases amoniacales liberados por el cuerpo humano tras la muerte en el sudario, que supuestamente lo envolvía. Vignon llegaba incluso a denominar al sudario *impre-*

sión vapográfica y presentaba detalladas explicaciones químicas y biológicas de cómo se había formado la imagen.

Otro punto más eficaz contra la teoría de la impresión física es que no parece haber ni rastro de sangre auténtica en el tejido, aunque la imagen está llena de heridas y manchas que parecen de sangre. «Ni siquiera cuando se observa a través de la lupa —escribe Ian Wilson— aparece en las heridas de las muñecas o del costado rastro alguno del tipo de sustancia superficial que cabría esperar encontrar en un lienzo que ha estado en contacto con una herida grave. Igual de inexplicable resulta que no contenga rastro visible de colorante o pigmento alguno. El color —si cabe llamarlo así— es tan leve que más parece un "retrato" de la sangre, que sangre propiamente dicha.»

El hecho de que no haya manchas de sangre auténtica en el sudario quedó comprobado por el análisis de los hilos extraídos del lienzo, análisis que se realizó en las universidades de Módena y de Turín. Estas pruebas revelaron que las «manchas» visibles sólo aparecían en la superficie del lienzo, y que no empapaban los hilos, como haría cualquier líquido. (Tampoco se descubrió que se hubieran utilizado otros pigmentos para crear la imagen.) Se realizaron posteriores contraanálisis para determinar con mayor firmeza si el sudario contenía rastros de sangre. Un test estándar de bencedrina —los glóbulos rojos sanguíneos contienen una peroxidasa que se vuelve azul cuando se pone en contacto con la bencedrina— dio resultado negativo.

Como sugiere Ian Wilson, «sea lo que fuere que creó la imagen, parece no haber tenido en sí mismo sustancias físicas propiamente dichas. Todo parece indicar una especie de proceso de "secado", como si alguna fuerza física hubiera reaccionado con las fibras superficiales de los hilos del sudario». ¿Cuál fue, entonces, esa fuerza que produjo la imagen del sudario de Turín? Wilson cree que el proceso físico concreto terminará por descubrirse mediante nuevas pruebas y exámenes científicos. Lo que descarta completamente, según sus propias palabras, es la idea de que «fuera creada por alguna forma de milagro».

Resulta extraño que ningún estudioso del misterio del sudario parezca haberse dado cuenta de que el lienzo de Turín es sólo el más famoso de una completa tradición de milagros de «imágenes divinas». Incluso Ian Wilson, que está bastante versado en parapsicología, deja de advertir el paralelismo existente entre la figura de Turín y otras «imágenes milagrosas». Es posible que el sudario fuera producido por un milagro similar a los que produjeron las imágenes de Cristo en Holman o en las Bahamas.

La mayoría de las personas que han visto el sudario de cerca dicen que la imagen parece más una mancha chamuscada que cualquier otra cosa. Esta característica es análoga a la de las «marcas de quemaduras» o los «dibujos a carboncillo» con que se han descrito a otras muchas imágenes divinas. Por tanto, el proceso que conduce a la manifestación de estas diversas imágenes, incluido el sudario, puede ser el mismo para todos los casos. Esta teoría explicaría también por qué la imagen del sudario es un

negativo, hecho que ninguna teoría puramente física ha conseguido todavía explicar en su totalidad. El momento exacto y las condiciones bajo las que se formó por primera vez la imagen son dos misterios que quizás no puedan resolverse nunca. Sin embargo, no sería extraño que hubiera aparecido bastante después de que se produjera la muerte auténtica de Cristo.

5

La granizada milagrosa de Remiremont

Remiremont es una pequeña ciudad francesa a unos noventa kilómetros de la frontera alemana. Su población, como la de tantas poblaciones provincianas, apenas alcanza los diez mil habitantes. No es un lugar con atractivos turísticos, ni tampoco un ajetreado centro metropolitano. Sin embargo, el 26 de mayo de 1907, ocurrió allí uno de los milagros de «imágenes divinas» más desconcertante de cuantos se han documentado en el presente siglo. Granizó «vírgenes» en la ciudad.

El milagro en sí fue un acontecimiento relativamente sencillo. Durante una granizada que cayó a las cinco y media de la tarde del 26 de mayo, cayeron a tierra varios pedriscos con la imagen de la Virgen María impresa en ellos. Estas piedras fueron examinadas (aunque por desgracia no fotografiadas) por decenas de habitantes de la localidad. Sin embargo, pese a que el acontecimiento en sí no es nada complicado, lo acaecido en Remiremont merece un capítulo entero de este libro por una razón muy especial. Los acontecimientos que rodearon el incidente son tan complejos e intrigantes que arrojan una luz tanto sobre el *modus operandi* como sobre la psicología de los milagros.

Toda investigación del milagro de Remiremont debe tener en cuenta dos fenómenos interrelacionados. El primero, por supuesto, la granizada de 1907. El segundo, un milagro ocurrido en la ciudad en 1682, relacionado con una misteriosa y legendaria estatua de la Virgen llevada a Remiremont por un grupo de monjas varios siglos antes.

La historia de esta leyenda se remonta a los tiempos de Carlomagno (742-814 d. C.), quien regaló Notre Dame du Trésor («Nuestra Señora del Tesoro») —una estatua de la Virgen hecha con madera de cedro— a un convento de monjas en honor de sus victoriosas campañas en Italia. Las monjas se vieron obligadas a abandonar el convento en 910 ante la invasión de los hunos, y establecieron una comunidad que, con el tiempo, sería Remiremont. Las monjas llevaron consigo la estatua, que desde entonces se ha guardado en la iglesia principal de la población. No pasó mucho tiempo antes de que sus habitantes empezaran a creer que la estatua poseía poderes sobrenaturales, y que «exhibirla» públicamente durante

las procesiones religiosas aseguraba la buena fortuna a Remiremont. Sigue siendo un misterio cómo llegó a formarse la leyenda, y parece ser poco más que un resto de supersticiones populares.

La tradición de los efectos benéficos de la estatua quedó reforzada, no obstante, en 1682, cuando el 12 de mayo la ciudad fue sacudida por un gran terremoto que destruyó varias casas y dañó la abadía y la iglesia. Durante la catástrofe se abrieron grandes grietas en el suelo, y los movimientos de asentamiento posteriores aterrorizaron por completo a los habitantes. Muchos pasaron los días siguientes durmiendo al raso, en los campos vecinos a la ciudad. Fue durante esta serie de violentas sacudidas cuando se sacó de su altar a la «Notre Dame du Trésor» y se la llevó en procesión por las calles medio destruidas de la población. Se esperaba que la procesión sirviera para librar la ciudad de lo que parecía una inminente destrucción.

Los movimientos telúricos cesaron en el mismo instante de empezar la procesión y, en gratitud, los ciudadanos de Remiremont prometieron celebrar cada año, en ese día, una procesión.

En 1907, la estatua fue foco de una encendida y emotiva polémica que preparó el terreno para el posterior milagro. Pese a que la ceremonia en honor de «Notre Dame du Trésor» había sido sancionada por el cardenal local casi dos siglos antes, nunca había recibido la aprobación papal. Aunque esta situación no parecía preocupar a los ciudadanos de Remiremont, resultaba algo embarazosa para muchos sacerdotes de la localidad; así, en 1907, el reverendo arcediano Vuillemin, anciano sacerdote, pidió a Roma que aprobara la veneración de la estatua. La insistencia de Vuillemin fue constante, y ese mismo año el papa Pío X accedió a enviar un delegado personal a Remiremont junto a una costosa corona como signo de aprobación y veneración a la estatua. La noticia del consentimiento papal provocó un gran revuelo en Remiremont y, a sugerencia de Vuillemin, las autoridades eclesiásticas de la ciudad decidieron que la estatua sería coronada en una ceremonia pública en la iglesia, como parte de la procesión anual. La celebración se fijó para el 20 de mayo, unos días después de la fecha exacta de la procesión anual. Cinco obispos accedieron a celebrar las distintas ceremonias. Prometía ser uno de los días más espectaculares en la historia de Remiremont.

Todos los planes para la celebración estaban ya ultimados y la ciudad estaba ansiosa por participar. Entonces, el 12 de mayo, las autoridades municipales se negaron a dar permiso para la procesión y la cancelaron. La decisión se basaba en un litigio ya antiguo. Remiremont estaba por aquellos tiempos dividida en dos facciones. Mientras que la mayor parte de los habitantes eran devotos católicos, en los últimos tiempos había surgido un movimiento anticatólico y anticlerical, y el consejo temía que una procesión en honor de la estatua pudiera causar disturbios, sobre todo, dada la asistencia de varios funcionarios eclesiales de alto rango para la coronación. Accedieron a permitir una procesión dentro del recinto de la iglesia para el 20 de mayo, pero prohibieron toda ceremonia en las calles.

Y entonces, el 26 de mayo, una furiosa tormenta se abatió sobre Remiremont y varios pueblos vecinos. El día había sido soleado, pero avanzada la tarde se levantó una ventolera del sudeste que trajo la tormenta. La lluvia al principio fue acompañada de pequeños granizos, y no parecía haber nada inhabitual en una tormenta. Sin embargo, esta primera granizada fue seguida pronto de una segunda. En esta segunda cayeron granizos mucho mayores de lo habitual, algunos del tamaño de tomates. Estas piedras Mayores tenían forma ovalada y una de las caras planas, siendo lo normal una forma convexa. Desde las cinco y media hasta las seis y cuarto estuvieron cayendo estas grandes piedras; dado su tamaño, muchas no se rompieron ni se fundieron, sino que quedaron intactas en el suelo una vez terminada la tormenta. Varias de ellas fueron recogidas después por los curiosos ciudadanos que hicieron un descubrimiento fascinante: ¡Las piedras llevaban impreso un retrato de la Virgen María!

Que las piedras llevaran esa imagen ya era bastante extraño, pero la relación entre los pedriscos y «Notre Dame du Trésor» no terminaba allí. Para conmemorar la coronación de la estatua, se había acuñado una medalla que mostraba a la Virgen con el Santo Infante en brazos. La imagen de los granizos milagrosos era idéntica a la de las medallas.

Otros aspectos de la granizada indicaban, asimismo, que algo sobrenatural había sucedido en Remiremont aquel día. Las piedras milagrosas no parecían haber caído del cielo normalmente, y varios testigos oculares afirmaron que las piedras que llevaban impresa la imagen habían parecido «flotar» hasta el suelo lentamente, «como si fueran grandes copos de nieve». Pese a su gran tamaño, las piedras no causaron daño alguno en los huertos y campos sobre los que cayeron. Algunos habitantes incluso afirmaron que el curso de la tormenta había seguido la ruta utilizada por las monjas que habían llevado la estatua a Remiremont en 910.

Pocas dudas hay de que los acontecimientos del 26 de mayo de 1907 constituyen un auténtico milagro. Sin embargo, una vez más, parece razonable pensar que fue producido, de algún modo, por las mentes de los ciudadanos de Remiremont, más que por algún agente divino. De alguna manera, la «voluntad» colectiva de los ciudadanos actuó directamente sobre el tiempo atmosférico y produjo físicamente la granizada milagrosa. En otras palabras, los pedriscos fueron producto de un «cumplimiento de deseos» por medios parapsicológicos, más que una señal divina procedente de los cielos.

Existen pruebas contundentes de que la mente humana puede interferir directamente en el tiempo atmosférico y producir extraños efectos. Quizás el ejemplo histórico más famoso de un control del tiempo paranormal se documentó durante la vida de santa Juana de Arco (1412-1431). En abril de 1429, sus tropas estaban a punto de cruzar el Loire para atacar a los ingleses. Los barcos franceses tuvieron que ser enviados río arriba, a Orleans, en busca de provisiones, pero el viento soplaba en dirección contraria. Santa Juana empezó a rezar con gran fervor, y el viento cambió de dirección casi al instante.

Otra clave sobre la naturaleza de los pedriscos de Remiremont la proporciona el modo en que tales pedriscos flotaban en su caída a tierra. Dado que este fenómeno es similar a muchas manifestaciones que se repiten en los ataques de poltergeist, pudiera ser que en realidad el milagro de Remiremont fuera un caso de poltergeist a escala colosal.

El poltergeist (palabra alemana que significa «espíritu ruidoso») es una curiosa forma de hechizo que se complace en causar violentos trastornos en las casas donde se produce. A los poltergeist les gusta producir sonidos y golpes en el interior de las casas, mover los muebles y hacer volar los pequeños objetos caseros misteriosamente. En los casos más violentos, se producen incendios espontáneos, y tienen lugar a veces otras manifestaciones psicocinéticas más complejas. De éstas, las más comunes son los «lanzamientos de piedras» paranormales. Hay muchos casos registrados de cómo empieza a llover piedras sobre los tejados de las casas afectadas.

El poltergeist no es simplemente un grupo de fenómenos psicocinéticos diversos y sin estructura, sino un síndrome específico que sigue un curso de acción predecible y que está tipificado por varias características bastante precisas. Debido a esta especie de modelo de actuación, hasta los primeros parapsicólogos se dieron cuenta de que los «espíritus» de los difuntos o los «demonios» poco tenían que ver con el fenómeno. Al contrario, apoyaron la teoría de que estos «niños poltergeist» (o agentes, ya que no siempre se trata de niños) eran de algún modo responsables del fenómeno, como si utilizaran inconscientemente sus facultades psicocinéticas innatas para producir los trastornos. Esta teoría halló su confirmación oficial cuando, en los años treinta, el doctor J. B. Rhine y sus colegas de la Universidad Duke descubrieron, mediante experimentos de echar los dados, que muchas personas, y no sólo los dotados de facultades paranormales, parecen poseer facultades psicocinéticas. Esta teoría encontró su más directa confirmación en las últimas décadas. Con el auge del psicoanálisis y, posteriormente, de la psicología clínica durante los años comprendidos entre 1920 y 1940, algunos parapsicólogos empezaron a profundizar en el perfil psicológico de estos «agentes poltergeist». Comenzaron a darse cuenta de que tales agentes suelen ser individuos reprimidos y frustrados que proyectan sus represiones a través del poltergeist.

Estos descubrimientos tienen relación directa con el milagro de Remiremont. Nos encontramos ante lo que debería denominarse «capacidad poltergeist» compartida por toda la ciudad. Sus habitantes, de hecho, fueron manipulados para que cayeran en una situación psicológica sospechosamente similar a la que padecen la mayoría de estos agentes poltergeist. Se les obligó a sentirse hostiles, y su ira se dirigió directamente hacia las autoridades municipales. Sin embargo, no estaban en situación de hacer pública esta hostilidad, pues no podían responder al abuso del consejo municipal.

En tal situación de intenso agravio, algo podía suceder, y eso fue lo que pasó el 26 de mayo. La ira reprimida de los habitantes de Remire-

mont había ido creciendo, indudablemente, durante los días que siguieron a la fecha en que tenía que celebrarse la ceremonia en honor de «Notre Dame du Trésor». La granizada que se desató hacia las cinco y media de esa tarde se convirtió entonces, probablemente, en vehículo para la sublimada expresión de dicha hostilidad. Lo más probable es que algún poder paranormal, engendrado por las tensiones colectivas de los habitantes de la localidad, se interaccionara con la tormenta y produjera por psicocinesis los pedriscos milagrosos.

6

Estatuas que sangran y vírgenes que lloran

La Virgen sangrante de Maropati

La mañana del 3 de enero de 1971, Giovanbattista Cordiano, respetado abogado de Maropati, Italia, se despertó y descubrió que el cuadro de la Virgen que tenía colgado en la pared sobre su lecho estaba rezumando sangre.

El cuadro medía 110 × 75 centímetros y mostraba a la Virgen con el niño Jesús en brazos. Dos figuras adicionales estaban arrodilladas a los lados. La pintura había sido un regalo para Cordiano y su esposa, de parte de su hijo. «Durante diez años, el cuadro colgó sobre la cama sin que nada extraordinario sucediese... hasta el pasado 3 de enero —explicó Cordiano a los periodistas—. Esa mañana me desperté y descubrí manchas de sangre en las almohadas. Le pregunté a Katia, mi esposa, si se había cortado. Ella se miró en el espejo y dijo que no. Yo también me miré y tampoco encontré heridas.» Cordiano atribuyó el misterio a una «causa desconocida» y no le dio mayor importancia.

Sin embargo, las manchas volvieron a aparecer al poco tiempo. «Cuando las manchas de sangre volvieron a aparecer —explicó Cordiano—, me quedé mudo de asombro al comprobar que la sangre rezumaba por debajo del cristal que protegía el cuadro. Aquel líquido, parecido a sangre, surgía de los ojos de la Virgen como si fueran lágrimas, y también manaba de su corazón, sus manos y sus pies. Además, surgía también de las manos y pies de los dos santos arrodillados a los lados de la Virgen. Una parte del líquido rojo empezó a formar cruces sobre la pared de debajo del cuadro, que estaba pintada de blanco.»

Las observaciones de Cordiano fueron confirmadas poco después por decenas de otros testigos. Alfredo Riva, vecino de los Cordiano, pudo observar la sangre manando en el transcurso de una visita que realizó a la casa poco después de que se supiera la noticia del fenómeno. Posteriormente, Riva informó a los periodistas de que la sangre surgía de la figura de la Virgen y resbalaba hacia abajo. Cuando la sangre tocaba la pared, se extendía misteriosamente en forma de cruz. Era como «si un imán atrajera la sangre en las cuatro direcciones a la vez», afirmó Riva.

Al principio la hemorragia se producía cada día, pero al poco tiempo ésta se hizo menos frecuente, el cuadro rezumaba sangre sólo de vez en cuando. «No había aviso alguno —atestiguó Filomena Concetti, otra vecina de los Cordiano—. De repente surgían las gotas y empezaban a resbalar cuadro abajo. A veces, duraba unos minutos pero, habitualmente, la sangre cesaba de manar al cabo de apenas un minuto.»

La Virgen que sangraba llegó a convertirse en un quebradero de cabeza para los Cordiano. Al principio habían intentado mantener en secreto la noticia del milagro; sin embargo, los milagros resultan difíciles de mantener ocultos, sobre todo en una familia con siete hijos. Al poco tiempo, multitud de curiosos ponían asedio a la casa de los Cordiano con la esperanza de poder echar un vistazo a la pintura. Cordiano, estupefacto ante la publicidad que estaban recibiendo él y la pintura, intentó ceder ésta a las autoridades eclesiales de la localidad. Sin embargo, los funcionarios de la Iglesia de Maropati se negaron a verse involucrados en el caso dado que el «milagro» no había sido autentificado por el Vaticano.

Los funcionarios de la policía local fueron llamados a investigar cuando la publicidad que recibía la pintura amenazó con trastornar a toda la comunidad. Estos policías quedaron muy asombrados. «No había truco», decía el jefe de policía Antonio Raia ante la prensa, el 5 de septiembre. «Registramos todo el dormitorio. No había tubos, botellas o agujeros detrás del cuadro.» La policía tomó incluso posesión del cuadro, lo encerró en una caja especial de madera, y lo mantuvo en su cuartel general hasta el día siguiente.

«A la mañana siguiente», informó Raia, «abrimos la caja y en ella había sangre.»

Aquel líquido espeso y pegajoso que rezumaba de la pintura resultó ser, efectivamente, sangre auténtica. Dos muestras del líquido fueron analizadas en el Laboratorio Provincial de Higiene y Profilaxis en Reggia Cui, en Calabria. El doctor Francesco Mollo, jefe del departamento, redactó posteriormente un informe en el que establecía que el «examen clínico del líquido extraído ha dado por resultado que se trata de sangre. Por medio de ciertos preparados químicos, quedó asimismo demostrado plenamente que se trataba de sangre humana».

Efigies que lloran o sangran

El caso de Maropati y su Virgen que sangraba es sólo un ejemplo más de un tipo de milagros que ha sido recogido una y otra vez en los libros desde que la cristiandad se extendiera por todo el mundo. Los casos de estatuas religiosas, cuadros, iconos y otras efigies que, de repente, han empezado a llorar o a sangrar, abundan en la historia, algunos de ellos con cuantiosa documentación. Antes del saqueo de Roma de 1527, por ejemplo, una estatua de Cristo, albergada en un monasterio local, estuvo llorando durante varios días. Asimismo, cuando la ciudad siciliana de Sira-

cusa padeció el sitio de las tropas españolas en 1719, una estatua de mármol de santa Lucía, guardada en aquella ciudad, lloró continuamente durante el bloqueo.

Estos casos se repiten con tanta frecuencia, sobre todo en países tradicionalmente católicos como Italia o Brasil, que podría escribirse todo un libro únicamente sobre este tipo de milagros. Los fenómenos milagrosos de efigies que sangran o que lloran se manifiestan habitualmente de dos modos fundamentales. El más habitual es la «estatua que sangra», donde las representaciones escultóricas de Cristo empiezan a rezumar sangre humana. El líquido suele emanar de los puntos donde la tradición sitúa las llagas de la crucifixión. La otra forma común de este milagro es la denominada «Virgen que llora», en la cual estatuas o imágenes de la Virgen María lloran lágrimas muy reales.

Los casos del primer tipo no parecen tener en cuenta para nada la composición material de la estatua, y así se ha informado de hemorragias en estatuas de yeso, madera, mármol e incluso cera. Una estatua de madera de Cristo, de tres siglos de antigüedad, que se guardaba en una iglesia de Porto das Caixas, Brasil, empezó a sangrar en 1968 y todavía sigue haciéndolo hoy día. La sangre rezuma intermitentemente de las llagas de la crucifixión pintadas en las manos de la estatua. Un crucifijo de piedra caliza perteneciente a los señores Pizzi de Siracusa, en Sicilia, empezó a sangrar en 1972. Los Pizzi atestiguaron que la sangre había aparecido repentinamente en el pecho de la imagen de Jesucristo, donde la tradición sitúa la herida de la lanza en el costado. Según el doctor S. Rodante, presidente de la Asociación de Médicos Católicos de Sicilia, la sangre de este crucifijo se coagula con mayor rapidez de lo que suele hacerlo la sangre humana.

Uno de los ejemplos más recientes y mejor documentados de este milagro tuvo lugar en el hogar de la señora Anne Poore, en Filadelfia, Pennsylvania. Una estatua de Cristo de setenta centímetros de altura que le habían regalado a la señora Poore en 1974 empezó a sangrar repentinamente después de la Pascua de 1975. «Estaba arrodillada delante del crucifijo, en mi casa —explicaría la señora Poore a los periodistas, en enero de 1976—, orando por el alejamiento de la religión de la gente de hoy. De repente, alcé la vista a la estatua y mi corazón dejó de latir. Dos gotas de sangre de un rojo rubí habían aparecido sobre las llagas de sus manos. Me sentí aterrorizada, pues comprendí perfectamente que se trataba de sangre de verdad.»

La señora Poore presenció varias de estas emanaciones durante los días siguientes, acompañada de varios vecinos que habían acudido para observar la estatua. Cuando los visitantes empezaron a hacerse demasiado numerosos, la señora Poore llevó la efigie al reverendo Chester Olszewski, pastor de la iglesia episcopaliana de San Lucas, de la vecina población de Eddystone. El reverendo atestiguaría también, más tarde, la autenticidad del milagro.

«Cientos de personas han acudido a mi iglesia para rezar ante la esta-

tua, y ésta ha sangrado —diría el reverendo a los periodistas en una declaración efectuada el 20 de enero de 1976—. La estatua está en una hornacina, a unos tres metros sobre el altar, donde nadie puede tocarla. Ha llegado a sangrar hasta un período de cuatro horas seguidas. Sé que no puede haber ningún truco. Varias veces he observado cómo las palmas de sus manos estaban secas, y minutos después he visto cómo unas gotas de sangre rezumaban de las llagas.»

Otro clérigo que ha examinado la estatua es el padre Henry Lovett, sacerdote de New Jersey, considerado una autoridad en el tema de los milagros. Aunque al principio se mostró escéptico ante el informe de Eddystone, el padre Lovett cambió de actitud después de examinar la estatua en la iglesia de San Lucas. Lovett le quitó las manos a la estatua, pues éstas se sostenían en su lugar mediante unas clavijas de madera, y no encontró tubos u otras señales que pudieran indicar que la señora Poore había urdido un fraude. El padre Lovett pudo observar también la aparición de las gotas de sangre. «Creo que el propósito de esta hemorragia milagrosa es llamar la atención otra vez sobre la religión», afirmó ante los periodistas.

Una última voz autorizada sobre el milagro de la estatua de Eddystone fue la de Joseph Rovita, prominente médico de Filadelfia, que analizó unas muestras de sangre tomadas de la efigie. Rovita dijo a los periodistas que la sangre era humana, pero que parecía estar en avanzado estado de descomposición. La sangre fresca contiene millones de glóbulos rojos, explicaba, mientras que la sangre de la estatua de Eddystone presentaba pocas de tales células. Dado que la cuenta de glóbulos rojos de una muestra de sangre disminuye con el tiempo, Rovita sólo pudo estimar que la sangre era «muy antigua», demasiado incluso para determinar siquiera su grupo.

La estatua sangrante de San Lucas causó revuelo en la prensa norteamericana a principios de 1976, pero estas noticias del milagro pronto desaparecieron, en parte quizá porque las hemorragias se hicieron menos frecuentes. La última información pública sobre la estatua sangrante de Eddystone se produjo casi a finales de ese mismo año, cuando un reportaje del *Los Angeles Times* informaba de que el padre Olszewski había sido apartado de su iglesia por orden de sus superiores. La razón conocida para este apartamiento fue que al parecer el reverendo episcopaliano había empezado a celebrar la misa en honor del milagro que había presenciado.

Como suele suceder en casi todos los acontecimientos milagrosos, los casos de efigies que sangran o lloran parecen ser milagros auténticos porque son acontecimientos físicos que contradicen las leyes naturales. Además, cumplen también la definición de milagro realizada por el cardenal Prospero Lambertini, que describe el fenómeno como «la interacción del orden sobrenatural con el orden natural de nuestras vidas terrenales». Los milagros de efigies que lloran o sangran parecen ser acontecimientos que superan el ámbito de la ciencia e incluso de la parapsicología. No se necesita ser físico nuclear para saber que el yeso y la madera no pueden sangrar.

Por otro lado, como ha quedado claro en otros párrafos previos de este libro, la independencia de lo milagroso del tiempo y del espacio es, a menudo, más aparente que real. La literatura sobre los milagros contiene varias claves que apuntan a la posibilidad de que el milagro sólo puede ocurrir, cuanto menos, mediante un agente: la mente humana. En ocasiones, como en el caso de los pedriscos de Remiremont, se precisa una detallada evaluación del sutil contexto psicológico en el que se produce el milagro antes de que se pongan de manifiesto estos lazos de unión humanos. En este aspecto, los milagros se parecen mucho a los efectos del poltergeist. Cuando un poltergeist se manifiesta en una casa, rara vez se dan cuenta sus moradores de que los únicos responsables de su aparición son ellos mismos. En casi todos los casos, las víctimas están seguras de que les han asaltado, bien los demonios, bien los espíritus de los difuntos.

Los fenómenos paranormales son, ciertamente, acontecimientos inusuales. El hecho de que una persona pueda percibir directamente los pensamientos de otra, o que pueda hacer moverse un objeto sin tocarlo, son experiencias que contradicen todo lo que nos han enseñado, nuestra educación formal o nuestra experiencia cotidiana del mundo. Sin embargo, cuando nacemos, creemos instintivamente que nuestros pensamientos pueden controlar el mundo físico. Al hacernos mayores, resulta decepcionante darse cuenta de que esos pensamientos sólo existen en el interior de nuestras mentes, y que no podemos obrar «milagros» con ellos. Mediante lo que los psicólogos denominan «comprobación de la realidad», aprendemos de la experimentación del ambiente que nos rodea la dicotomía existente entre el mundo de los pensamientos y emociones y el mundo de la realidad física. Es una lección dura de aprender, de la que algunas personas no se recuperan.

Ésta es la razón de que nos mostremos tan susceptibles cuando nos vemos frente a un milagro, sea un poltergeist, una experiencia telepática o un fenómeno religioso. Nuestra actitud cotidiana, dictada por el sentido común, nos indica que la mente humana no puede influir el mundo que nos rodea y, por ello, asumimos automáticamente que todo incidente «sobrenatural» que podamos presenciar se debe a la actuación de un ser sobrenatural. Igual que las víctimas de un poltergeist atribuyen sus problemas a espíritus o demonios —lo cual les permite aceptar lo que les sucede sin graves trastornos en la comprensión del mundo que han aprendido—, así atribuimos los milagros a una intervención divina. Resulta demasiado difícil y extraño aceptar el hecho de que probablemente son producto de nuestras propias mentes.

El abate Vachère y los milagros de Mirebeau

Incluso en los casos en que imágenes religiosas han empezado a sangrar o a llorar —hechos que parecen tan contrarios a las leyes de la naturaleza—, la mayor parte de las evidencias apuntan a que son producto de los

poderes paranormales del inconsciente humano. Un caso que demuestra esta afirmación fue recogido en Francia durante los años febriles que precedieron a la primera guerra mundial, y en el transcurso de ésta. Se trata de un caso perfectamente investigado por Everard Feilding, un notable investigador parapsicológico de la época. Su informe sobre el milagro constituye una de las evaluaciones más detalladas que se han publicado sobre un milagro de imágenes que lloran o sangran. El propio Feilding describió el caso como «el más extraño en todo el curso de mis experiencias».

En 1913, empezaron a circular por toda Europa rumores acerca de una serie de milagros que acaecían en el hogar del abate Vachère, quien vivía retirado en Mirebeau-en-Poitou, cerca de la ciudad de Poitiers. Estos informes afirmaban que un cuadro al óleo de Cristo, propiedad del abate, había empezado a sangrar, que una estatua de yeso de Cristo erigida en una gruta cercana había empezado a sudar sangre, y que unas hostias que el fraile había consagrado rezumaban sangre. Todos estos informes intrigaron a Feilding, quien era devoto católico. En mayo de 1914, acompañado por el poeta irlandés William Butler Yeats, Feilding viajó a Mirebeau y conoció al abate. Vachère resultó ser un amable sexagenario, muy apreciado en su comunidad, que gozaba del favor de las autoridades eclesiásticas de Roma. Retirado en una casita del pueblo, donde vivía solo, se mostró dispuesto a que Feilding investigara el misterio de las imágenes sangrantes.

El abate le explicó a Feilding que en una visita a Roma, en 1906, un amigo le había regalado dos cuadros al óleo con la figura de Cristo. A su regreso a Francia, el abate colgó uno de los cuadros sobre el altar de la capilla privada de su casa. A las seis y media de la mañana del 8 de septiembre de 1911, mientras celebraba la misa, notó unas manchas oscuras en la frente de la figura. Esa tarde, las manchas se habían condensado en un líquido viscoso parecido a la sangre. El 10 de septiembre habían aparecido más manchas en la frente de la imagen, las cuales habían tomado la configuración de una «corona de espinos». Los días 14 y 15 del mismo mes se produjeron nuevas hemorragias, al empezar a fluir el mismo líquido de la zona correspondiente al corazón y las manos. Pronto la sangre empezó a manar de la efigie cada día. Para octubre, nuevos acontecimientos empezaron a producirse en el hogar del abate, al manar lágrimas de los ojos de ese mismo cuadro. Además, Vachère empezó a escuchar voces que se lamentaban por el declive de la vitalidad religiosa de aquellos tiempos. Esas voces pudieron ser meras alucinaciones debidas a la tensión en que se hallaba.

Pronto llegaron al hogar del abate visitantes de las poblaciones cercanas para cerciorarse por ellos mismos de los milagros. Como clérigo devoto y obediente que era, el abate escribió inmediatamente, el 13 de octubre, a monseñor Hembrecht, obispo de Poitiers, y le pidió consejo sobre el asunto. En respuesta, recibió la orden de llevar el cuadro al seminario católico de Poitiers, donde sería sometido a observación. Vachère cumplió la orden de inmediato aunque, desafortunadamente, los resultados de di-

cha observación no han llegado nunca a conocimiento del público. El cuadro le fue devuelto el 15 de diciembre, con órdenes estrictas de que no lo exhibiera en público.

Los milagros de Mirebeau tomaron una nueva dimensión en 1912. El 27 de mayo, mientras el abate consagraba una hostia en la capilla de su casa, se abrió en la hostia una hendidura de unos cuatro o cinco centímetros de largo. Perplejo, el abate dejó la hostia sobre el altar y procedió a consagrar otra. Entonces advirtió que de la hendidura de la primera había empezado a manar sangre. Quedó tan trastornado que salió a toda prisa de la capilla, dejando la hostia sobre el altar. (Feilding examinó personalmente la hostia en 1914. Todavía estaba en el mismo lugar donde el fraile la dejara en 1912, y había manchado profusamente el cubrealtar.)

El siguiente capítulo de este extraño asunto se produjo el 14 de marzo de 1914, cuando Vachère recibió órdenes de sus superiores de devolver el cuadro sangrante al obispo. Sin embargo, esto no acabó con los problemas. El mes anterior, Vachère había colgado una copia del óleo sangrante en una cabaña que poseía en una zona próxima a Mirebeau. La cabaña, que estaba cerca de un lugar donde se estaba construyendo un edificio, era utilizada como lugar de descanso por los constructores y obreros. El 19 de marzo, cinco días después de que el abate hubiera hecho entrega del cuadro original, unos obreros informaron que también este segundo cuadro había empezado a llorar y sangrar. Vachère investigó el informe aquel mismo día, y se quedó anonadado al comprobar que el cuadro estaba mojado con sangre fresca.

Fue en este punto cuando Feilding llegó a Mirebeau. Su primer plan de acción consistió en examinar este segundo cuadro, pues constituía la manifestación más reciente del caso. Tras relatarle la historia de las milagrosas hemorragias, el abate le condujo a la cabaña, donde permitió que Feilding tomara muestras de suero seco que se había congelado en charcos aún viscosos en la base del cuadro. Aquello era todo lo que quedaba de la sangre caída. Feilding examinó también la hostia que sangraba —la cual tenía ahora dos años de antigüedad— dejada por el abate sobre el altar de la capilla. La hostia estaba saturada de una sustancia espesa que parecía sangre humana. Se había hecho tan viscosa que la hostia había quedado pegada al mantel sobre el que reposaba. Un reguero de sangre de treinta centímetros se extendía sobre el mantel desde la hostia.

A su regreso a Inglaterra, Feilding hizo que el Instituto Lister de Londres analizara las muestras que se había procurado. Las pruebas revelaron que *no* se trataba de sangre humana. La composición exacta del suero seguía siendo un misterio, pero contenía un microorganismo que habitualmente se encontraba en las aguas estancadas.

Pese a las advertencias de Vachère para que Fielding no regresara a Francia (la primera guerra mundial estaba en su apogeo y viajar era muy peligroso), éste regresó a Mirebeau en la Pascua de 1915, ante la considerable consternación del fraile. Éste, que al principio recibió a Feilding con frialdad, terminó por aplacarse. Había crecido el escepticismo en torno a

los milagros, le explicó, y el obispo de Poitiers los había denunciado sin siquiera intentar investigar el fenómeno. Como resultado, el abate había sido excomulgado por Roma. La controversia sobre la autenticidad del milagro provocó también las sospechas de las atoridades civiles de la localidad. Dado que una de las más ardientes seguidoras del abate era una dama francesa de gran fortuna que se había casado con un miembro de una familia alemana, Vachère pasó a ser considerado sospechoso de simpatías germanófilas y conspirador.

Vachère también le contó a Feilding que el óleo que había colgado en la cabaña en 1914 estaba colocado ahora en la capilla de su casa. En los tres días que permaneció en Mirebeau, Feilding examinó la pintura durante varias visitas al hogar del abate. Al inspeccionarla, advirtió que la sangre estaba líquida todavía, aunque no llegó a ver el inicio de una hemorragia. Sin embargo, advirtió que para dar por auténtico el milagro tenía que realizar algunos experimentos claves. El primero consistiría en secar la imagen y sellar la puerta de la iglesia para determinar si la sangre aparecía incluso cuando no había posibilidad de acceder a la pintura. El abate se opuso al principio a que se realizara tal experimento, temiendo que ello constituyera una acusación contra su honor e integridad, pero al fin permitió a Feilding cerrar la puerta de la capilla con llave, en lugar de sellarla. Tras secar el líquido y cerrar la puerta, Feilding procedió, sin que el fraile le viera, a colocar en la bisagra un trozo de papel que, en caso de que alguien abriera la puerta, caería al suelo delatándolo.

Cuando, horas después, Feilding regresó a la capilla, descubrió que la imagen volvía a estar mojada. También advirtió que el trozo de papel había caído al suelo. Informó al abate de su descubrimiento y, Vachère, considerablemente enfurecido, sugirió que el sacristán pudo haber sacudido la puerta al encontrarla cerrada. Feilding hubo de admitir que esta explicación era verosímil.

Pese al resultado negativo de la investigación en este punto, Feilding se sentía cada vez más impresionado por la buena fe del abate en el asunto. Como escribió más tarde:

> A pesar de (...) los resultados de los análisis que he efectuado, de la imposibilidad de presenciar el inicio de una hemorragia en la pintura, y del mencionado incidente con el papel, cada vez me resulta más difícil creer que este sencillo y pío, aunque irascible, anciano sacerdote, que a veces parece tener una mentalidad infantil, haya podido perpetrar conscientemente unos fraudes que, asociados como deben estar a los más sagrados e íntimos elementos de su fe, no podrían sino repugnarle.

Dado que Feilding tenía que regresar otra vez a Inglaterra, en el otoño de 1916 invitó a una francesa conocida suya, Mlle. J. Lichnerowicz, a que controlara el asunto Mirebeau. La señora mantuvo contacto con el abate durante todo el año siguiente, pero no le reveló que estaba actuando como agente de Feilding. Mlle. Lichnerowicz pudo observar el fenómeno que Feilding no había podido presenciar, el inicio de una hemorragia en la

pintura, durante su primera visita a Mirebeau en la Navidad de 1916. Una mañana estaba asistiendo a la celebración de la misa cuando, en el instante en que Vachère acababa de colocar un lienzo blanco bajo el cuadro (que estaba apoyado sobre un arcón en la capilla), empezó a manar sangre. Durante otra visita, el mes de mayo siguiente, pudo realizar otra observación similar.

Feilding hizo su último viaje a Mirebeau en enero de 1920. Pese a la excomunión, el abate seguía celebrando misa en su capilla. El cuadro seguía rezumando sangre, pero el milagro había extendido por aquel entonces su ámbito. Una estatua del Niño Jesús, que estaba colocada en los escalones frente al altar de la capilla, había empezado a exudar sangre. Feilding volvió a tomar muestras de sangre del cuadro y nuevamente las llevó al Instituto Lister para su análisis. Esta vez, sin embargo, las pruebas determinaron que, efectivamente, se trataba de sangre humana.

La conclusión de la historia de los milagros de Mirebeau no es muy feliz. El propio Feilding intentó que los principales rectores de la Iglesia en Francia se interesaran por el asunto, pero no lo consiguió. También urgió al Institut Général Psychologique de París para que revisara el tema, dado que varios investigadores del instituto se habían interesado poco antes en los temas parapsicológicos, pero su intento tampoco obtuvo resultado. Finalmente, en 1920, el abate viajó a Roma para pedir por su caso personalmente. Los funcionarios papales parecieron esta vez un poco más comprensivos con él de lo que habían sido en 1916, pero ya era tarde: el abate murió ese mismo año.

Feilding no pudo llegar nunca a una posición concluyente respecto a este extraño caso y, aunque admitió la probable autenticidad de los milagros de Mirebeau, se negó a aceptar que hubiera en ellos algo divino. En efecto, opinaba que las creencias religiosas del abate Vachère habían producido de algún modo los milagros, aunque no estaba totalmente seguro de cómo.

Actualmente, muchos años después de la muerte del abate Vachère, estamos en posición, gracias a nuestros superiores conocimientos de los poderes de la mente humana, de proponer una posible solución a los milagros de Mirebeau: el abate pudo ser un agente poltergeist, y los milagros que presenció pudieron ser resultado de un ataque del tipo poltergeist, manifestado en un contexto religioso.

Esta teoría se apoya además en el hecho de que, a veces, algunas figuras religiosas se pusieron a sangrar en casas que el abate simplemente había visitado. El 5 de junio de 1920, hizo una visita a unos alemanes que pasaban una temporada en una residencia privada de Aix-la-Chapelle, en Francia. El mismo día de su llegada, empezó a manar sangre de una imagen de Cristo colgada en una pared de la casa. Además, se formaron unas lágrimas en los ojos de la figura. Estas emanaciones continuaron durante varios días y cesaron el 11 de julio, fecha en que el abate se fue del lugar. Los fenómenos poltergeist siguen invariablemente al agente causante dondequiera que vaya, por lo que el poltergeist del anciano fraile se mantenía

en esto fiel al patrón. La movilidad del poltergeist es, en efecto, una de sus principales características.

Sabemos que el abate Vachère era profundamente religioso, casi hasta el punto del fanatismo. Probablemente, era también psicológicamente inestable, ya que después de que empezara a manar sangre del cuadro al óleo, empezó a escuchar voces —alucinaciones—, que creía emanaban del cuadro. Estas voces, que sólo él pudo escuchar, se lamentaban de la decadencia de los clérigos y de los pecados de Francia. (El abate guardó anotaciones detalladas en las que transcribió tales mensajes. Estas alucinaciones se prolongaron, al parecer, durante varios años.) También sabemos que se sentía fascinado por el misterio de la estigmatización. Antes de que se iniciaran los milagros de la aparición de sangre, en 1911, el abate había estado manteniendo correspondencia con una estigmatizada alemana a quien reverenciaba como santa y vidente.

A la vista de la inestable disposición mental del abate, de su devoción y de su fascinación por los estigmas, era probable que algo sucediera. Y así fue en 1911, en forma de un ataque poltergeist que adoptó la apariencia de milagro religioso.

Esta teoría parece ser válida para todos los casos de efigies que lloran o sangran milagrosamente, puesto que tales fenómenos se producen también en hogares de personas que sólo son religiosas nominalmente. Sin embargo, incluso las personas que habitualmente no se consideran religiosas en el sentido formal, albergan a menudo creencias religiosas profundamente arraigadas, aunque reprimidas, que pueden afectar a sus actitudes y a su comportamiento de maneras muy sutiles. Muchos de ellos padecen graves traumas en épocas posteriores de sus vidas cuando intentan adaptarse a estilos de vida incompatibles con sus creencias religiosas tempranas, incluso si conscientemente las rechazan.

Hay todavía otras pruebas que apoyan la idea de que los milagros de efigies que lloran o sangran pueden deberse o tener relación con sus principales testigos. Se sabe que, en ocasiones, han empezado a llorar o sangrar las estatuas u otras imágenes sacras instaladas en los hogares de personas ya marcadas por los estigmas. En tales casos, parece que los milagros son prolongaciones de los propios estigmas de los testigos.

La estatua milagrosa de Siracusa

Milagros de imágenes que lloran o sangran han ocurrido en tiempos relativamente recientes. Uno de ellos conmovió a Italia en 1953, cuando se informó de varios incidentes de «Vírgenes que lloraban» por todo el país. La epidemia empezó en el hogar de Angelo y Antonietta Janusso, una pobre pareja siciliana que vivía en Siracusa, y que había contraído matrimonio en marzo de aquel año. Como regalo de bodas, Giuseppe, hermano de Angelo, les había entregado una estatua de la Virgen María. Se trataba de un presente inusual ya que los Janusso no se consideraban

religiosos, aunque ambos procedían de un ambiente y una educación católicos. La estatua, que había sido comprada en una tienda de regalos de la localidad, era de yeso cubierto con laca y medía unos cuarenta y cinco centímetros de altura.

Los Janusso compartían una casita de tres habitaciones con Giuseppe y su esposa en la Borgata Santa Lucia, un barrio de clase baja de Siracusa lleno de casas en semirruinas y de callejas estrechas. En agosto, se confirmó que Antonietta estaba embarazada pero, tras padecer varios ataques epilépticos y de ceguera, así como continuos desmayos, hubo de guardar cama. Aunque, según nuestro punto de vista, es evidente que la mujer padecía un acceso de histeria, los doctores de la localidad no supieron diagnosticar sus problemas. Los ataques prosiguieron durante varias semanas y, a las tres de la madrugada del 29 de agosto, sufrió una serie de accesos violentos que la dejaron temporalmente ciega. Antonietta sintió que iba a tener otro ataque a las ocho y media de esa misma mañana, pero las convulsiones no se produjeron como esperaba. Al contrario, a esa hora pudo permanecer sentada y, repentinamente, recobró la vista.

Lo primero que vio al recobrar la visión fue la estatua de la Virgen que le habían regalado al casarse. Desde que se trasladaran a la casa, la estatua había estado sobre la cama, clavada en la pared. Al ver la estatua, Antonietta empezó a gritar, pues en los ojos de la figura se estaban formando lágrimas que resbalaban hasta caer sobre el lecho. La cuñada de Antonietta, Grazia, así como otra mujer que por esa época cuidaba a Antonietta, fueron también testigos del milagro.

Durante las horas siguientes, muchas personas más vieron llorar a la estatua de la Virgen. Grazia no pudo contenerse al ver la estatua llorando y salió corriendo a la calle para contárselo a sus vecinos. Varios habitantes de la Borgata Santa Lucia se arremolinaron en torno a la casa de los Janusso para ver por sí mismos la estatua milagrosa, y aunque varios de ellos intentaron secarle las lágrimas, siguieron formándose gotas de líquido en cuanto las anteriores eran enjuagadas.

Uno de los testigos de este extraño suceso fue Mario Messina, un prominente ciudadano de Siracusa y vecino de los Janusso. Messina visitó la casa el mismo día en que corrieron las noticias del milagro, y suyo es este relato detallado y racional sobre cómo examinó la estatua:

La estatua colgaba de la pared y las lágrimas se formaban lentamente. Consciente de que entre quienes aguardaban afuera había tanto creyentes como escépticos, bajé la estatua de la pared para apreciar el fenómeno más de cerca. ¿Cuál era la causa de aquella humedad? La pared estaba seca, igual que la parte de atrás de la estatua. El líquido no podía filtrarse del techo, pues en éste no había el menor rastro de humedad. Aún resultaba más desconcertante que la cabeza de la estatua estuviera seca. No podía dejar resquicio para la duda, así que desenrosqué la estatua y le saqué el pequeño halo que rodeaba la cabeza de la Virgen. Advertí que los dos pequeños ganchos también estaban secos. Tomé un paño y, cuidadosamente, limpié el rostro y el busto de la estatua. Al instante, dos pequeñas lágrimas como perlas brillaron en sus mejillas, dejando en su

caída un fino trazo. Las lágrimas resbalaron por el rostro y fueron seguidas por otras muchas, iguales a ellas.

Messina quedó tan impresionado por lo que acababa de ver que acercó la imagen hasta la ventana de la habitación, que daba a la calle, y la expuso a la multitud que allí se había formado. Giuseppe y Angelo Janusso observaron el milagro más tarde, cuando regresaron a casa del trabajo.

Los funcionarios de la policía local fueron los siguientes en ser informados del fenómeno. Ante el temor de que estallara un conflicto de orden público, enviaron un equipo de la policía de Siracusa al hogar de los Janussso a las diez de esa noche para embargar la estatua. Ésta continuó llorando incluso mientras era trasladada a la comisaría de policía, donde fue inspeccionada antes de devolvérsela a Angelo, horas después.

Al día siguiente, los periódicos locales relataban el acontecimiento de la Virgen que lloraba. Incluso el periódico *La Sicilia*, que tenía fama de llevar una política editorial liberal y anticlerical, informó favorablemente sobre el milagro. «Los escépticos han quedado arrinconados por los hechos llanos y simples que se ven incapaces de explicar», afirmaba el periódico.

Para entonces, miles de sicilianos se arremolinaban en las calles de la Borgata Santa Lucia, y la ciudad se veía invadida de autobuses de curiosos. Por último, hubo de desplazar a la zona un contingente policial para organizar a la multitud en pequeños grupos, a los que entonces se permitió entrar en la casa y ver la estatua. Según informó *La Sicilia:*

> Toda Siracusa ha visto llorar a la Virgen. La ciudad entera vibra bajo el impacto de este desconcertante acontecimiento. En todas partes, la gente lo comenta: en la calle, en sus casas... Existe un contraste constante de teorías y comentarios contradictorios en un esfuerzo por encontrar una explicación a este increíble fenómeno. Una cosa queda más allá de toda disputa: las lágrimas manan de los ojos de la *Madonna* de Via degli Orti; y el milagro, si así puede llamarse a este asombroso e incomprensible fenómeno, ha sido confirmado por miles y miles de personas que acuden sin cesar al hogar de Antonietta Janusso para contemplar con asombro las lágrimas de la Virgen. El escepticismo, con toda su obstinación y prejuicios inherentes, debe inclinarse ante la realidad. El pequeño busto de la Virgencita, colocado sobre una bandeja negra de cristal, ha mantenido un flujo constante de lágrimas durante todo el día salvo un brevísimo intervalo. Los propios escépticos, profundamente agitados y temblando patéticamente mientras aplicaban sus paños al rostro de la Virgen, se han rendido ante la fuerza irresistible de la verdad. La noticia publicada por nuestra edición matutina ha atraído enormes multitudes que han aguardado todo el día con la esperanza de presenciar el fenómeno y de postrarse ante la estatua considerada milagrosa. Muchos han sido quienes han visto cumplidos sus deseos, y la impresión que han recibido sobrepasa toda descripción.

Por lo menos uno de los visitantes del hogar de los Janusso fue un médico experimentado. El doctor Paolo Albani probó las lágrimas de la estatua y declaró que tenían el sabor salado de las lágrimas humanas.

El 31 de agosto, el secretario de Ettore Baranzini, arzobispo de la diócesis, pidió a la Agencia provincial de la Salud de Siracusa que investigara el tema. Así, bajo la dirección del padre John Bruno, una comisión de sacerdotes, investigadores de la policía y expertos médicos visitaron el hogar de los Janusso. Todos ellos presenciaron el milagro, tomaron muestras de las «lágrimas» y realizaron a continuación un informe para el arzobispo. Éstas eran sus conclusiones:

Con la ayuda de la policía, nos abrimos paso entre la multitud reunida ante la casa y fuimos conducidos a un dormitorio que daba a la Via Corso (*sic*). A petición nuestra, Antonietta Janusso abrió un cajón que contenía la estatua. Ésta estaba cubierta con un paño y parecía hecha de yeso coloreado y cristal negro. Varias partes del rostro y del busto estaban claramente húmedas. Las secamos cuidadosamente con trozos de paño. Con todo, se quedó una gota de líquido en el rincón interior del ojo izquierdo. La quitamos también mediante una pipeta de un décimo de centímetro cúbico. Lentamente, aparecieron nuevas gotas en el mismo lugar, que también recogimos en un pequeño tubo de ensayo. Aún no habíamos acabado de recogerlas cuando otras le surgían ya en los ojos. De nuevo las recogimos. En el transcurso de esta operación, en ningún momento fue posible mantener seca la imagen de lágrimas. En conjunto, conseguimos poco más de un centímetro cúbico del líquido para su posterior análisis en el laboratorio. Desde el momento en que la imagen fue sacada del cajón, el fenómeno se prolongó durante un cuarto de hora. Después, no volvió a manifestarse y por ello no conseguimos recoger una muestra mayor para su análisis. Debe hacerse referencia al hecho de que el examen del rincón interno del ojo bajo una lupa no reveló la existencia de poros ni la menor irregularidad en la superficie del yeso. La estatua fue separada de la placa de cristal sobre la que estaba fijada; el yeso medía dos centímetros de grosor. La superficie exterior de la estatua estaba pintada de varios colores, mientras que el interior presentaba una superficie blanca y rugosa que, cuando se produjo la inspección, estaba completamente seca.

Aunque la Virgen dejó de llorar definitivamente a las 11.15 del día 1 de septiembre, poco después de que la comisión hubiera tomado las muestras, el arzobispo Baranzini ordenó que éstas fueran analizadas. Se confió esta responsabilidad al profesor Leopoldo Rosa, químico siracusano, quien el 2 de septiembre se hizo cargo de las muestras. El informe final que remitió al arzobispo fue que el departamento de Micrografía del Laboratorio de Higiene y Profilaxis de Siracusa, donde tres químicos habían realizado varios análisis de las muestras, había determinado que la solución se componía de los elementos normales de las lágrimas humanas. No había discrepancias ni diferencias entre las lágrimas tomadas de la estatua y las tomadas a adultos o niños normales.

Poco después, incluso el fabricante de la estatua se vio envuelto en la polémica. Portavoces de Industrias de Arte Plástico, con sede en Bagni di Lucca, publicaron en septiembre una declaración en la que explicaban detalladamente cómo se había producido la estatua. Ulisse Viviani, supervisor de la empresa, viajó posteriormente a Siracusa para inspeccionar la estatua de los Janusso, y atestiguó que no había sido manipulada.

Siguieron varias investigaciones canónicas del asunto, y el «milagro» recibió confirmación oficial de la Iglesia el 18 de septiembre de 1953. Poco después de realizada la proclamación oficial, se erigió en Siracusa una capilla en honor de la estatua, y allí se venera aún hoy la imagen.

Aunque la Iglesia reconoció oficialmente que el milagro de la Virgen de Siracusa que lloraba era resultado directo de la intervención de la Virgen María, el rol de Antonietta Janusso en el milagro fue, ciertamente, mucho más importante de lo que accedieron a reconocer los primeros investigadores. La señora Janusso era una persona muy trastornada y su enfermedad —aunque supuestamente debida a su embarazo— tenía un indudable origen histérico. Como ya vimos en el capítulo 3, la histeria suele ser consecuencia de un conflicto fuertemente reprimido que queda oculto en la mente de quien lo padece. La señora Janusso albergaba, muy posiblemente, intensos sentimientos de culpabilidad o de conflicto acerca de su embarazo y/o de la conciencia de maduración sexual que inevitablemente hubo de producirle el matrimonio.* (El hecho de que quedara embarazada muy poco tiempo después del matrimonio indica la posibilidad de que ya mantuviera relaciones sexuales con su novio desde antes de la boda, lo cual pudo haber intensificado notablemente sus conflictos.)

No resulta difícil creer, entonces, que en una situación de tal tensión Antonietta pudiera haberse convertido en agente poltergeist. Muchos de estos agentes suelen ser personas histéricas y también parecen ser individuos sexualmente reprimidos. La Virgen de Siracusa que lloraba, igual que los milagros de Mirebeau, pueden haber constituido, de hecho, formas limitadas de ataques poltergeist.

Si esta teoría es cierta, no puede constituir una sorpresa que el comportamiento histérico de la señora Janusso se esfumara al mismo tiempo que la imagen de la Virgen empezaba a llorar. Si la señora Janusso padecía, en efecto, un complejo de culpabilidad respecto a la actividad sexual, su mente inconsciente pudo haber producido el «milagro» como «señal» del perdón divino, aliviando así esa culpabilidad que la atormentaba y que había sido la causa originaria de su histeria.

El «contagio» de milagros semejantes que siguió a este caso, se inició poco después de su conclusión, y durante los cuatro años siguientes se extendió por toda Italia. El primer informe provino de un ama de casa de Calabria quien, el 15 de diciembre, declaraba que unas lágrimas de sangre habían manado de varias estampas de la Virgen que tenía en su hogar. El 3 de abril de 1954, Inez Bottazzi, de Mezzalombardo, afirmó que una estampa de la Virgen que había recortado de una revista había empezado a

* Sigmund Freud, en el curso de sus investigaciones sobre este tipo de trastorno realizadas en la Viena de fines de siglo, fue uno de los primeros en advertir la base sexual de la histeria. Así, se descubrió que el sentimiento de culpabilidad respecto a las actividades y traumas sexuales de la infancia podían provocar en la víctima, avanzada su vida, el desarrollo de diversos trastornos histéricos muy complejos.

llorar lágrimas. Varios vecinos presenciaron el milagro. Informes de Vírgenes que lloraban parecidos a éstos surgieron después en las ciudades de Ango y Casapulla en mayo de 1954 y marzo de 1955, respectivamente. Por último, en marzo de 1957, una estatua en papel *maché* de la Virgen, propiedad de una familia de Ricca Corneta, estuvo llorando durante varios días.

Debido a lo comunes que son los casos de estatuas y cuadros religiosos que lloran o sangran, quizás sean éstos la clave con la que la ciencia pueda explorar el mundo de lo milagroso. Como sea que estos fenómenos maravillosos duran habitualmente varios días antes de desaparecer o remitir, no resultará difícil realizar observaciones y pruebas científicas durante el proceso real del milagro. Ningún fenómeno resulta tan accesible como éste. Con los avances en el campo de los rayos X, la fotografía, la física y la química, puede uno imaginarse qué puede contarnos sobre la mecánica de estos milagros un análisis sofisticado de las imágenes.

7

El milagro de san Jenaro

San Nicolás de Tolentino nació en Fermo, Italia, en 1245. Se hizo fraile agustino siendo muy joven y, con el tiempo, fue destinado a un monasterio de Tolentino, ciudad próxima a su lugar de nacimiento, en la zona central del país. Durante gran parte de su vida se dedicó a la obra pastoral y a la predicación. Aunque fueron muchos los milagros a él atribuidos ya en vida, ninguno fue tan desusado como el que presuntamente tuvo lugar tras su muerte acaecida en 1305. Dado que san Nicolás había impresionado siempre a sus superiores con su santidad, en 1345 se exhumaron sus restos milagrosamente incorruptos para convertirlos en reliquias que se enviarían a otros monasterios de la orden. La leyenda afirma que durante la exhumación, un hermano lego rompió el brazo derecho del cuerpo y, de la herida, manó un chorro de sangre fresca. Tras esto, el brazo fue guardado devotamente en Tolentino, dentro de un relicario, en el monasterio donde san Nicolás había residido.

Casi todos los hagiógrafos consideran que esta leyenda tiene más de ficción que de realidad. Thurston, por ejemplo, apunta que «la prueba de un prodigio auténtico en la cercenadura del miembro no es, desde luego satisfactoria». Con todo, la secuela de la leyenda de san Nicolás de Tolentino es típica en toda una categoría de milagros que se refieren a la emanación de sangre de cuerpos desenterrados, o a la repentina licuefacción, muchos años después, de muestras de sangre seca extraídas de los cuerpos de los grandes santos. Incluso hay casos en los que ha manado sangre de los huesos del esqueleto de un santo. Estas macabras historias merecen ser tomadas en serio, pues revelan un aspecto más de lo milagroso.

Buen ejemplo de este fenómeno es el milagro de san Pacífico di San Severino. Pacífico nació en 1653, ingresó en un monasterio a los diecisiete años y fue ordenado ocho años después. A los treinta y cinco, tullido y ciego a causa de una enfermedad, fue trasladado al monasterio de San Severino, donde permaneció hasta su muerte acaecida en 1721. Los hermanos del monasterio se quedaron admirados del extraño y maravilloso perfume que exudaba su cuerpo mientras lo preparaban para el funeral, y de que no se presentara el *rigor mortis.* Cuatro años después, los superio-

res del monasterio ordenaron que se desenterrara el cuerpo para pasarlo a una cripta de la capilla. Los hermanos que exhumaron el cuerpo lo dejaron caer accidentalmente mientras lo transportaban, dañando la cabeza del santo; milagrosamente brotó de ésta un chorro de sangre que manchó a los portadores. Hoy, la mancha de sangre de la túnica de uno de los hermanos se conserva todavía en San Severino.

Algo parecido ocurrió en la hagiografía de santa Catalina de Bolonia. Catalina nació en 1413 y fue dama de honor de la corte del duque Nicolás D'Este en Ferrara, Italia, antes de hacerse monja. De 1456 a 1463 fue abadesa de un convento de Bolonia. Al morir, el 9 de marzo de 1463, fue enterrada sin ataúd en los terrenos del convento. Poco después, surgió del suelo, en el lugar donde estaba inhumada, un perfume maravilloso. El cuerpo fue debidamente exhumado y, pese a haber transcurrido dos semanas desde su muerte, no mostraba signo alguno de descomposición. Según el testimonio presencial de la hermana Illuminata Bembi, que sucedió a la santa al frente del convento, el cuerpo aún conservaba sangre fresca. La propia madre Illuminata supervisó los preparativos del nuevo enterramiento. Posteriormente, atestiguó que una de las hermanas, que estaba vistiendo el cuerpo, advirtió que se desprendía un trozo de piel del pie de la santa. La hermana tiró de la piel, y empezó a manar sangre de ese punto «como si estuviera viva», según la abadesa.

El cuerpo de santa Catalina de Bolonia quedó expuesto en un sepulcro, y unos tres meses después sangró por la nariz. El cuerpo, incorrupto, fue, más tarde, colocado en una capilla especial construida en honor de la santa en Bolonia, en 1688. Allí sigue hoy, sentada sobre un trono. Aunque al parecer no ha vuelto a sangrar, el cuerpo no muestra ningún signo de haberse disecado.

Otra versión de esta forma de milagro resulta aún más extraña y, aparentemente, sobrenatural. Durante la Edad Media había costumbre, sobre todo en Italia, de recoger sangre de los cuerpos difuntos de las personas santas, como reliquia. Las muestras solían conservarse en viales, donde la sangre acababa por secarse. Estas reliquias de sangre, que habitualmente se colocan en relicarios para mostrarlos a los fieles, eran depositados en monasterios, iglesias y conventos de toda Italia; pues bien, a veces se ha afirmado que la sangre de algunos santos se licúa y que, en ocasiones, incluso burbujea y forma espuma.

Este milagro, gráficamente llamado «ebullición de la sangre», ocurre en Nápoles varias veces al año, donde se conservan en su catedral dos pequeños viales que contienen la sangre de san Jenaro, legendario mártir del siglo IV. Quizás éste sea el milagro del que más se ha escrito en la historia de la Iglesia.

Los historiadores no saben gran cosa, en realidad, sobre san Jenaro. Nació a fines del siglo III y llegó a ser obispo de Benevento. Viajó por toda Italia predicando sin descanso, hasta levantar la ira de Diocleciano, emperador romano y feroz perseguidor de los cristianos. Finalmente, Jenaro fue detenido en Nápoles, el año 305, junto a varios compañeros, y arro-

jado a los leones en una ejecución pública celebrada en el anfiteatro de la ciudad. Los leones, según la leyenda, se negaron a atacarles y, el 19 de septiembre el grupo de cristianos fue llevado a un foro próximo a la ciudad y allí les decapitaron.

El cuerpo de Jenaro fue enterrado cerca de la ciudad de Marciano, en el camino de Pozzuoli a Nápoles. Hacia el 420, el obispo de Nápoles ordenó exhumar el cuerpo y llevarlo a la ciudad, donde se establecieron ceremonias en abril y septiembre en honor del santo. En 831, los huesos del mártir fueron capturados como botín por un noble de Benevento, pero por alguna razón se permitió que la cabeza del santo permaneciera en Nápoles. Durante los siglos siguientes, las reliquias del santo se esparcieron por toda Italia, hasta que, al fin, regresaron a Nápoles, a fines del siglo XIII. Fue entonces cuando el rey Carlos II de Nápoles ordenó construir una catedral en honor del santo, donde guardar permanentemente la calavera de éste.

Por esa época, se añadieron a las reliquias dos viales de sangre seca. El relato sobre la sangre del santo parece haberse añadido muchos siglos después de su muerte, quizás avanzada la Edad Media. Una criada, según cuenta la leyenda, había recogido la sangre de la misma piedra sobre la que había sido ejecutado Jenaro, y los dos viales que contenían su sangre fueron enterrados junto con su cuerpo en las catacumbas, cerca de Nápoles. Más tarde, se erigió allí un pequeño altar en recuerdo suyo, y los viales fueron depositados en una pequeña urna. La sangre se secó con el tiempo, pero en un momento dado empezó a licuarse periódicamente de manera milagrosa, y lo ha seguido haciendo desde entonces. No se sabe si los viales viajaron con las demás reliquias, ni tampoco si formaban parte del material devuelto a Nápoles. En todo caso, a fines del siglo XIII dos viales de sangre, supuestamente del mártir, llegaron hasta la ciudad y fueron considerados reliquias auténticas.

En 1608, se construyó una capilla adyacente a la catedral como lugar de descanso definitivo de la calavera del mártir, que se terminó en 1646. Desde entonces, ha albergado la calavera, que actualmente se conserva en un relicario de plata. En la actualidad, la capilla es centro de festivales en honor de las reliquias de san Jenaro. Estas ceremonias se formalizaron en 1337 bajo la guía de Giovanni Orsini, arzobispo de Nápoles. Su declaración original describía las ceremonias que debían llevarse a cabo, y que aún hoy son observadas fielmente dos veces por año. Es interesante, apuntar, sin embargo, que en su declaración, Orsini no hacía mención alguna de los dos misteriosos viales de sangre. Dado que tampoco son mencionados en ninguna otra crónica eclesiástica de la época, es muy probable que los viales fueran depositados en la catedral de Nápoles con posterioridad a la misma.

Los viales y el milagro de la sangre de san Jenaro fueron documentados por primera vez en 1389, cuando un viajero anónimo publicó un tratado en el que relataba la licuefacción periódica de la sangre. Otras menciones de la reliquia y del milagro asociado a ella aparecen en boca de otros

viajeros que visitaron Nápoles durante los dos siglos siguientes.

Desde 1659, la licuefacción ritual de la sangre ha sido cuidadosamente documentada por la Iglesia.

En la actualidad, la sangre está instalada en una capilla de la catedral de Nápoles. Habitualmente, está cerrada en un arca especial y sometida a vigilancia continua por parte de las autoridades civiles y religiosas. Se conserva en dos viales de cristal encerrados en un recipiente cilíndrico de plata y cristal. Este recipiente tiene varios siglos de existencia (aunque su fecha de origen sea desconocida) y mide unos doce centímetros de diámetro. A su vez, el recipiente está unido a un gran receptáculo de plata al que va fija una empuñadura. Uno de los viales es mayor que el otro y está lleno, hasta aproximadamente dos tercios de la capacidad, con sangre seca. El segundo contiene sólo unas gotas de la sustancia que, aparentemente, no se licúa durante el milagro. Por desgracia, estos viales están sellados permanentemente con una masilla que se ha endurecido hasta tal punto que no hay modo de abrir el recipiente sin romperlos, lo cual hace imposible cualquier análisis químico de la sangre.*

Con todo, la sustancia almacenada en los viales es, sin duda, auténtica sangre. Varios científicos de la Universidad de Nápoles examinaron dichos viales en 1902. Mediante un rayo de luz que atravesaba el vial, pudieron realizar un análisis espectroscópico de las reliquias. Este análisis verificó que contenían sangre, aunque es posible que contaminada con una sustancia extraña.

Aunque la sangre encerrada en los viales es muy antigua, suele licuarse —muchas veces con formación de burbujas y espuma— varias veces al año, durante las ceremonias públicas en honor a san Jenaro. La primera de estas ceremonias tiene lugar el primer domingo de mayo, en conmemoración de la entrada de las reliquias en Nápoles; la segunda, el 19 de septiembre, aniversario de la muerte del santo. También se ha visto licuarse la sangre durante otras ceremonias y celebraciones. Las reliquias con la sangre se exhiben públicamente, en ocasiones, el 16 de diciembre, para conmemorar un milagro acaecido durante la erupción del Vesubio de 1631, cuando la sangre permaneció licuada durante treinta días. En esa fecha, las reliquias son paseadas por la catedral de Nápoles, igual que la imagen de «Notre Dame du Trésor» en Remiremont, para defenderse contra los desastres naturales cuando éstos amenazan la ciudad. Además, se sabe que la sangre se ha licuado incluso espontáneamente al sacar el recipiente de su cripta para proceder a su limpieza o examen.

Sin embargo, la sangre no siempre se licúa cuando está previsto y, aunque esto sucede muy de vez en cuando, la no licuefacción suele consi-

* Sólo se ha realizado un intento de abrir los viales. En 1956, los funcionarios eclesiásticos decidieron limpiar un poco el polvo que se había introducido en el recipiente cuando éste fue embalado, durante la guerra, para protegerlo de posibles accidentes. El proyecto hubo de ser abandonado cuando se advirtió que la abertura del recipiente podría significar la destrucción de las reliquias.

derarse un mal presagio entre los ciudadanos de Nápoles. Por ejemplo, no se licuó en mayo de 1976, justo antes del peor terremoto de la historia de Italia. Existen relatos de otras ocasiones en que tampoco se produjo la licuefacción, en 1835 y 1944.

El milagro tradicional tiene lugar en el contexto de un elaborado festival. La ceremonia se inicia a las nueve de la mañana, cuando riadas de fieles convergen en la catedral, expectantes. La mayoría intenta encontrar un hueco cerca de la pequeña capilla donde se guardan las reliquias del santo. Junto al altar de la capilla hay un busto de plata que contiene la calavera de san Jenaro. Dado que sólo hay allí lugar para acomodar a un centenar de personas, la mayor parte de los participantes debe permanecer en la catedral propiamente dicha, aunque pueden dirigir la vista a la capilla sin excesivas dificultades.

Sólo los funcionarios municipales y eclesiásticos y los testigos especialmente invitados llegan a contemplar los viales cuando éstos son sacados de su cripta en la capilla, al inicio de la ceremonia. Sin embargo, entre estos invitados, se encuentra un grupo selecto de ancianas conocido por «las parientes de san Jenaro», que «ayudan» a que el milagro se produzca. Las ancianas se alinean al costado del altar y actúan como verdaderas «animadoras» o «coristas». En cuanto los viales son traídos de la cripta y alzados al aire, a plena vista de los presentes, las parientes de san Jenaro empiezan su trabajo. Rompen a gritar y a suplicar al santo que licúe su sangre, que en ese momento suele estar seca y formando una especie de costra. Las ancianas llegan incluso a insultar al santo si el milagro no se produce con la suficiente celeridad. Poco después, la multitud se les une en sus gritos y actos de adoración.

Suelen transcurrir varios minutos antes de pasar al siguiente estadio de la ceremonia. Al fin, los dignatarios eclesiásticos a quienes se ha confiado el cuidado de los viales levantan y ondean un pañuelo rojo, en señal de que la sangre ha empezado a licuarse. Otro funcionario eclesial, especialmente delegado, sostiene entonces una vela cerca de los viales para que la multitud pueda ver la licuefacción en la oscura capilla. Después, el recipiente es besado por todos los funcionarios presentes y por las parientes de san Jenaro. Por último, el recipiente es paseado por los pasillos de la catedral en una esplendorosa procesión. Durante ésta se reza un *Te Deum* y, a continuación, los viales son guardados de nuevo en la cripta de la capilla. En ocasiones, la sangre permanece licuada durante toda la procesión; otras veces, vuelve a solidificarse durante el desarrollo de ésta.

Uno de los mejores informes testimoniales del milagro en sí fue realizado en 1970 por el doctor Giorgio Giorgi, médico de Nápoles, a quien se permitió observar el acontecimiento desde una distancia muy próxima. Posteriormente, el doctor publicó el relato como parte de un informe de diez páginas en la revista italiana de parapsicología *Quaderni di parapsicologia*. Durante la ceremonia, que en aquella ocasión fue celebrada por el arzobispo de Nápoles, el doctor Giorgi permaneció a apenas un metro del receptáculo de cristal que contiene los viales. Giorgi describía el modo

en que el arzobispo sostenía el recipiente a la vista de la multitud y luego empezaba a darle vueltas lentamente mientras invocaba al santo, rogándole que produjera el milagro:

> Trancurridos unos cuatro minutos, desde luego no más, quedé desconcertado al observar, delante mismo de mis narices, a una distancia de menos de un metro, que el coágulo de sangre había pasado repentinamente del estado sólido al líquido. Esta transformación de sólido a líquido sucedió repentina e inexplicablemente. El líquido en sí se había hecho mucho más brillante, más resplandeciente; en el interior del líquido (¿podemos llamarlo sangre?) aparecieron tantas burbujas gaseosas que parecía en estado de ebullición.

El doctor Giorgi pudo besar el receptáculo inmediatamente después de producirse el milagro. Descubrió que el cristal estaba frío, probando así que la sangre no se había calentado previamente para provocar la licuefacción. Asimismo, observó que la sangre había aumentado de volumen durante el proceso.

La licuefacción de la sangre seca es sólo uno de los muchos misterios que rodean este milagro, y que se han documentado en más de mil libros, artículos y estudios escritos en Italia. David Guerdon, escritor francés, fue contratado en 1978 por la revista francesa *Psi International* para que realizara un reportaje-investigación sobre el milagro. Tras visitar Nápoles, presenciar el milagro y estudiar la literatura existente sobre el tema, Guerdon publicó un extenso informe sobre los muchos aspectos paranormales del acontecimiento. Así, pudo documentar tres misterios adicionales que parecerían autentificar su naturaleza milagrosa.

1) *El milagro es totalmente independiente de la temperatura del interior de la catedral.* Parece que la sangre se licúa sea cual sea el calor o frío de la catedral en esa fecha. Tampoco parece haber un período de tiempo exacto para que la sangre se convierta en líquido una vez es mostrada por primera vez. Por ejemplo, en mayo de 1879 tardó dos horas en producirse el cambio de estado, mientras que en la ceremonia celebrada el septiembre siguiente la sangre burbujeó a los quince minutos de iniciado el ritual. En ocasiones, la sangre ya se ha licuado cuando se saca de la cripta; en otras no se disuelve hasta transcurridas veinticuatro horas. No parece haber relación, tampoco, entre la temperatura del interior de la catedral y la demora en la formación del milagro.

2) *La sangre licuada muestra alteraciones de volumen*. Aunque la sangre seca llena dos terceras partes del vial, el volumen suele aumentar hasta llenar por completo el vial. Sin embargo, en septiembre, este volumen suele disminuir. Por alguna razón, el volumen tiende a aumentar cuando la licuefacción tiene lugar lentamente, y a disminuir cuando se produce poco después del inicio de la ceremonia. Las diferencias en el volumen pueden ir de veinte a veinticuatro centímetros cúbicos, lo cual, considerando el tamaño del vial, resulta una cantidad enorme.

Estas variaciones deben considerarse milagrosas ya que violan las le-

yes de la química. Por sorprendente que resulte, el peso del vial aumenta a veces aunque disminuya el volumen, y viceversa. Este descubrimiento fue realizado por un grupo de científicos italianos que intentaron estudiar el milagro en 1902, y fue confirmado dos años después. No hay explicación puramente científica para este fenómeno, sobre todo si se tiene en cuenta que estas variaciones de peso alcanzan hasta varios gramos.

3) *La sangre no se limita a licuarse simplemente.* En el curso del milagro, el color de la sustancia pasa por varios estadios. De un marrón oscuro cuando está seca, la sangre se vuelve más clara cuando se inicia el milagro. A continuación, se vuelve de un rojo amarillento y, por último escarlata. Su viscosidad sufre también una secuencia de variaciones, haciéndose anormalmente pastosa justo antes de la licuefacción, y luego mucho más viscosa que la sangre normal. En ocasiones, no toda la sustancia se licúa, sino que queda una «bola» o coágulo central que flota en medio de la sangre líquida. Este coágulo central es uno de los aspectos más peculiares de la manifestación. Los testigos han afirmado que, en realidad, exuda sangre licuada y absorbe la sangre al solidificarse otra vez, como si sirviera de «filtro» para el milagro.

Como ya ha quedado dicho, la sangre puede licuarse también de dos maneras distintas. Mientras que, por lo general, se «funde» simplemente hasta alcanzar el estado líquido, a veces se la ha visto burbujear y formar espuma durante el milagro.

Es una desgracia que, dado que los viales están permanentemente sellados en el recipiente, no se puedan realizar análisis de la sangre. «Ciertamente, debemos lamentar que los análisis científicos de la sangre (...) daten de principios de siglo», escribe Guerdon en su informe. Después continúa:

> La Iglesia no desea comprometer la integridad de las reliquias y debemos comprender tal posición, pues abrir el único vial que todavía contiene una cantidad apreciable de sangre sería exponerse a perder para siempre un vestigio tan valioso. Con seguridad, el análisis de la sustancia nos permitiría resolver todo tipo de preguntas, pero, ¿a qué precio? La masilla endurecida nos obligaría a romper el vial para abrirlo, con el riesgo de aniquilar su contenido. Por otro lado, podríamos intentar penetrar el cristal mediante instrumentos especiales, y extraer una gota del vial. Entre otras cosas, esto permitiría un estudio espectográfico en una platina plana (en lugar de observarlo a través del cristal curvo del vial) y un estudio cromatográfico (examen de la sustancia por las diferencias en la absorción de sus componentes sobre papel secante).

Aunque pudieran abrirse los viales, cualquier intento serio de analizar la sangre, o incluso un examen superficial de la misma, podría destruir el posible y delicado equilibrio químico o paranormal que pudiera existir en la sangre coagulada, y que permite su licuefacción. Una prueba de carbono 14 podría determinar la antigüedad de la sangre y, posiblemente, verificar si data del tiempo de san Jenaro. Sin embargo, esta prueba requeriría el sacrificio de la mitad de la sangre, por lo menos, lo cual no sería

tolerado bajo ningún concepto por las autoridades religiosas.

Otro misterio relacionado con la sangre, que quizá sea el más extraño de todos, tiene lugar a trece kilómetros de Nápoles, en la población de Pozzuoli. Fue allí donde san Jenaro fue decapitado en un foro situado cerca de unas minas de azufre próximas a la población. En esta población, se halla, en la actualidad, un monasterio de capuchinos que guarda la piedra donde fue decapitado el santo. Albergada en una iglesia aneja al monasterio, la piedra es en realidad un bloque de mármol en el que se ha formado un hueco en el centro. En la parte superior se ha grabado una cruz griega. El bloque mide un metro de largo por medio de ancho y se vuelve de un intenso color rojo cuando se celebran ceremonias en Nápoles en honor del santo. En ocasiones, hasta rezuma unas gotas de sangre.

Este flujo de sangre ha sido documentado con gran detalle, aunque sólo se produce en contadas ocasiones. El 22 de febrero de 1860, por ejemplo, la piedra sangró cuando una iglesia napolitana dedicada al santo sufrió un incendio. Muestras de aquella sangre fueron recogidas personalmente por monseñor Purpo, obispo de Pozzuoli por aquella época. Dichas muestras se conservaron en algodón hasta su envío al laboratorio de medicina forense de Nápoles, en mayo de 1926, para su análisis. Allí quedó demostrado que se trataba de sangre humana.

En el presente siglo se ha producido un declinar de estos flujos de sangre, pero la losa de mármol aún cambia de color cuando se celebran en la ciudad de Nápoles las ceremonias en honor de san Jenaro. Una explicación a este milagro sincrónico puede ser la decoloración resultante de las fluctuaciones de calor y humedad en la iglesia donde se guarda. Sin embargo, cuando unos funcionarios eclesiásticos, en colaboración con un equipo de científicos interesados en el tema, quisieron comprobar esta teoría en septiembre de 1902 y, nuevamente, en septiembre de 1927, no encontraron indicación alguna de que el cambio estuviera relacionado con ningún estado atmosférico conocido.

Así pues, nos hallamos ante un grupo de fenómenos inexplicables —sangre que se licúa, piedras que sangran y otros fenómenos sobrenaturales— que circundan los dos misteriosos viales de sangre de Nápoles. Aunque ni la ciencia ni la parapsicología pueden ofrecer una solución total al misterio, se han propuesto varias teorías respecto a la naturaleza del milagro de la sangre de san Jenaro.

Han habido ya esporádicos intentos de explicar el milagro dentro de los márgenes científicos convencionales, y todos han fracasado. Algunos escépticos han llegado incluso a proponer que se trata de un gran fraude urdido por las autoridades eclesiásticas napolitanas. Se trata de una idea ridícula si tenemos en cuenta que tal milagro se ha repetido una y otra vez durante más de seis siglos, y que los viales no pueden ser abiertos. Otras teorías especulan con que la licuefacción es un efecto calórico generado por las multitudes que se reúnen en la catedral cuando el milagro va a producirse, o por la luz diurna que ilumina los viales durante la procesión subsiguiente. Otros piensan que el milagro es el resultado de las constan-

tes sacudidas a que se somete a la sangre. Sin embargo, todas estas teorías pueden refutarse. Sabemos que la licuefacción es independiente de la temperatura en el interior de la catedral, y el doctor Giorgi apuntaba en su informe elaborado en 1970 que el recipiente que contenía los viales estaba frío al besarlo. Esto, y el hecho de que la sangre se haya licuado en ocasiones cuando todavía estaba en la cripta, descarta toda posibilidad de que la sangre coagulada sea sensible a la luz o a las sacudidas.

La teoría favorita de algunos escépticos es que la sangre está mezclada, de algún modo, con un agente químico que provoca la licuefacción. Algunos científicos incluso han intentado reproducir el milagro artificialmente, para resolver así el enigma de Nápoles. Uno de estos intentos fue el llevado a cabo por el profesor A. Albini, de la Universidad de Nápoles, en 1880. Albini descubrió que una solución de chocolate, pólvora, caseína, cuajo, sal y agua permanece sólida si no se toca, pero se licúa cuando se agita. Sin embargo, esta explicación no alcanza a resolver el hecho de que la sangre también es capaz de licuarse mientras el vial descansa tranquilamente en la cripta. Asimismo, la teoría quedó totalmente invalidada cuando, en 1902, un análisis espectográfico del vial demostró que contenía sangre auténtica. Otro intento más interesante para desacreditar el milagro se produjo el 22 de diciembre de 1906, cuando el profesor Guido Podrecci, científico italiano, celebró un acto público en un teatro de Roma que prometía ser la clara exposición de un fraude. En esta actuación, bastante cómica, el doctor Podrecci demostró que un vial de sangre de ternera mezclada con una solución química especialmente preparada, se licuaba cuando se le aplicaba calor. Sin embargo, una vez más, esta demostración no era sino una débil imitación del prodigio napolitano. La solución de Podrecci tardó casi una hora en licuarse y para ello se precisó, además, agitar violentamente el vial sobre una llama directa.

Sea cual sea la naturaleza del milagro, es dudoso que consigamos nunca una respuesta al mismo si nos limitamos a acudir sólo a los conocimientos de la ciencia convencional. También es necesaria una explicación sobrenatural y paranormal. El cardenal Lambertini, gran autoridad sobre hechos milagrosos, llegó a esta misma conclusión a principios del siglo XVIII, mientras efectuaba unas investigaciones para su obra *De canonizatione.* El futuro papa Benedicto XIV quedó tan fascinado ante el milagro de san Jenaro que llegó al extremo de procurarse muestras de sangre seca para experimentar varios modos y posibilidades de licuarla. Le resultó imposible y, en su tratado, afirmó rotundamente que la licuefacción de la sangre de san Jenaro podía ser muy bien un milagro auténtico. Opiniones similares han sido expresadas por los escasos parapsicólogos que han estudiado el fenómeno.

Entre estos últimos destaca Hans Bender, cuyas investigaciones ya se han mencionado en varias ocasiones a lo largo de este libro. Bender viajó a Italia durante los años sesenta para presenciar el milagro, y pudo fotografiarlo. Bender ha adoptado una explicación fundamentalmente parapsicológica para el milagro. Según su opinión, la licuefacción está causada por

un proceso similar al que, aparentemente, actúa en los casos tradicionales de «casas encantadas».

Las casas encantadas gozan de una amplia tradición en prácticamente todas las épocas y todas las partes del mundo, y se caracterizan por una serie de síntomas repetidos: se ven fantasmas vagando, de noche se escuchan unos misteriosos pasos, los muebles se mueven solos, se aprecian extraños olores, se notan «presencias», etcétera. Según la leyenda, un lugar —casa, iglesia, cementerio— queda embrujado cuando ocurre en él alguna tragedia. En su libro *Fenomeni d'infestazione* (1919), Ernesto Bozzano, que fue uno de los parapsicólogos italianos más destacados, recogía y analizaba unos 374 casos de casas encantadas, y consiguió demostrar que había ocurrido en ellas una muerte trágica, por accidente o asesinato, en 180 de los casos. En otros 27 casos, habían pruebas circunstanciales —como el descubrimiento de huesos enterrados cerca de la casa— que apuntaban la posibilidad de que se hubiera producido un hecho de sangre que hubiera quedado oculto. También se habían producido muertes, aunque no trágicas o inusuales, en otros 97 casos. Las investigaciones de Bozzano sugieren, entonces, que son las emociones relacionadas con el lugar las que provocan que éste quede encantado, y no los espíritus de los muertos.

Muchos parapsicólogos opinan que una casa que ha sido escenario de emociones violentas o intensas puede «cargarse» de una fuerza psíquica. Este «campo» podría afectar permanentemente el edificio y «descargarse», igual que una tetera libera vapor al hervir, una y otra vez. Podría decirse que una casa encantada está cargada de un «éter psíquico» muy sensible a la mente humana. Cuando una persona entra en una casa encantada, su mente puede sintonizar con este éter y, por tanto, «ver» y experimentar acontecimientos que sucedieron mucho tiempo antes. Así, se alcanza a «ver» a las personas que vivieron en la casa (como fantasmas) o escucharlas (como voces desencarnadas, pasos u otros ruidos misteriosos). En ocasiones, la fuerza o campo psíquico que afecta a la casa puede llegar a hacer moverse los muebles.

La teoría del doctor Bender es, pues, que las emociones violentas que acompañaron la decapitación de san Jenaro el año 305 cargaron de algún modo la sangre del mártir de un campo psíquico que regula aún hoy la licuefacción. La sangre es, en su opinión, un objeto «encantado».

Por convincentes que puedan parecer las ideas de Bender, son, en cierto aspecto, incompletas. Muchos investigadores que han estudiado encantamientos o que han vivido en casas encantadas, han realizado dos observaciones bastante consistentes respecto a esos lugares. En primer lugar, el encantamiento tiende a perder actividad con el tiempo y los síntomas se producen con una frecuencia cada vez menor. En segundo lugar, las casas encantadas parecen «actuar» cíclicamente; durante un tiempo se ven fantasmas y se escuchan ruidos misteriosos, pero luego la casa entra en un período de quietud que puede durar varios meses, hasta que se inicia otra vez el fenómeno. Sin embargo, sean cuales sean los factores pa-

ranormales que motivan el milagro de san Jenaro, no parecen seguir estas normas. No sólo se repite el milagro cada año en las mismas fechas, sino que lleva ocurriendo con asombrosa regularidad desde hace mas de seis siglos. Y aunque la teoría de Bender pueda ser correcta en principio, no tiene en cuenta otro importante factor.

Este factor son las emociones de la multitud que toma parte en las celebraciones semestrales de la catedral de Nápoles. En un capítulo anterior de este libro se ha indicado que muchos milagros pueden ser efectos paranormales producidos por los fieles que los están adornando. El intenso fervor religioso de la masa reunida para presenciar el milagro de Nápoles puede catalizar un campo psíquico preexistente que duerme en la sangre, y hacer así que el coágulo se vuelva líquido.

Las celebraciones en honor de san Jenaro no son precisamente muy dignificantes. La multitud suele mostrarse bulliciosa e incluso ingobernable cuando se pone a gritar e invocar al santo. Cuando se sacan los viales de su cripta en la capilla, los participantes se vuelven casi histéricos. Esta violenta emoción, enfocada continua y directamente en los viales de sangre mientras éstos son mostrados a la vista de los asistentes, puede constituir un ingrediente de especial importancia para que se produzca el milagro.

También merece la pena apuntar que las «parientes de san Jenaro», que tan importantes parecen para el milagro, heredan este honor y posición de sus antecesoras. El puesto se ha transmitido de madres a hijas durante siglos. ¿Fueron quizás las «parientes» iniciales unas mujeres dotadas de especiales poderes paranormales escogidas por los dignatarios eclesiásticos napolitanos de la época porque estaban dotadas de una facultad psíquica especial para catalizar el milagro? ¿Pudieron, asimismo, transmitir genéticamente este poder a las mujeres que actualmente gozan de esta privilegiada posición ante el milagro?

Dado que las emociones de la multitud son probablemente sólo un catalizador, y no la causa directa del milagro, es también posible que otro campo psíquico distinto que afecte la sangre pueda, en ocasiones, hacer que ésta se licúe espontáneamente. Esta teoría general podría explicar la sangre que rezuma la piedra de Pozzuoli. Tras años y años de veneración pública, la piedra puede estar envuelta en un campo psíquico similar al que afecta a los viales de sangre napolitanos. Cuando la sangre se licúa en Nápoles, el campo psíquico que afecta a la piedra en Pozzuoli puede catalizarse mediante una especie de acción a larga distancia por simpatía.

Esta interpretación psíquica o paranormal puede explicar también el gran rompecabezas histórico del milagro de san Jenaro, esto es, por qué no empezó a manifestarse hasta 1389, mucho después de que las reliquias del santo hubieran quedado depositadas en la catedral de Nápoles. Los viales de sangre pudieron, en realidad, haber acompañado a las reliquias de san Jenaro en sus viajes a través de Italia. Sin embargo, en realidad no fueron reconocidos como lo que eran hasta el mencionado año 1389, cuando la sangre se licuó espontáneamente por primera vez, mani-

festando a la luz pública el milagro. La veneración de los viales, que data de esa época, aproximadamente, puede haber causado las posteriores licuefacciones.

Existen algunas indicaciones de que en un futuro no muy distante el mundo parapsicológico o la comunidad científica italiana podrán llevar a cabo un esfuerzo más profundo para explorar en mayor medida este milagro. El doctor Hubert Larcher, parapsicólogo austríaco, escribió en 1966 un libro sobre este milagro y en él abogaba por la creación de una comisión científica dedicada a la labor de estudiar el fenómeno con imparcialidad. Dos científicos de la Universidad de Nápoles apuntaron, en 1972, que era necesario instituir un centro para el estudio del milagro, y que debía abrirse al público, con una catalogación adecuada, el archivo de la catedral de Nápoles (que alberga los documentos históricos relativos al caso). Esta idea ha recibido en tiempos recientes el apoyo de Bender. Éste ha propuesto la formación de una comisión compuesta por médicos, químicos, teólogos, psicólogos y parapsicólogos, para explorar el milagro y estudiar sus misterios. En el momento actual, varios científicos de la Universidad de Nápoles muestran un acusado interés en aplicarse de nuevo al estudio del milagro. Aún no se ha determinado qué curso de acción puede tomar una investigación de este tipo; mientras tanto, los funcionarios eclesiásticos siguen adoptando una actitud neutral.

Tercera parte

Intervenciones milagrosas

La tesis principal de este libro viene siendo que la mente humana es la responsable, en último término, de la creación del mundo de lo milagroso.

A continuación, nos enfrentaremos con los milagros más difíciles de explicar según esta teoría, los casos en que el curso de los acontecimientos humanos han sido alterados realmente por apariciones o actos de seres espirituales. Los más notables de estos milagros son las apariciones sobre la tierra de la Virgen María. Tales milagros datan, por término general, de mediados del siglo XIX y han seguido ocurriendo hasta la actualidad. Nuestra segunda área de estudio serán los casos de curaciones milagrosas, aquellas que desafían las leyes médicas, biológicas y fisiológicas.

¿Podemos explicar estos extraordinarios acontecimientos como creaciones paranormales de la mente humana, o deben atribuirse a una inteligencia infinita e inefable?

8

Manifestaciones de la Virgen María

Visiones religiosas

Cuando Juan Diego se encontró con la Virgen María en Tepeyacac, en 1531, tuvo lo que puede considerarse una «visión religiosa». ¿Fue esta aparición algo real, o más bien producto de una mente extremadamente religiosa? Si un caminante se hubiera cruzado con Juan Diego en aquel punto del camino, ¿hubiera visto él también la figura? ¿O hubiera visto sólo al desconcertado indio, quizás en trance, contemplando un espacio vacío?

Las visiones religiosas no son exclusivas de la Cristiandad. Místicos, chamanes y santones de todas las religiones y culturas han tenido visiones durante las cuales se enfrentaban o hablaban con ángeles, espíritus de difuntos u otros embajadores ultraterrenos. El mundo de la experiencia visionaria es, para los místicos, una clara realidad personal: Therese Neumann no se contentó con contemplar la Pasión en sus visiones, sino que parecía tomar parte en ella. Sin embargo, ¿son estas visiones religiosas hechos reales, en el sentido que solemos dar al término? ¿Fueron los «ángeles» y «espíritus de los difuntos» que tan a menudo observaba Therese Neumann producto de su imaginación, o eran esas apariciones seres reales que sólo ella —por medio de algún don místico o psíquico— era capaz de percibir?

Diferenciar las experiencias psicológicas de las revelaciones preternaturales es el principal problema que nos encontramos a la hora de estudiar las apariciones de la Virgen María a través de los tiempos. El milagro de Guadalupe estableció, como dogma de la Iglesia Católica, que María, la madre de Jesús, es una presencia viva en el mundo actual y que, a lo largo de la historia, ha intervenido en los asuntos humanos mediante sus apariciones a mortales escogidos.

Tales apariciones han acaecido habitualmente en tiempos de grandes agitaciones sociales. Por ejemplo, de no haber ocurrido la manifestación de Guadalupe y los milagros que produjo, es muy probable que se hubiera desatado una sangrienta guerra civil entre la población indígena y los con-

quistadores españoles. La aparición, por tanto, fue significativa dentro del contexto social de los problemas internos mexicanos de aquel tiempo. Aunque podría argüirse que Juan Diego padecía una serie de alucinaciones patológicas, esa teoría no podría explicar el hecho de que la aparición le predijera, con total acierto, que el tío moribundo del indio se recobraría milagrosamente de su grave enfermedad, ni las flores milagrosas en el lugar de la aparición, ni el retrato de la Virgen que apareció espontáneamente en el poncho de Juan Diego. Lo mismo cabe decir de las revelaciones que han tenido lugar durante otros casos de apariciones marianas, en especial aquellas que han sido presenciadas por más de una persona a la vez.

Zoé Catherine Labouré

Un ejemplo típico de aparición de la Virgen en tiempos de conflictos políticos fue la que ocurrió en la noche del 18 de julio de 1830. En la casa central de las Hijas de la Caridad, en París, una joven postulanta llamada Zoé Catherine Labouré se despertó una noche y observó la figura de un niño de unos cuatro o cinco años junto a su lecho. El infante ordenó a Catherine que se levantara y le siguiera a la capilla. Ella acompañó, obediente, a la aparición hasta el lugar indicado, donde junto al altar estaba la figura resplandeciente de la Virgen María. Catherine se postró de inmediato en el suelo y la dulce aparición le transmitió una serie de profecías, algunas de las cuales iban a cumplirse en breve plazo, mientras que otras se producirían en 1870. Tras hacer sus revelaciones, la aparición se desvaneció «como una nube que se hubiera evaporado», y Catherine regresó a su celda. No le contó a nadie, salvo a su confesor, la experiencia que acababa de tener, y aún al sacerdote le relató sólo aquellas partes de los mensajes que se sentía autorizada a revelar. (Más tarde, revelaría las advertencias marianas de que terribles calamidades iban a asolar el mundo, que el trono de Francia estaba en peligro y que la Iglesia iba a ser perseguida.) El sacerdote consideró que la aparición y las advertencias no eran más que un producto de una imaginación demasiado exagerada.

Pocos días después, el confesor hubo de reconsiderar su superficial opinión cuando estalló en París una sangrienta revuelta, tal y como había predicho Catherine. El objetivo de la revuelta no era sólo el gobierno establecido, sino también la Iglesia. La inquietud social era producto de un sentimiento anticlerical que se había extendido por Francia desde algún tiempo antes.

La Virgen María volvió a revelarse a Catherine por segunda vez el 27 de noviembre de 1830. La postulanta estaba orando en la capilla del convento cuando vio la aparición, flotando sobre el altar. La figura estaba en pie sobre un globo que representaba el mundo, rodeada de una orla en forma oval que empezó a brillar y formó entonces las palabras «Oh, María, concebida sin pecado, ora por nosotros que recurrimos a ti». La apari-

ción pidió que se acuñara una medalla con la forma que había adoptado, y luego se desvaneció. Una tercera manifestación tuvo lugar en diciembre del mismo año, momento en el cual la imagen volvió a insistir en su petición.

Catherine vio cumplirse las profecías de la Virgen para 1870. En 1871 se registró en Francia una sangrienta insurrección, cuando estalló una violenta lucha política entre los monárquicos y los republicanos tras la humillante derrota de Francia en su guerra contra Prusia, iniciada el año anterior. Esta insurrección, como la de 1830, fue de naturaleza anticlerical. Muchos sacerdotes fueron asesinados por turbas callejeras, poderosamente influidas por los recientes escritos revolucionarios de Carlos Marx. (Durante los años siguientes, la Virgen María se aparecería con frecuencia durante los períodos de inquietud política instigados por las actividades socialistas y comunistas.) Catherine Labouré murió en 1876 y fue canonizada en 1947.

Las apariciones de la Virgen María en 1830 son un verdadero prototipo de las visitas marianas en muchos de sus aspectos:

1) La testigo era una joven. Catherine Labouré sólo tenía venticuatro años cuando tuvo la primera aparición.

2) La aparición estaba preocupada por asuntos mundanos y realizó varias predicciones que resultaron acertadas. La intención básica de la aparición pareció ser advertir a Catherine de las crisis políticas y sociales que se avecinaban. En la dividida Francia de 1830 no podían ser inesperadas las revueltas y los desórdenes, pero la aparición realizó varias profecías bastante específicas. Por ejemplo, le comunicó a Catherine que la crisis que se avecinaba causaría la muerte del arzobispo de París. Durante la revuelta parisina de 1871, el mencionado arzobispo fue brutalmente asesinado por los insurgentes. La predicción de que el trono de Francia caería se cumplió al huir a Inglaterra, en 1830, el rey Carlos X, con lo que se puso fin al régimen absolutista de la monarquía.

3) La aparición exigió que permanecieran secretos algunos de sus mensajes. Aunque Catherine Labouré le comunicó al confesor mucho de lo que había acontecido entre la aparición y ella misma, la postulanta nunca llegó a revelar todo lo que la Virgen le había contado. Según su opinión, algunas de las revelaciones debían mantenerse en secreto.

La imagen de la Virgen María que se apareció a Catherine Labouré en 1830 demostró, por sus precisas predicciones del futuro, que no era una alucinación. Pese a que, debido a esto, resulta difícil creer que las visiones fueran únicamente producto de la mente de la joven, nadie más que la joven Catherine vio la aparición durante las tres visitas de ésta. Si otros testigos hubieran visto la figura, serían mucho más poderosas las razones que inducen a pensar en su autenticidad.

Teoría arquetípica de las apariciones marianas

Las visiones de la Virgen María han ido cambiando en su apariencia a través de los años, y parecen adaptarse a las culturas locales donde se manifiestan. La Virgen María que se apareció cerca de la capital de México en 1531 tenía los rasgos oscuros de una doncella mexicana; en cambio, durante sus visitas a Francia en 1830 y 1846 tenía aspecto de europea. Sin embargo, en ninguno de los casos tenía rasgos semíticos, aspecto que debía tener la María histórica. Esta tendencia indica que las apariciones son engendradas, al menos en parte, por la propia cultura, como ya vimos que sucedía con los milagros de «imágenes divinas» revisados en el capítulo cuarto de este libro. Este fenómeno no ha pasado inadvertido a los autores católicos. En su historia de la adoración mariana en la Iglesia Católica *Alone of all her Sex* (1976), Marina Warner describe la alteración en la figura de la Virgen a través de los tiempos, según ha ido cambiando nuestro concepto de su persona.

Sin embargo, no cabe duda de que las visitas marianas siguen un modelo bastante preciso. Parecen ser reacciones cósmicas a las amenazas contra el *status quo* religioso y social de la época. Su aparición en México apaciguó, aparentemente, una posible revuelta india, mientras que sus apariciones en Francia anticiparon las amenazas que iban a surgir contra el sistema político y social del país. En este aspecto, las apariciones parecen haber sido proyectadas con gran inteligencia por una presencia independiente de nuestras propias mentes, pero preocupada por nuestro bienestar.

Naturalmente, podría argüirse que los tiempos de crisis son los que la Virgen (si aceptamos su existencia espiritual verdadera) escogería para visitar la tierra y ofrecernos su guía. Resultaría difícil, a la vista de las precisas profecías realizadas con tanta frecuencia por las apariciones marianas, encontrar fallos en esta posición tradicional del catolicismo. No obstante, los cambios en el aspecto físico de la Virgen parecen contradecir la teología tradicional católica, que establece que la Virgen María fue llevada a los cielos en cuerpo y alma. De seguir al pie de la letra esta doctrina, su aspecto físico no debería cambiar de una aparición a otra.

Pero aunque las apariciones marianas sean en esencia lo que pretenden ser —esto es, apariciones de un ser real que existe en algún nivel espiritual de la realidad y que está preocupado por nuestro bienestar—, también es posible que sean sólo proyecciones de imágenes latentes en nuestros cerebros, que se convierten en entes reales temporalmente, en raras ocasiones.

Fue el gran psicólogo suizo Carl Jung (1875-1961) quien desarrolló por vez primera el concepto de *arquetipo.* Al estudiar el rico folklore de diversas culturas, Jung quedó sorprendido por el hecho de que muchas sociedades de todos los rincones del mundo hubieran desarrollado símbolos y leyendas similares. Por ejemplo, la mayoría de las culturas asocian la oscuridad con el mal y la luz con el bien. De modo parecido, suele utili-

zarse la imagen de un pájaro para simbolizar el alma.

Jung llegó a descubrir que el ser humano, sea cual sea el país o el momento histórico en el que vive, parece compartir inconscientemente un lenguaje simbólico común. Jung denominó a estos símbolos compartidos *arquetipos,* y consideró que eran parte de la herencia genética de la humanidad desde el principio de su existencia como género. Relacionado con este concepto de arquetipo existe lo que Jung denominaba *inconsciente colectivo*, que constituye una de sus teorías más malinterpretadas por sus seguidores y estudiosos. Este inconsciente colectivo no se refiere a una supermente con la que todos estamos relacionados a cierto nivel cósmico, ni es tampoco una «conciencia universal». Por inconsciente colectivo Jung entendía un nivel primitivo de la mente mediante el cual todos *pensamos* de la misma manera utilizando símbolos o arquetipos similares.

Es posible que, relacionados con estos arquetipos universales, existan «imágenes» religiosas culturalmente determinadas, que se conviertan en arquetipos limitados en las sociedades que comparten unos mismos antecedentes religiosos. Por ejemplo, en la cultura occidental, imaginamos invariablemente a Dios como un anciano barbudo que se sienta en un trono, a Jesús como un hombre de unos treinta años también con barba, y a María como una reina radiante. A partir de aquí, podemos elaborar una teoría acerca de la naturaleza de las apariciones marianas que una el concepto de arquetipos determinados culturalmente con la teoría (mantenida por muchos parapsicólogos) de que todos nosotros estamos unidos mutuamente por medio de la telepatía en un nivel subliminal.

La clave para la comprensión de las apariciones de la Virgen puede residir en que éstas se producen casi siempre en épocas de crisis sociales y/o políticas. En tales tiempos de tensión, puede ocurrir alguna forma de comunicación telepática en masa en el inconsciente colectivo de la cultura amenazada. Ello llevaría a la formación de una «mente grupo» que, a su vez, diera como resultado la proyección de una aparición de la Virgen, proceso similar al que pudo producir el milagro de Guadalupe de 1531. La mayor parte de las apariciones marianas han tenido lugar en culturas tradicionalmente católicas, que consideran a María como protectora del mundo. Este concepto, compartido en algún nivel mental por todos los católicos, se ha convertido probablemente en una imagen arquetípica para los miembros de esa religión. En tiempos de crisis, las culturas católicas podrían así proyectar literalmente esa imagen en el mundo real de los cinco sentidos. La aparición, que podría compararse a una forma pensada, no es entonces sino el eco o el resultado de las preocupaciones de la gente que la proyecta. Apúntese que, si se examinan con cuidado, las catástrofes mundiales y los desórdenes sociales profetizados con tanta frecuencia por las apariciones marianas eran acontecimientos que probablemente cualquier persona con un poco de perspectiva histórica podría haber previsto.

Como hemos visto, las apariciones marianas son presenciadas casi siempre por pequeños grupos de niños. Las pruebas experimentales apun-

tan que los niños podrían poseer unas capacidades paranormales más desarrolladas que los adultos y serían, por tanto, más sensibles por naturaleza a las presencias espirituales proyectadas por una «mente grupo». Tal es, ciertamente, la opinión del doctor Arthur Guirdham, psiquiatra británico que lleva varios años estudiando los fenómenos paranormales. En su libro *Obsesión: Fuerzas psíquicas y diabólicas como causantes de las enfermedades,* apunta que los niños no tienen inmunidad natural contra las fuerzas espirituales y por ello sintonizan con ellas espontáneamente. El doctor Ernesto Spinelli, de la Universidad de Surrey, ha recogido incluso evidencias experimentales según las cuales los niños tienen unas notables facultades paranormales, pero que las van perdiendo conforme se hacen mayores. Spinelli hizo varias pruebas de percepción extrasensorial con grupos de niños y, después de realizar las mismas pruebas a grupos de edades progresivamente mayores, observó un progresivo descenso en sus resultados.

El milagro de Pontmain

Uno de los casos en que los únicos testigos de la aparición mariana fueron niños es el milagro acaecido en 1871 en el pueblo francés de Pontmain. En el siglo XIX la población de este pueblecito, situado en el noreste de Francia, cerca de Le Mans, era mayoritariamente católica. El 17 de enero de 1871, cuando Francia estaba en plena guerra con Prusia, se produjo la aparición de la Virgen. Los principales testigos de la cual fueron los hermanos Barbadette, Eugene (de doce años) y Joseph (de diez).

El día despertó sin incidentes notables. El señor Barbadette, agricultor por vocación, había despertado a sus hijos a las seis de la mañana para hacer las tareas de la casa y acudir a la escuela. A las seis de la tarde, el señor Barbadette, Eugene y Joseph se encaminaban a trabajar al granero cuando pasó junto a ellos una vecina. La visita interrumpió lo que seguramente era una rutina para los chicos, y Eugene decidió aprovechar la oportunidad para dejar el granero y tomar un poco de aire fresco, o «simplemente ver qué tiempo hacía», según recordaría más tarde. El cielo estaba claro y las estrellas brillantes que tachonaban el cielo casi se reflejaban también en las casas y campos cubiertos por la nieve. Sobrecogido por la escena, Eugene advirtió, de repente, una aparición que flotaba a unos siete metros por encima de una casa próxima. Era una mujer alta y hermosa, vestida con una túnica azul bordada de estrellas. Un velo azul le cubría el cabello y la frente. Tenía las manos extendidas como en ademán de súplica. El primer pensamiento de Eugene fue que la visión le anunciaba la muerte de su hermano mayor, que estaba en el ejército luchando contra los prusianos. Sin embargo, el niño descartó esa impresión inicial cuando vio que la aparición le sonreía.

Eugene estaba todavía contemplando la figura cuando, momentos después, salió del granero la vecina, Jeanette Detais. Eugene le pidió que mi-

rara donde él lo hacía y le dijera qué veía. La señora Detais se quedó perpleja, pues no veía nada en absoluto.

El consiguiente intercambio de frases entre Eugene y la vecina pronto atrajo la presencia del señor Barbadette y de Joseph. El padre tampoco vio nada, pero Joseph sorprendió a todos al afirmar que también él podía contemplar la aparición de la maravillosa mujer. Los adultos se observaron llenos de confusión mientras los niños comenzaban a comparar lo que estaban viendo. Por último, el señor Barbadette ordenó airado a los niños que volvieran a entrar en el granero. Los pequeños obedecieron diligentemente y la señora Detais y el padre acordaron no mencionar a nadie el incidente.

Pocos minutos después, el señor Barbadette se arrepintió de su precipitado comportamiento y, muy juiciosamente, pidió a Eugene que saliera otra vez para ver si la aparición seguía aún en el cielo. El muchacho corrió a la puerta del granero y le confirmó que así era. El padre ordenó al pequeño que llamara a la madre, pero le advirtió que no le dijera nada de la aparición, ni a ella ni a la criada.

La señora Barbadette se quedó sorprendida de lo que encontró cuando, al fin, llegó junto al granero. Joseph había salido de éste y estaba en medio del prado mirando al cielo, batiendo palmas y gritando una y otra vez «¡Oh, qué hermosa es!». La única respuesta de la madre fue darle al muchacho un rápido cachete por armar tanta escandalera. A petición de Eugene, alzó la mirada al cielo pero, igual que su esposo y que la vecina, también ella parecía inmune a la aparición. Al ver que los dos niños seguían describiendo la visión milagrosa, la señora Barbadette instó a su familia a elevar oraciones.

Al cabo de muy poco, una pequeña multitud se había formado alrededor de la casa y del granero de los Barbadette. El padre intentó apaciguar los ánimos invitando a la familia a entrar en el granero para rezar allí. Mientras, la madre corrió a la casa a buscar a la criada. Sin embargo, ésta tampoco pudo ver la imagen, y la conclusión que la señora Barbadette sacó de ello fue que los niños estaban mintiendo. Eran ya las seis y cuarto de la tarde.

Los Barbadette mantuvieron a los niños dentro de la casa durante un rato, primero haciéndoles rezar y luego dándoles la cena. Sin embargo, después, los muchachos salieron corriendo al exterior para ver si la aparición todavía flotaba en el cielo. Así era. Los niños insistían tanto en sus afirmaciones que el señor Barbadette empezó a preguntarse si no estaría ocurriendo verdaderamente una aparición espiritual que sólo los niños podían ver. En consecuencia, llevó a Joseph a la casa mientras su esposa llevaba a Eugene al otro extremo de la calle, a un convento de monjas, para hablar con la hermana Vitalina, una monja muy apreciada en la comunidad. A la hermana Vitalina le sorprendió la visita, pero siguió a la señora Barbadette hasta el granero, mientras Eugene continuaba narrando la aparición que contemplaba. La monja también miraba el cielo en vano. «Abrí mucho los ojos —comentaría más tarde—, pero no pude ver nada.»*

Sin embargo, la monja se sintió intrigada por lo que decían los niños. Rápidamente, regresó al convento y llamó a dos jóvenes que vivían allí, Françoise Richer (de once años) y Jeanne-Marie Lebosse (de nueve). Sin darles ninguna pista de lo que sucedía allí fuera, la monja apremió a las niñas para que la siguieran a la calle. Sin que Eugene tampoco les dijera nada, al llegar al lugar del suceso las niñas de inmediato describieron a la hermana Vitalina la aparición de una mujer que flotaba en el aire, a gran altura, vestida con una túnica azul llena de estrellas doradas. Los adultos estaban asombrados y pronto recorrieron el vecindario en busca de otros niños. También éstos pudieron presenciar la aparición.

Para entonces, la imagen había empezado a cambiar de apariencia. Aunque la Virgen permanecía inmóvil, los niños del pueblo describieron cómo se había formado alrededor de la Virgen un marco en forma de óvalo que contenía cuatro velas. El rostro de la aparición también empezó a transformarse: de la alegría, sus rasgos pasaron a expresar dolor y pena. Toda la imagen empezó a crecer y bajo la figura se formaron lentamente unas palabras. Cada letra apareció por separado, hasta formarse un breve mensaje: *Mais priez, Dieu vous exaucera en peu de temps. Mon Fils se laisse toucher.* (Una traducción aproximada sería: «Pero rezad, que Dios escuchará vuestras plegarias dentro de poco. Mi Hijo se deja conmover».) Muchos de los jóvenes testigos habían sido separados unos de otros por el vecindario durante la formación del mensaje, pero todos observaron las mismas palabras.

Al principio, el mensaje no adquirió mucho sentido para los adultos reunidos en las calles de Pontmain. Sin embargo, durante la formación del mensaje, uno de los vecinos llegó corriendo hasta la multitud para anunciar que las tropas prusianas marchaban hacia Pontmain. Eran ahora las siete y media. Mientras el vecindario se daba cuenta de la gravedad de la situación, los niños informaron de que la aparición se estaba moviendo por primera vez. El mensaje estaba ahora completo y la figura levantaba las manos en señal de bendición, al tiempo que sonreía. Aunque el mensaje desapareció a continuación, la Virgen siguió en el mismo lugar. Más tarde, los niños informaron que el rostro de la Virgen había adoptado una expresión de dolor y que se le había formado un crucifijo sobre el pecho. También aparecieron cruces en sus hombros. Por último, un velo comenzó a cubrir la figura y, lentamente, se disolvió. La visión había permanecido dos horas en el cielo.

Como sucede en la mayoría de las manifestaciones marianas, el milagro de Pontmain tuvo lugar en tiempos de desórdenes. Francia estaba en guerra con Prusia y los ciudadanos de Pontmain sabían perfectamente que corrían el riesgo de una invasión inminente. Sin embargo, en el mismo

* Algunos relatos sobre el milagro de Pontmain afirman que los adultos sí vieron el triángulo de estrellas y apuntaron que brillaban con un resplandor inusual. Esta afirmación no aparece en el folleto del abate M. Richard sobre el fenómeno, titulado *¿Qué sucedió en Pontmain?,* que se editó en 1871 en base a los testimonios de los presentes.

instante en que la Virgen aparecía sobre el pueblo, los oficiales prusianos —que ya habían avanzado hasta Laval, ciudad próxima a Pontmain— decidían inexplicablemente no continuar la progresión hacia el oeste de Francia. Muchos de los escritores católicos que han publicado trabajos sobre el milagro de Pontmain creen que la Virgen quería anunciar su mediación divina en la guerra, que había llevado al mando alemán a respetar el pueblo. La misma guerra terminó poco después. El 17 de julio se firmó un armisticio y la vencida Francia fue obligada a rendirse y a pagar indemnizaciones en dinero y en territorios a los prusianos.

Hoy, bajo el lugar de la aparición se levanta una basílica, que se empezó en 1872 y se consagró en 1900. El 2 de febrero de 1875, el obispo de Laval, bajo cuya jurisdicción está Pontmain, decretó la autenticidad de la visita de la Virgen María a la población.

El caso de Pontmain apoya la «teoría arquetípica» de las apariciones marianas mencionada anteriormente. En algún nivel profundo, los residentes en Pontmain serían conscientes de la amenaza que representaba para la población el avance de las tropas prusianas. Este peligro pudo haber causado una intensa preocupación inconsciente, y por esto la Virgen Madre apareció en su imagen arquetípica de protectora e intermediaria entre el hombre y Dios. Ello pudo producir, en último grado, un efecto psíquico masivo (parecido al que causó la caída de los pedriscos milagrosos en Remiremont, en 1905) que tuvo como resultado la proyección de la imagen de la Virgen en el cielo nocturno. Apúntese que la figura era más una proyección, al estilo de las holografías, que una presencia viva. El inconsciente de los vecinos pudo haber captado inconscientemente, por medio de la telepatía, la información de que el alto mando prusiano había decidido no atacar Pontmain, y la figura adecuó a ello su aspecto, apariencia y mensaje.

La aparición de Pontmain es inusual por cuanto fue presenciada por un número relativamente grande de testigos. Como es típico en estas apariciones colectivas, dejó un mensaje, aunque esta vez no fue hablado. Manifestaciones similares tuvieron lugar más tarde en Italia, en 1888, y en Zaytun, Egipto, en 1968. La aparición de la Virgen de 1888 tuvo lugar durante el mes de septiembre, cerca de la población de Castelpetroso, donde dos muchachas vieron su forma erguida sobre unas fisuras rocosas, en la falda de una colina. Las testigos estaban apacentando ovejas cuando su atención se desvió a las rocas debido a una extraña luz que iluminaba la zona. Esta aparición fue contemplada por un total de quinientos espectadores, incluidos varios sacerdotes y un obispo. Durante las apariciones de Zaytun de 1968-69, la Virgen fue vista por miles de testigos, y fotografiada repetidamente. Sin embargo, ésta es una larga historia que trataremos en el próximo capítulo.

¿Fantasmas o entes objetivos?

Las apariciones de la Virgen María en París, Pontmain e Italia fueron de naturaleza visionaria. Aunque en los dos últimos casos las apariciones fueron vistas colectivamente, la figura de la Virgen era más fantasmagórica que real. Sin embargo, ¿qué hay de esos casos en que la aparición de la Virgen puede actuar físicamente sobre el mundo real? Si tal aparición pudiera mover un objeto físico, como abrir una puerta o coger un libro, la figura debería ser considerada, en cierto grado, como un ente objetivo, es decir, como un objeto tridimensional que ocupase un espacio físico. Sin embargo, el estudio de las apariciones no es tan exacto y preciso, y muchas de estas visiones efímeras tienden a bordear esa leve, pero infinita, frontera que limita la existencia visionaria y la realidad material. Los «fantasmas» y las apariciones —incluidas las de María— poseen muchas veces características que indican que son simultáneamente materiales e inmateriales.

Esta paradoja puede ilustrarse con un ejemplo. Usted y un amigo suyo están sentados en su casa cuando de repente advierten una aparición en la sala. Ambos la ven, y al comparar sus impresiones se dan cuenta de que la están viendo en la perspectiva adecuada desde los lugares donde ustedes están sentados. Entonces, la aparición pone sus manos sobre un libro que tenían en la mesilla, da una vuelta, abre la puerta de la casa y se va, dejando la puerta abierta. Se esfuma en el aire mientras usted y su sorprendido amigo siguen mirando atónitos. Corre usted entonces a la mesilla y descubre que la aparición ha dejado su huella grabada en la superficie del libro. Pero una segunda mirada a la puerta delantera muestra que está cerrada, y que presumiblemente no ha estado abierta en ningún momento.

La visita, que es un bosquejo supuesto formado con retazos de diversos casos perfectamente documentados, contiene tres elementos desconcertantes. La aparición era (1) material, ya que dejó la huella en el libro; sin embargo, era (2) inmaterial, ya que se desvaneció en el aire, y (3) alucinatoria, ya que produjo en los testigos la ilusión de que había abierto la puerta cuando, en realidad, no la había tocado. Este incidente hipotético es un buen ejemplo de las grandes dificultades que tienen que afrontar los parapsicólogos al estudiar las apariciones. Estos fantasmas parecen capaces de crear sus propias leyes cuando aparecen, unas leyes muy diferentes de las que gobiernan el mundo material.

Nuestra Señora de Fátima

Los mismos obstáculos se manifiestan también en las apariciones marianas, por lo que a menudo se hace imposible determinar si tales fantasmas son meras visiones o auténticos seres materiales. Probablemente, el más celebrado y asombroso de estos casos de manifestación material de la Virgen sea la visita realizada a Fátima, en Portugal.

La maravillosa historia de Fátima se inicia en mayo de 1917. Éste era un período agitado para Portugal y para Europa en general. Portugal estaba dividido en facciones políticas. El último monarca había sido depuesto en 1910 por una revolución que había implantado una forma de gobierno republicana. En 1915 se había organizado otro gobierno formal, modelado según el de los Estados Unidos. Con la caída de la monarquía, llegó un declive de la religión, pues mientras el pueblo portugués seguía siendo devotamente católico, el gobierno era abiertamente hostil a la Iglesia y había cortado las relaciones con Roma en 1913. Las propiedades de la Iglesia fueron confiscadas y los sacerdotes fueron tratados casi como ciudadanos de segunda clase. Mientras, la primera guerra mundial arrasaba el continente. Las semillas de la revolución bolchevique ya germinaban en Rusia, donde en 1918 un gobierno totalmente antirreligioso se instalaría en el poder.

Portugal, oculto en la península Ibérica y protegido de casi todo lo que sucedía en Europa, estaba demasiado ocupado en sus propias diferencias internas para mezclarse mucho en los asuntos exteriores. Participaba en la primera guerra mundial al lado de Inglaterra, pero era en general inmune a los ataques y la devastación que sufrían sus aliados a manos de los alemanes. Al tratar de estabilizar la economía del país y su estructura social, el nuevo gobierno había difundido masivamente propaganda anticatólica. Sin embargo, este plan no había conseguido arrancar a los campesinos sus convicciones religiosas, profundamente arraigadas.

Un día de primavera de 1916, en Fátima, pequeña villa cerca de Ourem, Lucía dos Santos (de nueve años), Francisco Marto (de ocho) y su hermana Jacinta (de seis) estaban jugando cerca de la Cova da Iria, una caverna a las afueras de la población donde los jóvenes pastores solían llevar el ganado. Los tres niños eran analfabetos, pero muy católicos. Los padres de Lucía eran propietarios de sus tierras pero, igual que la familia de los otros niños, eran muy pobres. Los tres estaban cuidando el ganado en una colina próxima cuando un muchacho de unos quince años se materializó ante ellos y les exhortó a que rezaran. El «ángel» se apareció a los niños dos veces más en 1916, una mientras jugaban en casa de Lucía y en otra ocasión, de nuevo en la colina. Estas visitas angélicas precedían y anunciaban la aparición de la Virgen María en Fátima.

La fecha que habitualmente se da como inicio de la historia de Fátima es el 13 de mayo de 1917, bastantes meses después de que los niños presenciasen la primera aparición, que les había instado a rezar. Los tres niños estaban apacentando el rebaño de ovejas en la Cova da Iria, como era habitual. Acababan de arrodillarse a rezar cuando un relámpago cruzó el cielo, libre de nubes. Lucía, Francisco y Jacinta sintieron miedo del relámpago, temiendo que estuviera formándose una tormenta. Rápidamente, llevaron las ovejas a la caverna, pero nuevamente fueron sobresaltados por el resplandor de otro relámpago. De inmediato, echaron a correr colina abajo. Al llegar al llano, Lucía y Jacinta vieron una visión sorprendente. Ante ellas estaba la figura de una mujer hermosa y deslumbrante,

de pie entre el follaje de un pequeño roble. La mujer parecía tener unos dieciocho años y llevaba un velo bordado de oro. Del cuello le colgaba un rosario. Sólo Lucía se atrevió a hablar a la figura; ésta les dijo que venía del cielo y que quería que volvieran a la Cova los días trece de cada mes, durante un período de seis meses. La figura les prometió entonces que los niños irían al cielo, pero que Francisco, que no logró ver la aparición, tendría que rezar muchos rosarios. La mujer instruyó luego a Lucía para que instase a Francisco a rezarle. El muchacho prometió hacerlo y la aparición también se hizo visible a él, aunque seguía sin poder escucharle o hablarle. La mujer prosiguió informando a los niños del destino espiritual de varios vecinos de Fátima fallecidos poco antes, y también les advirtió que sufrirían mucho durante los meses que se aproximaban. Entonces, la aparición se deslizó por los aires hacia el este y desapareció.

Cuando la mujer se hubo desvanecido, los niños decidieron que sería mejor no hacer público en el pueblo lo que acababan de presenciar. Sin embargo, la pequeña Jacinta no pudo contenerse. Aquella misma tarde les explicó a sus padres lo sucedido en la Cova. Concretamente, señaló que había visto a la Virgen María. Se trataba de una afirmación prematura, ya que, durante su charla con Lucía, la aparición no había revelado su identidad ni la misión que la traía. Al contrario, había prometido informar a los niños de su identidad sólo al final de los seis meses.

A las pocas horas se había extendido por todo el pueblo la noticia. Los rumores que empezaban a esparcirse enfurecieron a los padres de Lucía, y su madre pronto acusó a los niños de estar mintiendo. Cuando el relato llegó a oídos del párroco de Fátima, éste no perdió el tiempo en entrevistarse con Lucía. Simplemente, no tomó en cuenta lo que la niña decía, aunque aconsejó a la madre de Lucía que la dejara volver a la Cova al mes siguiente. Sin embargo, en secreto, le dijo que prohibiera a la niña acercarse por el lugar, en caso de que la visión volviera a repetirse.

Los niños pronto se convirtieron en centro de atención de la villa. Durante los días que siguieron, cuando salían a la calle, los vecinos escépticos se mofaban de ellos. Con todo, un grupo de personas empezaron a creer que los niños decían la verdad, y los trataban como a santos. Pese a las acusaciones de sus vecinos, ninguno de los niños rectificó su relato, y los tres exhortaron al vecindario a que se mantuviera fuerte en su fe.

El 13 de junio era la fecha en que la aparición había prometido regresar a la Cova. Nadie en Fátima esperaba realmente que los chicos acudieran, pues en esa fecha se celebraba la festividad de san Antonio, patrón del pueblo, y las fiestas estaban en su apogeo. Todos los vecinos estaban ansiosos por celebrar la fiesta. Sin embargo, los jóvenes se olvidaron de las celebraciones y hacia mediodía acudieron a la Cova, acompañados de una cincuentena de fervorosos creyentes de la localidad. Los niños empezaron su vigilia rezando ante el roble sobre el cual había aparecido la imagen la vez anterior. Pronto, Lucía señaló al cielo y los tres niños vieron la aparición de la Virgen que se deslizaba por el aire hacia ellos. Los espectadores no vieron nada. Tras llegar al roble, la hermosa aparición impar-

tió varios mensajes a Lucía, animó a la niña a que aprendiera a leer y a escribir y le transmitió el primero de varios «secretos». Luego, la aparición se fue.

Aunque la visita fue invisible para los vecinos, varios de ellos observaron manifestaciones de la presencia de la Virgen. Según el reverendo V. Dacruz, sacerdote español que ha realizado un completo estudio del milagro de Fátima, varios hechos sobrenaturales subrayaron la aparición de la Virgen el 13 de junio:

Aparte de los tres pequeños videntes, ninguno de los presentes había visto a la misteriosa Señora. Sin embargo, varios hechos milagrosos confirmaban su impresión de que algo extraordinario estaba sucediendo. Era un día cálido y brillante de junio. Pero, durante todo el lapso de tiempo que duró la aparición, la luz del sol se amortiguó de manera extraordinaria, sin ninguna causa aparente. Además, las ramas más altas del árbol permanecieron dobladas en forma de parasol, como si un peso invisible hubiera venido a posarse sobre ellas. Los más próximos al árbol escucharon nítidamente las palabras de Lucía y también percibieron, en forma de un susurro indescifrable, o de zumbido de abeja, las respuestas de la Señora, alternando regularmente con la voz de la niña.

Al término de la aparición, se escuchó, cerca del árbol, un estrépito que los testigos compararon a la explosión de un cohete, y Lucía se puso a gritar: «¡Allí! Se va la Señora...».

Al mismo tiempo, los observadores vieron alzarse del árbol una hermosa nube blanca que siguieron con la mirada durante un largo rato, mientras se alejaba en dirección al este. Además, con la partida de la Señora, las ramas superiores del árbol, sin perder la forma curva de un parasol, se inclinaron hacia el este, como si, al partir, las faldas de la túnica de la aparición hubieran arrastrado las ramas. Y esta doble presión que había doblado las ramas, primero curvándolas y luego dirigiéndolas al este, fue tan grande que las ramas siguieron en aquella posición durante horas, y sólo lentamente recuperaron su posición normal.*

Como resultado de esta segunda aparición todo Portugal se enteró de los acontecimientos sobrenaturales que ocurrían en Fátima. La madre de Lucía aún no estaba muy convencida de que su hija estuviera diciendo la verdad, y el párroco del pueblo sugirió incluso a la muchacha que quizás el responsable de la aparición era el diablo.

Tras mucho interrogarse y reflexionar, Lucía decidió regresar a la Cova el 13 de julio. Jacinta y Francisco la acompañaban, y el trío de videntes llegó al lugar pasado el mediodía. Unos cuatro o cinco mil espectadores más se habían reunido también.

Cuando la aparición se presentó sobre el roble, nuevamente dirigió sus mensajes a Lucía. Instó a la niña a rezar cada día para que la guerra termi-

* En las investigaciones realizadas para su acreditado libro *Nuestra Señora de Fátima* (1947), William Thomas Walsh consiguió confirmar también que muchos de los espectadores habían presenciado los extraños acontecimientos. El libro de Walsh contiene entrevistas con algunos vecinos de Fátima que estuvieron presentes en la aparición, así como una entrevista con la propia Lucía dos Santos.

nara. Lucía, a su vez, pidió a la aparición que realizara un milagro para que todos los espectadores se convirtieran. La aparición se apresuró a asentir, y marcó la fecha del 13 de octubre; nuevamente, prometió revelar su identidad ese día. Después, impartió a Lucía varios secretos más, y la niña pidió a la aparición que sanara a algunos enfermos del pueblo. Sin embargo, la aparición accedió a hacerlo sólo si los enfermos rezaban. Después, desapareció. Aunque la visión volvió a permanecer inaccesible a los ojos de la multitud, sí fueron visibles varios signos de su presencia. De nuevo, el sol pareció perder su brillo; muchos espectadores vieron una orla blanca de luz formarse sobre el árbol donde aparecía la figura, y escucharon una voz que emanaba de ella como un susurro.

La figura había aparecido ya tres veces, y Fátima se estaba convirtiendo rápidamente en el centro de una tormenta religiosa y política. El gobierno anticlerical de Lisboa empezaba a preocuparse por las repercusiones políticas de los acontecimientos de Fátima, temían que surgiera una ola renovada de sentimiento religioso a lo largo del país. (Pero, por aquel entonces los temores del gobierno carecían de base. Las autoridades religiosas de Fátima y alrededores habían adoptado hasta aquel momento una política de abstención sobre el tema. Los funcionarios eclesiásticos de Lisboa habían prohibido expresamente a los sacerdotes tomar parte en las reuniones de Fátima, una vez el fenómeno se hizo de conocimiento general.)

Así pues, para agosto, los líderes políticos portugueses se sintieron obligados a actuar. El trabajo de investigación de desacreditación del tema de Fátima fue confiado a Arturo de Oliveira Santos, subprefecto de Ourem, bajo cuya jurisdicción política se encontraba Fátima. El 11 de agosto, Santos viajó a la villa y se entrevistó personalmente con Lucía, Jacinta y Francisco. Esperaba obtener de ellos una confesión, pero pese a las amenazas, los niños se negaron a admitir que hubieran mentido o que hubieran colaborado en la realización de un fraude a instancias del párroco local. Santos se puso furioso cuando Lucía se negó resueltamente a revelar los secretos que la Virgen le había comunicado. Así pues, dos días después, fecha en que la aparición debía manifestarse por cuarta vez, Santos decidió detener a los niños y llevarles a Ourem.

Allí, los niños fueron interrogados más duramente de lo que lo habían sido en Fátima. Bajo el intimidatorio escenario de los edificios administrativos del gobierno, Santos interrogó a cada niño por separado, esperando obligarles a retractarse de sus afirmaciones. Llegó incluso a amenazarles de muerte si se negaban a colaborar. Hasta hizo creer a cada niño que sus compañeros habían sido muertos ya por negarse a confesar y por conspirar contra el Estado, pero ni así consiguió que los niños admitieran haber mentido. Frustrado y avergonzado, Santos los devolvió por fin a Fátima.

Pese a la detención de los niños, miles de peregrinos y vecinos de las cercanías se reunieron en Cova da Iria el 13 de agosto, con la esperanza de que la aparición se manifestara de alguna manera. De hecho, la multitud

escuchó una fuerte detonación y un relámpago que iluminaba el cielo en el mismo instante en que la Señora debía aparecer. Una nube blanca apareció sobre el roble, permaneció allí un instante, y luego se elevó y desapareció rápidamente.

Los niños se sintieron destrozados cuando se dieron cuenta de que se habían perdido la aparición, pero tuvieron una visita sorpresa de la Señora el 19 de agosto, mientras atendían al ganado a las afueras de la villa de Valinhos. La aparición les dijo que el milagro de octubre sería ahora menos magnífico, y les urgió a no perderse ningún encuentro futuro. Nuevamente, les rogó que rezaran por los pecadores y que hicieran sacrificios por ellos.

La detención de los niños había conseguido muy poco y, en realidad, la medida se volvió contra el propio gobierno. Una vez se conoció lo sucedido, más gente aún se interesó por la conmoción de Fátima. Cuando por fin llegó el 13 de septiembre, unos treinta mil peregrinos se agolpaban junto a la Cova da Iria. Allí aguardaron pacientemente, con la esperanza de que los niños les revelarían los últimos mensajes de la aparición.

Cuando los niños llegaron, la multitud empezó a tranquilizarse. Hacia mediodía, de forma misteriosa, empezó a oscurecer, las estrellas aparecieron en el cielo y surgió una orla de luz blanca sobre el árbol. Uno de los testigos era ese día monseñor João Quareman, vicario general de Leiria, que había acudido de incógnito, acompañado de un sacerdote. Él fue uno de los muchos espectadores que presenciaron la misteriosa orla de luz blanca que había aparecido a menudo cuando Lucía afirmaba que la aparición estaba llegando al roble. «Para sorpresa mía —atestiguó más tarde—, vi con toda claridad y precisión un globo de luz que avanzaba de este a oeste, flotando lenta y majestuosamente en el aire.» Más tarde, anotó: «Mi amigo también tuvo la fortuna de ver la misma visión inesperada. De repente, el globo con la luz maravillosa desapareció de la vista».

La orla desapareció, aparentemente, al posarse sobre el roble ante el cual rezaban los niños. Entonces se produjo otro milagro. La Cova se inundó de una lluvia de pétalos blancos de flores. Los pétalos resultaban claramente visibles a la multitud, aunque se desintegraban antes de caer al suelo. Esta «lluvia de flores» fue incluso fotografiada por un funcionario gubernamental, Antonio Robelo Martins, quien publicó las fotografías en un librito poco después de la guerra. (Esta lluvia milagrosa se repitió en la Cova el 13 de mayo de 1924, en el aniversario de la primera manifestación de la figura.) El mensaje que la Señora transmitió a Lucía aquel mes de septiembre fue similar a los que le había dado en las visitas anteriores: se precisaban más plegarias para que la guerra llegara a su término. Nuevamente, la aparición prometió a Lucía un milagro para el 13 de octubre.

El anunciado milagro estaba generando controversias políticas, religiosas y sociales por todo Portugal. Lucía había hecho el primer anuncio público del milagro dos meses antes, después de obtener de la Señora la promesa. En ningún momento hubo dudas en las mentes de los niños de

que el milagro se produciría, y aparentemente les pasó inadvertida la tremenda agitación que su anuncio había provocado en Fátima. Los políticos de Ourem y Lisboa (especialmente el desafortunado Santos) se alegraron de la noticia, pues estaban convencidos de que no podía tener lugar ningún milagro. Si el hecho milagroso no se producía, pensaban, los niños quedarían permanentemente desacreditados y el tema Fátima llegaría a su punto final de una vez por todas. Asimismo, proyectaban utilizar el asunto como excusa para difundir por el país una nueva campaña de propaganda anticlerical. Mientras tanto, con la proximidad de la fecha, los padres de los niños se pusieron cada vez más nerviosos. Temían que si el milagro no se producía, la multitud presente en la Cova para presenciar el acontecimiento se volviera incontrolable e hiciera daño a los niños.

Por fin llegó el 13 de octubre. Llovía y muchos de los peregrinos que habían acudido de todo Portugal y más lejos aún estaban calados hasta los huesos cuando llegaron a la Cova. Según informaba patéticamente un periódico:

> Casi todos, hombres y mujeres, llevaban los pies desnudos. Parecían totalmente ausentes de cuanto sucedía a su alrededor, con una gran falta de interés por la larga peregrinación y por los demás viajeros, como si estuvieran perdidos en un sueño, caminaban sin dejar de rezar el rosario, con una triste y rítmica cantinela. Una mujer decía la primera parte del Avemaría; sus compañeros de coro decían la segunda parte. Con pasos rítmicos y seguros, todos trazaban el camino enfangado que corre entre los pinares y los olivares, y muchos llegaron antes del anochecer al lugar de la aparición donde, bajo la luz grave y fría de las estrellas, se dejaban caer al suelo con la esperanza de dormir un poco y reservar a la vez un lugar cerca de la bendita *azinheira* para poder verlo todo mejor.

Varios funcionarios eclesiásticos de Lisboa y Ourem asistían a la reunión, y por allí merodeaban también funcionarios del gobierno para observar lo que pudiera suceder. Habían llegado tropas para el caso de que la multitud se volviera una turba violenta. Representantes de todos los periódicos importantes, incluido el visceralmente anticlerical *O Seculo,* estaban también presentes y dispuestos a revelar todo lo referente a Fátima.

Era cerca del mediodía cuando los niños llegaron a la Cova. Por entonces se habían reunido unas setenta mil personas, y seguía lloviendo. Tras arrodillarse una vez más ante el roble, Lucía, Jacinta y Francisco se pusieron a rezar. Lucía ordenó a los espectadores que bajaran los paraguas. La muchedumbre obedeció al instante y se sumó a la oración. Poco después, los niños anunciaron que se acercaba la aparición y la lluvia empezó a convertirse en un ligero calabobos.

Durante los segundos que siguieron, la aparición habló directamente sólo a Lucía, como era habitual. Tal como había prometido el 13 de mayo, procedió a revelar su identidad y sus propósitos, autodenominándose Nuestra Señora del Rosario y pidiendo que se edificara una capilla en su honor en la misma Cova da Iria. A continuación, predijo que la guerra estaba a punto de terminar. Tras concluir su mensaje, mostró a los

niños una serie de visiones. Después, extendió los brazos y de ellos surgieron unos rayos de luz. Lucía, asustada por la visión, gritó en voz alta que contemplaran el sol. El gran milagro estaba a punto de iniciarse.

Debido al banco de nubes que había descargado durante todo el día, el sol todavía no había aparecido en el cielo. Sin embargo, mientras la multitud seguía la mirada de Lucía hacia el firmamento, las nubes se partieron y un enorme disco de plata —que todos tomaron por el sol— fue visto flotando en el cielo.* Aunque brillante a la vista, el objeto no cegaba a quienes lo miraban. El disco comenzó a girar sobre sí mismo, despidiendo llamas de colores en todas direcciones simultáneamente. La Cova estaba bañada por una fantasía de sombras de colores. El disco se detuvo y repitió los giros dos veces; todo aquel ballet aéreo duró unos doce minutos. Después, comenzó a descender hacia el suelo en un movimiento de zigzag. El calor causado por el descenso era tan intenso que la gente empezó a sentir pánico. Parecía que el mundo estuviera llegando a su final. Sin embargo, antes de estrellarse contra la tierra, el disco se detuvo en seco y regresó al cielo volviendo a trazar su camino. Por aquel entonces la tormenta había desaparecido y los espectadores descubrieron que el suelo y sus ropas estaban completamente secas.

No puede hacerse mucho hincapié en que este gran milagro, llamado «la danza del sol» por los estudiosos de Fátima, no fuera realmente una visión, pese a que lo contemplaron perfectamente los setenta mil espectadores reunidos. Incluso *O Sèculo,* que durante mucho tiempo había mantenido una línea editorial claramente anticlerical, informaba sobre el milagro en el número del 15 de octubre. La mayor parte de los restantes periódicos portugueses informaban también de los acontecimientos.

El milagro causó un gran impacto en la multitud. Durante las investigaciones llevadas a cabo en Fátima para recoger material para su libro, Walsh habló con varios testigos que habían viajado a la Cova ese día. Sus testimonios están en completo acuerdo respecto a la secuencia de los acontecimientos.** El doctor Almeida Garrete, profesor de la Universidad de Coimbra, en Portugal, quien había presenciado de joven los acontecimientos, hacía esta breve y desapasionada descripción del milagro:

> Estaba a una distancia de poco más de cien metros. La lluvia seguía cayendo sobre nuestras cabezas, empapando nuestras ropas y calándonos hasta los huesos. Eso duró hasta por lo menos las dos de la tarde (hora oficial, correspondiente a la hora solar). Unos instantes antes, el sol radiante había rasgado la espesa cortina de nubes que lo mantenían fuera de la vista. Todos los ojos se alzaron hacia el astro como atraídos por

* La mayoría de los que han escrito sobre Fátima afirman que ese disco era verdaderamente el sol. Sin embargo, a juzgar por las descripciones que poseemos del milagro, el disco tenía una elevación y un acimut por lo que era imposible que se tratara del sol. El objeto parecía más bien un inmenso disco plateado similar a un OVNI.

** Un intento más reciente para seguir la pista de testigos vivos del milagro de Fátima fue el realizado por John Haffent, un escritor católico, a fines de los años cincuenta. Sus testimonios y entrevistas fueron publicados en 1961.

un imán. Yo mismo intenté mirarlo de frente y lo observé como un disco perfectamente definido, brillante pero no cegador. La gente a mi alrededor lo comparaba con un disco de plata mate. La comparación no me pareció exacta. Su aspecto era de una pronunciada y cambiante claridad, como el de una perla natural. No parecía, en modo alguno, la luna en una noche estrellada, pues no tenía ni su color ni sus sombras. Podría compararse mucho mejor con un círculo pulido recortado de las valvas plateadas de una madreperla. No estoy haciendo poesía, sino que fue así como lo observé con mis propios ojos.

Tampoco cabía confundir el objeto con el sol, ni siquiera visto a través de la niebla. De ésta no había el menor rastro y, además, el disco solar no estaba borrado ni velado de un modo u otro, sino que brillaba claramente en su centro y en su circunferencia.

Este disco brillante parecía poseer un movimiento vertiginoso. No era el parpadeo de una estrella, sino que daba vueltas sobre sí mismo con una asombrosa rapidez.

De repente, un gran clamor, como de gritos de angustia, se levantó de la enorme multitud. El sol, conservando su velocidad de rotación, se descolgó del firmamento y, adquiriendo un color rojo sangre, se lanzó sobre la tierra amenazando con aplastar bajo el inmenso peso de su masa de fuego a todos los presentes. Fueron momentos de tensión y de miedo.

Todos estos fenómenos que he descrito, los he presenciado personalmente, con frialdad y calma, sin la menor agitación mental.

El milagro fue también presenciado por muchos habitantes de poblaciones vecinas. El padre Ignacio Lourenço Pereira atestiguó, en 1931, que había presenciado el milagro siendo niño, cuando asistía a una escuela distante varios kilómetros de Fátima. Por esa época tenía nueve años y la escuela estaba en lo alto de una colina, con vista a la población. Eran las dos de la tarde cuando sus compañeros y él escucharon gritos y exclamaciones en el exterior:

Nuestra maestra salió corriendo, y los niños tras ella. En la plaza, la gente gritaba y lloraba, señalando al sol, sin hacer el menor caso a las preguntas de la maestra (...) Era el gran prodigio solar, con todos sus maravillosos fenómenos, que se observaba con claridad incluso desde la colina sobre la que estaba situado el pueblo. Me siento incapaz de describir el milagro tal como lo vi en aquel momento. Miré fijamente el sol, que aparecía pálido y no dañaba a los ojos. Era como una gran bola de nieve girando sobre sí misma (...) Entonces, de repente, pareció desengancharse del cielo y rodó a izquierda y derecha, como si fuera a caer sobre la tierra. Aterrorizado, absolutamente aterrorizado, corrí hacia la multitud. Todos lloraban, esperando en cualquier momento el fin del mundo.

A su alrededor, todo era gente rezando y cayendo de rodillas. Pereira continúa:

Durante los largos minutos del fenómeno solar, los objetos que nos rodeaban reflejaban los colores del arco iris. Cuando nos mirábamos, uno aparecía azul, el otro amarillo, un tercero rojo, etc., y todos esos extraños fenómenos sólo aumentaban el terror de la gente. Al cabo de unos diez minutos, el sol regresó a su posición en lo alto, pues había descendido, igual de pálido y carente de resplandor que al principio.

Cuando la gente se convenció de que el peligro había pasado, hubo una explosión de alegría.

Visto el gran número de testigos, el milagro del 13 de octubre no puede explicarse como un fenómeno de alucinación en masa o como un producto de la histeria. Se trató de un suceso auténticamente paranormal.

Uno de los aspectos más fascinantes del caso de Fátima es el de los «secretos» que presuntamente se revelaron allí. Su contenido y significación sólo se han conocido muchos años después, transcurrido largo tiempo desde que Lucía dos Santos entrara en un convento de la ciudad de Oporto, en 1921. (Lucía se trasladaría posteriormente a otro convento de Coimbra, donde ha residido desde 1948.) Accediendo a una petición de su obispo, en 1941, Lucía escribió un relato sobre sus conversaciones con la Virgen María. Fue entonces cuando reveló públicamente varios de los secretos que le habían sido confiados, y admitió por primera vez que ella y sus compañeros habían sido preparados para la visita de la Virgen por el ángel que se les había aparecido en tres ocasiones durante 1916. El primer secreto confiado a Lucía (durante la aparición de la Virgen en junio) fue que Francisco y Jacinta morirían pronto y se reunirían con la Virgen en el cielo. La predicción se cumplió. Ambos niños murieron de gripe, Francisco en 1919, y Jacinta en 1920. Los principales secretos revelados a Lucía lo fueron el 13 de julio. La revelación se dividió en tres partes, de las cuales sólo las dos primeras han sido hechas públicas. La primera era una visión del infierno que dejó a Lucía totalmente aterrorizada.

La segunda parte del mensaje fue que otra guerra mundial azotaría la tierra si el hombre no dejaba de ofender a Dios. La Virgen reveló que esta guerra iría anunciada por una misteriosa luz en el cielo (predicción que también se cumplió, pues el 25 de enero de 1938, poco antes del inicio de la segunda guerra mundial, la aurora boreal permitió ver un espectáculo natural sin precedentes por lo espectacular. La aurora se vio en toda Europa y los periódicos de todo el mundo informaron de este raro fenómeno). Incluido en el aviso de la Virgen, iba el ruego al mundo de que pidiera por la conversión de Rusia, o ese país extendería sus errores por todo el mundo. (Es interesante apuntar que la fecha de la primera aparición en Fátima de la Virgen coincidió con un sangriento ataque sorpresa contra la Iglesia moscovita, organizado por Lenin. Ese acontecimiento fue la punta de lanza de la revolución bolchevique.)

La última parte del secreto de Fátima no ha sido publicado. Aunque le fue revelado al papa Pío XII, éste nunca hizo público su contenido. En su relato de 1941, Lucía apuntó que el mensaje podría hacerse público en 1960, pero el Vaticano decidió lo contrario.*

* Ha habido muchas especulaciones respecto a la naturaleza de la última profecía de Fátima, que hoy día sólo conocen contadísimos altos dignatarios de la Iglesia vaticana. Emmett Culligan cita en su libro *El secreto de Fátima* diversas pruebas circunstanciales que le llevan a intuir que esta última profecía se refiere a una tercera —y definitiva— guerra mundial.

Según hemos visto, en realidad sólo hay dos teorías básicas para explicar las visitaciones marianas. La primera es que las apariciones son proyecciones psíquicas, algo afín a las formas pensadas, producidas por las mentes de los espectadores o por la comunidad católica en conjunto del país donde se producen. La teoría alternativa es que representan visitaciones verdaderas de un ser, o presencia espiritual, enviado aquí deliberadamente para instruirnos. La primera de las dos teorías parece la más razonable. Antes se ha apuntado que las apariciones marianas pueden ser el resultado de una proyección de arquetipos que aflora ocasionalmente de un inconsciente colectivo universal en tiempos de crisis espiritual.

Esta teoría general sobre las apariciones marianas se apoya en dos tipos de pruebas adicionales. Primero, las apariciones marianas clásicas de la historia han ocurrido siempre en países tradicionalmente católicos. Sharkey, en su estudio histórico *La Mujer conquistará,* demuestra que las apariciones de la Virgen se han producido principalmente en Francia, Italia y Portugal. Ninguno de los casos clásicos de apariciones marianas provienen de países tan manifiestamente protestantes como Alemania, los Estados Unidos o Escandinavia.

Segundo, las apariciones de la Virgen María suelen producirse en épocas en que la Iglesia está revaluando el papel de María, o cuando los fieles católicos de un determinado país o ciudad se ocupan de su culto con devoción extraordinaria. Uno de los casos más patentes de esta coincidencia con la revaluación del papel de la Virgen es el producido en Fátima. Allí, la Virgen María exhortó continuamente a Lucía, Francisco y Jacinta a que rezaran el rosario, la importancia del cual fue una de sus principales preocupaciones a lo largo de las apariciones. El 5 de mayo de 1917 —sólo una semana antes de que la aparición se manifestara por primera vez—, el papa Benedicto XV había declarado que sólo la Virgen María podía interceder para poner término a la primera guerra mundial; en esta declaración, el papa exhortaba al mundo a que rezara a la Virgen. Este «eco», en forma de aparición a una declaración realizada en Roma, tuvo lugar también en 1858, cuando la Virgen María se apareció a Bernadette Soubirous cerca de la ciudad de Lourdes y se reveló como «Inmaculada Concepción» por vez primera. La doctrina de la Inmaculada Concepción, que sostiene que María nació sin la mancha del pecado original, había sido declarada como dogma de la Iglesia sólo cuatro años antes, en diciembre de 1954.

A la luz de estos datos, resulta casi factible predecir cuándo es probable que se produzca una aparición mariana. Este tipo de milagros se manifiesta, habitualmente, en tiempos de graves problemas mundiales y/o agitación social, especialmente cuando el papel de María está siendo revaluado por la Iglesia o está en el primer lugar en el interés popular. Estas condiciones llevan a los ciudadanos de los países tradicionalmente católicos a *crear* —a algún nivel paranormal— la figura de su adoración. Los vecinos de Pontmain pudieron crear la aparición, igual que sucedió en otros casos.

Sin embargo, ¿puede explicar esta teoría las asombrosas manifestaciones marianas de Fátima? ¿Cómo pudo una proyección mental predecir el futuro con tanta precisión, y producir milagros físicos?

Una posible explicación del milagro de Fátima es que en realidad hubieran existido dos fuerzas distintas: una que dio lugar a la aparición, y otra que produjo los milagros que tuvieron lugar ante miles de testigos. La figura de la Virgen María pudo muy bien ser un arquetipo proyectado bien por los mismos niños, bien por el pueblo portugués en conjunto, como respuesta al insoportable caos nacional. Influidos quizás por la reciente declaración del papa respecto a la Virgen, puede que su pensamiento colectivo creara y diera realidad a la figura de la Virgen. Esta creación, pues, pudo haber conseguido una existencia propia durante cierto tiempo. Sigue siendo un misterio por qué apareció en Fátima, y por qué sólo pudieron verla Lucía, Jacinta y Francisco, Quizás los niños eran los únicos dotados de la constitución psíquica adecuada para ver la aparición.

Los zumbidos y demás signos sobrenaturales presenciados por los fieles, que con tanta devoción se reunieron en Cova da Iria entre el 13 de junio y el 13 de octubre de 1917, pudieron también haber sido producidos por los propios fieles. Su creencia en la aparición de la Virgen en la Cova pudo ser tan grande que, literalmente, provocara los fenómenos como marco para las visiones de los niños. También pudo suceder que la figura extrajera de la multitud una especie de energía psíquica que produjera tales efectos.

Este argumento puede extenderse al gran milagro que puso término a la serie de apariciones. La multitud pudo haber producido el efecto ella misma, por medios paranormales, o bien la imagen pudo recoger la energía psíquica de la masa reunida para realizar los portentos.

Parece que la «danza del sol» de Fátima no fue sino una versión aumentada de una forma de milagro que ocurre a veces cuando un grupo de personas se reúne con propósitos religiosos. Los participantes son los auténticos responsables de la aparición de estos discos brillantes. Estas luces podrían catalogarse de una especie de «radiación paranormal» producida por las emociones de la multitud, transformadas en energía psíquica.

9

Los milagros de Garabandal, España, y de Zaytun, Egipto

San Sebastián de Garabandal

San Sebastián de Garabandal es un pueblecito situado entre las montañas del norte de España. Aparece en pocos mapas y apenas consta de un centenar de familias. La mayoría de los vecinos vive en casas de piedra y tejas, es un lugar atrasado, donde son escasas el agua corriente y la calefacción. El único acceso al pueblecito es un camino estrecho y polvoriento.

Hasta 1961, pocos eran los que habían oído hablar de Garabandal. Sin embargo, ese año, la comunidad católica de todo el mundo empezó a centrar su atención en el pueblo cuando la prensa europea difundió la noticia de que cuatro jóvenes videntes tenían repetidas visitas de la Virgen María.

El relato, uno de los más complejos que se han recogido sobre apariciones marianas, se inició el domingo 18 de junio de 1961. Aquella mañana había dicho misa un sacerdote forastero, del vecino pueblo de Cosío, pues Garabandal no tenía párroco. Tras los servicios religiosos, los vecinos tenían la costumbre de reunirse en la plaza, donde los adultos pasaban la jornada relacionándose, mientras los niños jugaban y bailaban. Aquel día iba a ser muy distinto. Aburridas de las pocas posibilidades recreativas que ofrecía la plaza del pueblo, Conchita González, de once años e hija de una de las familias más pobres del pueblo, y su compañera de juegos Mari Cruz González, de doce años, decidieron desaparecer para dedicarse a alguna travesura. El plan consistía en esfumarse de la plaza, visitar el huerto adosado a la casa de la maestra y robar unas cuantas manzanas.

Sin embargo, las jóvenes revoltosas no lograron escapar sin ser vistas. Otras dos niñas del pueblo, Mari Loli Mazón y Jacinta González, ambas de doce años, les vieron irse y decidieron seguirlas. También ellas estaban aburridas y deseosas de encontrar alguna aventura fuera del pueblo. Cuando Mari Loli y Jacinta llegaron a la casa de la maestra, las otras ya estaban llenándose los bolsillos de manzanas. Al principio amenazaron

con denunciarlas a la maestra, pero pronto comprendieron que era mejor apuntarse a la fiesta. Las cuatro niñas pronto estuvieron lejos del huerto, cargadas con el botín. Eran las ocho y media de la tarde.

Mientras regresaban al pueblo por un camino de guijarros, escucharon el rumor de un trueno. Pero como no se sentían muy preocupadas por la proximidad de una tormenta, decidieron sentarse en el camino y repartir la fruta robada; luego se pusieron a jugar a canicas. El juego se interrumpió cuando Conchita advirtió una figura que había aparecido al lado del camino. La aparición semejaba un ángel. Llevaba una túnica azul, unas alas rosadas y aparentaba unos ochenta años. Según Conchita, «iba rodeada de una gran luz que no dañaba los ojos». Como las demás niñas estaban de espaldas a la aparición, al principio no vieron nada; pero al observar que Conchita parecía estar en estado de trance, las chicas se giraron y también vieron la visita angelical. La figura no dijo nada y, mientras las niñas la observaban maravilladas, desapareció. Las niñas quedaron tan conmocionadas que inmediatamente echaron a correr hacia el pueblo, donde le contaron a la maestra lo que acababan de ver. Aquella misma tarde, poco rato después, la noticia de la aventura de las niñas corría de boca en boca. Aunque al día siguiente el sacerdote de Cosío habló con las niñas, no llegó a ninguna conclusión sobre el incidente, limitándose a aconsejar a las niñas que, si veían otra vez a la aparición, le preguntaran cuál era su misión.

Al día siguiente, las niñas regresaron al punto del camino donde se había materializado la aparición. Allí permanecieron en vigilia, con la esperanza de que la figura volviera. Un pequeño grupo de vecinos las acompañaba, sobre todo para mofarse y reírse de ellas. Sin embargo, al no suceder nada, todos volvieron a casa un poco disgustados. Aquella noche, sin embargo, Conchita tuvo una desconcertante experiencia mientras se disponía a acostarse. Mientras rezaba, escuchó de repente una voz que le decía: «No te preocupes, me volverás a ver». Más tarde, Conchita se enteraría de que exactamente a las diez menos cuarto, Mari Cruz, Mari Loli y Jacinta —las tres en sus respectivas casas y preparándose también para acostarse—, habían oído la misma voz y el mismo mensaje.

El 20 de junio, las niñas regresaron al lugar de la aparición del ángel. Rezaron el rosario y aguardaron. De nuevo, nada sucedió, pero cuando se disponían a regresar a sus casas, de repente, una intensa pantalla de luz les impidió el paso. Las niñas gritaron aterrorizadas, y la luz se amortiguó.

Las niñas decidieron, no muy convencidas, regresar el día siguiente al mismo lugar, pero en esta ocasión pidieron a una vecina que les acompañara. Aunque la señora Clementina González era escéptica respecto a las afirmaciones de las muchachas, accedió a acompañarlas. También se unieron algunos otros vecinos, que cada vez estaban más interesados en la experiencia. El grupo aún no había llegado al lugar señalado cuando el ángel apareció otra vez. Sólo las cuatro muchachas observaron la aparición, mientras los vecinos observaban desconcertados cómo las niñas entraban en un profundo trance y fijaban la vista en un lado del camino. Las

niñas permanecieron en ese estado durante varios minutos y, cuando despertaron, informaron dolidas que el ángel se había negado a contestar a sus preguntas.

El padre Valentín Marichalar, el sacerdote de Cosío, acompañó a las niñas al camino el 22 de junio. Cada vez más trastornado por los relatos que le llegaban de Garabandal, sentía la responsabilidad de observar personalmente el asunto. La noticia de las visitas de Garabandal se había extendido por toda la comarca y pequeñas multitudes empezaban a reunirse cada día en el camino. Las cuatro niñas llegaron al lugar a las ocho y cuarto de la tarde y, rápidamente, entraron en trance. Mientras las niñas estaban en ese estado y ante la mirada del sacerdote, los vecinos les hicieron pruebas. «Los pellizcos más dolorosos, las sacudidas más fuertes, ni siquiera las quemaduras eran capaces de sacarlas de su rapto», informaría posteriormente un testigo. Algunos vecinos intentaron hacer reflejar rayos de luz sobre los ojos de las niñas, pero las videntes ni siquiera parpadearon.

En el mismo lugar, al borde del camino, las visiones y los éxtasis se repitieron diariamente desde el 23 de junio al 1 de julio, aunque el ángel no apareció los días 26, 29 y 30 de junio. Cada vez se reunían multitudes mayores. El 1 de julio, el ángel les dijo a las niñas que la Virgen María se les aparecería al día siguiente.

El 2 de julio marcó el inicio de la segunda fase del milagro de Garabandal. El pueblo entero había sido alertado por la propia Conchita de la inminente llegada de la Virgen. A las tres, se rezó el rosario en la iglesia y, luego, casi todo el pueblo desfiló hacia el camino donde el ángel se había aparecido la primera vez, lugar en el cual se había construido un recinto de piedras para proteger a las niñas de la multitud.

Las niñas todavía ascendían por el camino hacia el probable lugar de la visitación cuando, de repente, entraron en trance. La Virgen se les apareció, acompañada de dos ángeles. La aparición mostró a las niñas un cáliz, dentro del cual caían lágrimas o sangre. La Señora les dijo que la «copa» ya estaba «casi a rebosar» (significando que el mundo estaba lleno de demasiados pecados) y les instruyó para el rezo adecuado del rosario. Tras una breve conversación con las niñas, la Virgen se desvaneció y las muchachas despertaron del trance. Los vecinos las rodearon ansiosos por conocer el mensaje de la Virgen.

Desde ese momento en adelante, los trances y visiones de las niñas se hicieron demasiado frecuentes y abundantes para pormenorizarlos individualmente. Así pues, en lugar de seguir una cronología concisa de las visitas de Garabandal, será más instructivo investigar sólo algunas de las apariciones, con un especial énfasis en los milagros que las acompañaron. Estos acontecimientos nos ayudarán a analizar la naturaleza de las visitaciones de Garabandal.

Las primeras apariciones de la Virgen parecieron sensibilizar a las niñas a su presencia y, desde el 2 de julio, la historia de las visitas de Garabandal empezó a complicarse de modo creciente. Muchas de estas com-

plejidades no tenían precedentes en los anales de las manifestaciones marianas. El 2 de julio marcó el último día que las niñas subieron voluntariamente al lugar de las apariciones para permanecer allí en vigilia. Desde entonces, estuvieran donde estuviesen o hicieran lo que hiciesen, cuando la Virgen deseaba hablar con ellas, las niñas recibían una súbita «orden mental». Incluso si estaban en lugares distintos, cada niña recibía la «orden de reunión» al mismo tiempo que las demás. Entonces, acudían al camino cada una por su lado, y solían llegar casi simultáneamente, entrando, a continuación, en trance.

Cuando los vecinos supieron de estas extrañas novedades, probaron durante las semanas siguientes a mantener separadas a las niñas, y las sometieron a estrecha observación. Llevaban cuidadosa nota del momento en que cada niña informaba que le llegaba «la llamada». Las horas coincidían notablemente. En al menos una ocasión, Conchita fue llevada por funcionarios eclesiásticos a la vecina Santander. Allí, Conchita entró en trance en el mismo instante en que Mari Cruz, Jacinta y Mari Loli caían en éxtasis en Garabandal.

También fue durante esas semanas cuando cambió el lugar de las apariciones. En lugar de junto al camino, empezaron a tener lugar en un pequeño pinar junto a la cima de una pequeña colina próxima a la iglesia del pueblo. Los éxtasis se hicieron más violentos. Algunas veces las chicas se desplomaban y se volvían tan pesadas que nadie las podía levantar. Conchita, especialmente, a veces se alzaba del suelo como si empezase a levitar. Los rosarios y las medallas religiosas que les ponían en las manos durante los trances olían, en ocasiones, a rosas cuando se las devolvían a sus propietarios.*

Durante esos extraños éxtasis, las chicas solían hablar largo rato con la Virgen. El mensaje que les transmitía era semejante al que ya había dado en muchas apariciones a lo largo del mundo. La Virgen se desesperaba por el crecimiento del pecado en el mundo, instaba a todos a arrepentirse y prometía realizar algún día un gran milagro en Garabandal. (Hasta la fecha, este milagro no ha sucedido, aunque quienes creen en la visitación de Garabandal —entre ellos Conchita—, están aún firmemente convencidos de que llegará algún día.) Asimismo, la Virgen criticó a los sacerdotes por no seguir más de cerca las normas de la Iglesia.

Aunque los éxtasis continuaron sin grandes cambios durante julio, el 4 de agosto un nuevo acontecimiento conmocionó al pueblo y añadió al caso una nueva dimensión, probablemente sobrenatural.

Un detallado informe sobre el «milagro» del 4 de agosto fue el efectuado por F. Sánchez-Ventura y Pascual, abogado y catedrático de econo-

* M. Laffineur y M. T. Le Pelletier, en su libro sobre las visitas de Garabandal, informaban sobre un viaje realizado en septiembre de 1969 por varios turistas norteamericanos al pueblo. Los visitantes encontraron toda la zona de pinares saturada de un olor a rosas, aunque allí no crecía ninguna de esas flores. Los trozos de corteza o raíz de los árboles de la zona retuvieron ese extraño perfume incluso después de ser transportados a los Estados Unidos.

mía, para su libro sobre las visitas de Garabandal. Ese día, Mari Loli y Jacinta habían ido al pinar para dialogar con la Virgen. Sus trances conservaron el modelo de los anteriores. Una multitud de vecinos observaba los éxtasis de las niñas y les tendían medallas y otros objetos religiosos, con la esperanza de que la Virgen los bendijera. Uno de los presentes había llevado una grabadora para recoger los murmullos que solían hacer las niñas mientras hablaban con la Virgen. El espectador mostró a las niñas la grabadora una vez hubieron salido del trance, y les estaba explicando su uso cuando, de repente, Mari Loli volvió a caer en trance. En ese momento sostenía el micrófono entre las manos. Los vecinos y forasteros pudieron oír a Mari Loli pedirle a la Virgen que hablara por el micrófono. Después, con igual prontitud, la niña despertó de su breve éxtasis. Los observadores esperaron ansiosos a que la cinta se rebobinara. En el punto donde Mari Loli había pedido a la Virgen que hablara, la multitud pudo escuchar con claridad una dulce voz femenina que decía «no hablaré». La multitud se puso tremendamente excitada, y la cinta hubo de ser emitida varias veces. La misteriosa voz se escuchó un par de veces más, y luego se desvaneció de la grabación.

Después del 4 de agosto, las niñas entraban a veces en trances espontáneos, tanto en su hogar como paseando por las calles del pueblo. Estos «paseos extáticos», como se les llamó, solían durar varios minutos y fueron filmados en varias ocasiones. Se trataba de sucesos extrañísimos. Aunque habitualmente avanzaban hacia adelante con normalidad, en ocasiones iban literalmente caminando de espaldas a velocidades increíbles, sin tropezar ni caerse. Mientras tanto, sus ojos permanecían en todo momento fijos en el cielo, como si siguieran a una figura visible. A menudo los paseos empezaban en el pueblo y terminaban en el pinar, donde las niñas entraban en comunión con la Virgen. En otras ocasiones, hacían el paseo al revés, en pleno trance, desde el pinar hasta el pueblo.

Aparentemente, las niñas, mientras permanecían en trance, se convertían en poseedoras de brillantes facultades paranormales, y muchos testigos han afirmado que las niñas parecían capaces de leer los pensamientos. Uno de tales incidentes, que tuvo lugar el 31 de agosto, está documentado por Sánchez-Ventura y Pascual. Las niñas estaban en éxtasis en el pinar. Tras finalizar el trance, Jacinta anunció a la multitud que la Virgen le había dicho que entre ellos había un sacerdote, pero que llevaba la sotana oculta bajo un gabán para disimular su identidad. El sorprendido sacerdote se adelantó hacia Jacinta y abrió el gabán para mostrar su condición de sacerdote. Entonces, el sacerdote le entregó a la niña un crucifijo para que lo besara, y Jacinta le dijo de inmediato que la cruz venía de Roma y había sido un regalo del papa. El sacerdote reconoció que era verdad.

Muchos informes afirman que las niñas realizaban actos determinados cuando algún sacerdote lo requería, aun sin palabras. Sánchez-Ventura y Pascual tomó nota de un incidente durante el cual un sacerdote asturiano llegó de incógnito al hogar de las niñas, el 16 de octubre:

El sacerdote pensó para sí: «Si esto es auténtico, dejad que los niños se acerquen a mí». Entonces vio acercarse a una de las videntes, que le ofreció un crucifijo para que lo besara repetidas veces. Al instante, la vidente salió de su éxtasis, sonrió al sacerdote y se dio la vuelta para entrar de nuevo en su casa. No había dado más que unos pasos cuando de nuevo entró en trance. El sacerdote se dijo entonces: «Si has hecho la señal de la Cruz sobre mí con tu crucifijo porque has sabido que era sacerdote, quiero que me lo demuestres otra vez dándome el crucifijo a besar e impartiendo la señal de la Cruz sobre mí varias veces». Se trataba de algo que la vidente no había hecho todavía con nadie.

No bien había formulado la petición en su mente cuando la niña se volvió, se acercó a él, «sonrió y, además de darme a besar el crucifijo, hizo la señal de la Cruz sobre mí tres veces seguidas».

Quizás el aspecto más misterioso del relato de Garabandal sea el referido a una visita realizada al pueblo el 8 de agosto de 1961 por el padre Luis Andreu, joven sacerdote que, al parecer, era escéptico respecto a los relatos que había oído. El sacerdote de Cosío no pudo hacer ese día su habitual viaje a Garabandal, por lo que pidió al padre Luis que acudiera al pueblo y celebrase el oficio religioso. Al llegar a Garabandal, el padre Luis acudió de inmediato a la iglesia del pueblo, donde dijo misa y se reunió con Conchita, Jacinta y Mari Loli, a las cuales administró la comunión. También le dio a Mari Loli un pequeño crucifijo y ella, en respuesta, le dijo que habría una visita de la Virgen aquella misma tarde, a las dos.

Lo que sucedió, sin embargo, fue que las niñas entraron en éxtasis a las doce y diez en la misma iglesia del pueblo, que estaba llena de vecinos que habían acudido a escuchar misa. Se escuchó a Conchita pedirle repetidamente a la Virgen que obrara un milagro público, mientras las demás videntes le preguntaban por qué había transcurrido tanto tiempo desde que vieran al ángel que había anunciado las apariciones. Tras despertar del trance, las niñas anunciaron al padre Luis y a los vecinos que la Virgen volvería a aparecérseles aquella misma tarde.

Cuando las niñas llegaron a la iglesia, a las nueve y treinta y cinco, había ya una nutrida representación de los habitantes de Garabandal. Las niñas entraron poco después en trance, salieron de la iglesia y ascendieron la colina más próxima. Detrás iban el padre Luis y los vecinos. Al llegar al pinar, las muchachas se pusieron de nuevo en comunicación con la Virgen. El padre Luis las contemplaba sin conmoverse, pero entonces, según uno de los testigos presenciales, también él pareció caer, por un momento, en éxtasis. Se quedó quieto y en silencio durante un instante, para luego murmurar «un milagro, un milagro...» cuatro veces, antes de volver en sí. Nadie le preguntó qué le había sucedido, pues para entonces las niñas ya bajaban a toda prisa la colina de regreso a la iglesia. En el curso de esta caminata en éxtasis, Mari Loli perdió el crucifijo del padre Luis, quien nunca volvería a verlo.

Al final de la jornada, el padre Luis regresó a su casa de Aguilar del Campo con varios amigos que le habían acompañado a Garabandal. Durante el último tramo del agotador trayecto, tomó asiento en la parte trase-

ra del coche. Estaba muy excitado y no dejó de repetir que aquel día era «el más feliz» de su vida. Aquello sorprendió a los demás pasajeros, ya que el día más feliz de la vida de un sacerdote suele ser el de su ordenación. El padre Luis no quiso extenderse en las razones de su júbilo, y decidió echar una cabezadita. Según el conductor del coche, bajó la cabeza y tosió un poco, y luego se hundió en la inconsciencia. Pocos minutos después estaba muerto, sin que nunca llegara a descubrirse la causa de su repentino fallecimiento.

El 16 de agosto, mientras las niñas y un grupo de vecinos estaban en el pinar, se apareció la Virgen como era habitual... pero esta vez acompañada del espíritu del padre Luis. Éste habló a las niñas de su muerte y su funeral y les proporcionó varios detalles sobre los parientes que le quedaban vivos. El espíritu del padre Luis apareció junto a la Virgen en otras ocasiones, algunas de las cuales fueron presenciadas por el padre Ramón Andreu, hermano del fallecido. El padre Ramón consiguió escuchar las conversaciones de Conchita con el difunto padre Luis y hablar con la niña cuando salía de los trances, y quedó asombrado una y otra vez por la información confidencial que Conchita le revelaba:

(...) Estaba realmente estupefacto: las niñas repetían en mi presencia las palabras escuchadas en una visión y les oí relatar la muerte de mi hermano y la descripción de su funeral. Me proporcionaron diversos detalles muy precisos en relación a los ritos especiales de enterramiento de un sacerdote. Incluso sabían que en el entierro de mi hermano había habido unas cuantas excepciones en cuanto a las normas tradicionales para el vestido del difunto: por ejemplo, no se había colocado en la cabeza de mi hermano el birrete, y el cáliz que debía sostener entre las manos había sido reemplazado por un crucifijo. Las niñas me dieron también las razones para tales variaciones.

En otra ocasión, escuché decir a las niñas, en éxtasis, que mi hermano Luis había muerto sin haber realizado su profesión de votos religiosos. También me hablaron de mí y de mis votos: sabían la fecha exacta, el lugar preciso donde los pronunciara y el nombre del jesuita que los había profesado al mismo tiempo que yo. Comprenderán mi asombro, mi estupefacción ante este inexplicable torrente de detalles rigurosamente exactos, cuando sabía perfectamente que las niñas no los habían conseguido en ningún sitio, al menos por medios puramente humanos (...) No hay duda de que todo esto es realmente asombroso y, yo diría, incomprensible y perturbador...

Los éxtasis y experiencias de Conchita, Mari Cruz, Mari Loli y Jacinta duraron hasta 1965, aunque fueron más frecuentes en 1961 y 1962, en que ocurrieron casi cada día. El diario que Conchita llevaba sobre las apariciones de la Virgen, extraordinariamente detallado, donde se recogían las experiencias de los dos primeros años de manifestaciones marianas, ha sido editado posteriormente por el padre Joseph Pelletier, experto en estudios marianos, en su *Nuestra Señora viene a Garabandal* (1971). Este libro ofrece una cronología detallada del caso durante el período comprendido entre octubre de 1961 y julio de 1962, cuando el asunto llegó a un clímax espectacular, con la observación de un milagro menor que

se ha convertido en leyenda entre los seguidores de las manifestaciones marianas. Este milagro ha sido considerado la «prueba» definitiva del caso de Garabandal por todos aquellos que lo han estudiado y han apoyado su autenticidad.

Durante todo el mes de julio anterior, Conchita había estado anunciando que la Virgen le había prometido un milagro para el 18 de julio. Según la niña, aparecía milagrosamente una hostia en su boca durante uno de sus éxtasis de ese día. El mensaje le había sido dado a Conchita, al parecer, tanto durante los éxtasis como por medio de una misteriosa voz que a menudo escuchaba en su cabeza. La niña en ningún momento dudó de la veracidad del mensaje y durante junio y julio se aseguró de que el milagro que se preparaba fuera conocido en todo Garabandal y comarca.

El 18 de julio, vecinos y turistas se agolpaban en las calles adyacentes al hogar de los González, aguardando a que se manifestara el milagro. Como no se había especificado la hora, nadie sabía cuándo esperar el fenómeno. Mientras, en el interior de la casa estaba sucediendo un extraño drama. Aquella noche, a las diez, Conchita recibió una llamada de la Virgen. A medianoche, la llamada se repitió por segunda vez. Estaba empezando el milagro. Hacia la una y veinticinco de la madrugada, tuvo lugar por fin el milagro, exactamente como Conchita había predicho, aunque quizás un poco tarde.

Alejandro Damians, fotógrafo de Barcelona, consiguió filmar parte del acontecimiento. Aquel mismo día, horas antes, había sido admitido en la casa y siguió el avance del milagro desde su mismo inicio. Según relató en su detallado informe:

Conchita estaba en el piso superior, en compañía de una prima y un tío, creo, cuando fue arrebatada en éxtasis. La primera noción que tuve de ello fue al verla bajar las escaleras a gran velocidad, con la expresión clásica que endulza y embellece sus rasgos.

Cuando atravesó el umbral, la multitud que aguardaba frente a la casa se abrió lo suficiente para dejarla pasar y, a continuación, se arremolinó a su alrededor, como un río que rebasa los márgenes e inunda todo cuanto se halla en su camino. Vi gente que caía al suelo y era pisoteada por los demás, aunque, por lo que he podido saber, no hubo daños personales. Sin embargo, la visión de aquella fantástica multitud avanzando a base de empujones y codazos no pudo tener un aspecto más terrible.

Yo intenté seguir a Conchita pero un grupo de quizás doce o quince filas de personas nos separaban ya. De vez en cuando, conseguía verle unos instantes. La niña dio la vuelta a la izquierda por un callejón que formaban la pared de la casa familiar y un muro bajo. Volvió a dar la vuelta a la izquierda y allí, justo en mitad del callejón, que en aquel punto era bastante amplio, cayó, de repente, arrodillada.

Su caída fue tan inesperada que la avalancha de gente no pudo detenerse hasta sobrepasar la posición de Conchita, debido al impulso que llevaba. Antes de que pudiera darme cuenta, me encontré exactamente a la derecha de la niña, con su rostro a apenas un palmo del mío. Allí resistí poderosamente los empujones de quienes me seguían, luchando con todas mis fuerzas para no ser arrancado de mi privilegiada posición, lo cual conseguí.

Los apretujones cesaron gradualmente y se hizo una relativa calma.

Poco después de medianoche, las nubes que cubrían el cielo se abrieron paulatinamente y el manto azul del firmamento quedó tachonado de estrellas que brillaban alrededor de la luna.

A la luz de los astros y de las antorchas que iluminaban el callejón, vi con toda claridad que Conchita tenía la boca abierta y la lengua fuera, en la posición habitual de quien va a recibir la comunión. La niña estaba más bella que nunca. En lugar de causar risas o de parecer ridícula en lo más mínimo, su semblante y su actitud estaban cargados de un extraño y conmovedor misticismo.

De repente, sin que se supiera muy bien cómo, y sin haberlo advertido en realidad, sin que hubiera el menor cambio de expresión en el rostro de Conchita, la sagrada forma apareció sobre su lengua. Fue algo totalmente inesperado. No parecía haber sido depositada allí, sino que más bien lo describiría diciendo que se había «materializado» sobre la lengua de la niña, con mayor rapidez de la que el ojo humano podía captar.

Conchita mantuvo la cabeza a la vista de los vecinos durante varios minutos antes de consumir la hostia, después de lo cual permaneció en éxtasis durante una hora completa.

Aunque Conchita continuó experimentando trances hasta 1965, después del milagro del 18 de julio éstos fueron cada vez menos frecuentes. Las otras tres niñas dejaron de experimentar los trances al mismo tiempo. Entre el 8 de diciembre de 1963 y el 18 de julio de 1965, no obstante, la Virgen María le comunicó a Conchita una serie de mensajes, entre los que se cuentan su continua afirmación de que iba a realizar un gran milagro. También confió a la niña una serie de «secretos» sobre el futuro político y social del mundo. Estos secretos, sin embargo, no han sido nunca revelados. El tercer tema fue el destino espiritual del mundo, que fue también el tema dominante de la última aparición de la Virgen a Conchita, el 13 de noviembre de 1965.

Desde que el episodio de Garabandal finalizara, en 1965, tres de las videntes —Jacinta, Mari Cruz y Mari Loli— han permanecido en España, donde desarrollan vidas relativamente normales. Jacinta González ingresó, con el tiempo, en un convento. Sólo Mari Cruz González intentó más tarde echar alguna sombra de dudas sobre la autenticidad del asunto Garabandal, al asegurar a varios entrevistadores que algunos de los trances habían sido fingidos. También afirmó que ella y sus amigas habían utilizado el recurso de los trances como medio de escapar del pueblo para irse a jugar.

Conchita ha permanecido fiel a su devoción a la Virgen María y a la causa de Garabandal. Transcurridos unos años, contrajo matrimonio con un médico y se trasladó a Nueva York, donde aún prosigue dando publicidad a los mensajes de Garabandal. (Conchita mantiene que no ingresó en un convento porque, durante sus frecuentes charlas, la Virgen le había instruido específicamente para que no lo hiciera.) Hoy existen centros de información sobre el milagro de Garabandal en varias ciudades de Estados Unidos.

¿Qué conclusión podemos sacar de las apariciones de Garabandal? En algunos aspectos, el caso es muy similar a otras visitaciones marianas: sólo las niñas pudieron ver la aparición, se confió a una de ellas una serie de secretos, y tuvo lugar un milagro, al parecer, auténtico. Sin embargo, las apariciones de Garabandal difieren de la mayoría de manifestaciones históricas de la Virgen en varios puntos críticos. El más notable de ellos es la desusada duración del asunto. Los éxtasis y reuniones de Conchita con la Virgen se prolongaron durante más de cuatro años y, prácticamente, se puede decir lo mismo de las otras tres videntes. En cambio, incluso en Fátima, la Virgen apareció sólo durante un período de seis meses.

Otra faceta cuestionable del caso de Garabandal se refiere a las profecías que allí realizó la Virgen. Quizás, en general, el rasgo más impresionante de las apariciones marianas sea su precisión al realizar predicciones sobre el futuro. En cambio, incluso los más fervientes creyentes en las visitaciones de Garabandal tienen problemas para explicar el hecho de que el «gran milagro» prometido una y otra vez no llegara a producirse nunca.

Por último, las actitudes de las niñas relacionadas con el milagro de Garabandal quedan abiertas a la duda. Ninguna de ellas parecía caracterizarse por la humildad y la perfección moral casi sobrehumanas que muchos otros testigos de visitas de la Virgen poseían o desarrollaban a continuación de su experiencia. El hecho de que al menos una de las videntes afirmara haber fingido algunos de los trances coloca todo el incidente de Garabandal en un estadio diferente al acontecido en Fátima.

Sin embargo, todas estas consideraciones deben confrontarse con los testimonios de observadores presenciales como el padre Ramón Andreu o muchos otros sacerdotes que llegaron a Garabandal como escépticos y que se marcharon como creyentes. Naturalmente, las investigaciones de un testigo presencial deben considerarse más valiosas que todo lo que hoy podamos deducir a partir de la simple lectura del gran número de obras existentes sobre el tema. Deben tenerse en cuenta los muchos aspectos paranormales del caso, como las muestras de telepatía en las niñas durante sus trances, así como todo el material aportado por el padre Luis.

La historia de Garabandal es una crónica sin final y un misterio sin solución. El caso todavía levanta controversias en España, y los líderes eclesiásticos no han realizado ningún pronunciamiento oficial sobre su autenticidad.

Todo el que intente analizar el caso de Garabandal está obligado a enfrentarse a un problema doble. No sólo debe evaluarse la naturaleza de los mensajes confiados por la Virgen, sino que deben realizarse constantes juicios de valor sobre la credibilidad de las cuatro niñas que afirmaron haber visto a la Señora. La validez de toda aparición en la que la figura sólo sea percibida por algunos sujetos, únicamente puede determinarse si se ponen en cuestión las motivaciones, veracidad e integridad moral del número limitado de testigos directos de las visitaciones.

Sin embargo, todos estos problemas no se presentan en la evaluación de la que, sin duda, es la serie de apariciones marianas más espectacular e importante de cuantas se han documentado en los tiempos modernos. Estas visitas tuvieron lugar en Zaytun, Egipto, y duraron más de tres años, durante los cuales la aparición fue vista por miles de personas.

Zaytun es un suburbio pobre de El Cairo, ciudad cuya población es predominantemente musulmana. Sin embargo, existe la leyenda de que María y José, los padres de Jesús, se escondieron en Zaytun tras huir de su tierra cuando Herodes, tetrarca de Judea, ordenó la muerte de todos los judíos recién nacidos al enterarse del nacimiento del Mesías, que había sido profetizado. La tradición cristiana de Zaytun sigue hoy en día de manifiesto, pues el barrio está poblado mayoritariamente por musulmanes y cristianos coptos.

La Iglesia copta es una secta estrechamente aliada con la Iglesia católica romana. Se escindió del catolicismo ortodoxo en 1054, y cuenta con fuerte implantación en varios países del Oriente Próximo. Pese a varias afinidades, la Iglesia copta cuenta con su propio papa, que históricamente ha residido en Constantinopla, y con su sínodo de los obispos. El patriarca de la Iglesia copta en la época de las manifestaciones de Zaytun era el papa Krillos (Cirilo) VI, quien se elevó a la sede pontificia en 1959, tras varios años de luchas internas que casi habían arrasado la secta.

Zaytun también alberga una hermosa iglesia copta conocida por iglesia de Santa María de Zaytun, que está justo enfrente de una serie de edificios donde está instalado un taller de reparaciones de automóviles. El 2 de abril de 1968, dos mecánicos musulmanes que habían estado trabajando hasta entrada la noche en el garaje decidieron salir a la calle a tomar un poco de aire. No bien hubieron salido cuando advirtieron una figura blanca que estaba en lo alto de la iglesia, junto a la gran cúpula central del edificio. Los mecánicos pensaron que la figura era una monja, y temieron que fuera a resbalar y cayera desde aquella altura. Uno de los hombres corrió inmediatamente a localizar al párroco de la iglesia, mientras el otro de apresuraba a llamar a un equipo de rescate de emergencia. Pero la figura sólo permaneció visible durante unos minutos, y luego desapareció. Nadie entendía aquel extraño fenómeno, pero durante los días siguientes comenzaron a esparcirse por El Cairo rumores de que la figura era la propia Virgen María. Pequeños grupos de vecinos de Zaytun empezaron a reunirse en las calles que rodeaban la iglesia, con la esperanza de que la figura reapareciera.

El martes 9 de abril, la aparición se materializó cerca de la cúpula, como había sucedido una semana antes. Era de un color blanco reluciente e irradiaba una especie de aura.

Tras esta segunda aparición, la figura empezó a ser vista en ese lugar con más frecuencia, aunque a intervalos impredecibles. Habitualmente, aparecía dos o tres veces por semana y solía materializarse rodeada de

una luz radiante. Varios periódicos egipcios recogieron relatos acerca de tales manifestaciones, y cada noche aguardaban frente a la iglesia grandes muchedumbres. El 13 de abril, un fotógrafo de El Cairo consiguió fotografiar la figura. Wagih Pizk Matta se había enterado de la aparición por medio de la prensa y visitó la iglesia la noche del 12 de abril. La Virgen no apareció hasta las 3.55 de la madrugada y, aunque sólo permaneció visible durante unos diez minutos, Matta obtuvo varias fotos de la misma desde una calle próxima a la iglesia. Las fotos no resultaron de muy buena calidad, pero eran las primeras de lo que más adelante sería un espectacular reportaje fotográfico de la aparición.

La figura fue vista decenas de veces durante abril y mayo. La mayor parte de las personas que la vieron están de acuerdo en que despedía un brillo suave pero intenso. «La primera vez que vi la aparición —atestiguó más tarde Matta— la nube clara que rodeaba a María era tan brillante que su luz me cegó.» El 5 de mayo, la figura permaneció a plena vista durante varias horas antes de desaparecer. Todo El Cairo sabía ahora de las materializaciones, y la multitud llegó a hacerse tan impresionante que los responsables municipales hubieron de derribar algunas viejas casas próximas a la iglesia para conseguir una explanada abierta donde encontrar acomodo a los visitantes.

La aparición se manifestó de diversas maneras. Antes de las primeras apariciones, solían verse destellos de luz en la cúpula de la iglesia. En ocasiones, la cúpula central se tornaba extrañamente luminiscente. Otras veces, rayos de luz corrían desde la parte alta de la iglesia hasta el suelo, como si fueran enviados desde el mismo cielo. La figura aparecía siempre rodeada de un brillante destello de luz. Al principio, esta figura resultaba un tanto amorfa, pero con el tiempo tomaba una forma humana más definida. Al principio, además, aparecía en el aire, encima o delante de la cúpula central, o moviéndose adelante y atrás sobre el techo de ésta. Habitualmente, la figura reconocía la presencia de la multitud inclinando la cabeza hacia ella, y en alguna ocasión llegó a aparecer como «la Virgen con el niño». La aparición no llegó nunca a hablar, y sus manifestaciones resultaron totalmente impredecibles. Tanto surgía una sola vez una determinada noche, como aparecía y desaparecía repetidas veces en el transcurso de una misma velada. Aunque se la solía ver en la parte superior de la iglesia, en raras ocasiones se materializaba también en el patio del edificio. Casi siempre, el color de la figura era blanco, pero a veces tomaba un tono blanco azulado. Siempre parecía llevar airosas túnicas de luz.

Un aspecto especialmente extraño de la aparición era que sus manifestaciones solían ir precedidas o acompañadas de «palomas de luz». Eran imágenes luminosas semejantes a palomas o alondras que revoloteaban alrededor de la cúpula, durante las apariciones o un poco antes de que se produjeran. A veces, estas «palomas de luz» volaban incluso las noches en que no aparecía la Virgen. Parecían formadas por luz pura, volaban por el aire distancias considerables y nunca parecían batir sus alas. También este fenómeno fue fotografiado repetidas veces.

Una breve descripción de una de las manifestaciones de Zaytun es la registrada por el obispo Samuel, funcionario de la Iglesia copta, quien observó repetidas veces la aparición a principios de abril de 1968, después de viajar hasta Zaytun para investigar el tema. En su primera visita, hubo de aguardar hasta bien entrada la madrugada antes de que la aparición se materializara:

A las 2.45 de la madrugada, la Virgen María apareció con un cuerpo luminoso completo, como si fuera una estatua radiante y fosforescente. Al poco rato se desvaneció. A las 4.00 reapareció y se quedó allí hasta las 5.00, hora en que se iniciaba la aurora. La escena era sobrecogedora y magnífica. La aparición caminó hacia el oeste, moviendo a veces las manos en señal de bendición y, en ocasiones, inclinaba la cabeza hacia los presentes. Un halo de luz le rodeaba la cabeza, y aprecié una serie de seres brillantes que revoloteaban a su alrededor. Parecían estrellas, aunque de color azul...

Otro informe más detallado fue el preparado por el obispo Athanasio, otro funcionario de la Iglesia copta que había viajado hasta Zaytun desde su casa, en la ciudad de Beni Soueiff, a petición directa de Cirilo VI. El obispo Athanasio le remitió sus observaciones al papa Cirilo y al reverendo Jerome Palmer, sacerdote norteamericano que se ha convertido en experto en el tema de Zaytun. En 1969, el padre Palmer acudió específicamente a Egipto para entrevistar testigos de las visitaciones marianas allí producidas. Pasado un tiempo, publicó los testimonios recogidos en su libro *Nuestra Señora regresa a Egipto* (1969).

El obispo Athanasio hizo una primera visita a la iglesia el 6 de abril y obtuvo su primera visión satisfactoria de la aparición a las 3.45 de la madrugada siguiente, desde una calle cercana al edificio:

La multitud era tremenda y resultaba imposible circular entre los reunidos. Sin embargo, conseguí abrirme paso hasta las primeras filas. Allí estaba la figura, a unos cinco o seis metros sobre la cúpula, en pleno cielo. Era una figura completa, como una estatua fosforescente, pero sin la rigidez de las estatuas. Se apreciaba movimiento en su cuerpo y sus vestidos. Me resultó muy difícil tener los ojos puestos todo el rato en la figura, pues la multitud me llevaba con sus empujones de un lado a otro. La muchedumbre podría cifrarse en unas cien mil personas. En el transcurso de una hora, creo que estuve frente a la figura ocho o nueve veces. Empecé a cansarme y consideré que ya tenía suficiente.

El obispo entró entonces en el pequeño edificio situado al sur de la iglesia, donde pudo seguir contemplando la aparición a través de una ventana:

Me quedé dentro durante una hora, de 4.00 a 5.00 de la madrugada, observando la figura. En ningún momento desapareció. La Virgen tenía la mirada puesta en el norte, hacía ondear la mano, bendecía a la multitud y, en ocasiones, miraba en dirección a donde nos hallábamos. Sus vestimentas ondeaban al viento, y ella permanecía muy,

muy quieta y rebosante de gloria. Realmente, era algo sobrenatural, como un asomo del Paraíso.

Vi una gran paloma, muy extraña. Surgió de detrás de nosotros, no sé precisar de dónde, se acercó hasta la iglesia y regresó. Sobre nuestras cabezas, se movían a gran velocidad varios puntos de brillante luminosidad. Algunas personas recitaban versículos del Corán. Otros rezaban en griego; otros más cantaban himnos coptos. Era verdaderamente algo que superaba toda experiencia humana, que nos atraía y nos cautivaba.

Permanecí tras la ventana e intenté distinguir el rostro y los rasgos de la Virgen. Puedo decir que llegué a distinguir algo la boca y los ojos, pero no pude reconocer bien los rasgos. Aquello continuó hasta unos cinco minutos antes de las 5.00. Entonces, la aparición comenzó a hacerse más difusa, poco a poco. La luz dio paso a una nube, brillante al principio, que fue amortiguando su resplandor hasta desvanecerse por completo. Después de esa noche, acudí al lugar muchas veces, pero aquélla fue la aparición que dejó en mí una mayor impresión.

Una buena descripción del modo en que la imagen empezaba a materializarse fue la proporcionada al padre Palmer por el señor Wadie Tadros Shumbo, un protestante que trabajaba por aquel entonces para la Mobil Oil Company en Egipto. El señor Shumbo visitó la iglesia en varias ocasiones antes de observar por fin la aparición desde la explanada cercana a la iglesia, preparada para comodidad de la multitud:

Escogimos el que consideramos mejor lugar para observar, y tomamos asiento. Hacia las 9.50 vimos un relámpago sobre la iglesia, mucho más fuerte del que puede hacerse con el más potente flash de una cámara fotográfica. Tuve la sensación de que iba a ocurrir algo. Apareció en el aire una fina línea luminosa, como la que suele verse cuando se entreabre una puerta que da a una habitación iluminada. Al cabo de unos segundos, la línea tomó la forma de la Virgen. No pude ni hablar y quienes me rodeaban exclamaban: «¡Es imposible, es imposible!».

Los musulmanes empezaron a gritar. La visión duró cinco minutos, tras los cuales la figura fue tomando altura y desapareció. Sólo alcancé a distinguir una diferencia de color entre el rostro y las manos y el velo. El rostro y las manos eran del mismo color, lo cual se hacía más patente cuando la Virgen se movía hacia adelante y atrás. Cuando desapareció de nuestro lado de la iglesia, la multitud que se encontraba al otro lado empezó a gritar cuando surgió ante ellos. A continuación, la figura regresó a nuestro lado durante unos cinco minutos.

Cuando volví al coche a buscar no recuerdo qué, me resultó imposible regresar a la iglesia debido a la muchedumbre. Escuché los gritos de la multitud, y vi a la Virgen de cuerpo entero, sobre la cúpula central, de pie ante la cruz que remataba la iglesia. No sé describir lo que sentí. Sobre la iglesia había algunas «palomas», seis o siete en total.

En 1970, las apariciones se hicieron más esporádicas, y finalmente en 1971 cesaron definitivamente.

Según las evidencias fiables con que contamos, el milagro de Zaytun es quizás la más grandiosa de todas las visitaciones marianas. Representa la prueba más poderosa jamás obtenida para demostrar la existencia de lo

milagroso. Contamos con detallados testimonios sobre la aparición procedentes de funcionarios eclesiásticos, observadores casuales y periodistas. El número total de testigos del acontecimiento supera con mucho los cien mil. Además, nos ha quedado gran cantidad de documentación fotográfica sobre la autenticidad de la aparición.

Sin embargo, aunque la aparición de Zaytun fuera realmente auténtica, existen también considerables evidencias que apoyan la teoría de que la aparición fue en realidad una especie de «forma pensada», esto es, una figura temporalmente «real» producida por la mente y el pensamiento humanos.

El apoyo más fuerte a esta teoría puede encontrarse en el mismo trasfondo de la iglesia de Santa María. Ésta se construyó en un terreno donado a la Iglesia copta en 1920 por la familia de Jalil Ibrahim. Uno de los miembros de esta familia tuvo un extraño sueño en el cual la Virgen se le apareció y le instó a construir una iglesia en la propiedad. Santa María se edificó en 1925, momento en el cual otro miembro de la familia tuvo un nuevo sueño. Esta vez, la Virgen le prometió aparecer en la iglesia al año siguiente. Así pues, incluso antes del milagro de Zaytun de 1968-71, existía una tradición que se remontaba cuarenta años atrás, según la cual algún día iba a tener lugar en la iglesia la visita de la Virgen. Recuérdese, asimismo, que Zaytun estaba impregnado de una rica tradición mariana. Fue allí donde la tradición señala el lugar de refugio de la Sagrada Familia cuando tuvo que abandonar Judea; además, naturalmente, hemos de contar con que la iglesia construida en los terrenos donados por la familia Ibrahim está especialmente dedicada a la devoción a la Virgen María.

Teniendo en cuenta todos estos factores, parece aclararse bastante lo sucedido en Zaytun en 1968. Durante los años transcurridos entre 1925 y 1968, muchos de los visitantes de la iglesia de Santa María se debían sentir preocupados, consciente o inconscientemente, por el papel desempeñado por la Virgen en la construcción de la iglesia. Probablemente, todos los visitantes tenían firmes expectativas de que en algún momento la Virgen aparecería en el lugar. Tales preocupaciones pudieron haber dado lugar a una «fijación» de la imagen de la Virgen dentro de la propia iglesia, quizás por la creación de un «pozo» cada vez mayor de energía psíquica impulsada por los pensamientos de los vecinos de Zaytun. Este «pozo» de energía debió cargarse hasta tal extremo que en 1968 la imagen de la Virgen María irrumpió en la realidad física.

Esta descripción de la aparición de Zaytun puede explicar asimismo la frecuencia de las manifestaciones. Aunque en abril y mayo, primeros meses de la aparición, la materialización de la figura era muy frecuente, con el paso de los meses tal materialización se fue haciendo cada vez menos frecuente. Parecía como si el poder que había generado la forma de la aparición estuviera perdiendo fuerzas gradualmente. La poca frecuencia de las apariciones marianas en 1969 —a veces sólo una o dos veces al mes— parece indicar que la figura tenía que recargarse lentamente de energía después de cada aparición, antes de poder hacerse visible otra

vez. Los destellos de luz y otros fenómenos asociados, que se observaron con tanta frecuencia junto a la iglesia, pudieron haber sido apariciones abortadas, durante las cuales la «forma pensada» estaba, verdaderamente, intentando aparecer.

Esta teoría puede explicar también la duración de las visitas de la aparición a Zaytun. Una vez la «forma pensada» se convirtió en realidad física, es muy probable que fuera «recargada de energía» constantemente por la misma multitud que cada noche se acercaba a la iglesia para observarla. La energía que se había otorgado a la figura por medio de las intensas emociones y plegarias de los creyentes, pudo actuar prolongando su longevidad, que bajo otras condiciones hubiera podido reducirse a apenas unas horas o unos días.

Sea cual fuere la verdad sobre las apariciones de la Virgen María en Zaytun, forman, junto al fenómeno acaecido en Fátima, uno de los capítulos más espectaculares de la ya a menudo innatural historia de lo milagroso.

10

Curaciones milagrosas

El caso de Marie Bailly

El doctor Lerrac observó a la joven Marie Ferrand sin esperanzas de que viviera mucho más. Su cuerpo, antes hermoso y ahora demacrado y distendido a la vez por una peritonitis tuberculosa, era una masa de tejidos enfermos, tumores cancerosos y bolsas de líquidos.

—Dentro de cinco minutos, el dolor habrá desaparecido —le dijo, confortador, mientras introducía la jeringa llena de morfina en su brazo marchito.

¿Por qué, se preguntaba Lerrac, intentaba siquiera aquella criatura realizar el viaje hasta las fuentes curativas de Lourdes? Allá iban ambos, médico y paciente, a bordo de un tren camino de la famosa capilla, pero el médico sabía que la enferma no regresaría nunca del viaje. Los padres de la muchacha habían muerto de cánceres similares y el hospital donde la habían tratado la tenía catalogada como incurable. El viaje de Marie Ferrand a Lourdes era su última esperanza, una esperanza que ahora era lo único que la mantenía con vida.

Apenas unas horas después, el tren que transportaba a Marie, Lerrac y otros muchos enfermos que esperaban ser curados en Lourdes se detuvo. Habían llegado a su destino, el famoso santuario de las curaciones. Ya en 1903, cuando Lerrac hizo el viaje, eran ya cientos los relatos de incurables que habían sanado milagrosamente tras bañarse en las aguas de la fuente de Lourdes. Aunque hombre de buen corazón, Lerrac sentía también cierto cinismo sobre si el viaje merecía la pena, en especial cuando pensaba en Marie Ferrand.

—Si un caso como el suyo sanara... ¡me metería a cura! —comentó a un colega.

El día siguiente a la llegada, Lerrac paseaba calle abajo desde el hotel hacia el Hospital de Nuestra Señora de las Siete Gracias, donde se amontonaban los pacientes con destino a Lourdes, en espera de un vehículo del hospital que les transportara a la fuente. El trabajo de Lerrac consistía en examinarles antes del baño de aquel día, para poder rellenar un buen informe en caso de producirse una curación. Lerrac desarrollaba su trabajo dolorosamente, no podía creer que los cuerpos enfermos y desgarrados que tenía ante él tuvieran modo de curarse en las aguas de Lourdes. Con todo, un médico amigo suyo, con quien había realizado el viaje, se tomaba más en serio los informes sobre curaciones milagrosas.

—Yo presencié un milagro en la gruta —le explicó su colega una tarde—. Estaba paseando cerca de las piscinas cuando una anciana monja se acercó arrastrándose en sus muletas. Dejó correr un poco de agua en una taza, hizo la señal de la cruz y se tomó el agua. Todo su rostro se iluminó de alegría, apartó las muletas y casi corrió hacia la gruta, donde se arrodilló ante la Virgen. Estaba curada. Según supe, hacía seis meses que, como consecuencia de una torcedura, sufría una enfermedad incurable en un pie.

—Su curación es una interesante muestra de autosugestión —respondió fríamente Lerrac, quien, de hecho, había examinado una vez a aquella monja sin descubrir el menor mal en la pierna, aunque la religiosa no le había querido hacer caso.

Lerrac discutió durante horas con su colega.

—Lourdes no tiene ningún poder contra las enfermedades orgánicas —mantuvo Lerrac resueltamente.

—¿Qué tipo de enfermedad tendrías que ver curada para convencerte por fin de que los milagros existen?

—Tendría que ver curada una enfermedad orgánica —contestó Lerrac al instante—. Una pierna que creciera después de una amputación, un cáncer que desapareciera, una tara congénita que desapareciera de repente. Si tales hechos pudieran observarse científicamente, colapsarían todas las leyes que aceptamos ahora, y en tales circunstancias podría afirmarse la intervención de un ser sobrenatural.

Mientras discutía, Lerrac pensaba en Marie Ferrand.

—Esa muchacha desafortunada está en los últimos estadios de una peritonitis tuberculosa —le confió a su amigo—. Conozco su historial. Toda su familia ha muerto de tuberculosis. Ha tenido llagas tuberculosas, lesiones pulmonares y ahora, en los últimos meses, un médico de cabecera le diagnosticó peritonitis y un cirujano de Burdeos, Bromiloux, ha confirmado el diagnóstico. Está muy grave, y he tenido que administrarle morfina durante el viaje. Puede morir en cualquier momento ante mis narices. Si se curara, sería un verdadero milagro.

Lerrac regresó al hospital unas horas después, acompañado de su amigo, y visitó a Marie. Se sintió abrumado por lo que vio.

—Marie está peor que nunca —le dijo entre sollozos la acompañante de la enferma—. No sé qué hacer. Apenas puede hablar, y temo que todo se acabe en seguida.

El corazón de Marie galopaba a 150 pulsaciones por minuto y estaba a punto de expirar. Tenía todo el cuerpo hinchado y el estómago distendido. Lerrac no pudo hacer por ella más que administrarle una dosis de cafeína.

—La muerte está muy próxima —le susurró a su colega.

Aunque la turbada acompañante de Marie rogaba que la muchacha fuera llevada a las piscinas de Lourdes, Lerrac era pesimista. ¿Y si moría por el camino?, se dijo. La muchacha presentaba un estado tan lamentable que hasta intentar moverla podía producirle la muerte. La madre superiora del hospital, que había escuchado los ruegos de la acompañante, se adelantó para hablarle.

—La muchacha no tiene nada que perder —le dijo—. Poco importa si muere hoy o mañana. Sería una crueldad privarle de la suprema felicidad de ser llevada a la gruta, aunque temo que no viva lo suficiente para llegar. Nos la llevaremos ahora mismo, dentro de unos minutos.

Lerrac todavía dudaba de si aprobar la aventura, pero accedió a las palabras de la superiora.

—En todo caso, yo también estaré en las piscinas. Si entra en coma, avíseme —dijo con brusquedad, aunque intrigado en su fuero interno por estos inesperados acontecimientos.

Aquel día, más tarde, Lerrac, su colega y Marie Ferrand viajaron a la gruta. El cuerpo casi sin vida de Marie Ferrand descansaba en una camilla; mientras Lerrac la observaba, sólo podía pensar en que aquella muchacha iba a morir antes de haber tenido una oportunidad de vivir.

Debido al evidente mal estado de Marie, no fue introducida en la piscina, sino que las cuidadoras de Lourdes le rociaron de agua el abultado estómago. Después, fue transportada a otra parte de las instalaciones de Lourdes. De nuevo, Lerrac procedió a examinarla, pero ahora le pareció que su piel estaba menos pálida. Le señaló aquel detalle a su colega.

—Lo único que veo es que no ha empeorado —contestó el otro médico.

—¡Fíjate en el abdomen! —gritó Lerrac sorprendido, unos minutos después.

La sábana que cubría el estómago distendido de Marie estaba rebajándose y parecía que su cuerpo estaba volviendo a la normalidad. Mientras los médicos observaban asombrados, el latido de la muchacha se estabilizó y ésta comenzó a hablar. Pronto, pudo sentarse y empezar a caminar. A los pocos días, su cuerpo estaba total e inexplicablemente curado. Sus llagas, tumores y bolsas se habían desvanecido. Había sido arrebatada al mismo borde de la muerte. Lerrac había visto el milagro que tanto había desdeñado.

La historia que acabamos de relatar no se refiere en absoluto al doctor Lerrac. Si cambia usted el orden de las sílabas, leerá «Carrel». El doctor Lerrac era, efectivamente, el ganador del premio Nobel, Alexis Carrel, quien visitaba Lourdes cuando aún era bastante joven. Hacia el final de su vida escribió un corto estudio del caso de Marie Ferrand (cuyo nombre auténtico fue Marie Bailly), con el título de *El viaje a Lourdes,* en el que se refería a sí mismo con el nombre de Lerrac. Este escrito fue encontrado entre sus papeles a su muerte y se publicó en 1950 con un prólogo de Charles Lindbergh, quien había sido durante muchos años amigo del doctor. La narración que encabeza este capítulo es un breve resumen de la obra de Carrel.

Lourdes causó tal impacto en el joven y escéptico doctor, que afectó profundamente el resto de su vida. Carrel nació en 1873 y se educó en la Universidad de Lyon, pero emigró a Estados Unidos en 1905 para trabajar en la Universidad de Chicago. Después, realizó investigaciones en el Instituto Rockefeller de Investigaciones Médicas de Nueva York. Estaba sujeto a las críticas constantes de sus colegas médicos más ortodoxos porque su trabajo seguía siempre cauces innovadores, y también por su apoyo manifiesto a las curaciones de Lourdes. Gran parte de su interés en la medicina se centró en áreas inexploradas, como las técnicas de transfusiones sanguíneas, los transplantes de venas y órganos, e introdujo también métodos novedosos para la curación de heridas graves. Recibió el premio Nobel por su obra en 1912, y en 1935 escribió su magna obra *Man the Unknown* (*El hombre, ese desconocido*). Falleció en 1944.

Carrel siempre se guió en su trabajo por los principios científicos, pero, dado que también creía en la existencia de los milagros, intentó aplicar el rigor científico al estudio de la religión.

«Rezo a Dios para que me conceda otros diez años de trabajo», dijo poco antes de su muerte. «Con lo que he aprendido y con lo que he experimentado, creo que podré establecer científicamente ciertas relaciones objetivas entre lo espiritual y lo natural y, con ello, mostrar la verdad de los beneficios de la cristiandad.»

Carrel consiguió al menos parte de su objetivo en *El viaje a Lourdes,* al proporcionar al mundo científico poderosas pruebas circunstanciales de que lo milagroso podía observarse y estudiarse por medio de la ciencia convencional.

Naturaleza milagrosa de las curaciones

Sin embargo, ¿puede considerarse realmente un milagro el caso de Marie Bailly? ¿Cuándo puede considerarse inexplicable, en términos científicos, una curación?

Todo el que intenta evaluar casos de curaciones milagrosas se enfrenta a un problema fundamental, pues incluso la medicina moderna conoce relativamente poco los poderes restauradores y regeneradores del cuerpo humano. Los doctores observan con frecuencia casos de lo que denominan «remisiones espontáneas», casos en los que pacientes en estado terminal —sufran cáncer, tuberculosis o cualquier otra enfermedad— experimentan una repentina mejoría y, en ocasiones incluso se recuperan totalmente. Se han conocido casos de cáncer, leucemia o incluso anemia perniciosa en estados terminales que han remitido de repente, sin razón médica aparente.

Vista la posiblidad de una remisión espontánea, la curación debe cumplir varias exigencias médicas muy estrictas y extraordinarias antes de poder ser considerada como auténticamente milagrosa. Quizás la mejor codificación de estos criterios sea la diseñada por Lambertini en su obra *De canonizatione.* Lambertini era plenamente consciente del problema de verificar la naturaleza milagrosa de una curación repentina y para ello estableció varias líneas maestras que, según su opinión, deberían adoptarse para determinar si una curación era de origen auténticamente divino:

1) La enfermedad o disfunción debe ser grave. Es decir, el estado debe ser tal que sea imposible o muy difícil la curación por medio de tratamiento convencional. Entran en esta categoría especialmente aquellos casos que habitualmente tienen un pronóstico mortal.

2) El paciente no debe haber iniciado la mejora ya antes del momento de la curación, ni sufrir un mal que, normalmente, cabe esperar que mejore. No está claro el papel del sistema autoinmune del cuerpo en la «curación» de un mal que se sepa remite en ocasiones.

3) El paciente no debe estar bajo tratamiento médico ortodoxo en el momento de la curación. Lambertini era consciente de que la medicación podía tener en algunos casos un efecto a largo plazo o latente en el cuerpo humano, y llegó al punto de sugerir que el investigador se procurara declaraciones juradas del médico de cabecera y del farmacéutico respecto al tratamiento que se administraba y cuándo se daba por terminado, antes de evaluar la posible naturaleza milagrosa de la curación. Lambertini también estipulaba que si un paciente estaba recibiendo tratamiento en el momento de la curación, debía probarse taxativamente que tal tratamiento no había producido efectos beneficiosos.

4) La curación debe ser repentina e instantánea. El sistema autoinmune del cuerpo precisa tiempo para combatir una infección, una herida o un cáncer. Un auténtico signo de curación milagrosa es su efecto instantáneo; por ejemplo, lo es cuando la curación se produce mucho más rápidamente de lo que sucedería según la actividad biológica normal del cuerpo humano.

5) La curación debe ser perfecta y completa. Incluso los enfermos más graves pasan por períodos en que se sienten mejor, o incluso en que su enfermedad presenta una remisión temporal. La curación no puede considerarse milagrosa si el paciente simplemente se pone mejor. La mejoría debe ser total antes de que una curación pueda considerarse sobrenatural.

6) La curación no debe producirse en un momento en que una crisis debida a causas naturales haya afectado al paciente o a la enfermedad. Ya en el siglo XVIII, Lambertini se daba cuenta del nexo que existe entre la mente y el cuerpo, y de que un shock repentino en uno puede afectar al otro. Lambertini persiguió constantemente determinar el efecto de un trauma sobre la enfermedad humana. También tenía presente que ciertos medicamentos producían un efecto excesivo en el estado del enfermo, que podía tener un aspecto peor cuando en realidad se estaba recuperando.

7) La curación debe ser permanente. El paciente tiene que estar liberado de todos los síntomas de su enfermedad durante al menos un año para que se declare milagrosa la curación.

Aunque los juiciosos consejos de Lambertini sobre cómo deben estudiarse las curas milagrosas son tan asumibles en la actualidad como lo eran cuando se diseñaron, deben añadirse a ellos otros muchos principios, pues en la actualidad tenemos una mejor comprensión de la patología que la que tenía la Iglesia hace doscientos años. En el número de septiembre-octubre de 1977 de la revista *Parapsychology Review,* Renée Haynes, escritora católica muy versada en parapsicología, proponía varias condiciones más que podrían ayudar a diferenciar los casos de curaciones auténticamente milagrosas de los casos normales, mediante, quizás, algunas anomalías médicas incomprensibles. Su primera condición para declarar el milagro era que las facultades curativas naturales del cuerpo humano deben parecer aceleradas sobrenaturalmente: «En los casos de curaciones milagrosas, acontecimientos que habitualmente tardan semanas en producirse pueden hacerlo en horas o incluso en minutos». Así pues, podemos tener en cuenta como factor milagroso la rapidez en la curación, y no necesariamente la curación absoluta instantánea.

La segunda base propuesta por la señora Haynes para la identifica-

ción de una curación sobrenatural es que, mientras que la duración normal de una «remisión espontánea» puede ser muy prolongada, la mayoría de los casos de curación milagrosa se producen rápidamente. (Lambertini consideraba que la curación debía completarse en diez días a partir del inicio de la mejoría para poder ser considerada milagrosa.)

Por último, la señora Haynes sugiere que si un paciente sufre una enfermedad de la que normalmente debería haber curado, pero que no ha sido así, puede considerarse milagrosa la curación si ésta se produce repentina e inexplicablemente. La señora Haynes cita el caso de Jack Traynor, soldado británico que resultó herido de gravedad durante la primera guerra mundial. Traynor regresó a su hogar de Liverpool tan enfermo que recibió del gobierno una pensión de invalidez total. Una bala le había desgarrado el cráneo y la herida se negaba a sanar. El brazo se le había atrofiado a causa de otra bala que le había dañado el centro del nervio braquial, dejándole paralizada la extremidad. La herida de la cabeza le había provocado también, al parecer, un estado de epilepsia. En julio de 1923, Traynor hizo una peregrinación a la capilla de Lourdes. Cuando llegó estaba tan enfermo que los funcionarios no quisieron someterle a la prueba de la inmersión en las aguas. Pese a sus objeciones, el soldado insistió en que le llevaran a las piscinas. A la mañana siguiente despertó totalmente curado. Se levantó de la cama de la hospedería, caminó, se afeitó y, por último, regresó a su casa para llevar una vida normal durante varios años, e incluso continuó recibiendo su pensión, pues, en palabras de la señora Haynes, «el ministerio encargado de las pensiones consideró el caso totalmente imposible, extravió los papeles donde se informaba de la curación y, obstinadamente, continuó pagándole la pensión de invalidez total».

Aunque los tipos de curaciones milagrosas de los que hay constancia son muchos, en este capítulo sólo nos ocuparemos de cuatro: (1) Curaciones que se producen espontáneamente cuando un paciente (o un amigo o familiar) pide directamente a un santo que obtenga la curación. (2) Curaciones que tienen lugar en centros de fervor religioso, como el caso de Lourdes. (3) Curaciones obtenidas mediante los poderes espirituales de un líder o figura religiosa. (4) Curaciones que incluyen hechos biológicamente imposibles, como la regeneración total de un órgano o una extremidad que presenta un daño irreparable.

Curaciones por invocación a un santo

Muchas de las curaciones milagrosas documentadas han sido atribuidas a la intervención directa de los grandes santos católicos. Para la Iglesia católica, sólo puede ser declarado santo la persona que haya llevado una vida denominada de «heroica virtud». La capacidad para producir milagros no es, en sí misma, causa suficiente para la canonización, pero sí sirve como evidencia secundaria de que el candidato ha llevado una vida especialmente santa. Las encuestas eclesiásticas intentan habitualmente

no sólo asegurarse de los relatos de testigos presenciales sobre los hechos milagrosos de místicos y ascetas, sino también determinar si un candidato ha realizado milagros tanto antes como después de su muerte.

Aunque la creencia en los milagros no es en realidad un dogma de la Iglesia católica, los católicos en general aceptan que una persona muy santa puede intervenir directamente en los asuntos humanos, por la gracia de Dios, incluso después de la muerte. Muchos de estos presuntos milagros *postmortem* han consistido en curaciones milagrosas, como se observa fácilmente en los procesos de canonización de muchos santos. Algunas de estas curaciones desafían toda explicación médica.

San Martín de Porres, a quien ya hemos mencionado al tratar la bilocación, es un buen ejemplo de este extremo ya que sus curaciones *postmortem* fueron meticulosamente registradas y comprobadas por la Iglesia. Aunque entre los años 1659 y 1664 se enviaron varias comisiones para estudiar la vida de este santo peruano, su beatificación inicial sólo se produjo en 1837, y se basó más en las curaciones que presuntamente había realizado después de su muerte que por las efectuadas estando vivo. En 1836, el Vaticano declaró válidas dos curaciones milagrosas atribuidas al santo. La primera de ellas se refiere a un ama de casa que padecía una grave lesión en un ojo a consecuencia de haberle saltado una astilla de una cazuela de barro que se le rompió. La herida hizo que perdiera el líquido que habitualmente llena el globo ocular, lo que provocó una ceguera incurable de ese ojo. Sin embargo, el rector de un monasterio cercano remitió a la mujer un pequeño fragmento de hueso, reliquia de Martín de Porres, y le indicó que lo colocara sobre el ojo dañado. La mujer así lo hizo y, a la mañana siguiente, despertó con el ojo sano y la vista totalmente recuperada. Aunque esto es médicamente imposible, la curación fue autentificada por el propio médico de la mujer, quien había examinado la herida resultante del accidente.

La segunda curación que llevó a la beatificación de Martín de Porres se refiere a un niño de dos años, hijo de un esclavo que trabajaba en un hogar aristocrático de Lima. Un día, el niño cayó de una altura de seis metros desde un balcón, y se abrió la cabeza. Pronto manifestó unas convulsiones. En seguida llamaron a un médico. Éste consideró el caso como desesperado y se limitó a ordenar que el niño guardara cama. Viendo que no tenía otro recurso, la madre del niño se puso a rezar a Martín de Porres. La ama de la mujer, una española de la nobleza, se unió a sus plegarias y colocó un retrato del santo bajo la cabeza del niño. Tres horas después, éste abandonaba la cama, totalmente recuperado.

Las pruebas en favor de la autenticidad de estos dos casos fueron enviadas a Roma y aprobadas por el papa Gregorio XVI el 19 de marzo de 1836, allanando el camino para la beatificación de Martín, producida el 29 de octubre de 1837.

Curaciones milagrosas atribuidas a la intervención de san Martín de Porres se han sucedido también en años más recientes. Dorotea Caballero Escalante era una viuda de ochenta y siete años de edad que había lle-

vado una vida saludable y normal en Asunción, Paraguay, hasta el 8 de septiembre de 1948, en que cayó enferma de trastornos intestinales. Una sesión de rayos X reveló que una obstrucción bloqueaba el paso de la bola alimenticia y que sólo la cirugía podía rectificarla. Sin embargo, era imposible realizar la intervención pues la paciente tenía muy débil el corazón. A fines de aquella semana, el estado de la señora Caballero estaba tan deteriorado que se esperaba su muerte en cualquier momento. Los médicos de la mujer procedieron a avisar a su hija, que residía en Buenos Aires. Ésta se puso inmediatamente a rezar a san Martín de Porres y continuó rezando, según explicaría más tarde, durante todo el vuelo en avión de Argentina a Paraguay. Sus plegarias fueron escuchadas, al parecer, pues la señora Caballero se despertó al día siguiente totalmente curada, y llevó una vida absolutamente normal durante varios años más.

Otra curación aún más desconcertante atribuida a san Martín de Porres fue la registrada en 1956 en Tenerife, islas Canarias. El 25 de agosto, un niño de cuatro años y medio, llamado Antonio Cabrera Pérez, se cayó de una tapia de un solar en construcción. Un bloque de cemento de unos treinta kilos de peso, que se había desprendido de la tapia al perder el equilibrio el niño, fue a caerle encima de la pierna. Esta extremidad quedó aplastada, y posteriormente su estado se complicó con una gangrena. El niño fue enviado al hospital de Santa Eulalia de Tenerife, donde por lo menos cuatro médicos le examinaron, llegando a la conclusión de que había que amputar la pierna para intentar salvarle la vida. En un primer momento, se había intentado tratar la gangrena con medicación, pero el niño no había respondido al tratamiento.

El 1 de septiembre, un amigo de la familia Cabrera voló a las Canarias desde Madrid, entregó a los desesperados padres una estampa de san Martín y les instó a que rezaran al santo. A la mañana siguiente, los médicos observaron que la gangrena del niño había desaparecido por completo durante la noche, y que la sangre había empezado a circular normalmente por la pierna lesionada. Antonio pronto estuvo totalmente curado.

Estas dos curaciones fueron examinadas en Roma en enero y octubre de 1961 por el colegio médico de la Sagrada Congregación de Ritos, cuerpo vaticano encargado de investigar los informes sobre milagros. Las curaciones fueron aprobadas oficialmente como verdaderos milagros en marzo de 1962 por el papa Juan XXIII.

Sin embargo, dado que las curaciones fueron resultado de las plegarias dirigidas a este fin por los amigos o parientes de los enfermos, cabe preguntarse si fue la intercesión del santo la que motivó que los pacientes sanaran, o si fue más bien la propia intervención de los parientes o amigos la que produjo en realidad el milagro.

Poderes mentales sobre la materia

Los parapsicólogos llevan mucho tiempo interesados en determinar si los poderes mentales sobre la materia, como la psicocinesis, pueden ser utilizados para curar; en este sentido se han realizado experimentos para explorar esta cuestión. Los resultados de esta investigación tienen un importante peso específico en el tema de las curaciones milagrosas en general.

Las primeras investigaciones sobre el tema fueron llevadas a cabo por el doctor Bernard Grad, morfólogo que trabajaba en la Universidad McGill, en Canadá. A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, realizó una serie de experimentos tendentes a explorar la naturaleza de las llamadas curaciones psíquicas. Grad decidió dedicarse a aquel proyecto tras conocer a un sanador psíquico llamado Oskar Estebany, oficial del ejército húngaro retirado de las armas, que afirmaba poder aliviar el dolor y producir curaciones mediante el viejo arte de la «imposición de manos». Grad se sintió tan interesado por Estebany que le reclutó para una serie de pruebas de laboratorio.

El primer experimento de Grad tenía por objetivo probar la capacidad de Estebany para curar el bocio en ratones. Grad empezó por alimentar a varios ratones con dietas deficitarias en yodo, que hacen aparecer el bocio. Los ratones fueron alojados en jaulas especiales (ocho o diez ratones por jaula). Después, Grad pidió a Estebany que los «sanara», limitándose a sostener la jaula entre sus manos y a concentrarse en los animales. Sólo se permitió a Estebany permanecer con los animales durante quince minutos por sesión, y sólo cinco sesiones por semana. Al término de varias semanas, se compararon los bocios de los ratones objeto del experimento con los de otros dos grupos de ratones que habían sido alimentados con la misma dieta deficitaria en yodo. Uno de los dos grupos control no había recibido tratamiento de ningún tipo, mientras que el otro había sido sometido periódicamente a un calor moderado. (Esta exposición al calor tenía por objetivo controlar el posible efecto sobre los animales de un calentamiento accidental de la jaula por parte de Estebany al sostener la jaula entre las manos, pues tal aumento de temperatura podía tener un efecto benéfico sobre los ratones.)

Los resultados del experimento certificaron las afirmaciones de Estebany. Grad consiguió determinar que los bocios de los ratones tratados por Estebany no se habían desarrollado tanto como los que afligían a los ratones control. En otras palabras, Estebany había retardado de algún modo el crecimiento de los bocios mediante la simple concentración.

El segundo experimento de Grad consistía en comprobar la capacidad de Estebany para curar heridas físicas. Empezó por provocar quirúrgicamente heridas en varios ratones, a los que quitó pequeñas porciones de epidermis en la espalda. Según la teoría de Grad, Estebany tenía que acelerar el proceso curativo, de modo que los ratones sujeto del experimento sanaran más rápidamente que el grupo de ratones control. Se colo-

caron en una jaula varios ratones heridos, mientras que se aislaba y se dejaba sin tratamiento a otros. Se permitió de nuevo a Estebany sostener la jaula de los ratones, pero no se le permitió el contacto directo con ellos. Tras cada sesión, Grad colocaba trozos de celofán sobre las heridas y las estudiaba. De este modo, pudo llevar un registro diario del progreso de las heridas de cada ratón mientras sanaban.

A los pocos días, resultaba evidente que Estebany había actuado nuevamente sobre los ratones. Las heridas de los animales sujeto estaban en claro proceso de curación (por ejemplo, su tamaño se reducía), a mucha mayor velocidad que los ratones control.

Grad repitió entonces el experimento con hasta trescientos animales de laboratorio. Una vez intervenidos, los ratones fueron divididos en tres grupos. Un tercio fue tratado por Estebany; un estudiante de medicina bastante escéptico, alumno de Grad, hizo de «sanador» del segundo grupo, y el tercero de los grupos fue conservado como control. El protocolo del experimento fue muy semejante al del estudio anterior. Los «sanadores» sólo podían colocar las manos sobre las jaulas de los ratones, y se les instruyó para que enviaran energías curativas a los animales. Aunque en ocasiones se les permitió sostener la jaula entre las manos, en ningún momento se les autorizó contacto directo alguno con los ratones.

Los resultados del experimento fueron intrigantes. Los ratones tratados por Estebany volvieron a curarse más rápido que los controles. En cambio, los animales tratados por el estudiante escéptico sanaron más despacio que los tratados por Estebany, y también que los del grupo control. Ello sugirió a Grad que, quizás debido a su actitud ante el experimento, el estudiante había interferido de alguna manera en el proceso curativo y había llegado a retardarlo. Aparentemente, el estudiante utilizaba algún tipo de poder paranormal para interferir en el sistema autoinmune de los ratones.

Grad, a la vista de estos desconcertantes resultados, no quiso dar por terminada la investigación y pronto diseñó otra prueba más que intentaría conocer deliberadamente la naturaleza de esta forma maligna de capacidad paranormal. Se plantaron unas semillas de cebada en varios tiestos, y se les administró una solución salina al uno por ciento. Bajo condiciones normales, ello inhibiría el crecimiento de las plantas. Una vez germinadas las plantas, en uno de los grupos se sustituyó la solución salina por agua corriente. Al otro grupo siguió administrándosele la solución salina que Estebany había tratado previamente; este tratamiento anterior se limitó a sostener entre las manos el recipiente en que se almacenaba el líquido. El resultado fue concordante con lo ya descubierto por Grad sobre los poderes de Estebany. Las semillas alimentadas con la solución salina tratada por Estebany crecían mucho más grandes y hermosas que las plantas control.

Tras establecer que un sanador puede influir en el ritmo de crecimiento de una planta, Grad estaba en condiciones de iniciar su experimento formal. Se utilizaron tres sujetos. El primero era un técnico de laborato-

rio de McGill que, según Grad, estaba dotado de facultades curativas. Los otros dos sujetos eran enfermos mentales que estaban siendo tratados en el departamento de psiquiatría de la universidad. Grad creía que estos sujetos, debido a sus personalidades negativas o depresivas, podían llegar a retardar el desarrollo de las plantas durante su intento de cuidarlas.

La estructura del experimento seguía de cerca la del estudio piloto realizado anteriormente con Estebany. Se plantaron semillas de cebada y se les administró una solución salina que había sido cuidadosamente embotellada en recipientes sellados. Los sujetos trataron varios de estos recipientes sosteniéndolos entre las manos cortos períodos de tiempo.

El resultado del experimento volvió a ser sorprendente. Las plantas alimentadas con agua de los recipientes tratados por el ayudante del laboratorio dieron los mejores resultados y superaron claramente a los controles. En cambio, las plantas alimentadas con el agua procedente de los recipientes tratados por los dos enfermos mentales mostraron un efecto muy inusual. Un grupo de plantas había crecido muy poco, menos incluso que las plantas control. En cambio, el grupo del otro paciente había crecido mejor que las plantas control. Grad logró al final solucionar el misterio. Según el informe que presentó en el *International Journal of Parapsychology,* en 1964, su segunda paciente mental había mostrado gran entusiasmo al descubrir la naturaleza del estudio en el que participaba. Esta actitud positiva hacia el experimento, en opinión de Grad, pudo haber liberado los poderes curativos de la mujer, que colaboraron en el cuidado de las plantas.

Grad presentó sus conclusiones sobre la naturaleza del proceso curativo en un simposio patrocinado por la Asociación Norteamericana para las Investigaciones Paranormales en Nueva York, el 18 de marzo de 1974. Empezó por descartar la idea de que la fuerza curativa sea una energía que únicamente poseen ciertas personas. Al contrario, afirmaba que gran cantidad de personas. incluso puede que todas, poseen la facultad de canalizar una especie de fuerza vital cósmica, que quizás exista en todos los rincones del universo, y dirigirla a unos propósitos curativos. Así, el sanador no utiliza su propia capacidad paranormal cuando inspira la curación. Grad cree más bien que el o la sanadora actúa como conducto de una fuerza cósmica omnipresente que resulta necesaria para el mantenimiento de la vida en el planeta.

Curaciones mediante un líder o figura religiosa

En esencia, las conclusiones de Grad son semejantes a las afirmaciones que han venido haciendo durante años los curanderos religiosos. La mayor parte de los curanderos religiosos de la cristiandad no creen poseer unos poderes espirituales especiales, sino que se consideran meros canales a través de los cuales Dios proyecta su amor y su poder. Aunque

la nomenclatura utilizada por Grad y los curanderos religiosos sea distinta, el proceso básico que ambos describen es el mismo.

Quizás el curandero más notable de la actualidad sea el padre Ralph Anthony DiOrio, sacerdote católico que reside actualmente en Worcester, Massachusetts. Su ministerio curandero se inició hace sólo unos años, pero ha despertado una considerable conmoción entre los círculos eclesiásticos de la Costa Este. Al padre DiOrio se le atribuyen muchas curaciones espectaculares, algunas de las cuales se encuentran entre los más extraños casos registrados en la literatura sobre el tema.

El padre DiOrio nació en Providence, Rhode Island, en 1930, y fue ordenado sacerdote en 1957. Está licenciado en Teología, en Filosofía y Letras y en Pedagogía. También tiene la licenciatura en Psicología y habla seis idiomas. El padre DiOrio entendió la religión desde una perspectiva estrictamente ortodoxa hasta 1972. Ese año, debido a su conocimiento del español, fue destinado a una congregación hispanohablante de la zona de Worcester. Los fieles de esta congregación se sentían poco satisfechos por la tradicional austeridad en los rituales y oficios religiosos, y le pidieron al padre DiOrio que convirtiera las ceremonias católicas tradicionales en otras más carismáticas. El movimiento carismático, que por aquel entonces estaba ganando adeptos dentro de la iglesia católica, impulsa la espontaneidad y la expresión de las emociones. Los oficios religiosos carismáticos suelen asemejarse más a las reuniones de revivificación habituales en Estados Unidos hace unas décadas, que a las ceremonias eclesiásticas convencionales. Al principio, el padre DiOrio se mostró un tanto reticente, pero accedió tras recibir la aprobación de su obispo. Aquellos nuevos oficios eran muy populares, e incluso el padre DiOrio tomó parte en ellos con gran ánimo. Al poco tiempo, empezó a realizar la imposición de manos durante las ceremonias, e invocó públicamente su capacidad curativa. De inmediato, empezaron a conocerse casos de curaciones milagrosas en la iglesia.

Actualmente, el padre DiOrio es director del Apostolado de las Curaciones y la Renovación Cristiana, que se encuentra formalmente bajo los auspicios de la diócesis de Worcester y que desarrolla su trabajo con la plena aprobación del propio consejo de directores espirituales, presidido por el obispo. El sacerdote celebra oficios curativos con regularidad en la iglesia de St. John de Worcester, y también viaja a otras parroquias de la localidad donde encabeza programas diseñados según el modelo de las reuniones celebradas en la iglesia de St. John.

Algunas de las asombrosas curaciones acaecidas durante las reuniones del padre DiOrio han sido totalmente documentadas. Una de ellas apareció en la serie de la emisora de televisión NBC *Esto es increíble* y fue emitida en el programa del 29 de septiembre de 1980. El reportaje incluía una impresionante entrevista con el señor Leo Perras, de Easthampton, Massachusetts, quien había sufrido una parálisis incurable durante años, antes de conocer al padre DiOrio. Perras había sufrido graves lesiones en la espalda como consecuencia de un accidente laboral cuando sólo

tenía dieciocho años. Se le practicó una operación quirúrgica para rectificar el daño sufrido en la espalda, pero la operación le dejó paralizado de cintura para abajo y le confinó a una silla de ruedas. A consecuencia de ello, pronto se le atrofiaron los músculos de las piernas y al poco tiempo comenzó a padecer artritis. Perras tenía que ingerir con regularidad dosis de demerol, percodan y otros sedantes muy potentes para poder soportar los fuertes dolores que sufría. Dado que no se podía hacer nada por él, uno de los médicos le aconsejó que acudiera a uno de los oficios del padre DiOrio. Al principio Perras se mostraba poco dispuesto, pero finalmente accedió. Para entonces, llevaba ya veintiún años en la silla de ruedas.

El padre DiOrio tomó un especial interés por Perras, y rezó intensamente por él. El resultado fue instantáneo. Perras les dijo a los periodistas de televisión que inmediatamente después de la plegaria del padre DiOrio, abandonó la silla de ruedas y fue capaz de salir de la iglesia por su propio pie. Además, le había desaparecido todo dolor y, desde entonces, dejó de tomar la medicación que durante tantos años había sido parte habitual de su vida.

El programa televisivo contactó también con el médico de cabecera de Perras, el doctor Mitchell Tenerowicz, jefe de personal del hospital Cooley Dickinson de Northampton, Massachusetts. Perras le había visitado poco después de su curación y el doctor se sorprendió al encontrar a su paciente caminando. Le sometió a un examen y descubrió que las piernas de Perras seguían atrofiadas. Ante ello, afirmó que no había modo humano de que Perras pudiera caminar. Y sin embargo, lo hacía.

Las piernas de Perras fueron tomando fuerza paulatinamente y en unas cuantas semanas estuvo curado. Desde que se produjo la curación, no ha vuelto a registrar la menor complicación.

El programa *Esto es increíble* ha investigado también, aunque sin llegar a emitirla, otra de las notables curaciones del padre DiOrio. La esposa de David Paquin, de Southbridge, Massachusetts, dio a luz una niña en 1976. La niña nació ciega de un ojo, debido a una poxiplasmosis, enfermedad que la madre había contraído durante el embarazo. El oftalmólogo que examinó a la niña poco después de producirse el parto comunicó a los padres que la niña nunca tendría visión en aquel ojo.

Durante el verano de 1978, los Paquin decidieron visitar al padre DiOrio. Habían oído hablar de su ministerio y supieron que por aquella época estaba visitando la iglesia de Santa Ana de Worcester. Llegaron a la iglesia un día en que no habían proyectados oficios curativos, pero el padre DiOrio al ver que la familia vacilaba en entrar en la iglesia les preguntó si podía ayudarles. Ellos le explicaron las razones de su presencia allí y el sacerdote decidió ver qué podía hacer. Empezó preguntando a la niña, que se llamaba Kelly, si le dejaba que rezara por ella. La pequeña asintió y DiOrio intentó una «curación por medio de la oración» allí mismo, de pie.

El resultado fue instantáneo. Kelly recobró al menos parte de la visión del ojo en aquel mismo instante, y siguió mejorando durante los días

siguientes. Al poco tiempo, los Paquin llevaron a la niña al médico de cabecera. Por entonces, Kelly había conseguido ya de un veinte a un cuarenta por ciento de la visión en el ojo derecho. Aunque la niña veía ahora con claridad, el doctor descubrió que el globo ocular seguía en tal estado que, médicamente hablando, debería tener aquel ojo totalmente ciego.

Estas curaciones son notables por varias razones. En ambos casos los pacientes recobraron el uso de órganos que según las leyes de la biología deberían seguir inservibles. Además, las curaciones fueron instantáneas o producidas en un lapso de tiempo extraordinariamente corto, y sanaron problemas producidos mucho tiempo antes y considerados intratables.

Pese a las afirmaciones de obradores de milagros como el padre DiOrio, parece imposible que el poder que ellos son capaces de canalizar en las curaciones sea en modo alguno de origen divino. Algunos curanderos psíquicos han conseguido logros similares mediante la imposición de manos; en cambio, rara vez hablan de Dios como arquitecto de tales curaciones y están prestos a aceptar el hecho de que son ellos mismos los responsables. Igual que sucede con otros milagros de los que hemos hablado, la diferencia entre curación milagrosa y curación paranormal está en el grado, y no en la naturaleza, del efecto producido. Aunque los milagros pueden ser simplemente un orden distinto de hechos que el puramente psíquico o paranormal, ambos son probablemente de la misma naturaleza intrínseca.

Parece probable que sanadores como el padre DiOrio posean una capacidad curativa similar a la de Oskar Estebany, pero en grado infinitamente superior.

Mucho se ha escrito sobre el tema de las curaciones psíquicas y los sanadores, ya que éstos parecen relativamente abundantes en casi todos los países. Sin embargo, hay que admitir que los resultados conseguidos por la mayoría de ellos difiere considerablemente de los alcanzados por los sanadores que operan en un contexto religioso. En primer lugar, la curación divina suele ser repentina y espontánea. La curación paranormal suele ocurrir en un plazo de tiempo prolongado y sólo llega a cumplirse del todo después de varias visitas del paciente al curandero. En segundo lugar, algunas curaciones milagrosas producen resultados «médicamente imposibles». Este tipo de efectos espectaculares está ausente, habitualmente, en la literatura que trata las curaciones paranormales. En tercer lugar, la curación milagrosa se caracteriza a menudo por la total recuperación del paciente, mientras que los sanadores psíquicos informan habitualmente de recuperaciones sólo parciales.

Sin embargo, ¿cómo se explican esas diferencias? ¿Por qué una persona dotada de facultades paranormales que posee el don de la curación produce resultados menos contundentes que un sanador religioso?

Una respuesta puede ser que la curación paranormal suele producirse de dos modos distintos. En el primer caso, es causada por el propio curandero. Las personas como el padre DiOrio serían «superdotados» cuyas facultades sobrepasasen con mucho todo lo que los parapsicólogos vienen observando en el curso de sus trabajos con personas dotadas de faculta-

des paranormales más convencionales. Dado que los parapsicólogos no tienen idea de lo poderosas que pueden llegar a resultar las facultades paranormales cuando se llevan hasta el límite, la posibilidad de que existan en el mundo tales «superdotados» no puede rechazarse tajantemente.

Por otro lado, también cabe en lo posible que los curanderos religiosos utilicen una forma de energía o poder totalmente distinto del que usan sanadores paranormales más convencionales. Muchos de estos últimos tienden a creer que sus poderes emanan de sí mismos y que, en último término, todo el mundo posee la capacidad de curar. En cambio, los sanadores religiosos afirman que en modo alguno son responsables de sus curaciones, sino que son meros instrumentos del poder divino. Esta afirmación puede, de hecho, llevar algo de cierto. La mayor parte de las curaciones realizadas en las sesiones del padre DiOrio han tenido lugar espontáneamente en el seno de una reunión religiosa prolongada y cargada de emoción. Los receptores de las curaciones eran simples «rostros entre la masa». Por tanto, es posible que estos sanadores no curen en realidad mediante un poder innato, sino que actúan como canal de algún tipo de energía espiritual producto de la fe de la muchedumbre que asiste a las reuniones. Las curaciones realizadas por figuras religiosas llegan a ser tan extraordinarias sólo porque esos curanderos absorben y dirigen la enorme cantidad de energía curativa emitida por toda la asamblea de fieles. Y ésta puede ser una fuerza que posea una capacidad mucho mayor que la de cualquier persona sola.

Las curaciones milagrosas de Lourdes

Esta teoría puede proporcionarnos la clave de otro enigma que debe afrontarse cuando se estudian las curaciones religiosas. Probablemente, se informa de muchos más milagros ocurridos en centros de curaciones como Lourdes, que de hechos semejantes entre todos los restantes curanderos paranormales del mundo reunidos. ¿Puede ser que estos centros de curaciones sean más dados a los sucesos milagrosos porque están saturados de la energía curativa acumulada de los miles de personas que continuamente visitan y rezan en el lugar?

Antes de seguir explorando esta posibilidad, será mejor examinar con detalle la historia de uno de estos centros. El más famoso de todos es la fuente de Lourdes, resultado milagroso de una aparición producida hace más de cien años.

El 11 de febrero de 1858, tres muchachitas dejaban atrás las últimas casas de Lourdes, en el sudoeste de Francia, en busca de un poco de leña. Una de las pequeñas era Bernadette Soubirous, hija analfabeta de una familia pobre que llevaba mucho tiempo viviendo en el pueblo. A ella se habían unido aquel día su hermana y una compañera de juegos. Durante la búsqueda de leña, las niñas llegaron al cauce de un arroyo casi seco. La hermana de Bernadette y su amiga lo cruzaron rápidamente, pero Ber-

nadette se quedó atrás, pues tenía miedo de que le entrara frío. Unos instantes después, mientras observaba cómo sus compañeras la dejaban atrás, notó un repentino soplo de viento en el rostro. La muchacha se quedó muy confusa al observar que el viento no causaba ondulaciones en el agua del arroyo ni movía la hierba. Más perpleja aún se quedó al ver una luz dorada que salía de la boca de una gruta de rocas al otro lado del arroyo. Cuando una aparición vestida de blanco salió de la gruta, Bernadette cayó inmediatamente de rodillas, rezando, pero la figura no le habló. Sus compañeras, que en ese momento regresaban ya al lugar, no vieron la aparición, sino que únicamente encontraron a Bernadette arrodillada frente a la gruta. Cuando hubo salido del trance, Bernadette explicó rápidamente a sus amigas lo que acababa de suceder, pero les instó a que no repitieran sus palabras a nadie.

Las muchachas, sin embargo, no pudieron contener su excitación y, por la noche, casi todo el mundo de Lourdes comentaba la noticia de la aparición de la Virgen. Sin embargo, la historia de Bernadette no fue tomada muy en serio e incluso sus padres consideraron que la aparición había sido una fantasía.

Después del incidente, Bernadette empezó pronto a sentirse irresistiblemente atraída a la gruta. (Posteriormente describiría esa sensación como un impulso irrefrenable, como si alguien la hiciera acudir al lugar perentoriamente.) La niña regresó al escenario de la aparición el 14 de febrero, seguida por algunos de sus curiosos vecinos. De nuevo vio la figura, pero los vecinos no consiguieron ver nada y empezaron a reírse de ella. Aunque era evidente que sólo Bernadette podía ver la aparición, la gruta de Lourdes empezaba a atraer peregrinos.

En la madrugada del 18 de febrero, Bernadette acudió a la gruta por tercera vez. La figura se reveló a la niña de inmediato y le habló por vez primera. La figura instruyó a Bernadette para que volviera a la gruta durante los siguientes quince días, y le prometió a la niña felicidad en «el otro mundo». Durante estos mensajes, la gente sólo podía oír a Bernadette respondiendo, y pronto se hizo evidente que la niña había entrado en trance al aparecer la figura. Los observadores reaccionaron esta vez con más tranquilidad al advertir que Bernadette creía verdaderamente en la realidad de la aparición.

La figura volvió a aparecerse a Bernadette el 20 de febrero. En esta ocasión, le enseñó a la niña una oración «secreta» y le advirtió que no la hiciera pública nunca. El 23 de febrero, enormes multitudes convergían hacia la gruta, donde se produjo el clímax de visitantes el día 25 de febrero. Ese día, durante su éxtasis frente a la gruta, Bernadette estaba arrodillada. De pronto se levantó, caminó unos pasos y cayó al suelo. Entonces se puso a cavar febrilmente en el suelo hasta que surgió un pequeño charco de agua. Durante los días siguientes, el charco se transformó gradualmente en una charca y, por último, empezó a manar una fuente. Los vecinos de Lourdes atribuyeron el descubrimiento de la fuente a un milagro de la Virgen. La creencia de que la Virgen visitaba el pueblecito quedó refor-

zada una semana después, cuando la aparición instruyó a Bernadette para que comunicara a las autoridades de Lourdes que deseaba la construcción de una capilla en la gruta.

La figura continuó apareciéndose a Bernadette pasado ya el plazo de quince días, pero ahora con menor frecuencia. El 25 de marzo, se identificó como «la Inmaculada Concepción».

Mientras, el agua de la fuente que fluía ahora libremente se había convertido en centro de otra controversia. Los vecinos solían llevarse garrafas de aquella agua a sus casas, para utilizarla como remedio para cualquier enfermedad que les afectaba. Pronto empezó a afirmarse que el agua poseía poderes curativos.

Actualmente, la gruta de Lourdes es un lugar conocido por todo el orbe católico. Donde la Virgen se apareció por primera vez se yergue una capilla, y el agua de la fuente ha sido canalizada a una piscina donde acuden a bañarse los enfermos. Las visitas públicas están reguladas por funcionarios, quienes también intentan llevar un registro meticuloso de todas las curaciones que se producen allí. La organización responsable de dar validez y de constatar los informes de tales curaciones es el *Bureau des Constatations Médicales* (BCM), que está compuesto por médicos interesados en las curaciones de Lourdes. El BCM es interconfesional y mantiene actualmente una oficina cerca de la capilla. Asimismo, mantiene un comité consultivo en París que, de vez en cuando, revisa los registros de las curaciones inexplicables que llegan a su conocimiento. Desde su fundación, en 1884, el BCM ha elevado el rigor de sus criterios para la evaluación de los informes sobre curaciones milagrosas.

El proceso que lleva a la declaración de un milagro en Lourdes es muy lento. Cuando un peregrino de Lourdes cree que ha sido curado, es conducido de inmediato a las oficinas del BCM donde un médico le examina, al tiempo que toma posesión de todos los datos médicos y documentos pertinentes que el paciente haya traído consigo. Esta evaluación inicial en el BCM pretende determinar si el paciente estaba herido o enfermo de verdad en el momento de realizar el viaje, si se curó realmente en la visita y si fue curado de modo inexplicable para la medicina. Si la curación parece cumplir estos tres presupuestos, se entra en contacto con algún médico establecido en la localidad de residencia del paciente presuntamente curado. El paciente es enviado a casa y el doctor de su localidad asume la responsabilidad de observarle durante un año. Este procedimiento sirve de precaución contra la existencia de una recaída que, de otra manera, no llegaría a conocimiento de los funcionarios de Lourdes. También se espera del doctor que entreviste al médico de cabecera y que reúna todos los informes médicos que éste tenga sobre el enfermo. Entonces se pide al paciente que regrese a Lourdes al término de un año, momento en el cual es reexaminado por el BCM. Sólo cuando todos los médicos que han intervenido en esta evaluación aseguran que la curación parece inexplicable, se le otorga al caso el status de presunto milagro.

Para hacer la evaluación final, el BCM busca algunas características

que, según ellos, diferencian la curación milagrosa de la biológica. Verifican que la curación sea instantánea, que haya terminado la convalescencia del paciente, que no manifieste el proceso normal que sigue la enfermedad en cuestión cuando se cura por medios biológicos, y que se haya producido en un momento en que el paciente ya no sigue ningún tratamiento convencional. También están sujetos a este cuidadoso análisis los casos en que un órgano o extremidad dañados —por ejemplo, una lesión permanente en un ojo— recuperan milagrosamente su función.

La discriminación del BCM es evidente si se examinan algunas de sus estadísticas. En 1947, el Bureau aceptó setenta y cinco casos como debidos posiblemente a causas paranormales, pero de ellos sólo once fueron verificados otra vez al cabo de un año. Por fin, sólo seis fueron seleccionados para un mejor estudio y posible documentación. En 1948, sólo ochenta y tres casos cumplían el criterio inicial del BCM. De ellos, al final de los doce meses se reevaluaron sólo quince y, de éstos, seis más fueron rechazados.

Probablemente, el estudio más autorizado sobre las curaciones de Lourdes sea el realizado por Ruth Cranston, escritora protestante que realizó repetidas visitas a la capilla y que tuvo pleno acceso a los registros del BCM. Estos registros le sirvieron de base para su libro *El milagro de Lourdes* (1955).

Un caso típico documentado por Cranston es el de Charles McDonald, de Dublín. McDonald, que toda su vida había sido una persona saludable y deportista, cayó enfermo en 1924. De repente, empezó a sentirse cansado e irritable y, poco a poco, le sobrevino una tos que llegó a ser crónica. Un examen posterior realizado con rayos X demostró que padecía tuberculosis. En abril de 1925 ingresó en un sanatorio, donde permaneció cinco semanas y donde su estado mejoró, al menos en apariencia. Más tarde, emigró a Sudáfrica y en 1931 volvió a ponerse enfermo. Un examen médico reveló que había reaparecido su anterior enfermedad y que en aquel momento padecía tuberculosis de la duodécima vértebra torácica. McDonald regresó a Dublín en junio de 1932 y se enteró de que la cirugía no podía aliviar su problema. Su salud empeoró gradualmente. Le acosaron graves complicaciones y dolencias secundarias y, en noviembre de 1935, su estado era tan grave que ingresó en un hospital para agonizantes.

Ya sin esperanzas, McDonald se volvió a la religión y, en septiembre de 1936, realizó la peregrinación a Lourdes. Estaba tan enfermo que hubo de viajar en camilla. El menor movimiento le causaba un intenso dolor y sus posiblidades de supervivencia parecían nulas. El diagnóstico médicon en aquellos momentos era «enfermedad de Pott de la duodécima vértebra dorsal, nefritis y artritis tuberculosa del hombro izquierdo».

McDonald llegó a Lourdes el 5 de septiembre y, a la mañana siguiente, fue conducido a la capilla y después sumergido en la piscina. Inmediatamente, apreció una mayor movilidad de sus miembros. Al día siguiente ya pudo ponerse en pie y caminar, aunque la falta de ejercicio le hacía di-

fícil dar pasos. Poco después el dolor cesó y McDonald regresó a Irlanda, donde un examen médico reveló que habían desaparecido tanto la tuberculosis como la nefritis y la artritis.

McDonald regresó a Lourdes en septiembre de 1937, y tanto él como su ficha médica fueron sometidos a rigurosos exámenes por los treinta y dos médicos del BCM. Entre los documentos había una declaración del propio médico del paciente atestiguando que no cabía ninguna duda de que McDonald había acudido a Lourdes padeciendo un avanzado estado tuberculoso agravado por otras complicaciones. Las conclusiones del Bureau en el caso de Charles McDonald se basaron en la opinión de que cumplía cuatro de los cinco requisitos necesarios para declarar milagrosa una curación (el quinto criterio, relativo a la restauración de un órgano o extremidad dañados irreparablemente, no tenía relevancia en este caso). El informe decía:

> Charles McDonald había estado afectado de (1) tuberculosis del hombro izquierdo con tres fístulas; (2) tuberculosis de la espina dorsal con dos fístulas; y (3) nefritis crónica caracterizada por la presencia de pus, sangre y albúmina. Estas tres afecciones estaban en plena evolución en el momento de la peregrinación a Lourdes, y las cinco fístulas rezumaban pus.
>
> El día 7 de septiembre, todas las afecciones sufrieron un brusco frenazo en su evolución. Una curación funcional inmediata, después de una inmersión en la piscina, fue seguida en menos de cuatro días por la cicatrización definitiva de las cinco fístulas, el retorno de la secreción urinaria normal, libre de gérmenes infecciosos, el cese del dolor y el retorno de la movilidad parcial en el brazo izquierdo y la región lumbar.
>
> Esta curación, obtenida sin el uso de medicación ni cualquier otro agente terapéutico, se ha confirmado después de un año de excelente salud y trabajo (...) Ninguna explicación médica, en el estado actual de la ciencia, puede razonar esta curación. Debe considerarse la extraordinaria rapidez en la curación de estas afecciones tuberculosas, juzgadas como incurables por los especialistas que le trataban, y cuyo inicio fue una infección generalizada, seguida posteriormente de localizaciones óseas. Declaramos que la curación de Charles McDonald se ha producido al margen de las leyes biológicas.

La curación de McDonald fue excepcional. Sin embargo, las curaciones más desusadas que se producen en Lourdes son aquellas en que un órgano —como un ojo, un oído, un miembro paralizado— empieza a funcionar repentinamente mientras físicamente sigue dañado, hasta tal punto de que es imposible su funcionamiento según la fisiología. Varios de tales casos han sido documentados recientemente.

Un ejemplo de este fenómeno es el extraño caso de Gerard Baillie, un niño de ocho años que sanó de su ceguera en Lourdes en septiembre de 1947. Gerard quedó ciego a los dos años a consecuencia de una enfermedad conocida por coriorretinitis bilateral con doble atrofia óptica. Sus nervios ópticos, que eran incapaces de regenerarse, estaban completamente deteriorados. Su estado era, por tanto, irreversible. Sus padres le habían ingresado en el Instituto para Invidentes de Arras, una ciudad al sur de

Francia. Pese a lo desesperado del caso, la señora Baillie llevó al niño a Lourdes. Aunque al principio no sucedió nada, cuando Gerard fue introducido en las aguas curativas del lugar, al día siguiente recuperó repentinamente la vista en ambos ojos. Al día siguiente, volvió a sumergirse en la piscina y su vista continuó mejorando. El consejo médico de Lourdes quedó tan impresionado por el caso que decidió llevar al niño a un oftalmólogo de la ciudad de Tarbles para que estudiara más a fondo la curación. El oftalmólogo certificó que los nervios ópticos del muchacho seguían atrofiados y que no podía comprender que el niño viera. Sin embargo, era obvio que veía, y además perfectamente. Gerard, con el tiempo, dejó el hogar para invidentes, acudió a la escuela y todavía hoy disfruta de una vida normal.

Un caso aún más asombroso y patético es el de Guy Leydet, un niño de cinco años afectado de encefalopatía infantil. Esta enfermedad cerebral le había dejado parapléjico de las cuatro extremidades, sujeto a convulsiones y con el cerebro tan dañado que era incapaz de hablar, de reconocer a quienes le rodeaban y de cuidar de sí mismo. Guy fue llevado a Lourdes por su familia y fue bañado en la piscina el 6 de octubre de 1946. Inmediatamente después de la inmersión, Guy empezó a hablar inteligiblemente. Su estado mejoró constantemente durante los días siguientes, recuperó el uso de las extremidades e incluso su inteligencia alcanzó un nivel normal.

Pese a que el certificado del BCM declaraba que los casos de Gerard Baillie y Guy Leydet eran inexplicables para la medicina, ninguno de los dos fue declarado milagroso por la Iglesia. La curación de Gerard fue rechazada por no haber sido ni completa ni espontánea (su vista funcionó siempre con normalidad, pero nunca llegó a ser perfecta). En el caso Leydet, el médico de cabecera de Guy no quiso facilitar unos informes cruciales precisos para la documentación de la curación. El hecho de que ninguno de los dos casos hayan sido declarados formalmente como «milagros» no cambia el que ambas curaciones se hayan producido de verdad. Sobre el caso Leydet, un médico del BCM llegó a decir que prometía «no volver a firmar un dossier en Lourdes» si alguno de sus colegas «había visto alguna vez en toda su carrera una curación como la acaecida en ese caso».

La realidad incuestionable de curaciones tan notables como éstas no ha evitado que dentro del estamento médico se desarrolle una encendida polémica en torno a Lourdes. Dado que no todas las curaciones declaradas como médicamente inexplicables por el BCM son tan claras y precisas como los casos Baillie o Leydet, algunos expertos médicos han cuestionado la validez de muchas de ellas. Uno de esos escépticos es el doctor Donald J. West, psiquiatra y parapsicólogo británico. En un estudio que realizó en 1957 sobre muchas de las curaciones de Lourdes, titulado *Once milagros en Lourdes,* West llegó a la conclusión de que la mayor parte de las curaciones lo fueron de enfermedades extremadamente sensibles a las influencias psicosomáticas. El cáncer y la tuberculosis se cuentan entre las principales. Este tipo de dolencias se ve afectado fácilmente por el estado

de ánimo del paciente y por su bienestar emocional. Por tanto, dichos cambios de humor pueden llegar a producir la mejoría e incluso la remisión completa de ciertas enfermedades. West afirma que en realidad muchas de las curaciones de Lourdes pueden deberse únicamente a los sentimientos positivos del paciente tras realizar la visita al lugar. Otra observación realizada por West se refiere a que los diagnósticos originales de muchos visitantes de Lourdes que sanaron de sus dolencias pueden haberse basado en conjeturas o en posibles errores.

En su informe, West analiza once milagros recientes acaecidos en Lourdes, y consigue rechazarlos todos basándose simplemente en la medicina. Aun admitiendo que algunas curaciones pudieran considerarse debidas a la fe, West no las consideraba en absoluto milagrosas, o tan siquiera inexplicables para la medicina.

Resulta fascinante comparar los descubrimientos de West con los de Ruth Cranston, que se publicaron apenas dos años antes, pues ambos autores citan algunas de las presuntas curaciones con argumentos absolutamente contrapuestos.

Uno de tales casos es el de Rose Martin, una francesa residente en Niza, a quien se diagnosticó un cáncer de útero en noviembre de 1945. El mes de febrero siguiente se le practicó una histerectomía en el hospital Pasteur de Niza, y una biopsia efectuada durante la intervención confirmó la naturaleza maligna de la enfermedad. La señora Martin pasó un nuevo examen en el hospital en abril de 1947, cuando empezó a mostrar lo que parecían ser complicaciones debidas al cáncer. Padecía un restreñimiento agudo y se le descubrió en el recto un tumor del tamaño de una naranja pequeña. Su salud se deterioró tan velozmente que pronto se vio confinada al lecho. Para entonces, emitía por el recto supuraciones fétidas. Los médicos de la señora Martin diagnosticaron el problema como una metástasis del cáncer de útero primario en el recto. Declararon el caso intratable, le administraron repetidas inyecciones de morfina para controlar el dolor constante, y aguardaron a que muriera.

Aunque no podía levantarse de la cama, la señora Martin emprendió viaje a Lourdes en junio de 1947. Allí fue bañada en la piscina tres veces y, después de la última visita el 3 de julio, experimentó una notable mejoría y pronto se sintió con fuerzas para caminar un poco. Las supuraciones fétidas desaparecieron y recobró el apetito. Un examen médico realizado por su doctor de Niza mostró que el tumor del recto había desaparecido por completo y que los tejidos vaginal y rectal estaban totalmente sanos. El BCM, que revisó el caso en una reunión de su equipo médico el 27 de febrero de 1949, emitió un informe que establecía que «se mostraban de acuerdo con el informador acerca de que este caso no tenía explicación científica».

Mientras investigaba las curaciones de Lourdes, la señora Ruth Cranston consiguió localizar a Rose Martin en Niza. Rose le contó que los doctores le habían dado sólo tres meses de vida y que su esposo tenía que administrarle constantemente inyecciones de analgésicos. Cuando empren-

dió el viaje, Rose pesaba apenas treinta y cinco kilos, cuando su peso habitual había sido de unos cuarenta kilos más. La señora Martin afirmó que, en el transcurso de la tercera inmersión, se notó realmente como si empezara a curarse, y sintió como si «algo se moviera» dentro de su cuerpo. Ruth Cranston localizó también al médico de la señora Martin, quien dio constancia de que su ex paciente padecía una enfermedad inoperable al emprender la peregrinación a Lourdes.

Las mismas evidencias que sirven a Ruth Cranston para valorar positivamente la curación de Rose Martin son utilizadas por West para negarla. Éste apunta que, al no haberse realizado una biopsia formal cuando Rose regresó al hospital Pasteur en 1947, su recaída pudo deberse de hecho, a infecciones postoperatorias que después serían superadas sin más ayudas. También cita un dato pertinente, que Ruth Cranston pasa por alto; el hecho de que una enfermera de Lourdes había administrado subrepticiamente a Rose unas inyecciones inocuas de alcanfor en lugar de morfina para amortiguarle el dolor. Rose había respondido positivamente al placebo, indicando así que era muy sugestionable y que, muy probablemente, su estado era mejor de lo que imaginaba. La retirada de la morfina pudo incluso haber provocado el repentino alivio del estreñimiento de la paciente.

¿Fue la de Rose Martin una curación milagrosa? Cuando se analiza la controversia médica sobre las curaciones de Lourdes, esta pregunta parece menos importante que establecer si la documentación que acompaña a las curaciones es irreprochable. Aunque West ha mostrado ciertamente que muchos casos declarados por el BCM como «inexplicables para la medicina» pueden, en ocasiones, tener una explicación médica, también es cierto que su estudio es muy selectivo. West se limita a revisar sólo un puñado de casos, y luego extiende sus conclusiones hasta desacreditar todos los presuntos milagros ocurridos en Lourdes. Al hacerlo, se deja en el tintero algunas de las curaciones más famosas acaecidas en el lugar. Se olvida, por ejemplo, de casos tan cruciales como las curaciones de Baillie y Leydet y otras parecidas que significaron la restauración milagrosa de miembros y órganos inútiles o dañados permanentemente. Y, en cambio, son éstos los casos más importantes con los que basarse como argumento para afirmar la certeza de las curaciones milagrosas en Lourdes. Lo único que West ha conseguido demostrar de forma convincente es que muchas curaciones espontáneas en Lourdes son extremadamente difíciles de documentar, y no que el misterio de las curaciones de Lourdes pueda «tener justificación».

Es cierto que los casos de restauraciones milagrosas de miembros u órganos son escasos, pero ningún estudio de las curaciones divinas puede considerarse completo sin ellos. Quizás si el caso de Pierre de Rudder hubiera llegado a conocimiento del doctor West, éste habría modificado su actitud hacia el tema.

La curación de Pierre de Rudder es, quizás, la mejor documentada de cuantas han acaecido en Lourdes. Aunque en realidad la curación no acae-

ció en el propio lugar de las apariciones, tiene una íntima relación con la controversia existente en torno a Lourdes.

Pierre de Rudder era un campesino belga que vivía en Jabbeke, población cercana a Brujas. En 1868, de Rudder se cayó de un árbol y se rompió una pierna con tan mala fortuna que el hueso se le astilló y hubo que extraerle varios fragmentos óseos. La pierna quedó tan mal que no hubo forma de devolverle la movilidad, y la rotura fue tan completa que en el lugar de la fractura quedó un hueco de más de dos centímetros de separación entre los dos fragmentos principales del hueso. La parte inferior de la pierna le colgaba libremente, mantenida en su sitio únicamente por la piel y los tejidos musculares. Este estado le resultaba a de Rudder extremadamente doloroso. Sólo quedaba como recurso la amputación, pero de Rudder se negaba a la intervención. Así vivió ocho años con el dolor antes de decidirse a hacer la peregrinación a Oostacker, ciudad próxima a Gante, donde había una estatua en honor a Nuestra Señora de Lourdes. Antes de realizar el viaje, fue examinado una vez más por un médico de su pueblo, el doctor van Hoestenberghe, quien observó que la herida abierta seguía sin curar en el punto de la fractura, y que las dos secciones del hueso estaban separadas por una distancia de más de tres centímetros. El doctor no observó signo alguno de curación, y el paciente seguía sufriendo grandes dolores. La parte inferior de la pierna podía torcerse en todas direcciones e incluso podía doblarse hacia arriba.

El viaje en tren hasta Gante causó a de Rudder un sinfín de dolores e incomodidades. Para subir al tren, precisó la ayuda de tres colaboradores, y la supuración de sangre y pus de la herida resultaba tan ofensiva que estuvieron a punto de expulsarle del ómnibus que le llevaba de Gante a Oostacker.

Cuando llegó a esta población, de Rudder se encontraba en un estado lamentable, pero aun así se puso a rezar con gran fervor ante la estatua. Le pidió a la Virgen que le fueran perdonados sus pecados y que, si seguía inútil para mantener a su familia, al menos que sus hijos supieran desenvolverse sin tener que acudir a la caridad pública. Mientras oraba, casi en trance, de Rudder notó que le sobrevenía un cambio repentino. En estado de éxtasis, se levantó sin la ayuda de las muletas y empezó a caminar hacia la estatua. Sólo entonces advirtió que estaba curado. El hueso de la pierna herida se había soldado inmediata e inexplicablemente, y la herida había sanado. De Rudder regresó a su casa curado.

Todos en Jabbeke quedaron asombrados ante el cambio experimentado, y uno de los que más se sorprendieron fue el doctor van Hoestenberghe. Posteriormente, escribiría una carta a los funcionarios de Lourdes en donde atestiguaba:

> Pierre está indudablemente curado. Durante los últimos ocho años le he visto muchas veces y mi experiencia médica dice que su curación es absolutamente inexplicable. Repito que su curación ha sido completa, repentina e instantánea, sin el menor período de convalecencia. No sólo han quedado unidas las dos partes del hueso, sino que

de hecho parece haber crecido una parte de dicho hueso para ocupar el lugar de los fragmentos que yo mismo extraje de la herida cuando ésta se produjo. Pero si esto es un milagro, entonces existe algo más allá de las leyes físicas, existe un Dios, y seguramente Él ha dado una manifestación de Su presencia.

El doctor van Hoestenberghe no tuvo oportunidad de explorar en profundidad la naturaleza de la curación de de Rudder hasta 1900. De Rudder había muerto de pulmonía en 1898, y van Hoestenberghe obtuvo permiso para exhumar el cuerpo dos años después. Amputó ambas piernas del cadáver y las fotografió. En las fotos se advertía claramente que las dos partes del hueso de la pierna se habían soldado mediante un nuevo fragmento de hueso sano de unos tres centímetros de largo que se había formado, al parecer instantáneamente, sobre los bordes rotos. La formación normal del hueso es un proceso muy lento y, dado que van Hoestenbergher había examinado la pierna de de Rudder poco antes de la peregrinación, el nuevo fragmento no pudo haberse formado de forma natural.

En la actualidad, las piernas de de Rudder se conservan en la Universidad de Lovaina, en Bélgica. Un molde de cobre de las mismas se conserva también en las oficinas del BCM. El caso provocó conmoción en Europa cuando surgió a la luz pública, y nunca ha logrado ser explicado en términos médicos.

Conclusión: La psique y lo milagroso

Son relativamente pocas las facultades «milagrosas» que parecen tener una naturaleza exclusivamente religiosa. La única excepción parece ser la estigmatización, un milagro que resulta estrictamente cristiano debido a su relación con la veneración a la figura de Cristo crucificado. La mayoría de los demás dones de los santos son, por lo general, formas concretas de fenómenos que han sido estudiados y observados por los investigadores de hechos paranormales desde hace muchos años. En su *The Physical Phenomena of Mysticism,* Thurston codifica algunas de estas facultades religiosas sobrenaturales. Incluye entre ellas milagros tales como la levitación, la estigmatización, la inmunidad al fuego, la emisión de luz del cuerpo, la inedia, la multiplicación de los alimentos y la emisión del «olor a santidad». Sin embargo, si uno cataloga las hazañas realizadas por personas dotadas de facultades paranormales que viven en la actualidad y las suma a las producidas por los grandes médiums victorianos, se obtiene una lista muy parecida. Thurston era muy consciente de este hecho, lo cual explica su reticencia a aceptar la existencia de algo sobrenatural (en oposición a lo simplemente psíquico o paranormal) que sea responsable de muchos de tales fenómenos «milagrosos».

Incluso algunas raras facultades, que habitualmente se atribuyen sólo a los santos y místicos de la Iglesia, han sido demostradas por personas dotadas de facultades normales, aquí en Occidente, en tiempos recientes. El «olor a santidad», por ejemplo, es un fenómeno del que hay registros a través de toda la historia de la cristiandad. Se sabe que santa Teresa de Ávila impregnaba su hábito y demás vestimenta con un perfume que aparentemente exudaba su cuerpo. Santa Verónica Guiliani era una maestra de novicias estigmatizada que vivió en un convento de capuchinas en Umbria. Cuando se le abrían las llagas de sus estigmas, según atestiguaban muchas de las monjas, la sangre que manaba poseía un embriagador aroma. Un perfume similar manaba aparentemente de las llagas de los estigmas del Padre Pio.

Sin embargo, describir estas emanaciones como «olor a santidad» es una completa falacia, puesto que el fenómeno tiene poco que ver, proba-

blemente, con la santidad. Incluso puede manifestarse en los hogares víctimas de ataques de poltergeist.

En la literatura yóguica tradicional se apunta un fenómeno similar al del «olor a santidad». En su folleto *La otra cara de la muerte,* Raymond Bayless subraya el caso de Attila von Szalay, un individuo cuyas facultades paranormales no alcanzaron su pleno desarrollo hasta que empezó a estudiar yoga. Von Szalay nació en Nueva York, pero durante los años cuarenta se trasladó a California. Bayless le conoció en 1949 y pasó varios años estudiando sus facultades. Von Szalay tenía experiencias extracorpóreas, veía apariciones e incluso entraba espontáneamente en estados alterados de conciencia y de realidad. Además, a veces rezumaba un portentoso perfume, intensamente dulce. En ocasiones este aroma invadía la sala o el lugar público que estaba visitando.

Sin embargo, aunque Von Szalay estaba ciertamente dotado de facultades paranormales, no sería adecuado considerarle santo o asceta. Su «olor a santidad» parece más bien un subproducto de su entrenamiento yóguico, igual que el «olor a santidad» emitido por los grandes místicos de la Iglesia puede ser resultado de sus facultades paranormales, más que deberse a una gracia concedida especialmente por su santidad.

Esta misma explicación puede servir para uno de los milagros más desusados de la historia de la cristiandad, cual es la multiplicación de los alimentos. Éste es un fenómeno extremadamente raro, e incluso Thurston sólo fue capaz de encontrar un puñado de casos documentados entre todos los registros hagiográficos de la Iglesia católica. El capítulo sobre el tema en su obra *The Physical Phenomena of Mysticism,* que es el más corto del libro, sólo tiene doce páginas. Incluso Lambertini, de ordinario tan reservado, considera que este gran milagro tiene un origen divino, y cita ejemplos de este milagro estudiando las vidas de santa Teresa de Ávila, santa Rosa de Lima y santa Clara de Asís, entre otras.

Quizás el único caso de multiplicación de alimentos ocurrido durante los tiempos modernos sea el registrado durante la vida de san Juan Bosco (1815-1888), que fue canonizado en 1934. Actualmente se le recuerda más por su ministerio entre los niños pobres de Turín, que abrió camino a importantes cambios en el sistema educativo italiano. Don Bosco es atípico entre los grandes santos de la Iglesia ya que no poseía una tendencia natural a los éxtasis y las visiones. Aunque estuviera más interesado en las reformas sociales que en la contemplación mística, hay que decir, sin embargo, que aparentemente poseía intensas facultades paranormales y realizó gran cantidad de milagros durante su vida.

El incidente en cuestión tuvo lugar en 1860, en cuya época Don Bosco había fundado un albergue para jóvenes transeúntes en la ciudad de Turín, que cuidaba con la ayuda de su madre. Un joven llamado Francisco Dalmazzo, que estaba albergado allí, testificó más tarde, ante funcionarios eclesiásticos, que una mañana Don Bosco supo que no habían panecillos suficientes para el desayuno de los trescientos niños que tenía a su cuidado. Don Bosco estaba atendiendo en confesión a Dalmazzo cuando le die-

ron la noticia, pero no pareció preocuparse y ordenó a las matronas de la institución que reunieran todos los panecillos que hubiera, prometiendo bajar en persona al refectorio para distribuirlos.

Dalmazzo presintió que algo inusual iba a ocurrir y acudió al refectorio después de la confesión:

Busqué un lugar desde donde seguir la escena, justo detrás de Don Bosco, quien se disponía a distribuir los panecillos (*pagnottelle*) a los trescientos muchachos que se aproximaban. La cesta sólo contenía quince o veinte panecillos como mucho. Don Bosco empezó la distribución y, para mi sorpresa, vi que en la cesta seguía habiendo la misma cantidad que al principio, aunque no se había traído más pan ni se había cambiado la canasta.

Dalmazzo contempló asombrado cómo Don Bosco extraía unos trescientos panecillos de la pequeña cesta. En la declaración quedaba patente que el muchacho había observado el milagro durante un prolongado período de tiempo, y que quedó impresionadísimo por el mismo.

El segundo gran tema de este libro era demostrar que la capacidad para obrar milagros puede ser un potencial de la naturaleza humana, y no sólo coto de santos y mártires. Un complemento al tema es que, mientras que todos los grandes santos de la Iglesia católica han sido probablemente personas dotadas de facultades paranormales auténticas, no hay religión que no tenga también su manifestación milagrosa. Los santos católicos, los faquires y santones orientales, los chamanes de Alaska, África y Mongolia y los brujos doctores de los indios americanos poseen similares facultades y capacidades. La existencia de milagros en una determinada tradición religiosa no significa que dicha religión posea la verdad última y exclusiva. Las bilocaciones del Padre Pio no establecen la superioridad del cristianismo, igual que las bilocaciones de Satya Sai Baba o Dadaji no demuestran la preminencia del hinduismo. De hecho, las facultades milagrosas de los santos católicos resultan casi imposibles de diferenciar de las manifestadas por los hombres santos de otras religiones y culturas.

Por ejemplo, aunque este libro incluya pocas referencias al mundo del Islam, sus tradiciones en este aspecto se asemejan profundamente a las del cristianismo. Ambas religiones afirman que sus fundadores respectivos obraban milagros, y cada una posee santos de quienes se dice que realizaban hechos semejantes.

Partiendo de estas comparaciones, queda de manifiesto que sería inútil afirmar que los milagros de Jesús y de los santos demuestran la supremacía de la cristiandad, ya que los adeptos a las demás religiones del mundo podrían realizar afirmaciones igualmente válidas respecto a la divinidad de sus propios santos, en base a los hechos milagrosos de éstos.

Y llegamos al tercer tema que ha formado el núcleo del presente libro. Si aceptamos que la mente del ser humano como individuo puede realmente producir milagros, las posibilidades paranormales de todo un grupo de mentes actuando al unísono pueden resultar inmensas. Cuando gran-

des multitudes que comparten un mismo trasfondo religioso y una visión del mundo parecida se reúnen para rezar, pueden manifestarse hechos milagrosos. La combinación de fe y emociones puede producir fenómenos psicocinéticos sobre el mundo que nos rodea, y el resultado puede ser un milagro. Las reuniones religiosas, en especial las más enérgicas y cargadas de emoción, son especialmente propensas a la producción de señales y portentos.

En 1904 y 1905 se registró en Gales, Gran Bretaña, un movimiento de renacimiento religioso que pronto se extendió por todo el país. El movimiento de renacimiento era consecuencia de la extendida degeneración social que había tenido lugar por el declive de la iglesia oficial. Una de las evangelizadoras más populares del *Great Welsh Revival,* nombre del movimiento, era Mary Jones, un ama de casa de treinta y cinco años de edad, que se había convertido en 1904. Mary Jones empezó a predicar en su ciudad natal de Egryn, al norte de Gales, y ya durante su primer sermón se observaron cerca de la iglesia unas luces misteriosas. Aquellas luces continuaron apareciendo cerca o sobre otras iglesias en las que pronunciaba sermones. Muchas veces, parecían estrellas brillantes o bolas de fuego que «subían y bajaban zigzagueando» en el firmamento. Las luces fueron vistas por centenares de personas, incluidos muchos periodistas británicos que seguían para sus periódicos el fenómeno del nuevo movimiento religioso.

Las luces disminuyeron de intensidad cuando el apoyo popular al movimiento religioso de Mary Jones decreció, a fines de 1905, y, por último, desaparecieron definitivamente de los cielos galeses.

Muchos autores que han escrito sobre el movimiento religioso galés han afirmado que el fenómeno de las luces estaba relacionado únicamente con Mary Jones, significando que ella, personalmente, era la responsable del fenómeno. Sin embargo, dado que se han registrado informes según los cuales aparecían luces como las descritas en ciudades que Mary Jones ya había abandonado después de la predicación, parece probable que al menos algunas de ellas fueran producidas por la gente que asistía a las reuniones. Tal era, ciertamente, la opinión de Nandor Fodor que en 1932 escribió que las luces de Gales parecían «ser resultado de una manifestación de fuerzas psíquicas combinadas engendradas por el éxtasis religioso».

Ahora que ya hemos repasado los tres grandes temas de este libro, ¿podemos utilizar estos principios para explicar todo el arco de acontecimientos milagrosos como el simple resultado de nuestras capacidades paranormales? ¿O nos conduciría esto a una especie de reduccionismo «psíquico» en el cual todos los misterios y maravillas del universo no serían más que productos engendrados por el pensamiento humano? ¿Puede considerarse la atribución de los milagros a agentes humanos como una forma de materialismo radical en el que la misma vida queda privada de su propósito y significado espiritual? Estas inquietantes implicaciones pue-

den surgir fácilmente a la vista de los estudios y pruebas documentales aportadas en este libro.

Sin embargo, recientes informaciones en otra área de las paraciencias sugieren que existe un extenso reino espiritual en el universo, parte del cual se nos manifiesta en forma de objetos volantes no identificados (OVNI) y otros misterios más... incluidos los milagros.

Aunque al principio el estudio de los OVNI pueda parecer muy alejado de los temas religiosos, en realidad tiene con éstos un nexo de unión único. Y ello es quizás más verdad hoy en día que hace veinte años, cuando la investigación sobre los OVNI estaba en pañales y los estudiosos daban por garantizado que los OVNI eran visitantes extraterrestres. Sin embargo, la mayoría de los ufólogos han abandonado ya esta teoría por diversas razones. Una se refiere a la cantidad de visiones registradas. Si los OVNI fueran una flota de reconocimiento de otro mundo, sus visitas serían esporádicas o infrecuentes. En realidad, cada mes se producen cientos de visiones. Los OVNI, por otro lado, han cambiado de forma y aspecto en el transcurso de los años, como si se adecuaran a la tecnología de cada cultura en la que aparecen. También tienden a aparecer ante los testigos en momentos psicológicamente significativos de sus vidas. Por último, muchas personas que han tenido encuentros cercanos con OVNI o sus ocupantes han desarrollado posteriormente facultades paranormales.

Estas consideraciones han llevado a muchos ufólogos, incluido yo mismo, a creer que el fenómeno OVNI es producido por una inteligencia «X» que existe en el universo pero que está simbióticamente unida a nuestras mentes y a nuestro planeta. A falta de un término mejor, esta supermente o superinteligencia podría ser denominada simplemente «el Fenómeno». Este término fue introducido por vez primera por Jerome Clark en un libro, escrito conjuntamente con el autor de estas líneas, titulado *Los habitantes secretos de «el Fenómeno»* (1979). Se ha sugerido que «el Fenómeno» puede ser una fuerza o inteligencia más allá de nuestra comprensión, pero a la que todos estamos ligados en algún nivel cósmico. «El Fenómeno» puede estar enviándonos «señales y portentos» como el misterio de los OVNI, que son reflejo de nuestras preocupaciones culturales y tecnológicas.

Un vasto reino espiritual parece haber surgido al tiempo que la vida evolucionaba en el planeta, y al tiempo que nuestras opiniones acerca de la existencia de tal reino iban tomando forma. Sería inútil discutir si nuestros pensamientos crearon esta dimensión espiritual o si el reino espiritual intervino en la evolución del hombre. Lo único que puede proponerse es que el mundo físico y el mundo espiritual se han desarrollado mutuamente, en interacción dinámica el uno con el otro. Con la evolución de la fe y el pensamiento humano, éstos han creado un sistema de creencias que se transforma en realidades en este reino espiritual. Una vez creadas, estas realidades se hacen independientes de las mentes y creencias que les han dado origen.

Lo que esta teoría establece es relativamente sencillo: Cuando un gru-

po de personas o una sociedad entera comparte una visión religiosa del mundo común a todos, su ideología se traduce, con el tiempo, en una auténtica realidad espiritual. El mundo de Jesús, de la Virgen María y de los ángeles existe verdaderamente en ese plano de la realidad, y así continuará mientras las creencias cristianas sean compartidas por millones de personas. El mundo de los devas hindúes y los muchos cielos e infiernos que constituyen el reino espiritual del budismo pueden, del mismo modo, existir en esa dimensión.

Esta hipótesis puede ayudarnos ciertamente a explicar algunos de los misterios con que chocamos al estudiar las vidas de los místicos de la Iglesia. Resulta difícil leer sus biografías sin reconocer que las visiones y aventuras espirituales experimentadas durante sus éxtasis fueron algo más que alucinaciones producidas por sus creencias religiosas. Durante sus trances, místicos como Teresa de Ávila, Therese Neumann o muchos otros entraban probablemente en una dimensión espiritual tan real para ellos como el mundo de los cinco sentidos para nosotros. Lo mismo puede afirmarse de los mundos espirituales a los que viajan los chamanes de las culturas primitivas durante sus trances y experiencias extracorpóreas.

Este reino espiritual puede no existir sólo como realidad personal para disfrute privado de esos místicos. Una vez se convierte en realidad en el reino espiritual un sistema de creencias o una visión del mundo, se convierte en realidad para toda la cultura que la soporta. Aunque muchos de sus miembros no lleguen a tomar contacto con él durante la vida terrena, sigue existiendo realmente en el universo.

Esta teoría general puede proporcionarnos también la clave de las notables facultades «superparanormales» de obradores de portentos como san José de Copertino, san Antonio de Padua, el Padre Pio, etcétera, cuyas facultades parecen mucho mayores y más consistentes que las de muchas personas dotadas de facultades paranormales que han sido centro de la atención de los parapsicólogos durante las últimas décadas.

Los santos y místicos de todas las religiones son obradores de portentos precisamente por su sensibilidad a este reino espiritual. Queda por debatir si son sus facultades paranormales las que les ponen en contacto con este mundo espiritual, o si es la proximidad a este mundo espiritual el que desarrolla en ellos las facultades paranormales. Sea cual sea el proceso, quizás estos individuos dotados de facultades paranormales puedan atraer grandes reservas de energía espiritual generada por este reino espiritual con el fin de intensificar sus capacidades. Puede que estén tan «sintonizados» con las fuerzas creativas del universo que puedan llegar a utilizar esa fuerza creativa para desorganizar las leyes que rigen la realidad física. Cuando esto se produce, tiene lugar un milagro. Por ejemplo, los pensamientos y la fe conjugados en san Juan Bosco produjo probablemente la multiplicación de los bollos que tuvo lugar en su albergue el año 1860. Ese milagro no fue producido por Dios, sino que las propias facultades paranormales del santo le proporcionaron la capacidad para obrar el milagro. Sin embargo, san Juan Bosco sólo pudo conseguir el milagro y alterar la

realidad cotidiana al estar sintonizado con este mundo espiritual. En otras palabras, la mente del santo fue la responsable del milagro, pero una fuerza espiritual del universo fue la fuente de energía mediante la cual se produjo el milagro.

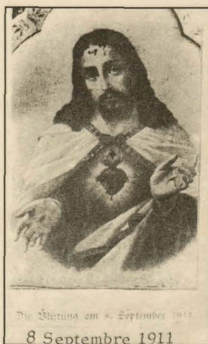
Como ya se ha apuntado anteriormente, «el Fenómeno» puede existir asimismo en este gran reino espiritual, regulando nuestro mundo físico o, quizás, actuando de mediador entre éste y el reino espiritual. «El Fenómeno» puede ser incluso la fuente de la energía creativa del universo, y la mente maestra que provoca todas las alteraciones generadas en el reino espiritual por causa o por medio de las creencias y pensamientos humanos. Del mismo modo, puede que esta inteligencia, denominada «el Fenómeno», sea quien dote a quien está «sintonizado» con él de unas facultades paranormales muy superiores a las que poseen, incluso, los individuos más dotados de tales facultades.

Y bien, alguien podría apuntar, con toda razón, que esta descripción de «el Fenómeno» podría muy bien adecuarse a la idea que tenemos de Dios. Desde luego, éste sería un tema apasionante para una buena conversación.

Los milagros, ¿son producto de la intervención divina o alucinaciones generadas por la histeria colectiva?

Por fin, una respuesta que ensambla conceptos aparentemente antagónicos y sienta las bases de una teoría nada ortodoxa pero no por ello menos convincente.

Los casos más célebres y controvertidos:
El Santo Sudario, la sangre de san Jenaro, Fátima, Lourdes, Garabandal, las caras de Bélmez, las imágenes que sangran y lloran..., y otros fenómenos insospechados que se ocultan a la opinión pública.







Esta rara secuencia fotográfica, tomada en 1911, recoge el episodio completo de un óleo de Cristo sangrando. El retrato pertenecía al abate Vachère, sacerdote retirado que vivía cerca de Mirabeau, Francia.

84-270-1173-3